

La crisis de más de cuarenta años

Una historia global reciente

Alejandro Simonoff



EDICIONES
DE LA FAHCE



La crisis de más de cuarenta años

Una historia global reciente

Alejandro Simonoff



2021

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Edición: Libros de la FaHCE

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Diseño de tapa: D.G.P. Daniela Nuesch

Corrección de Estilo: Cristian Vaccarini

Editora por P. de Gestión Editorial y Difusión: Leslie Bava

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

©2020Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-2055-3

Colección Biblioteca Humanidades, 43

Cita sugerida: Simonoff, A. (2021). *La crisis de más de cuarenta años: Una historia global reciente*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Biblioteca Humanidades ; 43). Recuperado de <https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/185>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decana

Ana Julia Ramírez

Vicedecano

Mauricio Chama

Secretario de Asuntos Académicos

Hernán Sorgentini

Secretario de Posgrado

Fabio Espósito

Secretario de Investigación

Juan Antonio Ennis

Secretario de Extensión Universitaria

Jerónimo Pinedo

Prosecretaria de Gestión Editorial y Difusión

Verónica Delgado

Agradecimientos

En primer lugar, quisiera agradecer al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-UNLP/CONICET) por haberme dado un lugar de trabajo para desarrollar el Proyecto de Investigación y Desarrollo “Pensar históricamente el tiempo reciente (1973-2013)”. También, a los miembros del equipo de investigación que han colaborado con él: Marcelo Scotti, Florencia Matas, Laura Monacci, María Delicia Zurita y Juan Luis Carnagui.

En segundo lugar, al Dr. Germán Soprano por sus siempre generosos comentarios y por la escritura del Prólogo de este libro.

En tercer lugar, a la señorita Georgina Giogiosa por su atenta y paciente lectura del borrador del libro.

Como ya lo he señalado en otras oportunidades, los errores que este trabajo pudiera contener son sólo míos, y muchos de sus aciertos se los debo a quienes generosamente me han aportado no sólo materiales, correcciones y opiniones sino también su valioso tiempo.

Alejandro Simonoff

Índice

<u>Prólogo.</u>	
<u><i>Germán Soprano</i></u>	<u>9</u>
<u>Introducción. Los motivos de esta historia</u>	<u>13</u>
<u>Capítulo 1. La Guerra se hizo fría y la economía se keynesianizó.....</u>	<u>23</u>
<u>Capítulo 2. La Crisis de 1973</u>	<u>39</u>
<u>Capítulo 3. Las respuestas políticas a la Crisis de 1973 (1):</u> <u>El ascenso neoconservador y la Segunda Guerra Fría.....</u>	<u>59</u>
<u>Capítulo 4. Las respuestas políticas a la Crisis</u> <u>de 1973 (2): La Perestroika.....</u>	<u>75</u>
<u>Capítulo 5. Las respuestas políticas a la Crisis de 1973 (3):</u> <u>Las Cuatro modernizaciones chinas.....</u>	<u>101</u>
<u>Capítulo 6. Las respuestas políticas a la Crisis de 1973 (4):</u> <u>La Revolución Iraní</u>	<u>119</u>
<u>Capítulo 7. Las transiciones inacabadas (1): Los finales</u> <u>de la Guerra Fría y la pretensión unipolar</u>	<u>139</u>
<u>Capítulo 8. Las transiciones inacabadas (2): ¿Una larga marcha</u> <u>hacia un Orden Mundial?.....</u>	<u>173</u>
<u>Capítulo 9. Crisis mundial de 2008: El infierno</u> <u>va a estar abrasador.....</u>	<u>207</u>

<u>Capítulo 10. Transiciones inacabadas (3): La búsqueda de la gobernanza global tras el crack</u>	<u>227</u>
<u>Capítulo 11 Los subsistemas de la Guerra Fría (1945-1980): El caso del conflicto árabe-israelí</u>	<u>243</u>
<u>Reflexiones finales</u>	<u>255</u>
<u>Referencias bibliográficas.....</u>	<u>265</u>
<u>Quien escribe</u>	<u>281</u>

Prólogo

Este libro es producto de una original y fructífera convergencia entre dos disciplinas: la Historia y las Relaciones Internacionales. La reconocida trayectoria y producción académica de su autor como profesor universitario e investigador es bien expresiva de esa convergencia. Graduado como Profesor y Licenciado en Historia, y Especialista, Magíster y Doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de La Plata, Alejandro Simonoff inició su carrera docente en 1989 como ayudante diplomado en la cátedra Historia General VI (Historia Mundial Contemporánea) de la carrera de Historia de la mencionada universidad, continuó como jefe de trabajos prácticos desde 1995, profesor adjunto desde 2004 y obtuvo el cargo de profesor titular ordinario en 2019.¹ Entre otros temas, en su labor académica ha efectuado importantes contribuciones a los estudios sobre Teoría de las Relaciones Internacionales, la historia y actualidad de la política externa argentina, y el análisis de diversos procesos globales contemporáneos, sobre los cuales nos ofrece una muestra de un conocimiento detallado y complejo en este libro. En suma, con estas primeras palabras quiero destacar que *La crisis de más de cuarenta años...* es el resultado de una profunda maduración personal, macerada a lo largo de treinta años de experiencias y reflexiones hechas al calor de la preparación de programas de materias de grado y posgrado, el dictado de

¹ No pretendo aquí dar cuenta de su extensa y diversa trayectoria docente universitaria; apenas menciono estas referencias significativas directamente relacionadas con la temática y el enfoque de este libro.

clases, el desarrollo de investigaciones empíricas y estudios teóricos, el diálogo con estudiantes en las aulas y con colegas en diversos eventos y publicaciones a nivel nacional e internacional.

Ahora bien, considero que con este libro Alejandro Simonoff pone a prueba y demuestra la eficacia interpretativa de un enfoque y una hipótesis; esto es, por un lado, la definición de una historia global reciente como perspectiva de análisis y, por otro, la explicación de procesos históricos contemporáneos en los que se manifiesta una prolongada crisis abierta alrededor del año 1973 y que el autor decidió comprender (no necesariamente dar por finalizada) hasta aproximadamente el año 2008. Los porqués de la elección de este enfoque y de la fundamentación de esa hipótesis han sido cabalmente explicados por el autor. No diré nada sobre ello. Sí quiero compartir con el lector algunas cuestiones generales que, entiendo, son relevantes.

Tanto el enfoque como la hipótesis ofrecen una explicación holística y sistémica del tema, esto es, de las dimensiones globales que lo caracterizan pero, simultáneamente, Simonoff no descuida la comprensión de las particularidades locales objeto de su estudio, entendiendo con el término “locales” las singularidades políticas, económicas, sociales y culturales que asumen determinados procesos que se despliegan en las escalas espaciales subnacionales, nacionales, regionales y la identificación de sus específicos regímenes de temporalidad. Asimismo, la historia global que nos propone no es una exclusivamente centrada en sus configuraciones occidentales y, además, aunque se define como una historia reciente, reconoce la persistencia de fenómenos de larga duración que proyectan su influjo hacia fines del siglo XX y principios del XXI. Por tanto, la invocación a lo global no opera como un *deus ex machina* que explica mecánicamente cada acontecimiento, proceso y/o ideas, valores y comportamientos de los actores locales a partir de un principio externo todopoderoso y omnipresente; ni la referencia a un tiempo reciente es una que compartimenta o desconecta el período 1973-2008 de sus inscripciones en

y sus relaciones con marcos temporales más amplios. Lo global y lo reciente serían, más bien, las realidades específicas de un mundo contemporáneo hecho de múltiples conexiones, contigüidades y también asimetrías y conflictos, que convocan a los académicos a recurrir a enfoques e hipótesis que comprendan su objeto de estudio sirviéndose de diversas escalas de análisis espaciales y temporales.

Asimismo, Alejandro Simonoff encarna personalmente y actualiza en este libro un diálogo entre Historia y estudios en Relaciones Internacionales planteando, por un lado, una lectura y apropiación crítica de la obra de historiadores que han contribuido a la producción de una historiografía del mundo contemporáneo, como Edward H. Carr, Geoffrey Barraclough, Eric Hobsbawm, Giovanni Arrighi, Timothy Garton Ash y Tony Judt; y, por otro lado, informando su propia explicación de los procesos de esa historia global de los años 1973-2008 con el recurso a las política y académicamente originales interpretaciones de las Relaciones Internacionales de los teóricos de la autonomía, particularmente las de Juan Carlos Puig. A su vez, esta sucinta caracterización de la perspectiva de análisis de nuestro autor estaría incompleta si no mencionara el modo en que en este libro articula su conocimiento y usos de aquellos dos campos disciplinares con aportes de teoría social contemporánea, especialmente en diálogo con algunos textos clave de autores como Raymond Aron —una referencia indiscutida en la producción de interpretaciones socio-históricas de las relaciones internacionales— y Michel Foucault, Jean Baudrillard, Cornelius Castoriadis y Jacques Derrida —que contribuyeron a deconstruir las concepciones sobre las relaciones de poder basadas en puntos de vista ahistóricos y/o unilateralmente centrados en las perspectivas occidentales anglo y eurocéntricas—.

Por último, ¿quiénes serían los potenciales lectores de este libro? Sin duda, los estudiantes de grado y posgrado de las carreras de Ciencias Sociales y Humanas encontrarán en él una orientación fundamental para el conocimiento de los temas de esta historia global reciente

en torno de la prolongada crisis de los años 1973-2008 y sobre sus potenciales proyecciones hasta nuestro presente y futuro inmediato. Pero no creo que sus lectores se agoten en ese único destinatario. Pienso que el libro nos interpela como profesores universitarios e investigadores de temáticas del siglo XX y XXI ¿Por qué? Porque presenta una comprensión de pretensiones holísticas sobre procesos globales sin descuidar el análisis de determinadas configuraciones particulares –como decía más arriba– localmente situadas. Porque promueve el diálogo entre disciplinas como la Historia y las Relaciones Internacionales, que permiten obtener mejores resultados sustantivos para el conocimiento de nuestros problemas y objetos de estudio. Porque es una muestra cabal de que la reflexión teórica y la producción empírica se retroalimentan productivamente cuando las comprometemos solidariamente en el desarrollo de nuestras investigaciones. Porque los resultados de cada capítulo y las conclusiones generales dejan planteados problemas sustantivos y diálogos con autores y textos que invitan o nos desafían a explorarlos en nuevas investigaciones y estudios. Y porque largos años de experiencias y de reflexiones construidas a partir de la docencia universitaria y de la investigación científica bien merecen ser plasmados y puestos a consideración pública en un excelente libro como *La crisis de más de cuarenta años: Una historia global reciente*.

Dr. Germán Soprano

La Plata, agosto de 2019

Introducción

Los motivos de esta historia

Cuando decidí escribir este libro y titularlo *La crisis de más de cuarenta años: Una historia global reciente*, lo hice bajo la advocación del afamado libro de Edward H. Carr *La crisis de los veinte años* (2004) (editado originalmente en 1939), por la correspondencia de la sucesión de crisis económicas e internacionales que se analiza allí con la que hoy nos toca vivir, y también por su estilo de escritura que vinculó esos aspectos a un saber histórico, social e inaugural para los análisis del tiempo reciente.¹

Si bien este libro fue escrito en sintonía con fuentes en tono periférico, como la del internacionalista argentino Juan Carlos Puig, reconoce su inspiración en la forma realista en la cual el intelectual británico construyó el suyo.

Por otro lado, el objetivo del texto que se presenta fue relevar y analizar los procesos globales que constituyeron nuestro tiempo y que se desarrollaron tras la Crisis de 1973 hasta las primeras consecuencias de la acaecida en 2008.

Para ello se buscó construir un estado de la cuestión de los principales procesos del período, relevando y sistematizando la información para determinar las estructuras y dinámicas involucradas que permitieran elaborar una visión global del mundo actual y la divulgación de contenidos.

¹ Este texto es producto de los borradores de mis clases teóricas de Historia Contemporánea.

Durante más de una década he estado a cargo del dictado de cursos de Historia contemporánea, tanto en la carrera del Profesorado de Historia como en la Licenciatura de Sociología, y realizado estudios de Relaciones Internacionales, lo cual me permitió comprender los procesos que se estaban desarrollando y escribir trabajos sobre casos específicos (la Revolución Iraní, las guerras en el Cáucaso y en la ex Yugoslavia) o explicaciones generales (las causas históricas de los atentados del 11 de septiembre o las condiciones de los conflictos en el escenario posterior a la Guerra Fría), que me involucraron cada vez más en el desafío de producir conocimientos para una historia global reciente.

Para avanzar sobre el asunto, creo necesario fundamentar la pertinencia de los estudios históricos en esta materia para luego determinar las estructuras y dinámicas que permitan realizar una periodización del trabajo.

Para un historiador, investigar el pasado inmediato significa uno de los desafíos más grandes, ya que nuestra formación está enmarcada en los parámetros del positivismo y el academicismo decimonónicos, simulados bajo cierta fórmula de profesionalización cientificista, que nos vedaban el análisis de nuestro propio tiempo como área de estudio. Las motivaciones de este tipo de historia se asientan en los marcos de la Escuela Histórica Alemana, para la cual la historia debe refugiarse en un pasado lejano y supuestamente apacible para el observador, como una garantía para su objetividad, cosa bastante dudosa, en relación con el análisis y con las intenciones que presentaron muchos de los que la escribían (Macry, 1997). Afortunadamente, varios historiadores siguieron una dirección contraria cuando pensaron una historia de pretensiones globales: Geoffrey Barraclough, Eric Hobsbawm, Timothy Garton Ash, Paul Kennedy o –en los medios académicos argentinos– José Luis Romero. Estos autores buscaron romper ese cerco y aportaron sus perspectivas. Esta historia plantea un choque con una perspectiva tradicional que se refiere a épocas pretéritas y sus reinterpretaciones se sustentan en la recolección y lectura de material de archivo.

La proximidad de los hechos plantea inconvenientes para interpretar las fuentes como también para acceder a ellas. El prejuicio acerca de interpretar el pasado próximo se remonta a los últimos tres siglos ya que, como señala Barraclough, “desde el tiempo de Tucídides la mayor y mejor parte de la historia fue siempre contemporánea” (Barraclough, 1985). E incluso algunos autores, como Galante Garrone, sostienen que “el desdén, o la desconfianza, por este tipo de historiografía son de fecha más reciente; nacen de la especialización de las disciplinas históricas, de la profesionalización de los historiadores” (Saitta, 1996, p. 8).

La profesionalización de la disciplina ha determinado los espacios temporales a los que el historiador debe referirse, lejos de la actualidad, lo que le ha llevado a perder el presente como objeto de análisis. Este proceso formativo de un discurso competente, como dice Marielena Chauí, responde a la lógica de especialización del capitalismo. En ella aparece la valoración excesiva del discurso científico y “la simultánea represión al trabajo científico”. Es un discurso que valora y reprime el saber restringiéndose al “discurso instituido”, que es “aquel en el cual el lenguaje sufre una restricción que podría ser así resumida: no cualquiera puede decir a otro cualquier cosa, en cualquier lugar y en cualquier circunstancia” (Chauí, 1989, pp. 12-13). Este tipo de discurso es un discurso político, ya que crea, separa y profundiza diferencias, y a la vez simula no tener dicho carácter, bajo la cobertura de una técnica. Fracciona el saber, y en nuestro caso divide el pasado en dos, uno próximo y otro lejano, al primero de los cuales tendríamos vedado el acceso.

El alejamiento de la actualidad fue parte de este proceso de fragmentación que se complementa con el positivismo y la historia monumental de Ranke. Fue en este tiempo, según Garton Ash,

cuando los historiadores empezaron a pensar que los acontecimientos se entendían mejor cuanto más alejados estuvieron uno de ellos. Si nos ponemos a pensarlo, la verdad es que ésta es una

idea muy rara: supone afirmar que la persona que no estuvo allí sabe más que la que estuvo (2000, pp. 12–13).

Pero si el historiador desea interpretar y asumir un doble rol de analista y testigo, ¿no debe escribir? A modo de ejemplo señalamos que José Luis Romero asentó su saber sobre el concepto de historia-vida y Eric Hobsbawm lo hizo a partir de un juego con historia y memoria, siendo este uno de los rasgos más peculiares de su texto *El Siglo XX* (1995), en el que uno y otro elemento se reafirman y corrigen constantemente en el libro. Pero esta tensión lleva al historiador británico a fundamentar su propósito:

comprender y explicar por qué los acontecimientos ocurrieron de esa forma y qué nexos existen entre ellos. Para cualquier persona de mi edad que ha vivido durante toda la mayor parte del siglo XX, esta tarea tiene también, inevitablemente, una discusión autobiográfica, ya que hablamos y nos explayamos sobre nuestros recuerdos (y también los corregimos) (Hobsbawm, 1995, p. 13).

En ese sentido, *El Siglo XX* de Hobsbawm está escrito con un privilegio de la historia sobre su memoria; en *Años interesantes* (Hobsbawm, 2003) esos acentos están invertidos, y constituye la lectura de ambos en conjunto un ejercicio para conocer nuestro pasado reciente, la obra y los aportes de este gran intelectual. En el caso de las correcciones, recordemos por ejemplo cómo este mismo historiador presentó en el primero de esos libros su famoso tríptico del Siglo Corto (las eras de las Catástrofes, la Dorada y del Derrumbe); a principios de los años ochenta era un díptico (cortado por el fin de la Segunda Guerra Mundial y la expansión del Estado de Bienestar) (Hobsbawm, Hill, Anderson y Thompson, 1993), ya que aún se infravaloraba el peso de la Crisis de 1973. Incluso años después reconoció cierto apresuramiento en concluirlo en 1991 y que podría extenderse a fines de esa década, dada la magnitud de aquel *crack* (Hobsbawm, 2000).

Para enfrentar este problema, Romero le atribuye a su trabajo “más valor que el de una opinión o sólo un poco más” pero ello ofreció a “la consideración del lector la imagen que me he hecho de nuestro mundo” y lo sustenta en varias razones (Romero, 1997, p. 21). La primera tiene que ver con el hecho de que el análisis de la actualidad es

un ejercicio intelectual para el que no suele estar preparado quien no se lo ha propuesto deliberadamente, de modo que no es absolutamente inútil ayudar al curioso lector a introducirse en el examen de esa peculiar realidad que le es tan cara y que está condicionando su propia existencia (Romero, 1997, p. 21).

La siguiente es que ese examen del mundo actual “no tiene por qué ser de inferior valor que la que nos hacemos respecto de cualquier otra época” (Romero, 1997, p. 22), para finalmente señalar que

me atrevo a pensar que quizá mi opinión no sea del todo desdeñable, porque creo que un historiador, aun sin poseer más experiencia personal o mejor información que otros, puede tener mejores recursos para examinar los testimonios que estén a su alcance (Romero, 1997, p. 22).

Estas tres razones marcan un alejamiento paulatino del paradigma positivista al acceder a analizar el presente a pesar de los condicionamientos, valorar la propia opinión sobre el presente como sobre cualquier otro tiempo (homologando el pasado en un solo registro) y rescatar el oficio para analizar el presente, ya que frente a su propia época “o aun de una época lejana, el historiador se encuentra con obstáculos casi insuperables para alcanzar una actitud objetiva” (Romero, 1988, p. 83). Esos motivos llevan a Romero a tomar el guante e intentar

la aventura de fijar con la mayor nitidez posible la imagen que entreveo del mundo actual, para que cada uno la contraste con la que sin duda se ha forjado. Sepa el lector que no desdeño la posibilidad de convencer a alguno de ciertas ideas que me son caras: porque

este breve ensayo de historia no está escrito –como casi ninguno– *sine ira et studio* (Romero, 1997, p. 22).

Esta definición complementa la noción de historia-vida de Romero, en la cual es necesario intervenir la realidad en la pelea por las ideas; en definitiva, una lucha política.

El reparo hacia la historia del tiempo reciente se refiere a “que no conocemos las consecuencias de los hechos actuales, de forma que nuestra comprensión de su importancia es mucho más especulativa y susceptible de revisión” (Garton Ash, 2000, p. 15). La contemporaneidad presenta desafíos para el historiador no por la proximidad del pasado sino por las fuerzas que se conformarán en el futuro, ya que existen tendencias —que aún indefinidas representan la “mayor limitación” para cualquier historiador del presente (Garton Ash, 2000, p. 21)— que están en movimiento y despiertan temores para los historiadores.

Para Hobsbawm, el transcurso del tiempo fuerza a especular y revisar constantemente que se deben a que “las fuerzas históricas que han figurado el siglo siguen actuando” (Hobsbawm, 1995, p. 15), y además estos movimientos llevan a que la perspectiva hacia el pasado pueda “cambiar a medida que la historia avanza” (Hobsbawm, 1998, p. 230). El autor británico observa la ruptura de vínculos entre el pasado y el presente y, por lo que se desprende, también el futuro, la definida “debilidad histórica” en Romero (Romero, 1997, pp. 27-28). Pero en vez de debilidad, como define el historiador argentino, la sociedad actual tiene una memoria selectiva, es decir que no destruye “completamente toda la herencia del pasado, sino que la ha adaptado de forma selectiva” (Hobsbawm, 1995, p. 25). Esta situación de recuperar parcialmente la verdad histórica pone a los historiadores frente al desafío de tener un “inesperado papel de actores políticos” (Hobsbawm, 1998, p. 18), son quienes buscan evitar la manipulación de lo acontecido, y para ello no deben temer mirar al pasado y al presente “a la cara” (Hobsbawm, Hill, Anderson y Thompson, 1993, p. 21).

Una vez planteada la pertinencia, y también las perplejidades, de la actividad que me propongo investigar, pasaré a delimitar el objeto de trabajo.

El camino seguido es a partir de la relación existente entre la conformación de la economía internacional/global y el sistema político internacional, aunque no se excluirá el análisis de casos específicos para reforzar y limitar el estudio, ya que de otra forma podría volverse una tarea inasible e imposible de cumplir.

La relación entre las crisis económicas y los órdenes mundiales se pueden rastrear a lo largo de la historia contemporánea, desde la Crisis de 1873, que motivó la Era Imperial Europea, y esta a su vez la Primera Guerra Mundial, y la Crisis de 1929 que promovió el ascenso del nazismo en Alemania y la ruptura del orden de Versalles, y la posterior emergencia del mundo bipolar.²

Aunque inicialmente subvaluada y reducida al aumento del precio del petróleo, la profundidad de la Crisis de 1973 fue reconocida en diversas perspectivas por su impacto en el devenir del siglo. Eric Hobsbawm marca con ella el inicio de la era del Derrumbe (Hobsbawm, 1995) y Giovanni Arrighi la identificó como el punto de quiebre del siglo americano y el inicio del asiático (Arrighi, 1999).

La Crisis de 1973 desarticuló el mundo de posguerra, porque liquidó la universalización del Estado de Bienestar y la estructura bipolar con sus tres mundos: el Occidental y desarrollado, el Bloque Socialista y el Tercer Mundo, como se había instituido con la derrota del Eje nazi-fascista. Explica el ascenso de la “nueva derecha” en el Primer Mundo, con sus recetas políticas, económicas y culturales que dinamitaron sus contratos sociales de posguerra. Explica las reformas en el Bloque Oriental, con distintos resultados: la *Perestroika* soviética, que reconfiguró la URSS y su mundo circundante, llegando a su

² En cada uno de estos caos sistémicos, los Estados Unidos fueron avanzando en la escena mundial y se convirtieron, desde mediados del siglo pasado, en la principal potencia mundial.

posterior colapso, y las Cuatro modernizaciones de Deng Xiaoping en China, con mucha más perdurabilidad. En el caso del mundo periférico y sus diversos modelos de crecimiento tuvieron diversos impactos, donde resaltamos los cambios acontecidos en el Oriente con la aparición de la tercera oleada revolucionaria del siglo XX, la revolución iraní y sus consecuencias estratégicas por las intervenciones soviéticas en Afganistán y en el Golfo Pérsico por parte de Estados Unidos. En otras latitudes, como América Latina, luego de la crisis de la deuda de los años ochenta, se inicia un proceso de democratización con imposición de reglas de mercado.

Al desaparecer la URSS finalizó el mundo bipolar y se inició una segunda oleada de la democracia de mercado, ahora sobre las antiguas sociedades socialistas. Pero la mayor apertura e integración de la economía no alejó las crisis, sino que se sucedieron con cierta regularidad desde la periferia, siendo el punto culminante la que tuvo lugar en 2007 en Estados Unidos.

El shock inicial del colapso del mundo bipolar —que permitió alentar políticas unipolares desde Washington y que se extiendan las estrategias neoliberales— comenzó a generar resistencias en diversos planos: la falta de consenso en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y la proliferación de alternativas en diversos lugares del globo, como es el caso de los gobiernos latinoamericanos durante los primeros momentos del nuevo milenio.

Pero la crisis financiera de 2007, cuyo epicentro fue precisamente los Estados Unidos, inicialmente marcó un cambio: los recursos no fluyeron de sur a norte como en las anteriores, sino desde las propias sociedades desarrolladas a los centros financieros.

Básicamente desde el fin de la confrontación bipolar, Washington ha pretendido erigir un orden unipolar, que sólo tuvo cierta eficacia durante un breve período a inicios de los años noventa, pero el mundo se reveló como un lugar muy caótico, con nuevas amenazas, Estados “bandidos”, competidores potencialmente compatibles, etc.,

que le impiden cumplir con esos deseos. Pero, aun hoy, tampoco esta situación aparece definida hacia el multipolarismo que reclaman muchísimos Estados.³

Lejos de parecer un horizonte estable y duradero, el sistema internacional siguió sin constituir un Orden, o Régimen. Quedó claro que estamos frente a una larga transición.

La estructura instaurada por el “*reaganomic*” sigue vigente hoy. La economía norteamericana presenta un enorme déficit presupuestario y comercial, que hasta ahora ha sido financiado por la compra de bonos del tesoro por parte de Japón en los ochenta y principios de los noventa, y por China después, y también por los fondos de inversión, que fueron el sector más afectado de la crisis iniciada en 2007.

Parte del déficit es producto del gasto de defensa. Éste representa un 46% de los gastos totales a nivel mundial en ese rubro, pero sólo cuenta con un 25% del producto bruto mundial, con una notoria falta de competitividad.

Esta divergencia entre la dimensión de la economía de Estados Unidos y el gasto militar es central para entender lo que pasa. El crecimiento de este gasto permitió simular la caída del total por la virtual desaparición del gasto social, que puso los deseos de Washington frente a una situación delicada.

A pesar de haber cerrado los frentes abiertos en Afganistán e Irak, productos de las políticas de los últimos tiempos de la confrontación bipolar, más las de la Guerra contra el Terrorismo posterior al 11 de septiembre de 2001, los costos de aquellos han sido elevados para la economía norteamericana, aunque que el conflicto mutara hizo imposible alejarse de ese tablero geopolítico global.⁴

³ Es la situación definida por Giovanni Arrighi como “hegemonía sin dominación” (Arrighi, 2007).

⁴ El conflicto iraquí consume 400 millones de dólares diarios, y parece que ese dinero se necesita más en casa que en las lejanas piezas del rompecabezas político mundial.

El resto de los jugadores del escenario mundial tampoco saldrán indemnes. La situación europea y de los mercados emergentes de la periferia es desfavorable: muchos de esos fondos quedarán inmóviles y no llegarán para abonar el crecimiento como hasta ahora.

La gran incógnita la representa China, un país que decididamente avanza hacia el punto más alto de la pirámide del poder mundial. Mucho de su asombroso crecimiento está atado a las actuales condiciones de la economía mundial, y estadounidense en particular. Los capitales llegan a sus costas para promover la producción industrial, sostenida por un uso de la mano de obra intensiva y sumamente barata, que encuentra su mercado por la pérdida de competitividad norteamericana, allí su principal destino exportador. Este comercio bilateral, ampliamente favorable a Beijing, le permite a China generosamente comprar bonos del tesoro norteamericano que ayudan a financiar su déficit.

Si bien la crisis afectó en un primer momento a las economías desarrolladas (Estados Unidos y Europa), lo que permitió cierto reposicionamiento de las economías emergentes y cierta coordinación entre ellas a través de los BRICS,⁵ en una segunda fase las afectó, principalmente por una disminución del crecimiento chino y una reacción por parte de Washington para recuperar la iniciativa con el abandono del multilateralismo, hacia la firma de convenios bilaterales con áreas económicas para garantizar sus intereses.

⁵ Acrónimo que designa la Conferencia que reúne a Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica.

Capítulo 1

La Guerra se hizo fría y la economía se *keynesianizó*

¿Cómo comenzar esta historia acerca de más de cuarenta años de crisis en los que estamos inmersos? ¿Hasta dónde debemos retroceder para encontrar sus orígenes?

Podríamos remontarnos a fines del siglo XIX con el furor del imperialismo, o a las catástrofes bélicas y económicas que lo continuaron, pero un buen punto es la última posguerra: de ella nació el mundo diferente que fue erosionado por los sucesos que siguieron a 1973.

La Guerra Fría: Definición y contexto

La Guerra Fría fue una expresión acuñada en el siglo XIV por el regente Don Juan Manuel para describir el conflicto de entonces entre cristianos y musulmanes en la Península Ibérica, pero su llegada al nuevo contexto de posguerra se la debemos al financista Bernard Baruch y a Walter Lippmann, quien la popularizó en 1947.

La expresión puede ser analizada desde dos puntos de vista: por un lado, sirve para referirse al período concreto de enfrentamientos intensos entre las dos superpotencias y/o sus bloques (fines de los cuarenta, principio de los cincuenta y desde los finales de los setenta hasta principios de los noventa). Otra acepción es verla no sólo en términos estatistas sino también como producto de la interacción social, como lo hizo Fred Halliday:

lo que dio una guerra especial [la Guerra Fría], más allá de las características convencionales de conflicto internacional. Fue de carácter ínter sistémico, el que expresa la rivalidad de dos sistemas sociales, económicos y políticos diferentes. Ambos pretendían la hegemonía a escala mundial para producir un orden homogéneo dentro de los estados, y ambos amenazaban la legitimidad del otro, incluso cuando se vieron obligadas a establecer relaciones diplomáticas y de otro tipo, y por estas opiniones era así aun cuando existía la amenaza de las armas nucleares (Halliday, 1989, p. 26).

Otra singularidad de esta guerra fue que no había un peligro inminente de guerra mundial (Hobsbawm, 1995). Los gobernantes de las superpotencias aceptaron el reparto global de zonas de influencia, establecido en las conferencias de Teherán, Yalta y Potsdam, lo que suponía un equilibrio de poderes desigual pero indiscutido. La retórica belicista de la Guerra Fría era complementada por cierta coexistencia pacífica entre las potencias, las cuales confiaban en moderarse.

Hacia 1947 ya se vislumbraban sus principales características: bipolaridad, rivalidad globalizada y naturaleza intersistémica (Halliday, 1989). Competían, el capitalismo norteamericano por sostener su supremacía, y el comunismo soviético por arrebatarla, aunque era una lucha desigual.

En esta confrontación existieron dos fases marcadas por una extrema tensión, las llamadas primera y segunda Guerra Fría.¹ La Primera Guerra Fría (1947-1953) comenzó cuando se lanzaron la Doctrina

¹ La Segunda Guerra Fría la trataremos en el capítulo correspondiente.

Truman² y el Plan Marshall,³ que instituyeron la estrategia de contención y pusieron fin a los gobiernos de unidad nacional que tuvieron lugar tras la derrota nazi en Europa –en Occidente se excluyó a los comunistas y en Oriente los regímenes fueron soviéticos–. Esta fase se prolongó hasta el final de la guerra de Corea⁴ y la muerte de Stalin, y según Paul Kennedy se caracterizó porque se intensificaron la división entre los bloques⁵ y la escalada del conflicto desde Europa hacia el res-

² Esta estrategia se fundamentó en un telegrama de George Kennan, quien afirmó que la URSS era un oponente poderoso que, frente a una resistencia de igual o mayor porte, se retiraría. Fue un documento determinante en la definición de esa estrategia –y la revista *Foreign Affairs* de 1947 lo publicó bajo el título “Las fuentes de la conducta soviética”–. En él, además, señaló que el comunismo llevaba el germen de su propia destrucción y, por ese motivo, Estados Unidos y Occidente debían concentrarse en impedir su propagación y esperar su caída (Kennan, 1991).

³ Es uno de los programas masivos de ayuda económica que el Secretario de Estado George Marshall lanzó con el objetivo de beneficiar a las empresas privadas norteamericanas en Europa y otro programa para el Japón con el objetivo de ajustar el equilibrio de poder a su favor.

⁴ La Península Coreana fue anexada por el Imperio Japonés a principios del siglo XX y durante la finalización de la Segunda Guerra Mundial fue ocupada en el norte por las tropas soviéticas y en el sur, por las estadounidenses. En 1950 las tropas norteamericanas iniciaron acciones militares que finalizaron con un cese del fuego tres años después. Aún hoy no existe la firma de un tratado de paz.

⁵ La creación de pactos u organismos de seguridad como la Organización del Tratado del Atlántico Norte en 1948, y la formación de Alemania Federal y su incorporación a ella, acentuaron esta división. Entre aquellos se encontraron el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (1947), el ANZUS (Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos), el del Sudeste Asiático (SEATO, 1954) y el que suscribieron Turquía, Gran Bretaña, Irak, Irán y Paquistán (CENTO, 1955), y varios acuerdos bilaterales de defensa de EE.UU. con Japón, Corea del Sur, Turquía. Estos pactos y organismos tuvieron su contraréplica con la creación del Pacto de Varsovia en 1955, que aglutinaba a los países del Bloque Oriental. Además, como dijo Fred Halliday, aquí: “Ni el Este ni el Oeste fueron capaces de predominar sobre el otro, y las divisiones mismas que acompañaron su final –Alemania, Corea Vietnam–, simbolizan el carácter inconcluso de su terminación” (Halliday, 1989, p. 25).

to del mundo⁶ (Kennedy, 1988). Fue un período en el que las potencias estuvieron fuertemente enfrentadas: ni la URSS ni EE.UU. lograron honrar la paz de la Primera Guerra Fría del modo que habían imaginado, ambos países, lograron influencia estratégica y confianza firme de esta Primera Guerra Fría de la era nuclear (Halliday, 1989, p. 25).

Hasta llegar a la Segunda Guerra Fría, siguiendo a Halliday, nos encontramos con dos fases: la del antagonismo oscilatorio y la de la distensión, caracterizadas por el menor enfrentamiento entre las cabezas de bloque,⁷ pero esta baja de las tensiones entre ellas no significó una merma en su control hacia sus satélites.⁸

El antagonismo oscilatorio (1953-1969) se caracterizó por los “intentos para suavizar la confrontación y lograr acuerdos, para eliminar algunas tensiones internas de cada campo, de la confrontación” (Halliday, 1989, p. 26). Tuvieron lugar las primeras cumbres entre los mandatarios de las superpotencias, ante la conciencia de que poseer armas de destrucción masiva (misilísticas y nucleares, fundamentalmente) hacía necesario algún esquema para negociar, pero esto no siempre fue posible, como lo demostraron algunos sucesos: la interceptación de un avión espía U2 (1960), la construcción del muro de Berlín (1961) y la crisis de los misiles (1962).

Pero el esquema rígido de los primeros tiempos de la Guerra Fría convivió con el proceso de descolonización, en el cual el involucramiento de las dos superpotencias no necesariamente respondería al esquema Este-Oeste.

⁶ Si bien inicialmente las tensiones se concentraron en Europa (Grecia, Alemania), luego se inclinaron hacia el Lejano Oriente –fundamentalmente por el triunfo de Mao en China–.

⁷ El pensamiento neoconservador impugnó los fundamentos de esta estrategia. Albert Wohlstetter, junto a Paul Wolfowitz y Richard Perle, desde fines de los cincuenta estaban en contra de ella y sus derivados, que propiciaban el control de armas estratégicas. Se tratará con mayor extensión en el capítulo 3.

⁸ En esta fase surgieron las doctrinas de Seguridad Nacional y la de la Soberanía limitada o Brezhnev, una en cada campo.

La descolonización respondió a otra lógica que tuvo lugar en la posguerra, la lógica Norte-Sur, por la cual las antiguas potencias imperiales (Francia e Inglaterra principalmente) no pudieron mantener sus colonias y estas pérdidas generaron cierto vacío que intensificó la lucha de las cabezas de bloque. Aunque inicialmente las superpotencias cumplieron con su compromiso de liquidar el antiguo orden imperial europeo, al promediar la década de los cincuenta ese acuerdo –que había sobrevivido a la Primera Guerra Fría– fue abandonado, ya que, por un lado, los soviéticos apoyaron decididamente los movimientos de liberación y los norteamericanos, a las antiguas potencias coloniales que eran sus socias en la contienda global.

Aunque militarmente bipolar, este sistema convivió con ciertos subsistemas que poseían algún grado de autonomía, como los conflictos árabe-israelí⁹ y el indo-paquistaní;¹⁰ podríamos sumar a este lote el chino-soviético,¹¹ debido a que el poder militar no se tradujo “en una capacidad proporcional de poder político o de influencia moral” (Aron, 1976, p. 163).¹²

En esta fase también ocurrió la Crisis de los Misiles, que fue uno de los puntos más álgidos de enfrentamiento entre las superpotencias: los soviéticos instalaron rampas para cohetes militares en Cuba, cuestión que se percibió como un peligro para la seguridad norteamericana.

El suceso que marcó los años sesenta de manera decisiva fue la Guerra de Vietnam. Luego de la Cumbre celebrada en Potsdam, Churchill, de Gaulle, Roosevelt y Stalin acordaron la independencia del

⁹ La finalización del mandato de Palestina derivó en la creación del Estado de Israel y en una serie de conflictos desde 1948 por el reconocimiento de un Estado árabe.

¹⁰ Aquí la independencia y división del Virreinato de la India dejó zonas grises, como en Cachemira, que fue objeto de disputas bélicas entre el Estado hindú y Paquistán.

¹¹ Motivada principalmente por el intento de satelización de la República Popular China a los designios de Moscú.

¹² Véase capítulo 11..

dominio francés de Indochina y su división en tres Estados (Camboya, Laos y Vietnam). En el caso de este último se resolvió crear un “único Vietnam libre y democrático”. Allí se había desarrollado una fuerte resistencia a los japoneses a cargo de Ho Chi Minh y el Frente de Liberación Nacional (Viet-minh).

Esta oposición nacionalista orientada al comunismo continuó luego de la Guerra del Pacífico contra la presencia gala en el área. Desde 1952 la posición de Francia se mostró insostenible, ya que no logró el concurso de los Estados Unidos, que descartó intervenir ante el temor de generalizar el conflicto, llegando a la derrota de París en Dien Bien Phu (1954).

En la Conferencia de Ginebra entre abril y julio de 1954 se reeditó la solución arbitrada para Corea al establecer un paralelo, el 17, como la frontera entre las dos zonas, instalándose en el norte un régimen comunista y en el sur uno afín a Occidente, además de neutralizar Laos y Camboya como forma de establecer cierto equilibrio de fuerzas que se mostró imposible, de todas formas, a mediano plazo en el Sudeste asiático.

La cada vez más enconada oposición entre los dos Vietnam dejó sin efecto las previsiones contempladas para reunificar territorio. Los sectores procomunistas en el sur constituyeron el Vietcong desde 1960 para combatir la dictadura de Diem. Ello generó el apoyo de Washington a dicho régimen desde 1961 y, tras declarar la guerra en 1964, creció la cantidad de soldados norteamericanos que participaron.¹³

Los norteamericanos temían el cumplimiento del efecto “dominó” que significaba unificar Vietnam bajo los comunistas, ya que ello provocaría el fin de la neutralización de Laos y Camboya.

¹³ Ella pasó de 55 oficiales en 1954 a 15 mil soldados a comienzos de la declaración formal en 1964, y llegó en 1967 a 550 mil, que enfrentaban a un número de combatientes estimado entre 90 mil y 220 mil.

La Guerra de Vietnam alcanzó su máximo nivel de violencia entre el Incidente de Tonkín (1964) y la Ofensiva del Tet (1968).¹⁴ El sostenimiento del conflicto resultó costoso para la economía norteamericana, pues derivó en un aumento de los impuestos para financiarlo (del 3% en 1967 al 12% en 1974) y causó una inflación persistente del 10% en 1970.

El republicano Richard Nixon (1969-1974), a pesar de su rigidez ideológica, pudo ser pragmático. Creía que Estados Unidos estaba en decadencia por la caída de su economía, el balance de poder y su influencia en política internacional, y había que revertir esa situación.

Por ello inauguró la etapa de la Distensión (1969-1979), en la que existieron una retórica de paz y una búsqueda por convenir los niveles de armamento. En esta etapa fue significativo el avance hacia el control y limitación del armamento nuclear (acuerdos SALT I de 1972) que, junto con la Cumbre de Helsinki (1975), suavizaron las tensiones entre los dos campos, unido a una relajación de los vínculos entre los conflictos Este-Oeste y otros conflictos (Halliday, 1989).

Nixon combinó en la conclusión de la Guerra de Vietnam un esquema de pegar y negociar: mientras establecía conversaciones en París, bombardeó Laos, Camboya y Vietnam del Norte, al mismo tiempo que involucró a la República Popular de China en los sucesos. Además de Beijín, visitó la URSS y Rumania, pero estos signos de distensión contrastan con la participación de Estados Unidos en otros escenarios, como el derrocamiento de Allende en Chile.

El discurso y la ejecución del golpe de Estado tuvo a Henry Kissinger como mentor, quien sostenía la necesidad de contar con el apoyo de otros países (incluso China y la URSS) para lograr un equilibrio y disminuir la confrontación.

¹⁴ En esta operación se lanzaron unos siete millones de toneladas de bombas (González, 2006).

La Doctrina Nixon consistió en apoyar a países que eran considerados débiles, para combatir al comunismo. Buscaba economizar gastos de defensa propios con el aumento de la ayuda militar y económica a terceros países, no sólo en caso de amenaza flagrante, e incluso intervenir con fuerzas reducidas si el ejército del país amenazado era incapaz de responder a la magnitud de la agresión (González, 2006).

La economía y la sociedad de posguerra¹⁵

La estructura socioeconómica de la última posguerra tuvo, hasta la Crisis de 1973, como rasgo predominante la existencia de nuevos contratos sociales que impulsaron la llamada Edad Dorada (Hobsbawm, 1995).

Universalizar el Estado de Bienestar en los países más desarrollados (EE.UU., Europa Occidental y Japón) confirmó aquella suscripción tendiente a revertir los problemas sociales que habían impulsado la Segunda Guerra Mundial e instrumentar un sistema para distribuir la riqueza que evitara la llegada de una nueva conflagración mundial.¹⁶ Por su parte, los países socialistas constituyeron economías centralizadas y planificadas, todas girando en torno a las necesidades de Moscú. En ellos se produjo una mejora de los niveles de vida, pero constituyeron sociedades estrechamente vigiladas.

En el caso de los países subdesarrollados, muchos optaron por estrategias desarrollistas en las cuales sus buscaban recursos en el exterior para financiar su industria; otros profundizaron su rol de exportador de materias primas y un último grupo tomó al modelo soviético como norte.

Todas esas estrategias repercutieron en un crecimiento acelerado de la economía mundial durante las dos primeras décadas de la pos-

¹⁵ En este apartado hemos consultado Simonoff, 2018.

¹⁶ Este rol que reasignaba recursos de manera más equitativa no sólo buscaba evitar el surgimiento de nuevos Hitler en los países devastados por la contienda, sino también que cayeran en el comunismo.

guerra, pero este proceso comenzó a mostrar signos de agotamiento en los años sesenta.¹⁷ En los países desarrollados se observó una decadencia industrial, sobre todo en el rubro siderúrgico, que fue desplazado en la generación de empleo por el tercer sector (servicios) y relocalizado hacia zonas de menores salarios: se produjo una fuga hacia el Lejano Oriente. Y también comenzó un lento remplazo del modelo fordista por otro más reticular y flexible (los NICS del Sudeste Asiático, por ejemplo).¹⁸

En el caso de la agricultura, las políticas proteccionistas del Primer Mundo, ya sea por medidas paraarancelarias, o por la implementación de subsidios directos e indirectos, distorsionaron el rol de la periferia como proveedor de alimentos y materias primas, y afectaron a sus empleos rurales y fortalecieron la conurbación en sus grandes ciudades.

Estas transformaciones impactaron sobre el comportamiento de la clase obrera. La mejora del nivel de vida, producto del pleno empleo y el consumo de masas, llevó a cambios tenues en momentos en los que trabajadores cualificados comenzaron a votar a la derecha, o a la extrema derecha, pero no por sus opciones progresistas tradicionales (socialdemócratas o comunistas). Con distintos matices, Castoriadis (2009) sostuvo el aburguesamiento de los obreros industriales y Hobsbawm (1995) hizo hincapié en una división funcional entre los de cuello blanco (*white collar*), vinculados a los servicios, que viraron hacia los conservadores; y los de cuello azul (*blue collar*, o de overol), quienes también cambiaban sus lealtades políticas.

¹⁷ Como señaló Arrighi (1999), la ayuda militar norteamericana complementaba el crecimiento económico de los países satélites en los sesenta, además de absorber parte de ese gasto, como ocurrió en Europa Occidental y Japón a través de la OTAN y los acuerdos bilaterales de defensa, respectivamente.

¹⁸ Los NICS (siglas en inglés de “nuevos países industriales”) fue un modelo claramente distinto del desarrollista, ya que se apoyó en el uso de mano de obra intensiva barata por parte del capital concentrado y no por reproducir la lógica de contrato social y estímulo estatal para industrialización.

Dentro de esta transformación social y política de las primeras décadas de la posguerra, uno de los aspectos más relevantes fue la inversión estatal en educación. Ello se vio reflejado en el aumento del acceso a todos sus niveles, incluido el universitario, cuyas aulas se vieron desbordadas por los nuevos alumnos, provenientes mayoritariamente de los sectores medios, y en menor medida de los bajos, que reclamaban otro tipo de relaciones, más democráticas, en instituciones marcadas por la estratificación y la jerarquía.

Aunque, como señala acertadamente Tony Judt (2009), el crecimiento de la matrícula universitaria no tenía precedente, no alcanzaba a englobar a todos los jóvenes, ni permitió constituir una clase social, pero sí visualizar un nuevo tipo de sujeto activo.

La aparición de los jóvenes como un actor diferenciado se desarrolló política y económicamente como un nicho de consumo particularizado por sus hábitos de vestimenta y de alimentación, y por sus insumos culturales.

En los Estados Unidos, como en la mayoría de las sociedades involucradas en la Segunda Guerra Mundial, tuvo lugar el *baby boom*, que fue tanto cuantitativo como cualitativo, ya que se hicieron evidentes las diferencias generacionales que permitieron reforzar el desarrollo de un mundo juvenil. Este fue estimulado por la cinematografía (recordemos por un momento la figura de James Dean) que ensalzaba su rebeldía, y potenciado por el surgimiento del rock and roll; aunque su aparición en el mundo anglosajón, más tarde global, parecía más permeable al mercado que la política, a la inversa que en Europa continental.

Los años sesenta

Esa década puede ser conceptualizada saliendo de los estrictos márgenes cronológicos, como lo hizo Jamenson (1997), a partir de las luchas del Tercer Mundo contra las potencias imperialistas (como Francia o Estados Unidos), bajo la imagen de David contra Goliat.

Esas luchas estimularon las protestas en esos países, los cuales fueron los mayores epicentros de esas movidas. Por ese motivo, Jamenson ubicó el período entre la Revolución Cubana en 1959 y la caída de Salvador Allende en Chile y la Crisis de 1973.¹⁹

Los ciclos de tensión no fueron novedosos. Podemos rastrearlos con alguna certeza desde los tiempos de la doble revolución política y económica iniciada a fines del siglo XVIII, como observamos en los ciclos revolucionarios de 1789, 1848 y 1917, por ejemplo.

En Estados Unidos, la mejora de la calidad de vida y las luchas por derechos civiles siguieron las tradiciones del *New Deal* por parte de los gobiernos demócratas de Kennedy y Johnson con su programa de *Great Society*. Pero, por otro lado, esas administraciones se involucraron cada vez más en el conflicto vietnamita, dado el rol hegemónico de Washington como cabeza del bloque occidental –y en el que suplieron a los franceses en ese rol tutelar en la antigua Indochina– con el envío de “asesores” que cumplieron funciones militares contra el Frente de Liberación Nacional de Vietnam.

Esta intervención ganó luz pública con el apoyo al régimen de Diem en 1961 y, tres años después, con la declaración formal de guerra. A diferencia de ocasiones anteriores, este involucramiento en la guerra del Sudeste Asiático no pudo ser legitimado, ya que fue rechazado por amplios sectores de la sociedad civil norteamericana.

Pero esas protestas no se detuvieron en el gran país del norte y hubo réplicas en sus socios europeos, cuyas principales capitales fueron testigos de esas marchas multitudinarias, que muy bien reflejaron los Rolling Stones en “Luchador callejero”:

Por doquier escucho el sonido de pies cargando y marchando, chico. / Porque el verano está aquí y es el momento correcto para

¹⁹ Nos resulta sumamente atractivo ese cierre, ya que será la dictadura chilena la que impondrá las recetas neoliberales que antecedieron a las experiencias de Thatcher y Reagan como respuestas a la Crisis de 1973.

pelear en la calle, chico. / Pero qué puede hacer un pobre muchacho / excepto cantar en una banda de rock and roll... (Jagger y Richards, 1968).²⁰

Como se pudo observar en el estallido de la Revolución Cultural en 1966, el bloque Oriental no escapó a estas tensiones. Desde los inicios de la República Popular China en 1949 existieron pujas entre la burocracia partidaria y el liderazgo de Mao, a lo que se sumaba la promoción de una vía propia de llegada al socialismo. Las masas jugaron un papel crucial en el reclamo de una mayor descentralización económica y fortalecimiento de la figura del Gran Timonel, con su *Libro Rojo* como bandera.

Y en eso llegó el Mayo Francés

Los ingresos masivos a las universidades, por la inversión en el rubro durante la Era Dorada, las hicieron crujir, ya que la universidad era una institución fuertemente estamental y que se negaba a democratizar sus estructuras. En ese sentido, la incomodidad de Raymond Aron (1983) con la nueva situación resulta muy significativa.

Los reclamos estudiantiles por los problemas habitacionales en la Universidad de Nanterre a principios de 1968 pusieron a Daniel Cohn-Bendit, conocido como Dany el Rojo, a la cabeza de ese movimiento.

El 22 de marzo se produjo la primera toma de la Universidad de Nanterre por las regulaciones en el uso de las instalaciones. Intervino la CRS²¹ y encarceló a algunos dirigentes.

Los reclamos por transformar las situaciones cotidianas pronto mutaron a la forma de gobierno universitario, con la exigencia de que

²⁰ Nótese aquí la tensión entre cierta simpatía por los reclamos, pero a la vez su desconfianza con esas políticas.

²¹ Son las siglas en francés de *Compagnies Républicaines de Sécurité* (Compañías Republicanas de Seguridad), que son fuerzas de seguridad de la Policía Nacional Francesa.

los estudiantes participaran, pero la negativa de las autoridades llevó a un estado de efervescencia mayor.²²

Un mes después, en una nueva protesta, motivada por las prohibiciones de las autoridades a realizar expresiones contra la guerra de Vietnam, éstas decretaron el cierre de la universidad. Los estudiantes respondieron llamando a un boicot para los exámenes parciales, que fue desautorizado por la Federación Nacional de Estudiantes de Francia –conducido por sectores de derecha– y que concluyó con enfrentamientos entre ambas facciones.

El movimiento amplió su circumscripita agenda universitaria a muchos reclamos sociales y políticos en los que se evidenciaba su carácter antiburocrático.

La ebullición fue en ascenso desde los primeros días de mayo, cuando el movimiento traspasó los límites de la Universidad con ocupaciones de espacios públicos, primero la Plaza de la Sorbona y luego el Barrio Latino, donde la represión, lejos de hacer retroceder a los manifestantes, los envalentonaba.

Barricadas, marchas y grafitis dieron a este movimiento un carácter singular. La mayoría de las obras sobre el tema recuerda las escrituras callejeras como “Sean realistas, pidan lo imposible” o “No tomen el ascensor, tomen el poder”, consignas de una extensa lista que muestran su estilo claramente irreverente.²³

Fue durante la llamada “Semana rabiosa” cuando comenzaron a sumarse comisiones obreras, las cuales instrumentaron un sistema de control de precios y distribución de mercaderías. Esta situación obligó a la burocracia sindical, en manos de los comunistas, a cambiar su mi-

²² Este reclamo resulta curioso, ya que la participación estudiantil en el cogobierno de la universidad era algo que en estas costas se había logrado, no sin rupturas, unos cincuenta años antes con la Reforma Universitaria.

²³ Aunque para ser sinceros, muchas de esas pintadas resultaban contradictorias entre sí: algunas eran antigubernamentales, otras hacían referencia a situaciones académicas o a las disputas entre diversos grupos de la izquierda, por ejemplo.

rada acerca de la revuelta de “nenes de papá” y tratar de reconducir el proceso. Por ello, el día 13 de mayo la CGT se sumó a las asambleas y lanzó una huelga general por la que Francia resultó paralizada.

Los reclamos fueron contra el gobierno de Charles de Gaulle pero también sobre toda la estructura de partidos, incluso los opositores, como los Partidos Socialista y Comunista. Este último aspecto develó la pérdida de hegemonía de la izquierda tradicional frente a otras variantes más radicalizadas (trotskistas, maoístas, anarquistas, etc.).

Las oscilaciones del gobierno entre negociar y reprimir incrementaron la incertidumbre. Finalmente, el 25 de mayo se abrieron las conversaciones con las organizaciones obreras, que culminaron con los Acuerdos de Grenelle. Estos fijaron un aumento mensual/general y otro del salario mínimo.

Sin embargo, las movilizaciones siguieron, a pesar de que el 30 de mayo el general Charles de Gaulle anunció la disolución de la Asamblea Nacional y que no dimitiría, proclamando el lema “El caos o yo”. Sólo comenzaron a disolverse con el pago de los días caídos y el aislamiento de los estudiantes que padecían la represión de la CRS y el encarcelamiento de sus principales líderes.

Luego de tanta agitación, a fines de junio se llevaron a cabo elecciones, ordenadas por el General de Gaulle. El gobierno reforzó su posición a través de la Unión de Demócratas por la República, que ganó por un 38%; en cambio, los comunistas y socialistas sufrieron fuertes retrocesos.

Está claro que de Gaulle aprovechó las contradicciones de la alianza obrero-estudiantil para sacarle fuerza al Movimiento “22 de Marzo”, ofreciendo cumplir los objetivos más precisos y concretos de los obreros, y dejando a un lado los más profundos pero menos precisos de los estudiantes.

Las ramificaciones del 68

Pero el malestar estaba tanto en Occidente como en el otro bloque. En Checoslovaquia se produjo la llamada Primavera de Praga: el Pre-

sidente Alexander Dubcek propuso la instrumentación de un sistema pluripartidario que buscó transformar al socialismo burocrático pero manteniéndose en la órbita de Moscú.

Ante la resistencia de algunos sectores a favor del *statu quo* a nivel local, que reclamaban dar marcha atrás con las modificaciones, la población se movilizó e intervinieron las fuerzas del Pacto de Varsovia sobre Praga, que dieron por terminada esa iniciativa política.

Incluso América Latina, que no había quedado inmune al movimiento de los sesenta por la Revolución Cubana, tuvo otros coletazos: las protestas universitarias en México que llevaron a la Matanza de Tlatelolco en 1968, y el Cordobazo en Argentina al año siguiente, fueron una muestra de ello.

La respuesta a los sesenta

Como señalamos, los setenta concluyen hacia 1973 con una crisis estructural que afectó al mundo creado en la última posguerra, tanto en sus fundamentos materiales –el Estado de Bienestar– como en el rechazo a aquella agitación política que describimos.

La necesidad de revertir esas causas permitió que apareciera una reacción bajo la forma de la “nueva derecha”, la cual, según Alain Finkielkraut (1982), se compuso de una mezcla entre la utopía que propuso un *New Deal* al revés y la revancha de los años sesenta.

Este nuevo sustrato cultural en el que aún vivimos removió los cimientos materiales y políticos de la posguerra; además, resignificó algunas consignas del 68, sobre todo aquellas que giraron en torno al individualismo y que eran funcionales al discurso neoliberal. Incluso la vinculación entre los sesenta y el estructuralismo fue denunciada por Castoriadis, quien no dudó en expresar que los manifestantes de entonces hubieran lanzado “carcajadas inextinguibles” si se les hubiese planteado esa cuestión (Castoriadis 2009, p. 146).²⁴

²⁴ El estructuralismo no los apoyaba porque era la ideología dominante entre los profesores, y contra ellos fue el movimiento; que luego hayan tratado de reacomodarse ante los cambios es distinto de decir que los originaron.

Capítulo 2

La Crisis de 1973

Cuando hablamos de la Crisis de 1973, la referencia más extendida y usual es la suba de los precios del petróleo. Pero se dio también la emergencia de problemas más profundos que estaban enraizados en la economía mundial, y de respuestas ante la crisis que moldearon nuestro mundo actual. Como lo ha señalado Eric Hobsbawm, el tiempo que siguió fue

la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis. Sin embargo, hasta la década de los ochenta no se vio con claridad hasta qué punto estaban minados los cimientos de la edad de oro (Hobsbawm, 1995, p. 407).

Como lo explicó Giovanni Arrighi, en la fase de expansión de cada ciclo sistémico de acumulación¹ aparece una crisis-señal que marca “el fin de la expansión material en una ‘época dorada’ de renovada riqueza y poder para sus promotores y organizadores” (Arrighi, 1999, p. 258).

¹ Según este autor, existieron varios ciclos sistémicos en el capitalismo: el largo siglo XV-XVI (genovés), el largo siglo XVIII (holandés), el largo siglo XIX (británico), el largo siglo XX (estadounidense) y un naciente asiático. En cada uno de ellos existieron tres fases: un primer período de expansión financiera en el cual el nuevo régimen se desarrolló dentro del “viejo”; un segundo período de consolidación y posterior desarrollo del nuevo régimen de acumulación; y finalmente un segundo período de expansión financiera en el que aparecen las contradicciones del régimen de acumulación por “la emergencia de regímenes competitivos y alternativos que agravan esas condiciones” (Arrighi, 1999, p. 257).

Aún nos encontramos entre dos ciclos, lo que se traduce en una larga y recurrente serie de crisis desde 1973, que fue la señal que inició el declive del siglo norteamericano. Este “ha[bía] alcanzado su propia madurez y, quizás, está perdiendo el terreno para la emergencia de un nuevo régimen dominante [el asiático]” (Arrighi, 1999, pp. 286-287).²

Los cambios acaecidos, producto de este *crack*, provocaron el fin del orden establecido desde la última posguerra.³ Aunque el declive norteamericano, síntoma central de esta convulsión, fue paulatino ya que:

Estados Unidos respondió a esa crisis en la década de 1980 compitiendo agresivamente por el capital en los mercados financieros globales y con una importante escalada de la carrera armamentística con la URSS. Aunque esa respuesta logró reavivar la fortuna política y económica de Estados Unidos (...) tuvo la consecuencia imprevista de agravar la turbulencia de la economía política global y de hacer depender aún más el poder y la riqueza nacional de Estados Unidos de los ahorros, el capital y el crédito de los inversores y gobiernos extranjeros (Arrighi, 2007, p. 17).

Esta dependencia de los mercados financieros, que involucró a la principal potencia militar del planeta y al resto de los países, generó tensiones en el orden político estatal que podrían estar indicando cambios más profundos.

² Esto se evidenció por el hecho de que el “milagro económico” regional del sudeste asiático “no comenzó realmente hasta la década de 1970, es decir, después de la crisis-señal del régimen de acumulación estadounidense” (Arrighi, 1999, p. 400).

³ El listado de ellos, siguiendo a Hobsbawm, es el siguiente: el crecimiento salarial para sostener la demanda, que afectaba las tasas de ganancias y la inflación; el fin de la expansión de posguerra; el desplazamiento de poderes (internacionales a transnacionales); el abandono del patrón oro, ya que la inflación que erosionaba a las monedas en 1972, la decadencia de las industrias viejas (siderurgias) por servicios (McDonald’s) en la generación de empleos y el reemplazo del modelo fordista por otro posfordiano (redes o mosaicos de empresas pequeñas de alta tecnología) (Hobsbawm, 1995).

Durante esa crisis se abandonó el patrón keynesiano, que había reinado desde la década de 1930.⁴ Este fue una solución para sortear las causas y efectos del Crack de 1929, que se vio como puerta de acceso a una catástrofe generalizada como fue la Segunda Guerra Mundial; por ello se instrumentaron nuevos contratos sociales en términos internos y, a través de Bretton Woods (1944), se intentó “establecer controles colectivos” (Lowenstein, 2016, p. 19).

Estos acuerdos dieron origen al sistema económico de posguerra y crearon una serie de organismos internacionales financieros tendientes a garantizarlo (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y el GATT).⁵

Como ya señalamos, podríamos dividir los Estados en tres grupos diferentes desde el final de la Segunda Guerra Mundial: desarrollados, socialistas y subdesarrollados. Los primeros (Europa occidental, EE.UU. y Japón) conformaron un nuevo contrato social, propenso a

⁴ La Guerra Fría, según Fazio Vengoa, detuvo la llegada más temprana de la globalización, por los tres pilares que la sustentaron: un orden internacional predominantemente estatalista, los nuevos pactos sociales y el hecho de que las dos superpotencias pusieron todo bajo su lógica (Fazio Vengoa, 1999).

⁵ Si bien se reconoce en términos generales una orientación keynesiana de dichos acuerdos, ella debió complementarse con la hegemonía norteamericana, lo que produjo cierta ambigüedad en su resultado final, como lo señaló Lowenstein: “El FMI tendría a su vez la atribución de imponer rígidas medidas de austeridad a aquellos que pidieran préstamos y podría exigirle”, por ejemplo, que redujeran sus déficits. Keynes había deseado una institución más benigna, una que ofreciera préstamos cotidianos para el comercio de rutina, pero no pudo ser. El acuerdo creó el Banco Mundial para asistir al desarrollo, Keynes imaginó que este banco sería fundamental para la recuperación europea, pero –de nuevo- Estados Unidos tenía otra idea. En el periodo inmediato de posguerra el banco perdería toda su importancia debido al Plan Marshall” (Lowenstein, 2016, p. 21). Incluso el negociador norteamericano, Harry Dexter White, quien compartía con Keynes la idea de abandonar el patrón oro, se diferenció de éste al no considerar acertada su propuesta de una moneda artificial, sino que terminó imponiendo el dólar como patrón de cambio internacional.

revertir los problemas que había ocasionado la guerra e instrumentar un sistema de distribución.⁶ Estados Unidos cumplió un rol muy importante a la hora de asignar los recursos para que los países que habían sido devastados por la guerra no cayeran en el comunismo. A su vez, los países socialistas optaron por construir economías centralizadas y planificadas, girando en torno a las necesidades de Moscú; por su parte, los países subdesarrollados optaron por varias estrategias entre ambos modelos, pero también por un modelo propio: el desarrollismo.⁷

EE.UU. llevó adelante una estrategia para sostener modelos capitalistas exitosos que compitieran con el socialismo: Europa y Japón fueron los elegidos. Washington invirtió dólares y les permitió ciertas excepciones a las reglas generales del comercio para que esas economías se pudieran desarrollar.

En Europa Occidental, el Plan Marshall obligó a los países a pasar de una lógica competitiva, que los había moldeado durante muchos siglos, a otra cooperativa, que les permitió construir la integración europea.⁸

La Comunidad Económica Europea implicó un aumento de dimensiones y capacidades que le permitiría competir al viejo continente con

⁶ Los futuros neoliberales estuvieron en contra de cualquier forma de control estatal de la economía y del *Welfare State*, como se pudo observar en *El camino de la servidumbre* (1944), de Friedrich von Hayek. Allí se sostuvo que, a pesar de las buenas intenciones de los laboristas ingleses, sus políticas conducirían al mismo desastre que el nazismo alemán, hacia una forma de servidumbre moderna. En 1947 se realizó una reunión en Mont Pèlerin (Suiza), donde varios economistas e intelectuales (Friedman, Popper, v. Mises, W. Lippman, etc.) firmaron un manifiesto fundacional.

⁷ Esta estrategia consiste en que los Estados busquen recursos para promover la industrialización de sus países y así superar el subdesarrollo.

⁸ Los destinos de los fondos del plan Marshall debían ser discutidos en conjunto por todos los actores que formaban parte de él. Luego vinieron la asociación europea del carbón y del acero, el Benelux (Bélgica y Luxemburgo) y a partir de 1958 el Tratado de Roma, la base de la actual Unión Europea.

las dos superpotencias. La apertura interna –cuyo objetivo final era la libre circulación de bienes, servicios y personas– fue complementada con programas de protección externa en rubros como el agrícola y el ganadero, en los que claramente no eran competitivos.⁹

La constitución de la OTAN también sirvió de estímulo económico porque la defensa multilateral les permitió a los europeos miembros tener un nivel más bajo en gastos de defensa y poder utilizar esos recursos en otros fines.

En el caso de Japón encontramos parámetros similares.¹⁰ Importantes fueron los estímulos que significaron los conflictos de Corea y Vietnam para su crecimiento, aunque el modelo estuvo caracterizado por un uso intensivo del capital y de la mano de obra.¹¹

El impulso inicial de la posguerra se fue agotando a principios de los años sesenta, cuando el crecimiento se volvió más lento, pero se sostuvo por la inyección de dólares de EE.UU. a partir de sus necesidades estratégicas. Como dijo Giovanni Arrighi:

la ayuda militar a los países extranjeros y los gastos militares directos de los Estados Unidos en el exterior, cuyo volumen creció constantemente entre 1950 y 1958 y otra vez entre 1964 y 1973, proporcionaron a la economía-mundo toda la liquidez que necesitaba para expandirse (Arrighi, 1999, p. 357).

El gasto militar funcionó como un motor para la economía de los países del Primer Mundo.

El lento declive del crecimiento de posguerra fue producto de varios fenómenos: pérdida de competitividad, alta inflación y reducción

⁹ Un ejemplo de ello fue la Política Agrícola Común (PAC).

¹⁰ En este caso se firmaron acuerdos bilaterales de seguridad en 1950 y 1960.

¹¹ Esas características se expandieron a fines de los setenta hacia otros países del área, como los famosos Tigres Asiáticos; luego, desde los noventa, se incorporó la República Popular China, en donde el capital buscó bajos salarios: fue el llamado efecto “bandada de gansos”.

de ganancias. Según Arrighi, hacia 1973 se produjo una conjunción de tensiones de varios ámbitos:

La convergencia de la crisis militar y de la crisis de legitimidad del poder mundial estadounidense expresaba el fracaso del aparato militar-industrial norteamericano para enfrentarse con los problemas suscitados por la descolonización a escala mundial, que se había producido durante las últimas décadas (Arrighi, 1999, p. 386).

En el caso de las economías socialistas, la URSS y China tuvieron estrategias distintas para solucionar ese problema. Mientras la URSS optó por una estrategia de transformación general del sistema político y económico, los dirigentes chinos avanzaron en una idea de cambios específicos en la esfera económica, quedando excluida la política.¹²

En el mundo periférico y descolonial hubo diversas fórmulas de acceso a la modernización. Una de ellas fue acoplarse al modelo occidental exportando materias primas y abriendo sus economías, cuestiones que impactaron sobre las economías tradicionales de estos países, lo que generó dualidades y tensiones entre los nuevos sectores y los tradicionales, como en el caso de la economía iraní.¹³ Los modelos sovietizantes fueron adoptados por aquellos países recientemente independizados que buscaban una salida hacia la industrialización.

Otra fórmula fue la desarrollista, en la cual el Estado periférico tuvo un rol de promotor de la industrialización. Entró en crisis por el endeudamiento, la revolución de los transportes y la promoción de los NICs (siglas en inglés de “Nuevos Países Industriales”, como Corea del Sur, Singapur, Taiwán).¹⁴

¹² Estos casos los trataremos específicamente en los capítulos correspondientes.

¹³ Véase capítulo 6.

¹⁴ Son modelos que hicieron uso de mano de obra intensiva y que se congregaron en el Lejano Oriente.

La crisis

En 1973 la OPEP¹⁵ se reunió en Kuwait y decidió declarar un embargo a aquellos países que habían colaborado con Israel en la Guerra de Yom Kippur; luego tomó la decisión de aumentar el precio del petróleo (pasó de unos tres dólares el barril a doce). Estas medidas tuvieron dos objetivos: debilitar la posición norteamericana de apoyo a Israel en el conflicto de Medio Oriente y aumentar los ingresos de los países productores, que pasaron al sistema bancario internacional, con lo que ocasionaron una baja generalizada de intereses. Pero sus consecuencias fueron más variadas: las naciones desarrolladas buscaron a través del aumento de la inversión en tecnología una sustitución del petróleo como fuente de energía y encarecieron sus productos industriales, sobre todo los petroquímicos; buscaron reducir la capacidad económica de los países subdesarrollados dependiente del insumo del petróleo; las compañías petroleras internacionales perdieron poder internacional; en los países desarrollados creció, al ritmo del aumento del precio, la conciencia ambientalista, y dos de los países miembros de la Organización se vieron más beneficiados que el resto: Irán y Arabia Saudita (Simonoff, 2000a).

Un dato adicional fue que los países petroleros se beneficiaron no sólo con el aumento del precio sino también con la “nacionalización” de las compañías petroleras, y además dispusieron de una porción mayor de la renta petrolera.¹⁶

Esas divisas fueron dirigidas a gastos de infraestructura y defensa, pero también al circuito financiero internacional, lo que redujo las tasas de interés a mediados de los años setenta.

¹⁵ La OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) se creó en Bagdad en 1960. Está conformada en su mayoría por países árabes, a los cuales se sumó Venezuela, y funciona como un cártel de productores de ese recurso natural.

¹⁶ La renta petrolera a principios de los sesenta estaba en una relación de 70/30 a favor de las compañías multinacionales. Durante esa década se produjeron cambios en los contratos de explotación y por la creación de empresas nacionales que invirtieron dicha relación.

Por otro lado, la asunción de la escasez y de los nuevos costos de los recursos naturales llevó al nacimiento de una conciencia ecológica, que generó un debate en torno a su uso por parte de los países subdesarrollados, que los necesitaban para desarrollarse, mientras los desarrollados ya los habían utilizado y agotado.

El *crack* desencadenó la caída industrial de las principales naciones industrializadas, debido a que el petróleo representaba el 70% de la producción energética del mundo capitalista desarrollado. Por ejemplo, en Estados Unidos cayó un 14% y en Japón más de un 20%. Sin embargo, se acrecentaron las diferencias entre los países ricos (OCDE) y los pequeños y medianos (su relación pasa de 14 en 1975 a 22,5 en 1999).¹⁷

Allí comenzaron a aparecer Estados que mostraron signos de inviabilidad porque tenían bajos niveles productivos y alto endeudamiento, que desembocaron en la constitución de los denominados “Estados fallidos”.¹⁸

Desde 1970 se ha promovido una forma de globalización neoliberal caracterizada por “el predominio de la economía de mercado, la desregulación de la actividad económica y de los flujos internacionales de capital, el disciplinamiento de la fuerza laboral, desmantelamiento del Estado de Bienestar y sobredimensionamiento de la esfera financiera” (Rapoport y Brenta, 2010, pp. 40-41).

¹⁷ Mientras los países pobres no tuvieron opciones frente a la suba, las economías desarrolladas fueron más ricas y dinámicas porque también recibieron recursos desde la periferia que les permitieron no sólo mantener sino también incrementar sus diferencias entre ellos.

¹⁸ Esta es la caracterización para aquellos países con autoridad central débil o inexistente. Existe una pérdida del control sobre la coacción física y la fragmentación (sin adhesión popular, bajo pago de impuestos). Debilitan su base estatal también por la extensión de la corrupción y la pérdida por parte del Estado del uso legítimo de la violencia, para la cual aparece una privatización (Fuerzas Armadas en descomposición, ascenso de grupos paramilitares, mercenarios, etc.) (Kaldor, 2001, pp. 121-126).

Estas respuestas a las crisis giraron en torno a buscar la baja de la inflación. Las medidas que se llevaron adelante fueron, por un lado, partir de la idea de la carga impositiva muy grande sobre los ricos, aliviarles los impuestos y bajar los costos sociales (salud, educación, previsión social) mediante su privatización, transfiriéndoselos a los ciudadanos, que debieron asumirlos. Apareció otra idea, la de desregular la economía, por la cual los derechos sociales fueron percibidos como gastos y no como inversión; de allí el ataque al Estado de Bienestar: “los neoliberales intentan popularizar el elemental concepto de que el ‘mejor’ Estado es el Estado ‘mínimo’ (...). En otras palabras, proponen la pura y simple desaparición de la burocracia estatal (Finkielkraut, 1982, p. 46).

Ello desencadenó una batalla con el keynesianismo que fue un enfrentamiento ideológico más que técnico. Mientras los seguidores del economista premio Nobel de 1936 sostuvieron la necesidad de mantener salarios altos, pleno empleo y el Estado de Bienestar para mantener alta la demanda y alentar la expansión de la economía, los neoliberales buscaron las raíces de la crisis en el poder excesivo de los sindicatos y del movimiento obrero que presionaban sobre la inflación y la tasa de ganancia.

Los neoliberales se vincularon con un neoconservadurismo político y cultural basado en un anticomunismo militante que se expresó tras la invasión soviética a Afganistán, por la cual Occidente incrementó su gasto militar, lo que originó la Segunda Guerra Fría,¹⁹ que forjó la aparición de una nueva derecha.²⁰

¹⁹ Este aspecto lo trataremos en el próximo capítulo.

²⁰ Finkielkraut definió esta emergencia como una proclamación de “utopía y revancha”. La primera es el discurso anti*New Deal*, contra ese símbolo del Estado de bienestar y con el capitalismo liberal como la utopía, y la revancha es hacia los sesenta, con el hippismo, el pacifismo y el síndrome de Vietnam como elementos que marcaron el declive estadounidense (Finkielkraut, 1982, pp. 11-12).

Las respuestas políticas a la crisis

La primera experiencia de la promoción de estas posturas tuvo lugar en el Chile de Pinochet (1973) (Harvey, 2007), aunque mucha literatura hizo referencia a Margaret Thatcher, que fue posterior (1979), debido a que tuvo más visibilidad. Iniciaron un derrotero que incluyó a Reagan en Estados Unidos (1980), Helmut Kohl en Alemania Federal (1982) y también Poul Schlüter en Dinamarca (1983).

El gobierno conservador británico fue la experiencia neoliberal más completa porque avanzó en aspectos estructurales como la contracción de la emisión y la suba de las tasas de interés; abolió los contratos sobre flujos financieros; privatizó los planes de vivienda, las empresas de acero, electricidad y petroleras. También avanzó en cuestiones como la baja de impuestos a los ingresos altos y la aplicación de leyes antisindicales con costos sociales.

Thatcher tuvo una gran resistencia de múltiples sectores que llegaron a poner en riesgo su mandato como Primer Ministro, pero la Guerra de Malvinas le permitió cambiar el eje de discusión política con la aparición de un discurso imperialista, alentando un “jingoísmo” nacional ya que lo que buscaba “no era resolver rápido la cuestión [militar] sino probar, de manera simbólica que Gran Bretaña aún era ‘lo máximo’” (Hobsbawm, 1991, p. 68).

Dentro de ese marco, EE.UU. enfrentó una crisis que iba más allá del “malestar económico”, pues había sido derrotado en la guerra de Vietnam y existían cuestionamientos internos. Las nuevas condiciones generadas por la crisis, la pérdida de competitividad y el fin de la energía barata afectaron la producción industrial norteamericana, ya que sus productos respondían a un paradigma anterior, frente a los elaborados en Europa y Japón que estaban adaptados a los nuevos tiempos.²¹

²¹ En ese entonces, el noventa por ciento del parque automotor era de producción nacional.

La reorganización de la mano de obra influyó en los comportamientos electorales de bastiones tradicionales demócratas, como en el caso de las zonas de los Grandes Lagos –donde estaban instalados los grandes complejos industriales norteamericanos–, y en los cuales los obreros formales vieron una amenaza en la inmigración, y no en la destrucción de empleos, que los alejó de la idea del “sueño americano” como lugar de oportunidades, cuando en realidad la amenaza no provenía de los inmigrantes sino de la deslocalización.

Esta deshizo el viejo sistema fordista para la producción de bienes manufacturados, es decir, tener una línea de producción en un mismo complejo, que aprovecha los precios bajos en mano de obra en diversos lugares y no necesita un complejo industrial enorme.²²

La división entre los trabajadores, por un lado los obreros industriales de *blue collar* (cuello azul u overol) y por otro los de *white collar* (cuello blanco) que pertenecen al sector servicios y votan a republicanos, cambió sus actitudes políticas.²³ Parafraseando a Eric Hobsbawm (1995), la prosperidad de posguerra y la privatización de la existencia separó lo que la pobreza había unido, y el pleno empleo y el consumo de masas produjeron una mejora del nivel de vida. Esto ayuda a entender cómo los cambios en la economía generaron transformaciones en las conductas sociales que favorecieron la aparición de la nueva derecha. También se dio la politización de las “mayorías silenciosas”, tradicionalmente poco participativas, en contraposición a las minorías ruidosas de los sesenta.

²² La gran parte de la cultura *punk* aparece en áreas desindustrializadas. El surgimiento del *punk* fue producto de esta deslocalización (Britto García, 1990). Estos cambios a su vez llevan a un proceso en el que hay cambios en la mano de obra y empiezan a producirse cambios en los comportamientos de clase.

²³ Es interesante cómo los demócratas y los socialdemócratas lentamente abandonaron sus bases obreras, que tradicionalmente los habían votado, por aquellos ciudadanos cuyo modo de vida estuviera relacionado con las finanzas y la nueva economía.

Las administraciones de los Presidentes Kennedy y Johnson llevaron adelante políticas para terminar con el segregacionismo en el sur de los Estados Unidos, aunque hubo muchos gobernadores y votantes demócratas que rechazaron esa agenda liberal y cambiaron su comportamiento electoral.

Luego llegó el *Watergate*, que terminó con la presidencia de Nixon, y la penuria económica permitió que Ronald Reagan asumiera el poder en 1980. Aunque hubo rasgos neoliberales en su forma de gobernar, tuvo características particulares. El dato más significativo fue que el gasto se incrementó (Anderson, 2000), porque cambió su naturaleza, ya que se abandonó el gasto social y se subió el de defensa para sostener el papel mundial de Estados Unidos.

¿Cuáles fueron los otros aspectos neoliberales de su gestión? Desreguló el negocio aéreo, redujo los impuestos a los ricos, aumentó los gastos en defensa y el déficit fiscal. La expresión de Reagan “El gobierno no es la solución sino el problema” resultó significativa de cómo se percibió la situación (Hobsbawm, 1995).

La necesidad de garantizar el consumo norteamericano a bajo costo estimuló en un primer momento la economía de Japón y a la “bandada de gansos” del Lejano Oriente como abastecedoras de manufacturas, lo que destruyó los empleos en Estados Unidos; pero el superávit comercial de los países orientales les permitió comprar bonos, que extendieron la financiación para la adquisición de bienes que la falta de trabajo y la caída del salario no permitían.

Las políticas de Reagan tenían como meta revertir la espiral de salarios y precios, el aumento del desempleo, el lento crecimiento y la inflación persistente, que se expresaban en la pérdida de competitividad y en lo que los economistas denominaban “malestar económico”: “El programa del equipo Reagan es un *New Deal* al revés: se trata, en efecto, de sanear la economía, limitando los poderes de la Administración central a favor de las leyes de mercado y de la libre empresa (Finkelkraut, 1982, p. 12).

Las políticas económicas neoconservadoras en el continente europeo fueron más cautelosas y matizadas que las experiencias del mundo anglosajón.

El triunfo de esta ideología también impactó en la socialdemocracia, que llegó al gobierno en muchos países de Europa Occidental. En Francia y Grecia, al principio intentaron seguir políticas de deflación y redistribución del ingreso. En el caso de Francia, el Presidente François Mitterrand tuvo que enfrentar la presión del mercado financiero internacional, que lo llevó a una reorientación de su política económica, más próxima a las propuestas neoliberales.²⁴

A fines de los ochenta la socialdemocracia europea fue incorporando a su programa las ideas e iniciativas neoliberales y abandonando su Declaración de Frankfurt.²⁵ Esto fue evidente en la Declaración de Estocolmo, que sostuvo:

La internacionalización de la economía y el acceso generalizado a fuentes de información y nuevas tecnologías, si se someten a un control democrático, pueden sentar las bases de una sociedad mundial más dispuesta a la cooperación.

La revolución tecnológica puede y debe ser una oportunidad para conservar el medio ambiente, crear nuevos empleos, liberar a las personas de largas horas de trabajo rutinario, en vez de ser una causa inexorable de inactividad involuntaria

Con estructuras democráticas adecuadas y humanas de libertad, igualdad, seguridad y prosperidad pueden lograrse en el marco de una sociedad mundial democrática (Simonoff, 2000b, p. 11).

Los socialdemócratas proponen un control democrático de la economía, garantizado por la participación popular, y la descentralización

²⁴ Distintos son los casos del socialismo griego o del español, que se mostraron más dispuestos a aceptar el neoliberalismo.

²⁵ “Declaración de Principios de la Internacional Socialista aprobada en Fráncfort en 1951” (Godio, 1983, pp. 73-81).

económica en un marco de eficacia y justicia social, pero aceptando las reglas del mercado.

Esta declaración marcó el alejamiento de los modelos de la Edad Dorada y la adscripción a programas neoliberales.

La crisis de la CEE devino del problema que combinó la pérdida de competitividad internacional y el sostenimiento de su estándar de vida. Los primeros síntomas se observaron en los ochenta con el surgimiento de movimientos de extrema derecha, como el Frente Nacional Francés, en las áreas más impactadas.

La ruptura de los acuerdos de Bretton Woods

Los norteamericanos abandonaron en el año 1972 los sistemas fijos de valuación del dólar y de tasas fijas de interés y los reemplazaron con otros de características fluctuantes y flexibles:

Los Estados Unidos dispuso un patrón monetario propio, utilizando su poder emisor y los ahorros del mundo en dólares (los eurodólares –producto de las ganancias de las inversiones que no retornaban– y los petrodólares –por las ganancias de la nueva renta petrolera–), para financiar sus necesidades externas e internas (Rapoport y Brenta, 2010, p. 38).

Esto es relevante ya que el dólar es la moneda de cambio a nivel internacional:²⁶

la sustitución de los tipos de cambio fijo por los tipos de cambio flexibles significó no la contención, sino la aceleración de la tendencia de los gobiernos de los Estados capitalistas más poderosos a perder el control sobre la producción y la regulación del dinero mundial (Arrighi, 1999, p. 376).

²⁶ Sucedió lo que Keynes había predicho: EE.UU. emitió sin respaldo para cubrir sus déficits presupuestarios (por los gastos de defensa) y los eurodólares, y eso generó inflación. Sin embargo, pretendían seguir manteniendo ese sistema: EE.UU. no necesita salir al mercado internacional a buscar dólares porque los producen ellos mismos.

El problema vino por los dólares que fueron invertidos en Europa y no retornaban a Estados Unidos. Esto llevó a una pérdida de competitividad que se sumó al déficit, cubierto por emisión de monedas y bonos comprados por sus socios menores que le permitían a Washington sortear la situación. Pero:

A finales de la década de 1960, los déficits del sector público estadounidense eran insignificantes para los estándares actuales, pero lo bastante grandes como para suscitar las quejas de Francia en el sentido de que Washington estaba explotando su estatus de reserva monetaria para imponer un derecho de monedaje a los acreedores externos de Estados Unidos por imprimir sus dólares (Ferguson, 2009, pp. 328-329).

Se produjeron condiciones de fluctuación permanente a partir de esta década. Las economías comenzaron a competir fuertemente, sobre todo la de los EE.UU, la alemana, la de la Comunidad Europea en su conjunto (eurodólares) y la japonesa, que trataron de utilizar sus monedas como una manera de protección a sus industrias. Sumado a esta situación de volatilidad del sistema internacional, aparece un desplazamiento de las industrias tradicionales a los servicios, como también de políticas neoliberales de contención del gasto y la ruptura del contrato social de posguerra, con la consiguiente pérdida de poder de los Estados: “La transnacionalización se acentuó con la liberalización de las finanzas internacionales y las grandes transformaciones producidas en el campo de la informática y las comunicaciones” (Fazio Vengoa, 1999, p. 28).

Los desarrollos tecnológicos fueron funcionales a los cambios del sistema económico internacional. Fue lo que se llamó *nueva economía* y terminó integrando las finanzas y las bolsas de valores en un solo sistema, una única unidad operativa (Hobsbawm, 1995).

El sistema se flexibilizó privilegiando el corto plazo, le imprimió gran velocidad adicional, lo que afectó la relación con la producción

de bienes y el trabajo. Estos cambios fueron acompañados e impulsados por los organismos multilaterales económicos, a partir de la asunción de nuevas funciones:

a lo largo de las décadas de 1950 y 1960 el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial desempeñaron un nulo o reducido papel en la regulación del dinero mundial (...). Únicamente la crisis de la hegemonía estadounidense producida durante la década de 1970 y, sobre todo, en la de 1980, hizo que por primera vez las organizaciones de Bretton Woods asumieran un papel preponderante en la regulación monetaria global (Arrighi, 1999, p. 88).

Ello favoreció que mientras en los setenta el capital financiero se orientaba hacia los países de renta baja, en los ochenta se orientara hacia los de alta, lo que mostró la movilidad geográfica del capital. Además, “los Estados han quedado a merced de la disciplina financiera, bien mediante los efectos de la huida de capitales o en virtud de presiones institucionales directos” (Arrighi, 1999, p. 16).

Como lo precisó Joseph Stiglitz, “la liberación del capital sometió a los países en desarrollo a los caprichos racionales e irracionales de la comunidad de inversores, a sus extravagancias y pesimismo moral” (2002, p. 148).

Se hizo necesario que a fines de los setenta y durante los ochenta los organismos internacionales primero apuntaran a estabilizar la moneda, luego a políticas de ajuste estructural y finalmente a las propuestas de crecimiento de las exportaciones.

Es lo que Niall Ferguson llamó “papel de vigilancia financiera”, que sustentaba la promoción de planes de ajuste estructural que seguían los lineamientos del Consenso de Washington (Ferguson, 2009, p. 329).²⁷

²⁷ Este se fundamenta en siete principios: “disciplina fiscal (equilibrio presupuestario y reducción de la imposición); liberalización financiera (tasas fijadas únicamente por el mercado de capitales); liberalización comercial (supresión de la protección

Esas nuevas funciones fueron reforzadas por el “cambio de guardia” impulsado por Reagan en el FMI con la llegada de William Clausen y Anne Krueger, quienes impusieron la internacionalización de esas reformas (Arrighi, 1999, p. 52). Además del hecho de que en su segundo mandato “el FMI fue dotado del poder necesario para que actuara como Ministerio de las Finanzas Mundiales” (Arrighi, 1999, p. 398).

Según Stiglitz, estos cambios llevaron a desvirtuar su misión original de “impedir una nueva depresión global” (2002, p. 35). Además, esta entidad “no se concibe a sí misma como una financista del déficit” ni “con el mantenimiento del pleno empleo” (ideas keynesianas por excelencia); más bien ha adoptado un programa prekeynesiano de austeridad fiscal ante una recesión, y entrega dinero sólo si el país prestatario se pliega a las ideas del FMI (Stiglitz, 2002, pp. 70-71).

El exceso de dólares nutrió al sistema financiero y generó una baja de la tasa de interés. Esto explica por qué muchos países del Tercer Mundo se endeudaron en los años setenta para financiar su desarrollo (México y Brasil, por ejemplo).²⁸ Esos patrones cambiaron en los años ochenta, cuando la liquidez se acabó y las tasas comenzaron a subir, lo que desembocó en la llamada Crisis de la Deuda. Entre 1975 y 1982 América Latina pasó de unos 75.000.000.000 de dólares a más de 315.000.000.000 (Ferguson, 2009, p. 329).²⁹

aduanera); total apertura de la economía a las inversiones directas; privatización de todas las empresas; desregulación (eliminación de todos los obstáculos a la competencia); protección total de los derechos de propiedad intelectual de las multinacionales” (Massiah, 2003, p. 24).

²⁸ Hasta consolidarse, los procesos de industrialización necesitan de la llegada de bienes de capital e inversiones que deben ser pagados en dólares. Por ello, el crecimiento industrial hizo crecer las importaciones y generó déficits comerciales que necesitaban de dólares hasta salir de esa situación. Mientras el dinero fue barato esto fue posible, pero cuando se encareció terminó haciendo inviable el modelo si no había vocación exportadora de ese tipo de bienes.

²⁹ Muchos países del bloque oriental también entraron en procesos de endeudamiento.

El aumento de las tasas de interés y el volumen de deuda acumulado a principios de los años ochenta llevaron a que muchos de los principales deudores entrasen en *default* en 1982: primero México, luego Brasil y la Argentina, lo que produjo un fuerte cimbronazo en sus economías —la región perdió un 10% de su PBI en esa década—. Por su parte, la comunidad financiera internacional evitó la asociación de deudores y comenzó a promocionar la compra de activos públicos para garantizar el cobro mediante varias propuestas, como las llevadas adelante por el Secretario del Tesoro James Baker.

Conclusiones

En su primera década de aplicación, las recetas neoliberales tuvieron “éxitos”.³⁰ La inflación en los países de la OCDE fue descendiendo de 8,8% en los setenta a 5,2 en los ochenta y durante los noventa siguió bajando. La tasa de ganancia pasó de un negativo 4,2% a un positivo 4,7 % (producto de la derrota del movimiento sindical). El desempleo aumentó de 1,5% en los sesenta a un 4,2% en los setenta y a fines de los ochenta llegó a un 11%. La mitad de los desempleados en 1986-1987 no tenían trabajo desde hacía más de un año y un tercio desde hacía más de dos, lo que los condenaba a una situación estructural. Hubo también un crecimiento de la desigualdad, ya que los salarios más altos crecieron un 20% en los años ochenta, mientras que el resto se mantuvo estable. Y la bolsa de valores aumentó su rendimiento cuatro veces más.³¹

Anderson se pregunta: ¿Por qué las ganancias no recuperan la inversión? Porque la desregulación financiera se volcó hacia la especulación y no a la producción (Anderson, 2000).³²

³⁰ Como irónicamente los califica Anderson (2000, p. 19).

³¹ La pobreza también creció a un ritmo del 2% anual, lo que se expresó en la aparición de los “sin techo” (*home-less*).

³² Un dato ilustrativo de esta situación lo presenta Noam Chomsky, quien señala sobre los flujos de capital que en los setenta correspondían en un 90% a la economía

Desde 1973 se vivieron veinte años de crisis que terminaron con la Edad Dorada, pero no fue una depresión. La economía global no se quebró, aunque disminuyeron la producción industrial (un 10%) y el consumo interno (un 13%). Es un sismo con repercusiones en los años 1980-1982 (Crisis de la Deuda), en 1987 (Crisis Bursátil)³³ y la japonesa de 1990.³⁴

Estas crisis comparten elementos con las que tuvieron lugar en la década siguiente, como la formación de burbujas bursátiles estimuladas por una combinación de mecanismos de ingeniería financiera para impulsarlas y la falta de regulación, pero la profundidad de las acontecidas entre 1987 y en 1990 le hizo pensar a Hobsbawm, junto con la crisis del socialismo, en el fin del siglo corto, aunque la sucesión posterior de ellas lo llevó a considerar que se había apresurado en cerrarlo (Hobsbawm, 2000).

real, mientras que en 1995 un 92% eran de origen especulativo; de ellos, el 80% no permanecía más de una semana en un mismo lugar (Chomsky, 2002).

³³ Tras la crisis de la deuda se produjo una suba de los mercados por movimientos bursátiles apalancados, sostenidos tanto por “prestamos chatarras” con altas tasas de interés como por otros mecanismos, como las ofertas primarias de acciones (OPA), con las cuales las empresas noveles en los mercados conseguían fondos para financiarse. Ante la proliferación de estos mecanismos la FED aumentó las tasas de interés, lo que provocó una venta masiva de acciones; así, se generó una caída histórica en junio de 1987, en la cual literalmente desaparecieron 500 mil millones de dólares en un solo día. Luego de ello, la institución financiera norteamericana intervino y produjo una baja de las tasas de interés que evitó que la crisis fuera más profunda.

³⁴ Los buenos índices de crecimiento japonés durante los años setenta y ochenta produjeron un aumento de los precios de los bienes raíces y del mercado de valores. Ello alentó una burbuja especulativa, que estalló y llevó a una recesión económica que afectó su crecimiento hasta mediados de los noventa y de la cual no logró recuperarse.

Capítulo 3

Las respuestas políticas a la Crisis de 1973 (1): El ascenso neoconservador y la Segunda Guerra Fría

La nueva derecha tuvo, como lo hemos indicado, sus bases en las condiciones sociales y económicas que marcaron el fin de la Edad Dorada y la Crisis de 1973. Y fue una combinación de neoconservadurismo político y cultural con neoliberalismo económico que surgió del rechazo al *New Deal*, a la *Great Society*, el *hippismo* y el pacifismo, entre otras manifestaciones de los sesenta a las que endilgaban el declive que los Estados Unidos padecían (Finklekraut, 1982).¹

Este fenómeno excedió la política porque tuvo una raíz más profunda de naturaleza cultural (De Benoist, 1982, p. 17). Debido a que su accionar abarcaba diversos aspectos de la vida cotidiana: las organizaciones de ley y orden, de derecha religiosa, de política exterior y doméstica, de acción social (Schulze, 1983, p. 22).²

¹ Esta conjunción ocurrió a pesar de no existir una afinidad natural con los liberales. Los neoconservadores hicieron las paces “con el capitalismo norteamericano” para llegar al poder (Frachon y Vernet, 2006, p. 51).

² A los fines de este capítulo nos concentramos en las cuestiones referidas a la política exterior norteamericana.

Los orígenes del neoconservadurismo y la agenda internacional de la Guerra Fría

El origen del pensamiento neoconservador, según Frachon y Vernet, se asentó en “la idea de superioridad nacional dada por la excepcionalidad de los Estados Unidos” (2006, p. 31).³ Este concepto resultó legitimador de las dos actitudes norteamericanas predominantes en el escenario internacional: el aislacionismo y el intervencionismo:⁴

El primero [el aislacionismo] tiene sus raíces en Jefferson y Adams y sostiene que la democracia es un modelo para exportar, pero no para la intervención. Estas ideas influyen en los paleoconservadores como Pat Buchanan. De la segunda idea sus principales referentes históricos son Jackson, Theodor Roosevelt y Wilson y en la actualidad son los neoconservadores y quienes se diferencian además de considerar que la democracia americana es un modelo de exportación e intervención, y están en contra de las políticas de inmigración (Frachon y Vernet, 2006, p. 31).

Más allá de esos lineamientos a largo plazo, existen raíces del neoconservadurismo vinculadas al último siglo, como lo apuntó Francis Fukuyama: el City College de Nueva York, la revista *The Public Interest*, y los pensadores Leo Strauss y Albert Wohlstetter (2007).

La primera raíz fue desarrollada en los años treinta por los hijos de inmigrantes y obreros, quienes adoptaron el trotskismo y estudiaron en el City College de Nueva York, que estaba en un rango inferior

³ Según el texto *Una nación conservadora*, el excepcionalismo se sustenta en cuatro aspectos: su constitución, su geografía, su capacidad de reinventarse y su moralidad (Micklethwait y Wooldridge, 2007, pp. 137-139).

⁴ Estas dos alternativas no deben verse como antitéticas, ya que el aislacionismo no era una retirada de los asuntos mundiales, sino fundamentalmente de aquellos que involucraban a las potencias europeas –conocido como el mandato de los Padres Fundadores–, y debe entenderse como una acción externa más reducida y parcial en aquellos menesteres que la segunda opción (Aron, 1976).

a las universidades *Ivy League*.⁵ Irving Kristol, Daniel Bell, Daniel Moynihan, entre otros, pasaron por sus aulas e ideológicamente mutaron de un antiestalinismo inicial hacia, en los cuarenta, un rechazo del socialismo en general y del *New Deal*.

El paso de estos grupos hacia la derecha resultaba “inevitable”, según Fukuyama (2007). En los años cuarenta y cincuenta escribían en revistas como *Partisan Review* y *Commentary*. El director de esta última, Norman Podhoretz, la convirtió en una publicación militante del neoconservadurismo gracias al clima generado por el macartismo y la Guerra Fría.⁶

En un primer momento Podhoretz influyó en las posiciones del grupo en materia de política exterior, a favor del aislacionismo y una baja del gasto en defensa que contrastaba con el consenso de los primeros tiempos de la posguerra (Fukuyama, 2007).

En esos tiempos, la banca y la industria comenzaron a aceptar una política más intervencionista y menos aislacionista dada la nueva posición de Washington en el mundo, que también impactó en el Partido Republicano, el cual se había mostrado como defensor de sus intereses desde el siglo anterior (Schulze, 1983, p. 18).

Sin embargo, existieron otras transformaciones en el viejo gran partido, ya que a fines de los cincuenta y principios de los sesenta:

La vieja derecha, sus bases sociales y económicas, estaban radicadas en el Medio Oeste, y eran predominantemente SWAP. La nueva derecha tuvo sus asientos en las elites suburbanas del cinturón del Sol (Oeste, Sur y SO), eran judíos, católicos, grupos demócratas del sur (Schulze, 1983, p. 21).

⁵ Son las ocho universidades más prestigiosas y elitistas, centros de formación del *establishment* liberal norteamericano (*Brown, Columbia, Cornell, Dartmouth College, Harvard, Princeton, Pensilvania y Yale*).

⁶ El macartismo también “respondió al resentimiento populista contra la elite liberal”, como posteriormente el pensamiento neoconservador (Micklethwait y Wooldridge, 2007, p. 70).

La continuidad del auge de posguerra atentaba contra el ascenso electoral de la derecha, como ocurrió en la elección de Johnson en 1964, en la que el demócrata alcanzó un 61% de los votos contra un 44% del republicano Goldwater (Schulze, 1983, p. 21). Pero a fines de esa década:

La euforia de posguerra dio paso al muy especial ambiente de finales de los años sesenta: *boom* económico, y a la vez graves patologías sociales –racismo, violencia urbana y política–, y todo con la guerra de Vietnam como telón de fondo. La duda reemplazó al optimismo y el triunfalismo de los años cincuenta (Frachon y Vernet, 2006, p. 41).

Dentro de ese marco, durante los sesenta, los republicanos modificaron sus estrategias ampliando su espectro, ya que “el neoconservadurismo se convirtió en asilo de liberales disidentes, y su influencia sobre las corrientes políticas en las universidades, colegios y medios creció” (Schulze, 1983, p. 21). Además de promover agrupaciones bipartidistas con los demócratas sobre temas específicos y buscar acuerdos, todo ello contribuyó “en forma decisiva, al triunfo de Reagan en 1980” (Schulze, 1983, p. 21).

La agenda de la nueva derecha se concentraba en tres aspectos: la lucha contra la burocracia en Washington; la crítica a los grandes consorcios y magnates financieros de la costa del Este, y la denuncia de las elites de izquierda de la educación y del Estado de Bienestar (Schulze, 1983, p. 21).

Un instrumento fundamental de estos intelectuales fueron los *Think Tanks* que colaboraban en direccionar el debate público a favor de su agenda. Entre los más tradicionales se encontraba la *Rand Corporation*, que tenía contribuciones de los proveedores del Pentágono, y la Asociación Empresaria Americana y la Fundación *Heritage*, que recibían contribuciones de los sectores de alimentación, el petróleo, la electrónica y las finanzas.

La otra fuerte raíz del neoconservadurismo fue la revista *The Public Interest*, fundada por Daniel Bell e Irving Kristol en 1965, que tuvo como objetivo la lucha contra la nueva izquierda y la contracultura de los sesenta; según Frachon y Vernet, éstos “no podían congeñar con la autodenigración a que se llevaba a América en esos años” (2006, p. 45). En la revista se publicaban, fundamentalmente, temas de política doméstica nacional; por ese motivo Kristol fundó *National Interest*, con el objeto de influir en la agenda externa.

La tercera raíz fue el pensamiento de Leo Strauss (1899-1973).⁷ Su influencia en el debate político estadounidense es innegable, ya que construyó una tradición filosófica conservadora en un país que carecía de ella (Frachon y Vernet, 2006, p. 54). Era un lector del pensamiento político clásico, sobre todo para entender la naturaleza humana y comprender la vida política contemporánea.⁸ Para Fukuyama, si bien fue de gran influencia en el pensamiento neoconservador en términos generales, no pudieron extraerse de sus análisis guías para la política exterior (2007, p. 35).⁹

⁷ Este politólogo alemán realizó su tesis doctoral con Cassirer y dictó clases en la Universidad de Friburgo, hasta el dictado de las Leyes de Nuremberg durante el nazismo. Se exilió en París, luego pasó por Londres, para finalmente terminar en Estados Unidos en 1937, donde comenzó a dictar cursos en la Universidad de Columbia. En 1944 obtuvo la ciudadanía norteamericana y en 1948, por recomendación de Hans Morgenthau, se convirtió en profesor de la Universidad de Chicago, en la cual se jubiló en 1967.

⁸ No era un demócrata convencido, poseía cierto sesgo churchiliano sobre la democracia, aunque la prefería al comunismo. Estaba preocupado por la crisis filosófica de la modernidad y que dicha crisis pudiera socavar la confianza en Occidente (Frachon y Vernet, 2006, p. 52). Para Fukuyama, su concepto de tiranía es más adecuado y “mucho más rico” que el más popularizado de totalitarismo para analizar a la URSS (Fukuyama, 2007, p. 56).

⁹ Incluso, Frachon y Vernet sostuvieron que su pensamiento en materia internacional distaba de la agenda neoconservadora, ya que dudaba del advenimiento de un Estado Mundial, ni confiaba en las organizaciones internacionales, ni tampoco apoyaba a Israel (Frachon y Vernet, 2006, p. 54).

Además, para Frachon y Vernet, lo que separó a Strauss de los neoconservadores fue que estos últimos poseyeron un “optimismo teñido de mesianismo” con el que buscaron “aportar al mundo la democracia y los derechos humanos” (2006, p. 61).

La cuarta raíz del pensamiento neoconservador la aportó Albert Wohlstetter (1913-1997).¹⁰ Sus lineamientos en política exterior norteamericana estuvieron marcados por dos cuestiones principales: la disuasión ampliada y la proliferación nuclear.

Wohlstetter rechazó el concepto de primer ataque definitivo, central en la teoría de la disuasión, y su lógica del “segundo golpe” lo hizo famoso.¹¹ Para él, la MAD (siglas en inglés de Destrucción Mutua Asegurada) de los sesenta y setenta no era suficiente para persuadir a los soviéticos (Kepel, 2004, p. 58). Según los autores de *Una nación conservadora*, convenció a Robert McNamara de que era una metateoría, una especie de teología que no poseía credibilidad “en sí misma” (Micklethwait y Wooldridge, 2007, p. 88). Su definición de la distensión era la siguiente:

una contribución a la retórica y no a la lógica de la guerra en la era termonuclear. En lo que se refiere a un ataque sorpresa cuidadosamente planeado puede ser un jaque mate casi sin esfuerzo, que rápidamente podría llevarnos a un sueño profundo previo al Sputnik, sería un error y su aceptación casi universal es terrible-

¹⁰ Inició sus estudios sobre matemáticas en el City College de Nueva York y los concluyó en la Universidad de Columbia. Trabajó en la *Rand Corporation* en los años cincuenta y sesenta, donde conoció a Richard Perle, y luego dictó cursos en la Universidad de Chicago, en la que fue profesor de Paul Wolfowitz y otros prominentes neoconservadores.

¹¹ En una guerra nuclear sólo contaría el primer golpe, ya que no habría capacidad de reacción. Wohlstetter señaló que los soviéticos tenían una gran capacidad de resistir, como había ocurrido en la Segunda Guerra Mundial, y que por lo tanto un segundo ataque sería viable (1958).

mente peligrosa. Aunque la disuasión es vital, no es suficiente por sí misma (Wohlstetter, 1958, p. 24).

Junto a sus discípulos Paul Wolfowitz y Richard Perle, estaba en contra de la política inspirada en las ideas de Kissinger, y que los republicanos y demócratas centristas apoyaban (Frachon y Vernet, 2006, p. 89). Estas giraban en torno al control de armas estratégicas a través de los acuerdos como los SALT (iniciales de *Strategic Arms Limitation Talks*, Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas). Al respecto, el mismo Kissinger, principal blanco de sus críticas, analizó este debate del siguiente modo:

los críticos conservadores hicieron advertencias de que los gobernantes soviéticos no eran dignos de confianza, y sobre la hostilidad de la ideología soviética. Los partidarios del control de armamentos subrayaron la contribución de los acuerdos sobre ese tipo de control para crear una atmósfera general de menor tensión, cualquiera que fuese el mérito de los auténticos acuerdos (1996, p. 709).

Wohlstetter enseñó que la URSS podía ser vencida en un momento en que los realistas cuidaban de mantenerla. Perle y Wolfowitz no lo olvidaron: desde que la Guerra Fría terminó “aplicaron el mismo principio a otro enemigo” (Frachon y Vernet, 2006, pp. 88-89).

Otro elemento importante era la cuestión de la no proliferación nuclear, que resultaba imposible porque los acuerdos –bilaterales y multilaterales– se asentaban sobre el criterio de seguridad colectiva, que no podía ser delegada por los Estados, además de la falta de distinción entre el uso militar y el pacífico que había establecido el Tratado de No Proliferación de 1968.¹²

¹² Con respecto a los conflictos convencionales, señaló que “eran cruciales para la superioridad de las armas y el pensamiento político militar de Estados Unidos” (Kepel, 2004, p. 58).

Los Estados Unidos desde los tiempos de su declive relativo hasta la Segunda Guerra Fría

Después del *Watergate* y la renuncia de Nixon, Gerald Ford (1974-1976) asumió la presidencia, con la continuidad de Kissinger como Secretario de Estado. En este momento apareció el *síndrome Vietnam*, expresado en el Congreso cuando se hizo eco de las movilizaciones que impugnaban la agresiva política exterior norteamericana al negarse a votar paquetes presupuestarios de ayuda a Laos, Camboya, Chipre, Angola, Mozambique y Centroamérica.

Con el triunfo de James Carter (1976-1980), la política exterior se distinguió por trazar un eje de promoción de los derechos humanos que apuntaba básicamente a denunciar las violaciones existentes en la Unión Soviética, como una muestra de superioridad moral y un recurso de poder blando, que tuvo efectos en las relaciones con varias dictaduras militares latinoamericanas.

De todos modos, la política de derechos humanos mostró contradicciones, como se observaron en Irán, donde privilegió mantener a los soviéticos alejados del Golfo Pérsico y del petróleo,¹³ y en Camboya, por la teoría del dominó. En el caso de Teherán apoyó al régimen represivo del Shah Reza Pahlevi.¹⁴ En el segundo caso, se condenó la intervención vietnamita pero no las masacres que produjeron los *Khmers Rouges*, en las cuales se aniquiló a una tercera parte de la población del país del sudeste asiático.

Para los neoconservadores, las políticas externas de Carter eran débiles e impotentes:

Carter, atrapado en la retórica de los Derechos del Hombre, aparece como un jefe de Estado aventurero e incompetente (...). La

¹³ El proceso revolucionario iraní lo trataremos en un capítulo aparte.

¹⁴ Una vez que se produjo el triunfo de la Revolución Jomeinista, padeció la toma de su embajada y un frustrado intento de rescate de los rehenes, que lesionó la imagen de Estados Unidos como potencia y generó una oportunidad invaluable para los republicanos en plena campaña electoral.

derecha quiere apoderarse del control sobre un pasado que aún se le escapa, quiere curar a Norteamérica del trauma vietnamita y devolverle el orgullo y la confianza en sí misma ¿Por qué? Para replantear el principio imperialista que Carter se niega a defender. Liberar a Norteamérica de sus complejos: éste es el programa de estos neoconservadores que, precisamente en una época en la que el mundo se desestabiliza, se esfuerzan en rejuvenecer el concepto de “mundo libre” devolviéndole a un mismo tiempo su inocencia y su poder de movilización (Finkelkraut, 1982, pp. 60-61).

Sin embargo, la política del Presidente demócrata podría ser caracterizada de otro modo, ya que la Segunda Guerra Fría comenzó durante el último año de su mandato, como reacción a la invasión soviética a Afganistán mediante el aumento de los gastos de defensa y apoyo a los muyahidines. Esta nueva estrategia estuvo impulsada por Zbigniew Brzezinski –asesor de Seguridad Nacional de Carter–, quien sostuvo que era necesario: 1) reforzar la resistencia antisoviética; 2) incrementar la capacidad norteamericana para dar respuestas rápidas; 3) mantener vigente el tema de la intervención soviética apoyando la resistencia; 4) comprometer a la India en ello; 5) estimular la conciencia política en el mundo musulmán soviético (Brzezinski, 1988, p. 233). El mismo Brzezinski la definió así: “Una nueva doctrina de combate de liberación anticomunista [que] ha evolucionado con el fin de crear un fundamentalismo por el patrocinio norteamericano de la resistencia armada contra los regímenes comunistas y apoyados por la URSS, de Afganistán (1988, p. 252).

Pero fue la llegada de Ronald Reagan (1980-1988) la que dio impulso definitivo a la última fase del conflicto bipolar. Su diagnóstico consistió en señalar que sus predecesores habían sido incapaces de contener a los soviéticos, a quienes les atribuyó haber extendido su poder en el sudeste asiático, Etiopía, Irán, Nicaragua, Angola, Mozambique, Yemen del Sur y Afganistán.

Los elementos neoconservadores de Reagan¹⁵ estuvieron marcados por aplicar enseñanzas de Wohlstetter en un discurso “confrontativo” que combinó con otro más circunscripto, ambiguo y medido (Smith, 1980, pp. 126-128).

Reagan fue un guerrero frío, que declaró muerta la contención y buscó replegar al comunismo; tenía una percepción del mundo en forma binaria entre el bien y el mal; de hecho, en sus discursos de campaña la URSS era identificada como el Imperio del Mal.

A pesar de las divisiones en su gabinete por estar más próximos al realismo, contó con el apoyo de algunos demócratas, que le permitió desarrollar sus estrategias hacia su país y el mundo, alentando el patriotismo de la clase media.

La guerra fría de Ronald Reagan no estaba dirigida contra el “imperio del mal” exterior, sino contra el recuerdo de Franklin D. Roosevelt en el interior: contra el estado de bienestar igual que contra todo intrusismo estatal. Su enemigo era tanto el liberalismo como el comunismo (Hobsbawm, 1995, p. 252).

Siguiendo este razonamiento, Halliday apuntó que la Segunda Guerra Fría “estaba caracterizada con un retorno conservador de amplio espectro en la mayoría de los ámbitos de la política social y económica” (1989, p. 33).

Reagan, durante su campaña electoral, se “comprometió a aumentar el poderío militar estadounidense” sobre la base de que Estados Unidos realizaba un gasto insuficiente frente al 5% del PBI que invertían los soviéticos (Halliday, 1989, p. 30).¹⁶

Sin embargo, como demuestran los datos que presentamos a continuación, Washington no estaba en desventaja respecto de Moscú:

¹⁵ Como indicó acertadamente Bosoer, esta fue la primera de tres olas neoconservadoras que impactaron en la política exterior norteamericana hasta la llegada de Donald Trump inclusive (1 de abril de 2017, p. 13).

¹⁶ Este incremento también se trasladó a los socios europeos.

Cuadro 1. Mito de la superioridad soviética Gasto Militar (1980)
(en millones de USD)

	Gasto militar	Bloque militar ⁽¹⁾	Otros miembros de bloque ⁽²⁾	Total gasto militar de los bloques
URSS	185 mil	16.700	56 mil	201 mil
EE.UU.	142 mil	98 mil	8.900	305 mil
(1) Nos referimos al Pacto de Varsovia y a la OTAN				
(2) Nos referimos a China y Japón				

Fuente: SIPRI (1981).

A pesar de la paridad estratégica existente en términos nucleares, en cuanto a las fuerzas convencionales, si bien existió “una cierta superioridad militar convencional en Europa” (Halliday, 1989, p. 65), esto no resultaba real, ya que

El argumento sobre la superioridad militar convencional soviética, y en particular sobre su primacía en el escenario europeo abarca tres campos: ejércitos, fuerza aérea y fuerza naval (...). Si se suman los totales chino y japonés, entonces el Pacto de Varsovia se enfrenta a una oposición combinada de casi diez millones de soldados, con un total propio de menos de cinco millones de soldados (Halliday, 1989, p. 66).

Incluso dentro del área naval su supremacía era dudosa. En ella los soviéticos habían realizado esfuerzos notables para garantizar su proyección en el Tercer Mundo. Su flota

se ha convertido en un instrumento de la proyección soviética en el extranjero (...). Como consecuencia de un importante programa de construcción naval organizado por Gorshkov en los años sesenta, la URSS tenía a finales de esa década 900 navíos de guerra, por 700 de la OTAN, y unos 360 submarinos por 260 de la OTAN (Halliday, 1989, p. 69).

Aunque

desde 1960 los EE.UU. han superado a la URSS en tonelaje naval bélico por tres a uno, la OTAN ha superado al Pacto de Varsovia por nueve a dos. La superioridad del Pacto de Varsovia en submarinos se compensa nuevamente mediante la calidad, ya que mientras los rusos tienen, según las SALT-I, 50 por ciento más de submarinos con misiles que los Estados Unidos, sólo son capaces de mantener navegando alrededor de la mitad de los estadounidenses en cualquier tiempo (Halliday, 1989, p. 69).

Es decir, la superioridad occidental no estaba en discusión, pero era mucho menor que durante los comienzos del conflicto. Esto puede explicar que no haya existido “un endurecimiento equivalente de la política en el lado soviético” y que ninguna de las crisis de la Segunda Guerra Fría haya sido comparable con la Primera (Halliday, 1989, pp. 31-33).

La Segunda Guerra Fría estuvo plagada de conceptos como “Imperio del Mal”, expresión con la que Reagan identificó a la URSS, y “Guerra de las Galaxias”, como designó a la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI). La popularización de estos instrumentos, gracias a la utilización de nombres de la cultura popular, ayudó a revertir la mirada hostil a sus iniciativas:

La aceptación renuente por Ronald Reagan de “guerra de las galaxias” como etiqueta para el SDI (“Si me permiten que robe una frase de una película, la fuerza está con nosotros”, comento con sentido del humor) demostró ser intuitivamente atinada. A diferencia de sus críticos, se basaba en la promesa, al estilo de la guerra de las galaxias, de máquinas lustrosas, futuristas y buenas que destruirían a las máquinas enemigas malas en el remoto espacio (Engelhardt, 1997, p. 338).

Durante el primer mandato de Reagan su esfuerzo bélico estuvo concentrado en tres frentes. Europa fue el frente principal de la con-

frontación bipolar. Esto llevó a tratar de consolidar la OTAN, pero existían resistencias de algunos aliados en renovar los sistemas misilísticos de defensa; aquí Thatcher ocupó un rol central.

Otro frente era el de Medio Oriente. Su importancia estaba en su rol estratégico como proveedor de petróleo; Reagan instrumentó una fuerza de despliegue rápido, cuyo objetivo era intervenir en caso de que las defensas locales fueran insuficientes, y asumió el liderazgo en la ayuda a los muyahidines afganos.

Finalmente, los países pequeños, como Granada, por ejemplo, que carecían “de interés económico o geográfico”, adquirieron “una dimensión mundial como una prueba de la voluntad política de mantener la supremacía” (Sohr, 1982, p. 90). Estos países obedecieron a una imagen del Tercer Mundo que el reaganismo construyó, como un lugar fuente de inestabilidades del sistema internacional y que ponía en riesgo la hegemonía estadounidense, pero en realidad era una imagen que estaba desfasada porque los movimientos de los sesenta ya habían terminado (Halliday, 1989).

Esa imagen fue la que explicó las ofensivas de la Segunda Guerra Fría en el Tercer Mundo. Por ello, los Estados Unidos creyeron asegurar su defensa de la libertad y la democracia en todos los rincones del mundo con la ayuda de sus aliados. Desplegó fuerzas en Centroamérica (por la guerra civil en El Salvador y contra el gobierno sandinista de Nicaragua) y Granada (1983), envió tropas al Líbano (1984) y autorizó bombardeos contra Libia (1986).

En el primer caso, el gobierno norteamericano apoyó operativa y financieramente a los gobiernos de extrema derecha en El Salvador, durante la disputa con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

En Nicaragua también financió e instruyó pero, en este caso, a los grupos contrainsurgentes que buscaban derrocar al gobierno sandinista que había llegado al poder en 1979, tras el derrocamiento del dictador Anastasio Somoza.

En Granada la operación *Urgent Fury* estuvo destinada a derrocar al gobernante socialista Maurice Bishop. Esta fue una operación claramente menor pero tuvo tres objetivos precisos: liberar a estudiantes estadounidenses supuestamente capturados, humillar a los soviéticos y enviar el mensaje a los cubanos de que las opciones militares para el cambio político en la isla no estaban descartadas.

En 1984 la administración republicana resolvió el envío de tropas al Líbano con el objetivo de defender sus intereses en el área. El país estaba inmerso en una guerra civil que enfrentaba a falangistas y cristianos por un lado y a una alianza druso-chiita y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) por otro. La situación se complicó con la llegada del Ejército Israelí en 1982 para favorecer al primero de esos bandos y combatir a la organización palestina. En 1983 Estados Unidos sufrió dos atentados en ese país: uno en su Embajada y otro en un cuartel de Marines, que causaron más de trescientos muertos entre ambos y que fueron atribuidos a la organización proiraní *Hezbollah*.¹⁷

Reagan decidió bombardear Trípoli y Bengasi a causa de la negativa del Presidente libio, Muamar el Gadafi, a entregar a agentes libios sospechosos de derribar un avión de pasajeros de la empresa norteamericana Pan Am cuando volaba sobre la localidad escocesa de Lockerbie.

En 1985, Reagan declaró que Irán, Corea del Norte, Cuba y Nicaragua eran miembros de una confederación de países terroristas. A esta lista fueron incorporados palestinos, sirios y libios.

Sin embargo, como ya señalamos, existieron elementos pragmáticos en su administración y personalidad. Desde la última parte de su primer mandato:

¹⁷ En este contexto, el islamismo político en cualquiera de sus formas fue ascendiendo en las diversas comunidades de Medio Oriente, como el caso del Grupo *Hamas*. Este impulsó las Intifadas desde la segunda mitad de los ochenta. Esta división se expresó en dos formas de enfrentar el conflicto con Israel: la primera optó por la negociación y la segunda por la confrontación, como lo mostraron los sucesos del 15 de noviembre de 1988: durante la Intifada, la organización dirigida por Arafat proclamó la independencia de Palestina y el reconocimiento del Estado de Israel.

Reagan empezó a mostrar una actitud mucho más flexible que al principio ante la Unión Soviética. Entre otras cosas, la reducción de armas nucleares era cada vez más popular y Reagan era un político astuto que sabía cambiar de postura para adaptarse a los cambios de la opinión pública (Powasky, 2000, p. 306).

Este cambio lo exteriorizó con el reemplazo del Secretario de Estado Alexander Haig por George Shultz, quien “mostró una actitud mucho más realista ante el equilibrio nuclear estratégico que los partidarios de la línea dura, que eran miembros del gobierno de Reagan” (Powasky, 2000, p. 307).

A pesar de esta flexibilidad, en 1983 lanzó la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI) con el argumento de que iba a ayudar a prevenir conflictos, darle credibilidad a la nación y proteger su territorio, a pesar de que parecía improbable su operatividad.¹⁸

Esta propuesta resultó un escollo difícil para poder conversar con Gorbachov, quien impidió la firma de un nuevo acuerdo START –lo hizo con su sucesor George Bush–, aunque sí firmó otro, el INF (siglas en inglés de Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio), pero hay que hacer notar que las concesiones que se requerían para cerrar el Tratado las hizo Gorbachov (Powasky, 2000, p. 313).

La firma del Tratado resultó de las Reuniones de Reikiavik (1986) y Washington (1987), momentos que determinaron el final de la Segunda Guerra Fría.

Una muestra más de las ambigüedades entre la negociación y la dureza fue el discurso que Reagan dio en Berlín en junio de 1987. Entre otras afirmaciones, dijo:

¿Es el comienzo de profundos cambios en el Estado soviético? ¿O son gestos simbólicos, que apuntan a levantar falsas esperanzas

¹⁸ Fue un espectacular manejo publicitario de esta cuestión, ya que un instrumento de ese tipo recién estuvo operativo en el año 2000, a casi dos décadas después de su anuncio y a una del fin de la Guerra Fría.

en Occidente o a fortalecer el sistema soviético sin cambiarlo? Damos la bienvenida al cambio y la apertura, porque creemos que la libertad y la seguridad van juntas, que el avance de la libertad humana sólo puede fortalecer la causa de la paz mundial. Hay una señal que los soviéticos pueden hacer que sería inequívoca, que haría avanzar dramáticamente la causa de la libertad y la paz. Secretario General Gorbachov, si usted busca la paz, si usted busca la prosperidad para la Unión Soviética y Europa Oriental, si usted busca la liberalización: ¡venga aquí ante esta puerta! Señor Gorbachov, ¡abra esta puerta! Señor Gorbachov, ¡derribe este muro! (Reagan, 9 de noviembre de 2014).

El Muro cayó dos años más tarde y muchos recuerdan esta alocución como parte de la dureza que llevó al fin del mundo bipolar, pero para esto, como veremos, intervinieron otros factores.

Capítulo 4

Las respuestas políticas a la Crisis de 1973 (2): La *Perestroika*

Del mismo modo que los Estados Unidos, la URSS hizo grandes esfuerzos en su economía para mantener su liderazgo mundial. Entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y los años ochenta mantuvo un ejército numeroso, desarrolló una poderosa marina transatlántica –sobre todo en materia de submarinos, que le permitieron extender su influencia a todo el mundo– y logró la paridad estratégica en materia misilística y nuclear con EE.UU.¹ Aunque la llegada de la industrialización y el desarrollo en los años treinta fue un éxito innegable, su carácter extensivo sobre los recursos naturales y la mano de obra tuvo un efecto nocivo sobre el ritmo de crecimiento en el largo plazo y eso afectó su posición internacional (Kennedy, 1988). El nivel de vida fue más bajo que en Occidente, pero considerablemente mejor que en el pasado, el modo extensivo fue poco permeable a las nuevas tecnologías –salvo en algunos nichos específicos como la industria militar, nuclear y espacial, íntimamente relacionadas entre sí–, y la agricultura se convirtió en el talón de Aquiles del sistema.

Las reformas previas a la reestructuración

Una de las preguntas que nos hacemos es hasta dónde debemos retroceder para comprender la llegada de la *Perestroika*. El punto de

¹ Desde los años sesenta la URSS invirtió en sus gastos de defensa un 5% del Producto Social Global –nombre que daban al PBI– (Halliday, 1991).

inicio fueron los procesos de reforma que sucedieron a la muerte de Stalin, debido a que en ese momento los dirigentes soviéticos percibieron ciertas inconsistencias en el socialismo real.

Tras el deceso del georgiano en 1953, la URSS quedó en manos de una *troika*² compuesta por Gueorgui Malenkov (Jefe de Gobierno), Viascheslav Molotov (Ministro de Relaciones Exteriores) y Lavrenti Beria (Jefe de la Policía Política). Pero inmediatamente se desató una lucha entre ellos por el poder, ya que Beria fue detenido; Nikita Jrushchov ascendió de su puesto en Ucrania al Secretariado General de Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) (1953) y dos años después se desplazó a Malenkov.

En el año 1956 se celebró el XX Congreso de la PCUS y el nuevo Secretario General Jrushchov presentó un informe secreto en el que denunció los crímenes de Stalin y se formuló la teoría de la coexistencia pacífica.³

La denuncia originó una política encaminada a abandonar el culto a la personalidad y los horrores cometidos por Stalin. Como señaló Carrère D'Encausse, Jrushchov enumeró como ejemplos los siguientes hechos: “la liquidación de elites nacionales; un exceso de centralización; la voluntad rusificante; la rehabilitación del colonialismo y la instauración de relaciones desiguales” (1981, pp. 42-43).

Por otra parte, la denuncia generó desconcierto en los diversos Partidos Comunistas del mundo,⁴ que estimularon levantamientos,

² Es el grupo de dirección en la ex URSS integrado por el Presidente de la República, el Jefe de Gobierno y el Secretario General del Partido Comunista.

³ Este concepto fue formulado por Lenin en los años veinte (Aron, 1985).

⁴ Jrushchov inició la desestalinización, en la que se reconoció que la “URSS ha abusado de su poder y confundió solidaridad socialista con voluntad dominatrix. Debe admitir que cada nación socialista es libre de elegir su vía” (Carrère D'Encausse, 1981, p. 41). A partir de este discurso, la URSS ya no era “la Patria del Socialismo” porque allí había existido explotación a otros pueblos y con ello Moscú había perdido su lugar, que era disputado por otras naciones socialistas que mostraban caminos diferentes (por ejemplo China y Yugoslavia) (Furet, 1995).

como el húngaro de 1956,⁵ del cual, y a pesar de los intentos de destitución, Jrushchov salió fortalecido.

Designar a Andrei Gromiko como Ministro de Relaciones Exteriores fue clave para estructurar una estrategia conciliadora con Washington. Gracias a eso, se dieron las primeras reuniones regulares entre los jefes de ambas superpotencias, para tratar de avanzar en un sistema de control de armas. Pero buscar un equilibrio con Estados Unidos chocó con la descolonización, puso a la URSS en competencia para conseguir socios entre los nuevos Estados y disciplinar a los que ya lo eran.⁶

Como parte del disciplinamiento, en el año 1962 se produjo la ruptura entre la URSS y China debido a los deseos de Moscú por subordinar a Beijing; el fracaso del modelo soviético aplicado en los cincuenta por el líder Mao, que dio inicio a una vía china al socialismo; la subsistencia de problemas limítrofes que se remontan a sus épocas imperiales y el deseo del China de acceder a tecnología nuclear.

Los intentos de distensión se combinaron con un desarrollo armamentístico convencional y nuclear; además, los soviéticos apoyaron a los nuevos grupos de Estados surgidos en Asia y África. Se vivieron momentos de tensión, como el derribo del avión espía norteamericano U2 (1960), la construcción del Muro de Berlín (1961) o la Crisis de los Misiles (1962).

Este último suceso pudo haber desencadenado una guerra nuclear entre ambos contendientes; sin embargo, Jrushchov buscó un entendimiento entre los Bloques y llegaron a un acuerdo.

⁵ Entre el fallecimiento de Stalin y los primeros años de Jrushchov hubo varias rebeliones en el Bloque Socialista. Algunas, menores y promovidas por la escasez, fueron espontáneas, aisladas y en ocasiones violentas, y no tuvieron por objetivo derribar el sistema (Berlín 1953, Pilsen 1956). La más importante fue la acontecida en Hungría en 1956, que cuestionó y rechazó al comunismo de partido único y planteó su salida del Pacto de Varsovia.

⁶ La disminución de la tensión entre Estados Unidos y la URSS fue en un sentido horizontal. Verticalmente, se consolidó el disciplinamiento con la aparición de la Doctrina de la Seguridad Nacional en Occidente y la de Soberanía Limitada en el Oriente.

En el plano interno

Jrushchov llamó a las naciones a tomar sus derechos culturales, a desarrollarse en sus propias tradiciones (...). Las diferenciaciones establecidas al finalizar la guerra entre las naciones, por su grado de fidelidad a la URSS fueron abolidas en gran parte por la rehabilitación oficial (decreto del Soviet Supremo del 9 de enero de 1957) de los cinco pueblos deportados por traición después de la guerra; y por la restauración de sus territorios (...) (Carrère D'Encausse, 1981, pp. 42-43).

Tanto Jrushchov como su sucesor Leonid Brezhnev

hicieron durante algún tiempo concesiones a las sociedades nacionales ávidas de poseer sus propias minorías dirigentes; pero a ambos les sobresaltaba la inquietud ante las consecuencias de una posible alianza entre la sociedad y sus elites en el seno de cada nación (Carrère D'Encausse, 1991, pp. 26-27).

Esta política tuvo consecuencias favorables para las naciones, ya que les permitió “reconstituir las elites capaces de representarlas, pero también elites que precisan tras medio siglo de revolución testimoniar los sucesos de integración” (Carrère D'Encausse, 1981, p. 234).

Concomitantemente con este proceso de crecimiento de una elite nacional, la minoría rusa en los territorios no europeos de la Unión Soviética estuvo en franco retroceso desde los años sesenta hasta fines de los ochenta: casi un 20% de ellas abandonó esas zonas. Para el escritor Solzhenitsyn se trató de “un proceso históricamente irreversible” (1999, 65).

La disminución de la presencia rusa también alteró la relación entre los diversos pueblos, ya que, como explicó Solzhenitsyn,

no es como “nación imperial” que los rusos se convirtieron en excurso de siglos en pueblo tutelar, en la trama de un tapiz multinacional (...), sino en virtud del papel que cumplieron en la forma-

ción del Estrado y de las diversas migraciones geográficas. En el transcurso de la historia, esto se transformó en una carga para los rusos, en una fatalidad (...) (1999, p. 111).

La interpretación resultó interesante: a pesar del rasgo paternalista, hizo notar que la presencia soviética disuadía de otros conflictos entre los pueblos de su periferia.

En el aspecto económico Jrushchov inició un proceso de liberalización que no colmó las expectativas de mejora de la calidad de vida. Su reforma apuntaba a modificar el marco de gestión y el modelo de acumulación. Los puntos salientes eran:

- Elevar la eficiencia productiva, mejorando la distribución y utilización de recursos, e impulsando el desarrollo tecnológico.
- Superar el atraso de la agricultura, incrementando su producción y el nivel de renta de los campesinos.
- Aumentar el nivel de vida de los trabajadores, incrementando la dotación de bienes de consumo.
- Modificar el tipo de planificación y la organización económica, reformando el aparato administrativo-económico.
- Atender los requerimientos de la carrera armamentista, dotando al Ejército de recursos para fortalecer el aparato militar (Saborido, 2009).

Pero los signos de agotamiento subsistieron y se debieron a que la industria del consumo se vio desplazada ante los requerimientos de la industria pesada y militar, y el sector agrícola se mantuvo estancado, a pesar de incorporar nuevas tierras en Siberia Occidental y en el norte de Kazajstán.

Además, las reformas administrativas generaron un caos en la economía por el desplazamiento del *Gosplan*⁷ en el diseño de la planificación sin un instrumento que lo reemplazara claramente.

⁷ Era la comisión creada para la planificación económica que apareció en 1922 dentro de la etapa conocida con el nombre de Nueva Economía Política (NEP).

El deterioro de la situación económica llevó al desplazamiento de Jrushchov del Comité Central en octubre de 1964. Fue reemplazado por Leonid Brezhnev en el Partido y Alexei Kosiguin asumió como Presidente del Consejo de Ministros.

En el plano interior se interrumpió el proceso de desestalinización y se reivindicó el rol de Stalin en la Gran Guerra Patria, pero sus fuentes ideológicas eran más profundas que el catequismo estaliniano: una forma más antigua, el “chauvinismo imperial ruso” (Castoriadis, 1986, p. 31).

Las críticas de algunos intelectuales llamados disidentes, quienes comenzaron a reclamar una mayor libertad y democracia, se extendieron a otros países del Bloque, como Checoslovaquia.

En la época de Jrushchov aparecieron críticos, como Boris Pasternak, que escribió una cruda denuncia de los crímenes cometidos durante la Revolución titulada *Doctor Zhivago* y recibió el premio Nobel de Literatura en 1958. Esta nueva forma de resistencia dentro de la URSS encontró amparo años después en la política norteamericana de Carter, que hizo hincapié en la falta de respeto a los derechos humanos en la URSS.

Por otra parte, el Secretario General del Partido Comunista de Checoslovaquia, Alexander Dubcek, sostuvo la incompatibilidad existente entre un partido reformista y la emancipación de las masas. Por eso propuso que era necesaria una reforma desde arriba, mediante el establecimiento de un sistema pluripartidario, rotulado “socialismo con rostro humano” (Heller y Feher, 1992).

Los reformistas trataron de introducir a las minorías en el Parlamento, para romper el monopolio del Partido. Ante esto, la URSS advirtió que no toleraría el alejamiento del socialismo,⁸ pero el proceso

⁸ Fue un claro intento de Moscú de disciplinar la construcción del socialismo bajo una única forma, cuando ya había renunciado a ella, cuestión que develó los verdaderos intereses estratégicos en juego. Además, en términos estratégicos, Checoslovaquia era un eslabón importante en la línea defensiva; por ello era importante que no defezionara del bloque.

se profundizó e intervinieron las tropas del Pacto de Varsovia aduciendo la “Doctrina Brezhnev” o de soberanía limitada.⁹

Estados Unidos criticó la intervención y el Presidente Johnson desistió de viajar a la Unión Soviética, lo que puso un freno a las políticas de distensión que provocó un refuerzo en los gastos de defensa. Sin embargo, no hubo abandono de una línea negociadora: la firma de un acuerdo para limitar las armas como el Tratado sobre Antimisiles Balísticos (ABM) de 1972 o el Acta Final de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea, o de Helsinki (1975),¹⁰ son un ejemplo.

Con el Tercer Mundo se observó “una política más agresiva” pero también más compleja, como lo reveló la decisión de intervenir en Afganistán en 1979 que llevó a la URSS a perder socios en el Movimiento de No alineados (Taibo, 1990, p. 194).

Desde el punto de vista económico, Brezhnev introdujo reformas para incrementar la productividad diferenciando los salarios; para el sector agrícola se redujeron los precios de las maquinarias y otros insumos, y le otorgaron la facultad de que los *koljoses* (granjas colectivas) pudiesen establecer diferentes salarios (Saborido, 2009).

Sin embargo, la economía soviética continuó su desaceleración ya que el Producto Social Global creció moderadamente un 7,4% entre los años 1966 y 1970; 6,3%, de 1971 a 1975 y 4,2%, de 1976 a 1980 (Kennedy, 1988).

⁹ La Doctrina Brezhnev fue pronunciada el 11 de noviembre de 1968 por Koro-
vin, un gran jurista soviético, quien planteó la supremacía del proletariado internacional por sobre los Estados, y como la URSS era su expresión institucional, todos sus socios debían subordinarse a ella. “Dentro del socialismo todo, fuera del socialismo nada” habría expresado Brezhnev, reafirmando el modelo soviético como una expresión de aquel.

¹⁰ En esta, la URSS se comprometió a la defensa de los derechos humanos, aunque su objetivo final fue garantizar sus fronteras occidentales, que eran producto de los acuerdos con la Alemania nazi en 1939.

Esta desaceleración era el resultado del conjunto de la economía. El sector industrial se contrajo en un 60% y sólo cuatro ramas crecieron por encima de un 4% para la primera mitad de los ochenta: la metalúrgica, la química, el papel y el vidrio (Saborido, 2009). Los problemas de este sector podemos resumirlos en tres cuestiones: el suministro de energía;¹¹ la pérdida de liderazgo soviético en alta tecnología –con excepciones en las ramas de defensa y espacial–¹² y el estancamiento de la esperanza de vida y los cambios demográficos (Kennedy, 1988).

La agricultura se redujo en un 75%; el transporte y las comunicaciones, en un 55% y el comercio minorista, en un 60% (Saborido, 2009). Una de las principales dificultades eran las subvenciones para el sector agricultor, a lo que debemos sumarle años de malas cosechas, como 1979 y 1982, que obligaron a comprar alimentos en el exterior.¹³

La política de Brezhnev hacia las nacionalidades se asentó sobre tres pilares: la Constitución Soviética, el Ejército Rojo y el PCUS. En el primero de ellos se dispuso que esta carta magna era “común a todos, y las constituciones republicanas deben acordar con ella”, y se estableció la igualdad de la fuerza de la ley de la URSS en todas las repúblicas, como también su carácter prevaleciente en caso de divergencias con ella (Carrère D’Encausse, 1991, p. 205).

El segundo pilar fue el Ejército Rojo: el servicio militar debía cumplirse en unidades étnicamente heterogéneas y se utilizaba sólo el ruso como lengua oficial.

¹¹ Era necesaria la renovación de la red de suministro de energía, para lo que se precisaba una gran inversión para adaptar el tendido a las nuevas tecnologías y construir nuevas plantas.

¹² Como ejemplo de ese retraso, en 1984 los norteamericanos bloquearon la compra de computadoras que hacían los soviéticos, para evitar la piratería industrial.

¹³ Para revertir esta situación, el Kremlin optó por aumentar las parcelas de las cooperativas y reducir el poder burocrático, ya que suponía una pérdida entre el 30 y el 40% de la producción (Kennedy, 1988).

El tercer pilar fue el PCUS, que era “el símbolo de la unión de la sociedad soviética”. Los Partidos Comunistas en las distintas republicas “no eran sino instancias del PCUS” (Carrère D’Encausse, 1991, p. 205).

Tanto en sus vínculos institucionales como económicos, las relaciones entre Moscú y su periferia estuvieron marcadas por asimetrías, las cuales, según el escritor Kapuscinski, generaron “un modelo de desarrollo típico para el Tercer Mundo, que consiste en una rápida y desmesurada expansión de la capital a expensas de la provincia, la cual, abandonada a su suerte se depaupera y deteriora” (Kapuscinski, 1994, p. 133).

Entre la muerte de Brezhnev a fines de 1982 y la llegada de Mijaíl Gorbachov en 1985 tuvo lugar dos Secretarios Generales: Yuri Andropov¹⁴ y Konstantin Chernenko, quienes estuvieron poco tiempo al mando ya que fallecieron rápidamente porque eran muy longevos al momento de asumir.

Hasta ese momento todos los Secretarios Generales habían sido obreros y/o campesinos en sus orígenes, y luego accedieron a sus carreras políticas; pero Gorbachov se forjó integralmente en la burocracia soviética, incluso era un “joven” que promediaba los cincuenta años.

La Perestroika

El diagnóstico de la situación que enfrentaba la URSS estuvo marcado por la idea de estancamiento.¹⁵ Hubo varias opciones para salir

¹⁴ Fue quien impulsó la carrera de Gorbachov al nombrarlo ministro de agricultura, con lo que le otorgó un lugar en primera fila en la política soviética.

¹⁵ Este concepto resultó central para la *Perestroika*. Esta definición gorbachoviana tuvo tres dimensiones (política, económica e internacional). La dimensión política se refirió a la constitución de un sistema represivo que estaba mucho más relajado que en los treinta. La imagen de la retracción económica fue exagerada, ya que el nivel de vida se duplicó entre la Segunda Guerra Mundial y la mitad de los setenta, las generaciones de sus padres y abuelos, ya no cargaba con el peso de la guerra civil, ni la industrialización forzada, ni la invasión nazi, aunque sí su liderazgo mundial.

de él: acompañar los requerimientos militares, convertir la URSS en una sociedad de consumo o transformar el carácter extensivo de la economía en otra intensiva (Kennedy, 1988).

La primera opción fue descartada por Gorbachov. En plena Segunda Guerra Fría pensaba que incrementar el gasto militar iba a derivar en un conflicto generalizado que pondría fin a la humanidad:

Todos los países son ahora mucho más interdependientes que nunca y la acumulación de armas, en especial los misiles nucleares, hace que el estallido de una guerra mundial, no declarada o accidental sea cada vez más probable, debido simplemente a una falla técnica o a la falibilidad humana. Y lo sufrirán todos los seres vivientes de la tierra (Gorbachov, 1987, p. 10).

La segunda, satisfacer las demandas de consumo, significaba cambiar el funcionamiento de la economía, desplazando a la oferta como motor de la política de planificación.

Entonces, en un primer momento, se eligió la tercera opción: transformar el carácter extensivo por uno intensivo, para lo que eran necesarias inversiones externas.

El primer Estado socialista del mundo vivió un intento de reestructuración –la palabra en ruso es, precisamente, *perestroika*–, fundado en el hecho de que existía

una urgente necesidad surgida de los procesos de desarrollo de nuestra sociedad socialista. Esa sociedad está madura para el cambio. Hace tiempo que lo anhelaba. Una demora en comenzar la *perestroika* podría haber llevado, en un futuro cercano, a una situación interna exasperante, la cual, para decirlo sin vueltas, se habría recargado con una muy seria crisis social, económica y política (Gorbachov, 1987, p. 15).

Finalmente, la dimensión internacional hasta los setenta se sustentó en la creencia de que Occidente estaba en declive (Halliday, 1991).

Los dos planos de la *glasnost*

Inicialmente, Gorbachov enmarcó sus reformas dentro del pensamiento y acción de Vladimir Lenin, buscando legitimar sus iniciativas en el fundador del Estado soviético (Gorbachov, 1987, p. 25). Su lema inicial “más democracia, más socialismo” se sustentó en resignificar un concepto leninista: el centralismo democrático:¹⁶

Siempre hay que recordar la idea leninista de que no se puede concebir de modo abstracto la democracia socialista. Esta ha sido siempre el instrumento para desarrollar la economía, intensificar la actividad del hombre, para formar el ideario comunista a las masas. Precisamente así ha trabajado y va a seguir trabajando el partido, ampliando la democracia del régimen soviético (Gorbachov, 1986a, p. 27).

La materialización de ese concepto fue lo que se conoció como *glasnost* –transparencia en ruso–, que significó abrir la discusión hacia el interior del Partido Comunista. Tuvo dos efectos: en la estructura supranacional rápidamente se formaron dos bandos: los reformistas y los conservadores; y en las naciones volvieron los viejos problemas que habían permanecido congelados desde que se instauró el poder soviético.

La *glasnost* dividió el escenario político soviético entre quienes impulsaban los cambios propuestos por Gorbachov y aquellos que los rechazaban. Fue diferente de lo ocurrido con Jrushchov, ya que allí el régimen “se deslizó desde un modo de gestión burocrático a otro” (Lefort, 1992, p. 371). En este momento se hizo visible el conflicto político (Lefort, 1992).

Pero la radicalización de los diputados reformistas, que exigían mayor apertura y rapidez en las medidas, llevó al líder soviético a con-

¹⁶ Mientras en Lenin ese concepto tuvo como objeto terminar con las discusiones facciosas en los primeros tiempos de construcción del poder soviético, aquí se buscó y logró un resultado exactamente contrario.

vertirse en árbitro entre las facciones, lo que dio lugar a una política conocida como “sí y no” por sus ambigüedades. Éstas dejaron a Gorbachov cada vez más lejos de aquellos y preso de los conservadores, que luego hicieron el golpe de agosto de 1991.

A medida que la crisis política se profundizaba, Gorbachov fue virando hacia una perspectiva ideológica liberal y alejándose de la inspiración leninista, como observó en su *Memoria de los años decisivos*: “El mercado permite conocer cuáles son las necesidades reales y hallar los medios para su satisfacción eficaz permite equilibrar la oferta y la demanda, crear un ambiente natural y normal para el desarrollo de la producción” (Gorbachov, 1994, p. 215).

Su discurso a favor de la liberalización de la economía como garantía de las relaciones sociales resultó contrastante con las fuentes que decían inspirar estas reformas.

El otro plano en el que la *Perestroika* política tuvo consecuencias fue el de las nacionalidades.¹⁷ Gorbachov, como todos los dirigentes que le habían antecedido, tuvo “una visión centralista del problema nacional”, fundada en el hecho de que “cada República tiene el deber de participar en el desarrollo de un complejo económico único en que el interés general prevalezca sobre los intereses particulares de la URSS” (Carrère D’Encausse, 1991, p. 23).

La idea de espacio económico unificado que Gorbachov empleó, según Helène Carrère D’Encausse, era “una concepción restrictiva de los derechos culturales nacionales y de la política de los mandos” (1991, p. 24). Si bien reconoció que para Gorbachov: “Todas las culturas son importantes pero su respeto no debe hacer olvidar lo esencial su indispensable acercamiento, su integración en la ideología común (...) la concepción del mundo socialista” (Carrère D’Encausse, 1991, p. 24).

¹⁷ Los aspectos referidos a las políticas sobre las nacionalidades los hemos extraído de *Naciones y Nacionalismos en la ex URSS* (Simonoff, 1994).

Gorbachov criticó el nacionalismo estrecho o localismo (*mesnichestvo*) por entender que afectaba a la forma de funcionar del Estado y a la economía:

Las minorías políticas de las repúblicas de la URSS tienen tendencia, afirma, a replegarse sobre sí mismas, a practicar una política de “favoritismo nacional”, a preferir, cuando se trata de promocionar a los mandos, a cualquier compatriota que a un soviético competente (Carrère D’Encausse, 1991, p. 24).

Por eso mismo, “acusó con toda claridad a las repúblicas de practicar la ‘preferencia nacional’, el nepotismo, la corrupción inherente en toda política que favorece al grupo, y de cuestionar por ello el interés económico general y el progreso de las relaciones interétnicas” (Carrère D’Encausse, 1991, p. 24).

Producto de estos análisis, muchas propuestas constitucionales se intentaron para regular la relación del centro (Moscú) con su periferia (las distintas nacionalidades), bajo varias fórmulas (asociación, federación, confederación, etc.) (Carrère D’Encausse, 1991, p. 302).

La última fórmula lanzada por Gorbachov significó el abandono del nombre *Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas* por el de *Unión de Estados Soberanos*. Además, como lo señaló el propio líder soviético, impulsaba “libertad real para reformar democráticamente el Estado multinacional” (Gorbachov, 1991, p. 66).

Esta propuesta resultó inaceptable para los sectores conservadores del Kremlin que pretendían seguir manteniendo el liderazgo moscovita y fue otro motivo del golpe de 1991.

Resultó evidente que las consecuencias de la fase política de la *Perestroika*, la *glasnost*, habían propiciado movimientos nacionalistas de carácter policlasista, encabezados por intelectuales y clases medias, con apoyo y participación de obreros. Estos movimientos fueron capitaneados en muchos casos por los dirigentes locales del comunismo

soviético, los cuales “consiguieron labrarse un futuro que de otra forma hubiese sido oscuro” (Taibo, 1993, p. 203).¹⁸

Hubo tres escenarios donde estos conflictos se desarrollaron: las repúblicas bálticas, las del Cáucaso y las de Asia Central.

Las repúblicas bálticas (Estonia, Letonia y Lituania) fueron creadas a fines de la Gran Guerra e incorporadas a la URSS como consecuencia del pacto Ribbentrop-Molotov. Al conmemorarse el cincuentenario de su firma, los propios dirigentes locales del comunismo comenzaron a reclamar su salida, porque sostuvieron que su incorporación a la URSS había sido forzada. Ante estos reclamos, “Gorbachov se comprometió a desarrollar un mecanismo legal que permitiese el ejercicio efectivo de los derechos de autodeterminación y secesión” (Taibo, 1993, p. 205).

En el caso de los pueblos del Cáucaso, fueron anexados al Imperio de los Zares en el siglo XIX. Durante la Revolución de Octubre gozaron de una breve independencia hasta su incorporación a la URSS en 1922. En 1936 la Constitución soviética les otorgó una estructura político-administrativa imperfecta y pluriétnica. Existieron tres repúblicas federadas (Armenia, Azerbaiyán y Georgia), siete repúblicas y cuatro regiones autónomas, lo que no llegaba a representar a todos los pueblos que allí habitaban en un complejo mosaico de lenguas y prácticas religiosas diferentes.

La exacerbación del nacionalismo llevó a que los armenios de Alto-Karabaj fueran aislados en el interior de Azerbaiyán, donde fueron

¹⁸ El surgimiento de la cuestión nacional en la ex URSS afectó a otros intentos supranacionales, como en la ex Yugoslavia, que analizaremos en el capítulo sobre el mundo posterior al fin de la Guerra Fría. Como señaló Eric Hobsbawm, existieron cuatro razones para su aparición: 1) La desintegración del poder central, como también en el caso de la ex Yugoslavia, obligó a las pequeñas entidades que la conformaban a buscar alguna fórmula de autopreservación; 2) el carácter xenofóbico del nacionalismo étnico; 3) la sustitución que hizo el nacionalismo sobre los “complicados programas políticos”; 4) la búsqueda de antiguas relaciones sociales frente a la inestabilidad e inseguridad de las vigentes (Hobsbawm, 3 de enero de 1992).

víctimas de verdaderos *pogroms*. Desde febrero de 1988, los azerís de Najichevan, separados por los conflictos al sur de Armenia, soñaban con integrar un Gran Azerbaiyán; los osetios del sur exigieron a partir de 1989 su independencia de Georgia para unirse con Osetia del Norte (Rusia); los abjasios rechazaban la autoridad georgiana y obtuvieron el apoyo de chechenos, balkaros y kbardes, con quienes aspiraban formar una república de los pueblos del norte del Cáucaso.

En el tercer escenario, Asia Central Soviética, se dieron varias demandas de grupos, autóctonos unos, rusófonos otros, “junto con algunas disputas territoriales entre las repúblicas” (Taibo, 1993, p. 204).

En la mayoría de estas disputas el poder central no se definió por ninguno de los bandos, sino que buscó acrecentar su propio poder, como lo demostró la “Ley de Secesión” que, si bien se hizo eco de los reclamos, “remitía (...) a una importante transferencia de atribuciones desde el ‘centro’ hacia las repúblicas (...) todas las concesiones realizadas lo eran a cambio de una efectiva renuncia, por aquellas, al ejercicio de cualquier opción secesoria” (Taibo, 1993, p. 206).

El referendo sobre la Unión celebrado en 1991 demostró “La férrea decisión que el centro exhibió en lo que respecta al no reconocimiento de facto de los derechos de autodeterminación y secesión tuvo, eso sí, el efecto de acrecentarse sensiblemente en la primavera de 1991” (Taibo, 1993, p. 206).

Como veremos, las repúblicas hicieron uso de su derecho a la autodeterminación y secesión durante el golpe de agosto de 1991.

La Perestroika y el mundo

En cuanto a la política exterior soviética bajo Gorbachov, estuvo diseñada en varios planos: las relaciones con Estados Unidos y Occidente, con China, con su Bloque y con el Tercer Mundo.

En el primero de los planos se guió por el siguiente diagnóstico: la distensión “de los años setenta había sido, en efecto, cercenada” (Gorbachov, 1987, p. 157). Y la respuesta fue, como señaló Carlos Taibo,

“un claro repliegue de la URSS sobre sus problemas internos, que pasan a ejercer una influencia decisiva sobre las relaciones exteriores” (Taibo, 1990, p. 197).

El nudo de sus vínculos con el mundo fue su política en el control de armamentos, que buscó

crear un nuevo clima que ayude a consolidar una tregua en el acoso externo al que la Unión Soviética se ha visto tradicionalmente sometida (...) adaptar las condiciones de las fuerzas armadas soviéticas a la nueva situación creada por los avances tecnológicos (...) frente a la expansión militar que desde finales de los años setenta ha acometido los Estados Unidos (Taibo, 1990, p. 199).

Para ello tomó una serie de medidas unilaterales, como el retiro de tropas en Afganistán en 1988, además de renunciar

a realizar pruebas nucleares –se mantuvo en vigor en 1985-1987–, reducciones de tropas y dispositivos en Europa y un compromiso de destrucción del arsenal químico propio. Por encima de todo, la URSS ha demostrado una gran flexibilidad en los distintos foros negociadores (Taibo, 1990, p. 200).

Sin embargo, sus acciones fueron vistas con cierta cautela, lo que causó alguna desazón por parte de Gorbachov, quien en 1987 señaló: “Nuestros llamados de paz no encontraron respuesta en las altas esferas de mando de Occidente” (Gorbachov, 1987, p. 157). Eso se debió a que en Washington los sectores neoconservadores tuvieron prejuicios con respecto a lo que estaba ocurriendo en la URSS. Al igual que los realistas. Kissinger escribió en enero de 1988 un artículo en el *Washington Post*: “Eso [la *Perestroika*] es un asunto soviético interno relevante para las democracias sólo si es acompañada por un cambio en la política exterior soviética”. En efecto, Kissinger se preocupa en corroborar “si los americanos pueden ser persuadidos para ver la política exterior en términos de equilibrio en vez de una lucha

entre buenos y malos”. En su punto de vista, éste fue el problema de la política del anterior Presidente Ronald Reagan hacia la Unión Soviética, la cual en unos pocos años fue desde las denuncias del Imperio del Mal hasta un abrazo con Gorbachov. “Semejante acercamiento”, recalcó Kissinger en otro artículo del *Washington Post*, en febrero de 1989 “es descuidar las realidades del poder, la ambición y el interés nacional” (Kober, 1990, p. 15).

Los funcionarios soviéticos de Gorbachov se alejaron de los patrones realistas que habían guiado sus relaciones con el mundo desde los tiempos de Stalin y adoptaron un discurso neoinstitucionalista liberal, ya que ellos “rutinariamente se refieren a Kant, y Shevardnadze identificó el folleto de Kant de 1795, específicamente *La Paz Perpetua*, como un trabajo que merece atención especial” (Kober, 1990, p. 15).

Pero lentamente el clima de desconfianza cedió, como se observó con la firma del INF con Reagan, que dio fin a la Segunda Guerra Fría, y se clausuró con George Bush por la firma del SALT.¹⁹

Por otra parte, Gorbachov buscó normalizar las relaciones con la otra potencia socialista, la República Popular China. Los enfrentamientos verbales y militares de la época de Brezhnev fueron sustituidos por un creciente volumen de intercambios económicos y consultas políticas. Acercarse era importante tanto para Gorbachov como para el régimen chino. En ese marco tuvo lugar la Sexta Cumbre Sino-Soviética (realizada entre el 15 y el 18 de mayo de 1989), en la cual se anunció una “nueva era” en sus relaciones, tanto a nivel de los partidos como de los Estados. Aunque existieron fuertes motivaciones y esperanzas en la Cumbre, con una agenda ambiciosa,²⁰ no hubo avances

¹⁹ Esos nuevos lineamientos, y su debilidad relativa por la crisis interna que enfrentaba, lo llevaron a apoyar la intervención norteamericana en Irak en 1990 a causa de la invasión a Kuwait y a abandonar la competencia con Occidente (Halliday, 2002).

²⁰ Hubo varios temas: la Guerra Civil en Camboya (los soviéticos venían presionando a los vietnamitas para que se retirasen e iniciaran conversaciones sino-vietnamitas), las cuestiones fronterizas sino-soviéticas, la mejora de las relaciones comer-

significativos concretos; sin embargo, resultaron un cimiento fundamental para la confluencia estratégica que ambos atravesaron en las décadas siguientes.

Allí, Gorbachov “fue muy cuidadoso al plantear el tema de la reforma política”, debido a que en su visita estaban teniendo lugar los sucesos de la Plaza de Tiananmen, y manipuló hábilmente la cuestión para “no provocar el distanciamiento del gobierno chino” (Goldstein, 1989, p. 71). Sin embargo, esos sucesos frustraron

un intento de vincular a la Unión Soviética con la reforma dinámica china y de incorporar el movimiento reformista de este país, junto con los de Polonia y Hungría, a un bloque internacional de opinión que pudiera serle de utilidad para promover la reforma en su patria. Los hechos ocurridos en Beijing hicieron que China quedara eliminada de esta agrupación, pues la volvieron menos atractiva como socia (Goldstein, 1989, p. 73).

Las relaciones con los países del Bloque Oriental estuvieron marcadas por el abandono de la Doctrina Brezhnev. Con respecto a ella, Gorbachov había impartido “Instrucciones a diplomáticos” a fines de 1986, en las que señaló:

Hay que comprender que las relaciones con los países socialistas han entrado en una nueva etapa histórica. Se han terminado los tiempos en que los ayudábamos a organizar la economía, los partidos, sus instituciones políticas. Los países, los Estados, que ya tienen cuarenta años de desarrollo independiente, tienen sus propios partidos, sus instituciones políticas, su forma de vida, sus logros, superiores en muchos aspectos a los nuestros. Son Estados adultos y no se pueden llevar de la mano al jardín de infancia, como si fueran niños pequeños. Ahora precisamos de otras relaciones. Si lo comprendemos, tenemos claro cómo deben ser nuestros lazos con ellos (Gorbachov, 1994, p. 125).

ciales. Gorbachov incorporó la idea de cooperación económica y la reducción de la presencia del Ejército Soviético en las regiones fronterizas (Goldstein, 1989, p. 73).

En estas instrucciones estuvieron los contenidos básicos de las políticas hacia su Bloque, plasmadas públicamente en el discurso que Gorbachov dio en Naciones Unidas en 1988, cuando anunció su abandono, fundado en los siguientes principios: la renuncia absoluta al uso de la fuerza, la autodeterminación y la desideologización de las relaciones internacionales (Gorbachov, 1996).

Pero estos cambios fueron conformados, además, por los procesos que acontecían en los propios socios menores de Moscú y que incluso antecedían a la llegada de Gorbachov.

En Polonia, desde fines de los años setenta, se evidenció una crisis producto del endeudamiento con acreedores occidentales. Del mismo modo que en el Tercer Mundo, las reformas para cumplir con los pagos afectaron la actividad económica y promovieron conflictos que permitieron visibilizar actividades sindicales de Solidaridad, encabezada por Lech Walesa.²¹

Las huelgas en 1980 exteriorizaron una rebelión más amplia: la de la sociedad contra el Estado. Como no creían en las reformas del Partido, lo impugnaron. Este activismo fue reforzado por la influencia del papa Juan Pablo II, quien con sus visitas apoyó a los opositores, pero “No sólo se comprometió el futuro del comunismo en su país natal, sino también la hegemonía soviética en el resto de Europa del Este” (Willey, 1993, pp. 245-246). La Iglesia Católica se convirtió en un actor político importante que transformó el capital simbólico en poder político real.²²

La organización sindical Solidaridad fue transformada en un partido político y prohibida después del golpe de Estado encabezado por el general Jaruzelski en 1981, pero luego fue legalizada, y tras conversaciones entre el gobierno y los dirigentes sindicales se llamó a

²¹ Estas tenían particularidades propias que las diferenciaban del resto de las existentes en la URSS y su bloque, ya que no estaban vinculadas al Partido, como sí ocurría en los otros países socialistas.

²² Era un aliado de los neoconservadores en esa tarea.

elecciones en junio de 1989. Solidaridad ganó por el 99% de los votos y accedió al gobierno, designando como primer ministro a Tadeusz Mazowiecki. A fines de 1990 Lech Wałęsa fue proclamado Presidente.

En Hungría el régimen toleró la liberalización económica en los años setenta y ochenta e incluso el régimen político de Janos Kadar “era más benigno que los existentes en otros países del área” (Taibo, 1995, p. 127). En 1988 lo reemplazó Karoly Grosz, quien realizó reformas políticas que permitían formar clubes políticos, movimientos y organizaciones alternativas, y económicas. En 1989 el PSOH admitió la necesidad de llamar a elecciones libres y renunciar a su papel dirigente.

Durante ese año, según el periodista norteamericano Michael Meyer, los reformistas húngaros tuvieron un papel catalizador en la llamada Revolución de Terciopelo,²³ ya que primero rompieron el aislamiento con Austria y luego, durante el verano boreal, permitieron el paso de alemanes orientales con destino final a la República Federal Alemana (Meyer, 2009, p. 53).

Al año siguiente se convocó a elecciones, que ganó la Alianza de Demócratas Libres. Asumió el poder en 1990 y formó un gobierno de derecha.

A pesar del clima de reforma que existía en la URSS y en algunos países del Bloque, la República Democrática Alemana, que estaba gobernada por Eric Honecker, se resistía a ella. Pero las medidas tendientes a imponer un sólido control a miles de alemanes orientales no funcionaron, ya que muchos de ellos se fugaron por Hungría.

Sin embargo, las protestas contra el régimen de Honecker continuaron y provocaron su renuncia; y en una conferencia de prensa se anunció la libertad de movimiento sin restricciones para los ciudadanos de Alemania Oriental. Este anuncio, realizado a últimas horas

²³ Nombre que recibió este conjunto de revueltas que terminaron con el poder soviético en Europa Oriental durante 1989.

de la tarde del 9 de noviembre de 1989, resultó confuso y llevó a que miles de berlineses orientales se concentraran en los puntos de control de la frontera, ante guardias que estaban impávidos y evitaban abrir fuego; situación que permitió cruzar la frontera masivamente. Durante esa noche comenzó la demolición del Muro levantado por Jrushchov en 1961, lo que constituyó un hecho de fuerte contenido simbólico.

En junio de 1990 se realizó en las dos Alemanias un plebiscito que mostró la voluntad de unificación germana, de la mano de la alianza conservadora encabezada por Helmut Kohl que gobernaba en el sector Occidental.

El proceso se repitió en Checoslovaquia y tuvo como antecedente la Carta 77, firmada por varios intelectuales que criticaban al régimen. En octubre de 1989 se formó el Foro Cívico, encabezado por el escritor Václav Havel, mientras el Partido Socialista entró en un debate con respecto a qué rumbo llevar. Las movilizaciones masivas arrasaron con la cúpula gobernante y en diciembre el Presidente Milos Jakes renunció. Havel fue proclamado Presidente y llamó a elecciones para mediados de 1990, en las que su agrupación triunfó (Taibo, 1995).²⁴

En Bulgaria, en noviembre el Presidente Todor Zhirkov perdió el poder y fue reemplazado por Peter Mladonov, que era un socialista reformista. Este último ganó la elección en junio de 1990, pero luego fue desplazado por la acción de movilizaciones opositoras de la Unión de Fuerzas Democráticas (pro occidentales) que impugnaron el escrutinio (Taibo, 1995).

A fines de 1989, tras un breve y sanguinario enfrentamiento civil en Timisoara –que concluyó con la muerte del dictador rumano Nicolae Ceauscescu– y un golpe de Estado del Frente de Salvación Nacional, llegaron al poder Ion Illiescu y Peter Romás (Taibo, 1995).

²⁴ Diferentes tensiones políticas y económicas se dieron entre la región checa y la eslovaca, motivo por el cual en junio de 1992 decidieron dar comienzo a la secesión, que concluyó con la formación de dos naciones.

Todos estos cambios llevaron a la URSS a alejarse. Y aunque “parece haber aceptado como un hecho consumado la desintegración de su bloque económico y militar en la Europa oriental, no hay que olvidar que sigue contando con medios de presión sobre los Estados del área” (Taibo, 1990, p. 204).

Los movimientos sociales que protagonizaron estos grupos eran similares a los que acontecían en la periferia soviética: tuvieron un carácter policlasista, aunque mayoritariamente de clase media, y en menor medida, de trabajadores.

En algunas visiones, esas similitudes otorgaron a la sucesión de acontecimientos de 1989, y fundamentalmente a la Caída del Muro de Berlín, un estatus similar a los ciclos revolucionarios de 1789, 1848 o 1917.²⁵

Las relaciones con el Tercer Mundo también sufrieron cambios:

A partir de 1985 los textos oficiales empezaron a reflejar una escasa confianza en las posibilidades de instauración de sistemas ‘socialista’ en el sur del planeta, al tiempo que se le atribuía al ‘capitalismo’ una menor responsabilidad en la gestación de los problemas del Tercer Mundo (Taibo, 1993, p. 211).

La *Perestroika* económica

En cuanto al campo económico, se planteó desburocratizar la gestión como una manera de superar las dificultades, una instancia para “avanzar indefectiblemente, revelar y solucionar nuevos problemas, eliminar todo cuanto obstaculiza el desarrollo” (Gorbachov, 1986a, p. 12).

El diagnóstico marcó la imposibilidad de crecimiento de la URSS sin ayuda externa. De allí que se liberaran las relaciones internas, lo que posibilitó la iniciativa privada con ayuda de capitales, tanto internos como externos.²⁶ Sin embargo, podemos puntualizar que los dos

²⁵ Este aspecto se desarrollará en el capítulo referido al Nuevo Orden Mundial.

²⁶ La *glasnost* fue presentada como la garantía para la llegada de inversiones.

ejes que más importan de la reforma económica fueron: 1) la reforma en la dirección económica, que se basaba en el paso de un sistema de dirección centralizada y autoritaria a otro basado en los “mecanismos económicos”;²⁷ 2) la ampliación de la participación de los trabajadores en la dirección de las fábricas (Aganbegyan, 1990, p. 225).

Se buscó dar estímulos al crecimiento de las fuerzas productivas, y al progreso científico y tecnológico; vincular estrechamente el crecimiento del nivel de vida de los trabajadores con la eficiencia del trabajo, profundizar la democracia y desarrollar el autogobierno del partido y la sociedad, y vincular la labor ideológica del partido con los problemas reales de la vida (Gorbachov, 1986b).

Sin embargo, la *Perestroika* no detuvo la disolución de la URSS, sino que esta incluso fue más pronunciada: de 1981 a 1985, la URSS creció sólo un 3,5% y en el quinquenio siguiente, un 2,8% (Kennedy, 1988). Ello se reflejó en el comienzo de problemas de abastecimiento y encarecimiento de insumos que llevaron a un creciente malestar en la población.

Cristalización, golpe y final

La *Perestroika* tuvo su punto máximo de cristalización con las tres propuestas de Gorbachov en agosto de 1991 –antes del fallido golpe–: el nuevo Tratado de la Unión, la socialdemocratización del PCUS y la incorporación al orden de Bretton Woods (BM, OMC y FMI). Con la primera se lograba una nueva relación entre las naciones que componían el Estado soviético; con la segunda se plasmaba la idea de “más democracia, más socialismo”, y con la última

La URSS buscaba (...) la apertura a mercados “desideologizados”, se alejaba a marchas forzadas de los planteamientos que reclamaban un Nuevo Orden Económico Internacional y aceptaba las reglas de juego impuestas por instancias como la OPEP, el FMI o el GATT (Taibo, 1993, p. 211).

²⁷ Aceptación eufemística de las reglas del mercado.

Estas iniciativas generaron que los sectores conservadores reaccionaran e intentaran llevar a cabo un golpe de Estado, entre el 19 y el 21 de agosto de 1991. Los conspiradores eran miembros de sectores importantes del PCUS, la cúpula de las Fuerzas Armadas y la KGB, quienes utilizaron un mecanismo parecido al que padeció Jrushchov: declararon enfermo a Gorbachov para poder confinarlo y formar un gobierno de transición.

Pero la intentona fue quebrada por una resistencia popular inédita en la que participaron miles de personas con los dirigentes reformistas a la cabeza. Entre otros líderes, que impidieron el triunfo de los conspiradores, estaba el Presidente de Rusia, Boris Yeltsin.

Estos hechos inauguraron una nueva etapa en la historia rusa. Gorbachov señaló que la principal lección del golpe “es que debemos acelerar el proceso de reformas democráticas” (Gorbachov, 1991, p. 51).

Como consecuencia del *putsch*, gran parte de las repúblicas declararon su independencia. Estas²⁸ “han proclamado ya su soberanía, subrayando la primacía de las leyes republicanas sobre las federales” (Montbrial y Edin, 1991, p. 53).

El fracaso del golpe afectó a Gorbachov frente a las ascendentes figuras de los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia. Ellos defendieron, el 7 de diciembre de 1991, la idea de formar una comunidad sin un gobierno central, una asociación libre e igualitaria entre sus miembros. Los objetivos de esta Comunidad estuvieron plasmados en un documento, en el que se formalizó la creación de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), se declaró la extinción de la URSS y se manifestó que estaba abierta a las demás naciones de la misma. Luego adhirieron Kazajstán y las demás repúblicas de Asia Central, que exigieron que las reconocieran como fundadoras y con iguales derechos.

²⁸ Incluso la proclamó la región de Chechenia, que integraba la República Federativa Soviética de Rusia.

La constitución de la CEI el 21 de diciembre llevó a vaciar la URSS como estructura política y provocó la renuncia de Gorbachov el 25,²⁹ comunicada por él mismo por televisión.³⁰

En su mensaje, hizo un diagnóstico del grado de disgregación al que había llegado la URSS:

Siempre he abogado por la autonomía e independencia de los pueblos, así como de la soberanía de las repúblicas, pero también, al mismo tiempo, por el mantenimiento del estado de la Unión y de la identidad del país (...). Se ha impuesto el rumbo que lleva a la fragmentación del país y la división del Estado. Y no puedo estar de acuerdo con él (Gorbachov, 1996, p. 19).

E insistió en que:

El destino quiso que en el momento en que accedí al puesto más alto del Estado, estuviera ya claro que algo no funcionaba en él. Disponemos de todo en abundancia –tierra, petróleo y gas natural y otras riquezas del subsuelo–, y Dios tampoco nos ha dejado atrás en cuanto a inteligencia y talento; sin embargo, vivimos mucho peor que las personas de los países más desarrollados, y ese retraso se hace cada vez mayor (Gorbachov, 1996, p. 19).

Más allá de identificar la riqueza con materias primas y no con productos con valor agregado, lo que llamó la atención fue la invocación a Dios por parte de un encumbrado miembro del partido comunista de la Unión Soviética.

Rescató lo que consideró el fin del sistema totalitario, “que durante largo tiempo arrebató a nuestro país la posibilidad de prosperar

²⁹ De las repúblicas que conformaban la URSS, adhirieron todas menos las bálticas y Georgia.

³⁰ Un dato curioso es que se dirigió a los espectadores como “queridos compatriotas, conciudadanos” y no utilizando el más característico apelativo de “camaradas”.

y desarrollarse” (Gorbachov, 1996, 20). Y le asignó una significación histórica a su tarea:

Vivimos en un mundo nuevo: se ha puesto fin a la Guerra Fría. Se ha detenido la competencia armamentística y la militarización demencial de nuestro país que habían desfigurado nuestra economía, la conciencia social y la moral. El peligro de una guerra mundial ha sido desterrado (Gorbachov, 1996, pp. 20-21).

Explicó que las transformaciones “en un país como este, con semejante legado, no se realizan de forma indolora, sin dificultades o conmociones” (Gorbachov, 1996, p. 21).

Luego de esta exposición traspasó a Yeltsin los códigos secretos de los misiles nucleares. La disolución fue votada por el Soviet de la República al día siguiente, al mismo tiempo que aprobaba el Tratado de Alma-Ata.

La trascendencia de estos hechos dio lugar a que Hobsbawm decretara el fin de la Guerra Fría y del Siglo Corto (Hobsbawm, 1995).

Capítulo 5

Las respuestas políticas a la Crisis de 1973 (3): Las Cuatro modernizaciones chinas

En este capítulo nos ocuparemos del proceso de transformación que ha tenido lugar en la China maoísta, llevado adelante desde los años setenta y que aún hoy perdura. Presentaremos brevemente los antecedentes de la situación entre la Revolución de 1949 y la llegada al poder de Deng Xiaoping en 1977.

Las décadas maoístas

El triunfo de la Revolución maoísta a fines de los años cuarenta, tras una larga guerra civil entre los comunistas y el Kuomintang (nacionalistas de derecha) que se remontó a los años veinte del siglo pasado –sólo interrumpida por la intervención japonesa en la Segunda Guerra Mundial–, tuvo como resultado la división de China en la República Popular y la Nacionalista, al igual que en otros casos de la Guerra Fría.

El balance de los tres decenios de poder comunista hasta las reformas de los setenta puede ser evaluado del siguiente modo: la industrialización tuvo un crecimiento medio de un 10%, con algunos momentos culminantes durante el primer Plan Quinquenal y de años negros durante el Gran Salto Adelante (1959-1961); en materia agrí-

cola fueron mediocres, y el crecimiento de la producción estuvo un poco por encima del de la población (Lacoste, 1995, p. 423).¹

Uno de sus principales logros fue detener las fuerzas centrífugas que venían operando desde la irrupción de los europeos en el siglo XIX, e internacionalmente buscó terminar con el Siglo de Humillaciones para poner a “China de pie”, a través de su principal tendencia en su política exterior, la de “Revolución y guerra” en contra del imperialismo occidental y sumándose inicialmente al Bloque encabezado por Moscú (Moncada Durruti, 2011, p. 2).

Sin embargo, la ruptura con los soviéticos a fines de los cincuenta llevó a la política externa maoísta a volver a uno de sus núcleos fundamentales, en el que se caracterizaba al país como parte de una zona intermedia entre las superpotencias, también conocida como Teoría de los Tres Mundos (Moncada Durruti, 2011, pp. 3-4).

La Guerra de Vietnam fue una oportunidad para la conducción china de iniciar una política de apertura hacia los Estados Unidos, ya que los soviéticos eran percibidos como su principal problema. Con la visita del Presidente Richard Nixon en 1972 a Beijing, el régimen chino inició relaciones cada vez más estrechas con los Estados Unidos, mientras los norteamericanos rompieron relación con Taiwán. Por su parte, los vietnamitas rompieron relaciones con Moscú a través de la firma del Tratado de Amistad y Cooperación, el 3 de noviembre de 1978. Después, ocuparon Camboya en diciembre de 1978, cuestión que llevó al régimen chino a iniciar represalias contra Hanói.²

¹ Los datos, salvo indicación contraria, fueron extraídos de Lacoste (1995).

² Este conflicto continuó durante los años ochenta por el apoyo de Beijing y Washington a los *Khmres Rouges*. Como vimos en el capítulo sobre la llegada de la *Perestroika* y Gorbachov estos permitieron un acercamiento con China e iniciar negociaciones en agosto de 1991 para el retiro de los vietnamitas de Camboya.

Las reformas chinas

Luego de la muerte del “Gran Timonel” en 1976, Deng Xiaoping³ se impuso a “la Banda de los Cuatro (liderada por la viuda de Mao, Jiang Qing), que era el grupo opositor a la apertura al capitalismo” (Bernal-Meza, 2018, p. 81).⁴ Gracias a ello, en 1978 se inició el proceso de reformas con el lanzamiento de las Cuatro modernizaciones (agricultura, industria, defensa y ciencia y tecnología). Esta política respondió a una necesidad dominante, la de la modernización acelerada:

Nuestra línea política es la de tomar las Cuatro modernizaciones como punto clave, persistir en desarrollar las fuerzas productivas y aferrarnos a todo trance, tenaz y consecuentemente, a este punto esencial a menos que estalle una guerra mundial (...). No es posible construir el país a puertas cerradas (Deng, 1987, p. 69).

Podemos periodizar estas reformas en cuatro fases, correspondiente cada una al liderazgo del Partido, y caracterizada por una creciente apertura y pragmatismo en lo económico pero clausurada para la política.⁵

La primera etapa de Deng estuvo marcada por dos fases: la primera (1978-1984), concentrada en el mundo rural por el impulso de una

³ Deng Xiaoping (1904-1997) fue un dirigente del Partido Comunista Chino que padeció la purga durante la Revolución Cultural, pero luego retornó para erigirse en el responsable máximo de estas reformas. Su importancia en la historia de China contemporánea le valió el mote de “Pequeño Timonel”, en contraste con el “Gran Timonel”, Mao Tse Tung.

⁴ Las tensiones entre la burocracia partidaria a la que pertenecía Deng y los maoístas moldearon las distintas etapas de la Revolución entre 1949 y 1978.

⁵ Existieron notables diferencias con las políticas llevadas adelante por Mijaíl Gorbachov, quien, como vimos, planteó la reforma para todo el sistema político y económico de la URSS. En el caso de las chinas, avanzaron sobre aspectos específicos de la economía con la creación de zonas libres y sin liberalización política. Otro elemento que marcó la diferencia fue la ubicación geográfica. China aprovechó el efecto bandada de gansos, que le aportó grandes inversiones al sumarse a ella, cosa que con la URSS no ocurrió (Leonard, 2008, p. 111).

descolectivización de hecho; la segunda (1984-1989) apuntó a la producción industrial, tratando de aprovechar la mano de obra intensiva barata y la disponibilidad de capitales (Tamanes, 2001, p. 42).

En 1992 se realizó el XIV Congreso del Partido Comunista Chino, que designó como sucesor de Deng a Jiang Zemin como máximo líder. Se continuó con el camino pragmático y se inició una segunda etapa hasta el año 2003. Los objetivos fueron la profundización de la reforma económica y el desarrollo del país bajo una mayor liberalización, y se buscó el reconocimiento como economía de mercado y el ingreso a la OMC (2001).

En 2003 asumió el liderazgo partidario Hu Jintao e inauguró una tercera fase, que se fijó como objetivo corregir las desigualdades sociales generadas por el crecimiento.

Una década después se inició la fase actual, cuando Xi Jinping quedó a cargo del Partido. Planteó como lema de su administración el llamado “sueño” chino, que consiste en tres objetivos: reorientación de las pautas de desarrollo a partir de inversiones y exportaciones (45% del PBI) por un mayor consumo interno; atender los problemas ambientales globales, de los cuales el crecimiento económico de China es responsable; y convertir el país en uno de renta media.⁶

Volviendo a los momentos iniciales de este proceso de modernización, encontramos una primera fase que se ocupó de la cuestión rural, según el diagnóstico de Deng:

El que reine o no la estabilidad en el ámbito social de China y el que pueda desarrollarse o no nuestra economía, ante todo, si se desarrollan las zonas rurales y si mejoran las condiciones de vida de los campesinos (Deng, 1987, pp. 82-83).

Elas condujeron a una descolectivización de hecho del campo, que consistió en que

⁶ Por una cuestión de orden, en este capítulo nos referiremos a las reformas y sus efectos hasta comienzos del nuevo milenio.

Las familias podían ahora firmar contratos con el equipo de producción, así como tomar tierras de este en arriendo; todas las decisiones relacionadas con la inversión y la producción se tomaban en la unidad familiar; y tras cumplir con sus obligaciones para con el Estado, esta podía disponer de sus cosechas en un dilatado mercado libre rural (Bailey, 2002, p. 218).

El retorno de la actividad agrícola privada y familiar llevó, además, a la rápida emergencia del sector rural no agrícola con la multiplicación de pequeñas industrias rurales privadas o no (entre 1978 y 1988, el número de empleos pasó de 17,3 millones a 34,1 millones para el sector secundario y terciario, y de 2,3 millones a 15,2 millones en la construcción) (Lacoste, 1995, p. 423). El mundo campesino, o sea más de tres cuartos de la población de ese momento, se transformó rápida y fuertemente. A pesar de que esta descolectivización no fue planificada por el poder, se realizó aceleradamente y fue prácticamente concluida en los primeros años de la década del ochenta.

En el caso de la industria, las reformas apuntaron a lograr mayor autonomía financiera y descentralización de la gestión, aunque fueron inicialmente más lentas y matizadas que en el mundo agrícola:

se inició con la reducción del número de productos industriales vendidos a precios fijos (también se suprimió el control estatal del precio de la carne, el pescado y las verduras), y a continuación se permitió una mayor autonomía de gestión (en áreas como los salarios y las inversiones) y la retención de beneficios en las empresas de propiedad pública (Bailey, 2002, p. 219).

Estos medios estimularon la aparición del sector privado, que estaba prohibido durante el período maoísta y que llegó en 1981 a 1,8 millones de pequeñas empresas (esencialmente familiares); en 1987, a 14 millones, y en 1992, a 18 millones de empresas (Lacoste, 1995, p. 424). Pero la línea gruesa de esta fase se asentó en “un esquema muy intensivo en uso de capital y [que] necesitaba financiarse a partir del

masivo ahorro interno y por los ingresos generados por las exportaciones, más que por el consumo interno” (Leonard, 2008, p. 41).

Ello se observó en el crecimiento del comercio exterior, que en 1950 era de 1.130 millones de dólares en exportaciones e importaciones, en 1975 de 14 mil millones, en 1990 de 115 mil millones, en 1995 de 280 mil millones y en el año 2000 de 374 millones de dólares (Tamanes, 2001, p. 62).

Ello ocurrió gracias a la implementación desde 1979 de las llamadas Zonas Económicas Especiales (ZEE) en el litoral costero para favorecer el arribo de capitales externos y de tecnologías:

Las zonas económicas especiales son como ventanas abiertas en términos de tecnología, administración, *know-how* y política exterior. A través de esas zonas es posible introducir tecnologías, obtener *know-how* y llegar a aprender el arte de la administración, que también es un tipo de *know-how*. Es posible que algunas inversiones no rindan muchas ganancias, pero el momento. Pero (...) no dejan de ser provechosas y han de surtir efectos en el futuro (Deng, 1987, p. 53).

Como señaló Mark Leonard, las ZEE fueron “una turbina para el desarrollo del sector no estatal porque las compañías extranjeras establecían *joint ventures* con empresas locales y adquirirían participaciones accionariales de ellas” (Leonard, 2008, p. 40).

Además, catorce ciudades costeras, entre ellas Shanghái, Tianjin y Guangzhu, fueron declaradas abiertas entre 1984 y 1990. Desde los distritos y desde las ciudades buscaron obtener el estatus de ZEE para servir de bases de exportaciones (Lacoste, 1995, p. 424).

En la práctica, las intenciones gubernamentales y los capitales externos no siempre fueron de la mano: entre 1979 y 1990, 38 mil millones de dólares de inversiones directas fueron negociadas y sólo 18 mil millones efectivamente utilizados; en 1990, las empresas de capitales extranjeros aseguraron el 3,4% de la producción industrial

y para 1992 los capitales de la diáspora china fluyeron hacia el continente (58 mil millones de dólares negociados en 1992 y alrededor de 100 mil millones de dólares en 1993 y quizás un tercio efectivamente invertido).⁷

Este proceso convirtió a China en el principal receptor de Inversiones Extranjeras Directas (IED) desde 1995, y ellas se concentraron en el sector exportador con uso de mano de obra intensiva –cuyo valor era de 0,20 centavos de dólar la hora–. Pero, como señaló Niall Ferguson, la forma de ingreso de capitales tuvo características distintas a otros procesos de modernización, ya que

exigieron que este adoptara la forma de inversiones directas. Ello significó que, en lugar de pedir dinero prestado a los bancos occidentales para financiar su desarrollo industrial, como hicieron muchos otros países emergentes, hicieron que los extranjeros construyeran fábricas en las denominadas “zonas empresariales” del país, creando así unos activos grandes y pesados que no podían retirarse fácilmente en caso de crisis (Ferguson, 2009, p. 355).

En esta dinámica de inversiones, industrialización y exportaciones tuvo lugar la constitución de las bases de aquello que Ferguson denominó “Chimérica”, que será el fenómeno central del comienzo de nuevo milenio:

al externalizar la fabricación en China, las empresas estadounidenses han podido beneficiarse también de una mano de obra barata. Y, asimismo, y de manera crucial, al vender miles de millones de dólares en bonos al Banco Popular de China, Estados Unidos ha podido disfrutar de unos tipos de interés significativamente inferiores a los que hubiera afrontado en otra situación (Ferguson, 2009, p. 356).

⁷ Como señaló Ferguson, la mayoría de la inversión china fue financiada por sus propios ahorros y con la diáspora de ultramar (2009, p. 355).

El fin de la agricultura descolectivizada y la reforma urbana e industrial fueron tolerados, con cierto grado de inconformismo, por numerosos cuadros del PC chino. Pero también hubo tendencias hacia una mayor liberalización; según Leonard, era una de las facciones que integraron las protestas de la Plaza de Tiananmen, pero allí también hubo otros que querían “bienestar social y protección frente al mercado” (Leonard, 2008, p. 45).⁸

La protesta estuvo motivada originalmente por reclamos estudiantiles, a los que se sumaron trabajadores que no habían encontrado eco en las autoridades. Para el 4 de mayo de 1989 había más de 150 mil personas en la plaza y en las protestas que se extendieron por Shanghái, Changsha, Nankín y Wuhan. Ante la falta de respuesta oficial, varios manifestantes iniciaron una huelga de hambre, pero comenzaron los preparativos para la represión, ya que se dieron instrucciones a la Comisión de Asuntos Militares para que se ocupara de la cuestión. Finalmente, durante la noche del 3 de junio se inició el asalto a la plaza, que dejó un número indeterminado de muertos; una vez logrado el objetivo, siguieron arrestos masivos: unos 2.500 (Bailey, 2002, pp. 236-239).

La represión generó rechazo y desconfianza en Occidente, pero el gobierno chino utilizó como moneda de cambio el apoyo a la intervención en el Golfo; junto a ello, aprobó la decisión del XIV Congreso del Partido Comunista Chino de designar como sucesor de Deng a Jiang Zemin, y apostó a la profundización de la descentralización económica, a la extensión de la economía de mercado, a la liberalización comercial, al ingreso a la OMC y a la creación de bolsas y de empresas privadas (Tamanes, 2001).

⁸ Bailey sostuvo que no era la democratización, como se divulgó en Occidente, el objetivo principal de los reclamos, sino la incorporación y consulta de sectores públicos (administradores, obreros, estudiantes y profesores) al proceso de dirección de las reformas (2002, p. 237).

Como dijimos, las inversiones extranjeras aumentaron exponencialmente en la década del noventa. Para el año 1984, el total de inversión directa más préstamos representaba 4.790 millones de dólares, el 0.3% del PBI. En 1990 ese número pasó a 12 mil millones, en 1992 pasó a 69 mil millones y en 1993, a 123 mil millones, que representaban el 5% del PBI.⁹

China también comenzó a desplazar a Japón como proveedor de manufacturas y financista de los Estados Unidos, y como centro del desarrollo del Lejano Oriente. Pero este cambio no fue inocuo para Washington, ya que Beijing no era dependiente ni militar ni políticamente de Estados Unidos, lo que produjo la “bifurcación” señalada por Arrighi (2007, p. 16).

La transformación social y los límites de la reforma política

Los cambios presentaron diversos aspectos territoriales y sociales, e incluso fijaron ciertos límites de la transformación política.

Si observamos la relación entre territorio, población y producción podemos dividir China en tres partes bien delimitadas. Las once provincias del oeste cubren el 70% del territorio, y representaban el 28,6% de la población y apenas el 17,2% de la renta total de 1989. Las regiones costeras (once provincias, las más prosperas) reunían el 34% de la población y el 53% de la renta nacional. El centro (ocho provincias y la región autónoma de Mongolia Interior) se situaba en una posición intermedia.¹⁰

Pero estas distorsiones espaciales se agudizan cuando observamos los pueblos que las habitaban, ya que las zonas más ricas

⁹ Un ejercicio que puede ayudar para comprender la magnitud de las reformas llevadas adelante por China desde 1978 es la comparación de su PBI con el PBI de los Estados Unidos: en 1970 era un 4,4%, en 1980 un 9% y en 2010 era un 48% (Le Monde Diplomatique, 2014, p. 62).

¹⁰ La brecha entre la zona más pobre, Jiangxi –Tíbet–, y la más rica, Shanghái, es de 1 a 10.

concentraban el 98% de los Han; en cambio, Manchuria, Mongolia, Jiangxi y el Tíbet representaban el 50 o 60% del territorio y una situación poblacional más heterogénea entre las más pobres (Lacoste, 1995, p. 425).¹¹

Los cambios poblacionales también son otro registro importante: en 1980 la población rural representaba el 80,6% del total, frente a un 19,4 de la urbana; veinte años después, los porcentajes pasaron a 64,2 y 35,8, respectivamente, aunque ello no se detuvo allí.¹²

La esperanza de vida, que en 1950 era de 40 años, pasó a 66 en 1980 y a 71,9 en 2004. Pero en los años noventa se dio una masiva desocupación urbana y rural (del orden de un 20%), y apareció un subproletariado urbano creado por el éxodo rural –conocido como población flotante¹³–, que llegó a superar los cien millones a principios del nuevo milenio, además de darse el crecimiento de la pobreza por la privatización de la educación y de la salud.¹⁴

En el mundo campesino las reformas generaron fuertes desigualdades y desencadenaron “diversos casos de violencia y conflictos en la competencia por los recursos (por los derechos sobre el agua, por ejemplo), en los que los empresarios rurales más prósperos y los campesinos ricos solían ser el objeto de los ataques” (Bailey, 2002, p. 231).

El control del Estado sobre la vida social declinó, como se observó en las políticas de control de la natalidad, ya que delegó su instrumen-

¹¹ Estas diferencias económicas potencian las tensiones ya existentes entre los han y los otros grupos, como ocurre en Xi'an o el Tíbet.

¹² Esa tendencia siguió en 2010, cuando pasó de 47% a 53%, y en 2012, de 51,3 a 48,7, respectivamente. La proyección para 2020 es de 46 a 54 (Le Monde Diplomatique, 2014, p. 12).

¹³ Esta masa de personas operaba como un ejército de mano de obra de reserva que ayudaba a mantener bajos los salarios de los trabajadores, quienes se encontraban cada vez más desprotegidos.

¹⁴ Al promediar la década del noventa el 90% de los campesinos no tenía acceso al sistema de salud.

tación en provincias, con “un sistema de incentivos y sanciones para alentar a las familias de un solo hijo” (Bailey, 2002, p. 223).

Estas modificaciones debían quedar, a los ojos de los dirigentes, bajo el control del Partido y sin una ruptura abrupta con el pasado maoísta. Como lo señaló el mismo Deng,

debemos estar decididos a llevar a feliz término la consolidación del Partido, hacer del nuestro un partido marxista bien combativo, un poderoso núcleo llamado a dirigir a todo el pueblo en el fomento de la civilización socialista en lo material y en lo espiritual. Si todo el Partido toma esta decisión, sin duda nuestro trabajo se cumplirá con éxito (Deng, 1987, p. 35).

Además, rescató las peculiaridades de la vía china al marxismo como producto de su propia historia:

En el transcurso de más de un siglo desde la Guerra del Opio, nuestro país fue víctima de la agresión y la humillación, y sólo cuando el pueblo chino hizo suyo el marxismo y persistió en el camino de pasar por la nueva democracia para llegar al socialismo (Deng, 1987, p. 65).

Y como respuesta a un proceso de desintegración del que era objeto desde los tiempos de la intervención de las potencias europeas desde el siglo XIX,

los comunistas chinos tomaron un camino propio, el camino de cercar las ciudades con el campo, y llegamos a coronar la revolución china con la victoria. Si no fuéramos marxistas (...) China permanecería ahora desmembrada y no solo huérfana de independencia, sino también de unidad (...). Tenemos una serie de problemas que resolver: alimentación, empleo, reunificación (Deng, 1987, p. 66).

Deng inscribió este proceso como parte de la superioridad del socialismo frente al capitalismo, ya que el primero “consiste precisa-

mente en el desarrollo progresivo de las fuerzas productivas, en el mejoramiento paulatino de las condiciones de vida material y cultural del pueblo” (Deng, 1987, p. 67). Siendo estas últimas producto del “principio de distribución socialista, podremos lograr que se generalice una vida modestamente para todo el pueblo” (Deng, 1987, p. 68).

A diferencia de la *Perestroika*, que transfirió las decisiones a la sociedad civil, aquí el Partido Comunista Chino no delegó el papel directivo del proceso de reformas. La reforma política estuvo reducida a “acabar con el burocratismo y poner en juego la iniciativa del pueblo y las entidades de base (...). El Partido debe saber cómo ejercer su dirección, y es necesario trazar una distinción entre sus funciones y las del gobierno (Deng, 1987, p. 176).

Deng fue crítico de la democratización y aunque llegó a proponerse como la quinta modernización, esta propuesta fue rechazada (Bailey, 2002, p. 214).¹⁵ Incluso fue identificada como un problema emergente de las transformaciones económicas:

la prédica de una democracia abstracta, llegando hasta abogar por la libertad de expresión para opiniones contrarrevolucionarias; la contraposición de la democracia a la dirección del Partido, fórmulas contrarias al marxismo en el torno el espíritu de partido y al carácter popular (Deng, 1987, p. 40).

En ese sentido, llamó a evitar la alienación, ya que ella:

no hará más que conducir a la gente a criticar, dudar y hasta descalificar al socialismo, sembrando la desconfianza en el porvenir del socialismo y del comunismo e inculcando la idea de que el socialismo no promete algo mejor que el capitalismo y, de este modo, no tiene ningún sentido esforzarse por su realización (Deng, 1987, p. 39).

¹⁵ Aunque inicialmente apostó a democratizar, luego de la experiencia de 1980 de elecciones directas a los congresos de condado y distritos, estas no volvieron a utilizarse hasta fines de los noventa a nivel local (Bailey, 2002, p. 228).

La idea era que el Partido Comunista Chino fuese el legitimador del orden, cuestión que lo llevó a desconfiar no sólo de la democracia sino también de cualquier tipo de movilización popular, como ocurrió durante la Revolución Cultural –en ese caso promovida desde el maoísmo y padecida por él mismo– o con los sucesos de la Plaza de Tiananmen (Deng, 1987, p. 31).

Otro de los efectos negativos era la corrupción. Para combatirla,

en la decisión que hemos adoptado se enumeran los “tres tipos de individuos”, los elementos que han cometido graves delitos económicos u otros delitos comunes, los individuos que buscan su propio provecho abusando de su poder y ocasionando graves perjuicios a las relaciones entre el Partido y las masas, los que desde hace mucho guardan discrepancias poéticas con el Comité Central o los que aparentan estar de acuerdo, pero en realidad actúan de otra manera (Deng, 1987, p. 31).

Es de resaltar cómo la corrupción no se limita a la malversación de fondos públicos o al tráfico de influencias sino también a cuestiones disciplinarias con respecto a los lineamientos que el Partido establecía.

Estos lineamientos fueron confirmados por el sucesor Jiang Zemin, quien “dejó claro que la visión de Deng de China como una potencia económicamente vigorosa bajo el disciplinado gobierno del PCC seguiría guiando el futuro del país” (Bailey, 2002, p. 245).

Política internacional de China

Hasta el final de la Guerra Fría, estas reformas permitieron ver algunos cambios en las tendencias principales de la política exterior china, principalmente el abandono del lema “Revolución y guerra” por el de “Paz y desarrollo”, ya que la prioridad pasó a ser la modernización del país y poner el accionar internacional al servicio del crecimiento económico:

la política exterior de China se reducirá a dos puntos. El primero es que China luchará siempre contra el hegemonismo y por la salvaguardia de la paz mundial y el segundo, que China siempre pertenecerá al Tercer Mundo, lo cual constituye la base en nuestra política exterior (...). China seguirá perteneciendo al Tercer Mundo, aun cuando haya llegado a ser poderosa y prospera en el futuro (Deng, 1987, p. 56).

Una vez concluida la Guerra Fría, existió una apuesta a un mundo multipolar (EE.UU., Rusia, Europa, Japón y China), a limitar las tendencias hegemónicas de las grandes potencias, fundamentalmente Estados Unidos, y a buscar la unidad con las otras naciones en desarrollo (Jiang, 2008, p. 44):

uno es el problema de la paz. En la época de las armas nucleares, si estalla una guerra, esas armas acarrearán tremendos daños a la humanidad. Para conquistar la paz hay que oponerse al hegemonismo y a la política de fuerza. El segundo es el problema Norte-Sur (...). Mientras que los países desarrollados se vuelven cada día más ricos, los países en desarrollo, en cambio, son cada día más pobres. De no solucionarse este problema, constituirá un obstáculo para la recuperación y el desarrollo de la economía mundial (Deng, 1987, pp. 56-57).

Ya desde esos momentos Beijing defendió la soberanía estatal, contenida en los Cinco Principios de la Coexistencia Pacífica de 1953:¹⁶ “basada en los derechos soberanos de los Estados. Sus reglas incluyen no invadir otros países, no intentar derribar regímenes ajenos y, sobre todo, no interferir en los asuntos internos de otros Estados” (Leonard, 2009, p. 156).

¹⁶ Ellos consistían en respeto mutuo por la integridad territorial y soberana de los Estados, pacto mutuo de no agresión, no injerencia en los asuntos internos e igualdad y ventaja mutua de los acuerdos (Moncada Durruti, 2011, p. 9).

A estas líneas más doctrinarias, Deng incorporó en 1989 otras operativas, inicialmente conocidas como cinco principios directores (los conocidos como “24 caracteres”), que se extendieron a seis en 1993 (y a 28 caracteres) y que son los siguientes: observar y analizar los acontecimientos internacionales con calma, asegurar nuestra posición, ocultar nuestras capacidades y esperar el momento adecuado, ser buenos en mantener un perfil bajo, nunca liderar la reivindicación y llevar a cabo una oposición de carácter medido (Moncada Durruti, 2011, pp. 6-7).¹⁷ Como sostuvo Deng y reprodujo Mark Leonard:

no debía “asomar la cabeza”. Para conseguirlo, Pekín debía ser humilde y “dar paso a los asuntos pequeños, pero sin perder de vista el largo plazo”. Y debía abandonar las costumbres de la Guerra Fría (...). [ahora] China debía abrir sus brazos a cualquier país que pudiera ayudarla en su búsqueda de mercados, recursos naturales y apoyo político (Leonard, 2009, p. 109).

Esas recomendaciones operativas fueron remodeladas por Jiang Zemin (1994) con su “propuesta de dieciséis caracteres” (aumentar la confianza, reducir los problemas, promover la cooperación y evitar la confrontación), sin que ello supusiera abandonar el principio de política independiente y no alineamiento (Moncada Durruti, 2011, p. 7).¹⁸

Una vez desaparecida la URSS, que había sido objeto principal de las críticas por considerársela imperialista, las relaciones con la Federación Rusa estuvieron marcadas por el acercamiento ya que, desde comienzos de la década del noventa, ésta se volvió un importante proveedor de armamento que intensificó el comercio bilateral. Pero este no se redujo sólo a esos aspectos, ya que se realizaron maniobras conjuntas y además formaron, junto a otros países de la ex Asia Central Soviética (Kazajstán, Kirguistán y Tayikistán), el conocido ini-

¹⁷ Esta última recomendación fue incorporada en 1993.

¹⁸ Aunque no parece estar claro qué grado de consenso existió entre el bajo perfil y pasar a la acción (Jiang, 2008, p. 45).

cialmente como Grupo Shanghái, luego Organización del Tratado del mismo nombre. Fue creado para garantizar la seguridad cooperativa, tendiente a contrabalancear la tríada occidental, pero también contra el terrorismo y el separatismo islámico.

Aún hoy existen diversos diferendos limítrofes con Rusia por la posesión de islas en los ríos Amur y Ussuri, y en la cordillera de Pamir; con India por una porción de Cachemira, con Japón por las islas Senkaku y con Vietnam por el archipiélago Spratly y Paracelso en el Mar de China Meridional.

China se sigue reconociendo a sí misma como un país del Tercer Mundo, con la cooperación Sur-Sur como uno de los pilares de su política exterior (Deng, 1987, p. 105). Aunque, como se observó en el caso de Latinoamérica hasta la segunda década del nuevo milenio, sostuvo Tokatlián:

Beijing se aproxima al área a través de una activa diplomacia económica caracterizada por el pragmatismo, apoyada en la conciliación, buscando la estabilidad, preocupada por no irritar a Washington y dirigida a fortalecer los vínculos interestatales. Por lo tanto, el despliegue chino en la región es moderado, no desafiante y está a favor del *statu quo* (2008, p. 79).

Por otro lado, la integridad territorial ha sido un objetivo principal desde 1949 y llevó a la negociación con antiguas y nuevas potencias. El primer caso fue en septiembre de 1984, cuando las autoridades chinas firmaron un acuerdo con los británicos bajo la fórmula “Una China, dos sistemas”¹⁹ que determinó la restitución de Hong Kong en

¹⁹ Esta estrategia de “Un país, dos sistemas” consiste en “que, dentro de la República Popular China seguirá vigente el sistema socialista en la parte continental (...), mientras que se mantendrá el sistema capitalista en Hong Kong” (Deng, 1987, pp. 60-61). Por lo expuesto, esta fórmula no se redujo a las potencias europeas en los casos mencionados, sino que el gobierno de Beijing pretende su aplicación al caso de Taiwán, ya que no abandonó su idea de sumarlo al continente.

1997 a China. Una negociación similar se siguió en 1987 con Portugal para Macao, que culminó en 1999. Consistía en la siguiente estrategia:

para resolver algunas disputas territoriales en la arena internacional, se podría proceder primero a aunar esfuerzos de las partes interesadas en el desarrollo de la zona en litigio, en lugar de abordar de buenas a primeras el problema de soberanía (Deng, 1987, p. 51).

El abordaje de la solución de la disputa territorial en Hong Kong no se ha debido a habilidades extraordinarias de quienes participamos en las negociaciones, sino principalmente a que nuestro país ha cobrado en los últimos años un desarrollo considerable, a que es un país próspero y floreciente, poderoso y digno de confianza. Somos fieles a los compromisos contraídos y cumplimos lo que prometemos (Deng, 1987, p. 90).

Hasta la transferencia de soberanía, Deng hizo notar que el gobernante de Hong Kong debía respetar “a su propia nación, que apoye con toda sinceridad a la patria en la recuperación de su soberanía sobre Hong Kong y que no perjudique la prosperidad y la estabilidad de Hong Kong” (Deng, 1987, p. 64).

Este principio también fue esgrimido con motivo de la unificación de China con la incorporación de Taiwán, aunque ambos Estados continúan con su conflicto de legitimidad y de reconocimiento en la escena mundial. A pesar de la evidente mejora de las relaciones con los Estados Unidos, ello no impidió que en este aspecto hubiera tensiones, como en 1996 por las pruebas misilísticas chinas, por las que Washington movilizó su flota del Pacífico para proteger al régimen de Taipéi.

El surgimiento de China gracias a las reformas económicas representa un desafío frente a la existencia de un patrón homogeneizado de los “triunfadores” de la Guerra Fría. No sabemos si emerge

un nuevo patrón de relaciones internacionales, pero seguramente el resurgimiento chino en el escenario internacional ha generado para los países del Sur alternativas ante los poderes tradicionales de los últimos doscientos años en el mundo.

Capítulo 6

Las respuestas políticas a la Crisis de 1973 (4): La Revolución Iraní¹

Para comprender los sucesos revolucionarios en Irán hay dos cuestiones para revelar: el fracaso de las experiencias modernizadoras y contemporáneamente el surgimiento del “islam político”.²

En Irán, como en la mayoría del mundo árabe islámico, la modernización fue incompleta y se hizo por etapas mediante la acción imperialista de las potencias coloniales en el siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, en los primeros años del XX con monarquías asociadas a aquellas y con soberanías limitadas, luego de la última posguerra se implementó un modelo nacionalista, de tipo nasserista, y finalmente bajo el Shah Reza Pahlevi se constituyó uno asociado al capitalismo occidental (Brieger, 1996, p. 23).

Además, en el proceso iraní ganó visibilidad el islam político, que reemplazó a un discurso modernizante, prooccidental y anclado en el pasado persa y no musulmán. La combinación de esos factores dio lugar a los sucesos revolucionarios en Irán, que fueron sustancialmente diferentes de otros hechos de la misma magnitud del siglo XX, ya que

¹ Parte de este capítulo ha sido tomada de *Michel Foucault y la Revolución Iraní*, Simonoff, 2007.

² Nos referimos al “islamismo político” en los términos que lo hizo Samir Amin, quien lo entendió como “la organización política cuyo objetivo fijo es la toma del poder del Estado, ni más ni menos, ya que a esos efectos hacia un uso oportunista de la bandera del islam” (Amin, 2001, p. 1).

no se amoldaban ni al modelo marxista de poder obrero sobre el fin de la Primera Guerra Mundial, ni a las revoluciones que acontecieron a mediados de él, caracterizadas por los nacionalismos de la descolonización, ni tampoco se sustentaba en principios ilustrados, como estas experiencias. En palabras de Hobsbawm, esta revolución “fue la primera realizada y ganada bajo la bandera del fundamentalismo religioso y la primera que reemplazó el antiguo régimen por una teocracia populista cuyo programa significaba una vuelta al siglo VII d. C.” (1995, p. 453).

Pero los acontecimientos no fueron tan lineales. En los Estados pobres del Tercer Mundo el fundamentalismo, como dice Baudrillard, adquirió una forma dura, rígida, cuya expresión en el mundo árabe fue precisamente este islam político.³ En él buscaron refugio las pauperizadas poblaciones de Oriente. Occidente y su principal potencia fueron identificados como el origen de todos sus males y adquirieron la forma de un nuevo Satán que los empobrecía tanto económica como culturalmente.⁴

Foucault no vio un retorno al medioevo, como podía suponer la instauración de un régimen coránico, sino que se preguntaba si éste no era “el umbral de la novedad” (1995, t. III, p. 694).

El islam chiita e Irán⁵

El islam se encuentra dividido entre chiitas y sunitas y hay múltiples diferencias entre ellos. Al respecto, indicaremos que mientras para los

³ Pero a su vez, según este autor, Occidente practicó un “integrista democrático blando, sutil, vergonzoso” que es tan feroz como el oriental, pero se diferenció por “tener todos los medios para destruir al otro y no privarse de ello” (Baudrillard, 1991, p. 90).

⁴ De allí que el discurso chiita en general, y el de Jomeini en particular, se centrara en “la libertad, la independencia y el rechazo a la dominación extranjera” (Balta, 1994, p. 145).

⁵ El carácter mayoritario del chiismo en Irán es excepcional: mientras en ese país representa un 90% de su población, es sólo un 10% del total de los musulmanes en el mundo.

primeros la sucesión del liderazgo religioso queda dentro del linaje del Profeta, para los segundos, que detentan el poder político, los califas (sucesores en árabe) son también los máximos jefes religiosos.

En la interpretación chiita, los gobernantes (califas, jeques, etc.) poseen un carácter corrupto, ya que están alejados de las enseñanzas del Profeta. El chiismo construyó su tradición política en los primeros tiempos de la historia del islam elaborando una “teoría original del poder” (Micheau, 1994, p. 41). A diferencia de los sunitas, que establecieron una sólida relación con los califas, los chiitas se separan del poder político, ya que para ellos el imán es “un jefe infalible, un maestro indiscutible guiado e inspirado por Dios” (Micheau, 1994, p. 43).

Ello tuvo también consecuencias prácticas, como la financiación del culto de unos y de otros: en el mundo suní la financiación proviene mayoritariamente del Estado, y por lo tanto son dependientes de aquel; en el chiita deviene de la propia capacidad de recibir el diezmo por parte de sus *mullahs*.⁶

En 1501 la dinastía safávida aceptó el chiismo como religión oficial de Irán:

a pesar de las numerosas revueltas chiitas para lograr el poder desde la famosa de Husayn, asesinado por los ejércitos omeyas en Karbala en el año 680, los chiitas habían aspirado a tener su propio gobierno, sin poder conseguirlo nunca en Irán, sino hasta el siglo XVI (Marín Guzmán, 2005, pp. 58-59).

Para sobrevivir frente a un poder que consideraba ilegítimo se constituyó el concepto de *taqiya* (vasallaje de fachada), que fue una máscara que le permitió criticar la naturaleza corrupta del poder polí-

⁶ A Foucault le llamó la atención porque la base del poder chiita está en la comunicación con la sociedad, porque el diezmo es una consecuencia de la adhesión de los fieles, la palabra juega un papel muy importante (Foucault, 1995).

tico, aunque se lo aceptó por la vigencia de la *sharíá*.⁷ Por eso, durante mucho tiempo tuvieron “una actitud quietista”, ya que

los fieles consideran que el poder es funesto, pero mantienen con él un vasallaje de fachada, llamada *taqiya*, y no se rebelan en su contra. Su devoción y su corazón están entregados a los clérigos, organizados de forma jerarquizada tras algunos grandes intérpretes de los textos sagrados, cuya independencia está garantizada por la *zakat*, la limosna legal, que entregan discretamente los fieles (Kepel, 2000, pp. 49-50).

Podemos puntualizar que desde su oficialización se desarrollaron cinco cuestiones que explican el poder chiita en Irán: los ulemas recaudaban un diezmo que les permitió ganar independencia frente al poder político; poseer centros de enseñanza religiosa independientes (Nayaf y Kerbala); su poder proviene del linaje del Profeta; existe una ausencia de jerarquías; la autoridad se basa en el saber, la reputación de la santidad y el clamor popular; dada la popularidad de los ulemas, los reformistas laicos se apoyaron en ellos y viceversa (Keddie, 2015, p. 7).

Modernización periférica

El primer intento de modernización apareció bajo el impulso del liberalismo político, que las potencias europeas promocionaban con la institucionalización de un modelo constitucional de monarquía parlamentaria que se difundió en las últimas décadas del siglo XIX y se plasmó en 1907, aunque recién se promulgó al año siguiente cuando se produjo la sustitución del Shah Muhammad Alí por Ahmad.⁸

⁷ Para el islam la fe está ligada a la ley, ya que Dios “ha legislado para la comunidad de creyentes (*umma*) que la finalidad de la *sharíá* es organizar la Ciudad de Dios en la tierra” (Lamand, 1994, p. 28).

⁸ Como sostuvo Marín Guzmán, los principios políticos religiosos que sostuvieron a este movimiento constitucional tuvieron una profunda raíz islámica chiita, ya

Este último a su vez, fue depuesto por el General Reza Kan, quien se atribuyó el título de Shah en 1926. El nuevo gobernante avanzó hacia una modernización que abarcó entre otros ámbitos la justicia y la educación, siguiendo el modelo turco. Entre las medidas más relevantes encontramos el desplazamiento de los tribunales religiosos, la prohibición del uso del chador y la creación de la Universidad de Teherán. También intentó construir una política independiente del Reino Unido y Rusia –potencias de gran influencia en el área–,⁹ acercándose a Alemania, cuestión que tuvo consecuencias en la percepción que los aliados tuvieron de su neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial.¹⁰

En la posguerra apareció el Frente Nacional, creado en 1949 y encabezado por Mohamed Mossadegh, quien asumió como Primer Ministro y llevó adelante un modelo similar al nasserista, sustentando su desarrollo en el mercado interno y un programa de nacionalizaciones que incluyó a la industria petrolera.

El reparto de poder de la posguerra dejó a Irán dentro del área de influencia británica, y a Estados Unidos en la Península arábiga.¹¹ Por ello, en un primer momento el gobierno británico exigió revertir la nacionalización que afectaba a la renta de las empresas petroleras, pero se mostró impotente. Luego, buscó ayuda en EE.UU. Inicialmente, Truman se declaró neutral en el conflicto y aconsejó aceptar los

que no existían artículos contrarios a la religión y la asamblea que estuvo compuesta por estudiosos del Corán (Marín Guzmán, 2005, p. 69).

⁹ Recuérdese que uno de los puntos que permitió la formalización de la Triple Entente fue el acuerdo entre Gran Bretaña y el Imperio Zarista, que entre otras cuestiones dividió Persia en dos áreas de influencia, una para cada uno.

¹⁰ En 1941 Irán fue ocupado desde el norte por la URSS y por el sur por los británicos, ante la sospecha de cierta simpatía con el nazismo de parte del Shah.

¹¹ Los soviéticos se habían negado a entregar el territorio iraní ocupado durante la guerra, con lo que se produjeron algunas escaramuzas, pero la presión de Estados Unidos los obligó a retroceder.

hechos; sin embargo, su sucesor, Eisenhower, decidió actuar. Primero promovió una destitución “casi legal” a través de una red de sobornos a legisladores que promovería la remoción del Shah por vía parlamentaria, pero como ese intento fracasó, optó por alentar un golpe de Estado en 1953, que puso fin al régimen que existía y estableció una dictadura en torno al Shah Reza Pahlevi (Gasirowski, 2015, pp. 13-15).¹²

Este último logró un cambio en la distribución de la renta petrolera: antes de la nacionalización se ubicaba en un 30% para el Estado y el 70% restante para la compañía transnacional que lo explotaba, y ahora pasó a una distribución por mitades que generó importantes recursos para su gobierno (Marín Guzmán, 2005, p. 76).

Ese golpe se realizó con el concurso de los sectores religiosos de Irán, que rechazaban las políticas laicizantes del gobierno de Mossadegh, marcados por un avance del Estado en la sociedad civil en los ámbitos de la educación y el matrimonio, que estaban bajo su control. Pero el antiguo Primer Ministro y el Shah compartían la necesidad de modernizar la sociedad, aunque con modelos diferentes, cuestión que puso rápidamente a los religiosos en su contra.

Además, el régimen de Reza Pahlevi sustentó este proceso modernizador en una ideología chauvinista persa y de culto monárquico que rechazaba la simbología islámica y el pasado árabe de Irán (Brieger, 1996, p. 29).

La modernización consistió en poner fin a la *sharía* como forma de justicia y de derecho al romper el monopolio religioso sobre ella, sobre todo de los conflictos vecinales, los planes de secularización que afectaron la preponderancia de las *madrasas* como lugar de aprendizaje, e imposición del sistema capitalista con la desaparición de formas

¹² Este golpe fue iniciático para la CIA, que se afirmó como una agencia de inteligencia global de EE.UU., y luego replicó estas acciones en otros escenarios. Sus documentos desclasificados en 2003 permitieron conocer la participación de la CIA en el golpe contra Mossadegh.

previas a él (la propiedad colectiva y la economía de bazar), el pago de impuestos en gran escala que afectó el cobro del diezmo, fundamento material del poder chiita.

Estas transformaciones de la vida cotidiana fueron complementadas con una creciente presencia norteamericana, la cual destinó mucha ayuda militar que en gran medida tenía como objeto la represión política (Faroughy, 2015, p. 17).

Estas cuestiones motivaron la Revolución Blanca de 1963, una primera revuelta de carácter religioso y político. Su líder fue el Ayatolá Jomeini, quien acusó al gobierno por la dependencia militar de los Estados Unidos y su apoyo a Israel; como señaló Marín Guzmán, la dinastía Pahlevi “incurría en gastos excesivos en armas, en una distribución desigual de la riqueza y en la venta del país a inversiones extranjeras” (2005, p. 82).¹³

Pero para que un movimiento como este triunfara, hizo falta que la modernización fracasase. La reforma agraria no acabó con la gran propiedad (200 mil latifundistas poseían el 50% de la tierra cultivable) ni logró la subsistencia mínima para los campesinos pobres, que migraron hacia Teherán. El Shah se propuso imponer el agronegocio pero también fracasó por una mala evaluación de la situación inicial, porque la prioridad de los inversores eran las ganancias rápidas y no la producción, y por la falta de coordinación con los productores y las agencias gubernamentales (Marín Guzmán, 2005, pp. 72-73).

El modelo capitalista impulsado por Pahlevi se sostuvo por una alianza social entre la elite gubernamental con una burguesía empresarial vinculada a la industria petrolera de origen transnacional y a su exportación, que representaban el país occidentalizado. Pero, por otro lado, se encontraba la burguesía de bazar, a la que se le sumaron los

¹³ Con el fracaso de ella se exilió, primero en Turquía (1964-1965), luego en Irak (1965-1978) y finalmente en Francia (1978-1979). Sin embargo, no perdió el contacto con las masas, ya que su mensaje era distribuido por cassettes en las calles y las mezquitas iraníes.

nuevos pobres urbanos (expulsados del mundo rural por las reformas agrícolas), y finalmente los estudiantes universitarios,¹⁴ quienes

le daban un contenido socialmente revolucionario, mientras que los segundos veían en ellas sobre todo la ocasión de sustituir a las elites en el poder, sin conmocionar la jerarquía social. Esta ambigüedad se halla en la base del movimiento islamista contemporáneo. La tarea de la ideología difundida por la intelligentsia consistía en ocultar el antagonismo entre los intereses de sus dos principales componentes, en proyectarles en una dinámica cultural y política conciliatoria que les hiciera avanzar hacia el objetivo común de la conquista del poder (Kepel, 2000, p. 92).

A estos elementos debemos sumarle el desencanto con el nacionalismo árabe, que entró en una fase de declive desde la derrota de 1967 (Guerra de los Seis Días); concomitantemente con ello, se produjo el ascenso del islam (Zeraoui, 2004, p. 227).

Cerca de la Revolución

A pesar del *boom* petrolero de 1973, los excesos en las expectativas generadas por el aumento del precio del petróleo por las autoridades persas que impulsaron el aumento del gasto público en infraestructura; cuando sus estimaciones se volvieron erróneas, se produjo un cuello de botella que obligó a implementar un plan de ajuste que potenció la agitación social y política (Graham, 1979).

La situación empeoró desde 1974 con la profundización de la crisis económica y por el incremento del autoritarismo del Shah. La represión a través de la *Savak* –su policía secreta que investigaba, detenía, juzgaba y condenaba–, alimentó diversos modos de resistencia:

¹⁴ Eran producto del impulso educativo, pero rechazaban la política represiva y no encontraban trabajo.

Al negárseles toda posibilidad de expresión, los militantes políticos se volcaron a acciones guerrilleras. Se crearon dos grandes organizaciones rivales: *Fedayin Jalq* (marxista) y *Mayahidin Jalaq* (islámica), cuyos reclutas provenían principalmente de sectores intelectuales y estudiantiles urbanos. Sin embargo (...), su lucha armada no desató la insurrección popular esperada (Faroughy, 2015, p. 19).

Los diversos grupos opositores, desde los liberales como Medhi Bazargán hasta los revolucionarios —comunistas, grupos de izquierda, guerrilla urbana—, se mostraban incapaces para derrocar al Shah y “dejaron el campo libre a la fracción del clero encabezada por Jomeini” (Kepel, 2000, p. 157).

La Revolución verde

En enero de 1978 la prensa oficialista publicó artículos difamantes contra la figura de Jomeini, los que llevaron a que los fieles impulsaran una serie de manifestaciones aprovechando el calendario religioso. Fueron reprimidas por el gobierno y se inició una escalada de violencia en contra del régimen sin precedentes.

La radicalización e intensidad de las protestas impidieron soluciones políticas como las pretorianas latinoamericanas —en las que el Ejército se erige como opción política— o como en el caso español —la salida hacia un régimen monárquico parlamentario—, y permitieron la opción del gobierno islámico (Foucault, 1995, pp. 666-668).

En esas manifestaciones religiosas hicieron un juego en el que identificaban a Jomeini con el mártir Hussein y al Shah con los califas. Allí, Foucault observó como una fuerza “la voluntad colectiva de un pueblo”, que logró “un objeto, un blanco y uno solo a saber, la partida del Shah. Esta voluntad colectiva que en nuestra teoría es siempre general, es precisa en Irán con un objetivo absolutamente claro y determinado, así irrumpe en la historia” (Foucault, 1995, p. 746).

A este objeto claro y determinado se le suma otro: el gobierno islámico. Por un lado, creyó ver que “nadie en Irán entiende un régimen

político en el cual el clero jugaría un rol de dirección o de encuadramiento” (Foucault, 1995, p. 691).¹⁵ Y según él, el clero chiíta le daría un “color particular” a esta forma de gobierno pues presentaba una relación independiente entre los miembros del clero y una dependencia financiera de sus fieles (Foucault, 1995, p. 691). La forma del gobierno islámico no tenía un lugar preciso: apareció como una tensión entre el pasado y el futuro, y fue un ideal movilizador más que un régimen (Foucault, 1995, pp. 691-692).

Además de este ideal, también presentó una dimensión espiritual que lo hacía distinto, según Foucault, de los movimientos occidentales en el sentido de que “para los hombres que lo habitan es buscar un valor a su vida, esto que hemos olvidado, la posibilidad de después del Renacimiento y las grandes crisis del cristianismo, una espiritualidad política” (Foucault, 1995, p. 694).

Pero fue el Ayatolá Jomeini quien definió claramente en qué consistía un gobierno islámico. Este

no puede ser ni totalitario ni despótico, sino constitucional y democrático. Sin embargo, en esta democracia, *las leyes no dependen de la voluntad del pueblo sino únicamente del Corán y de la “Sunna” del Profeta (...)*. El gobierno islámico es el gobierno del derecho divino, y sus leyes no pueden ser cambiadas, modificadas o impugnadas (Jomeini, 1981, p. 13) (destacado propio).¹⁶

La fórmula de gobierno islámico se sustentó en la existencia de un clero disperso y dependiente de sus fieles. El error de Foucault fue

¹⁵ Esta lectura se debió a que en su primera visita entrevistó al Ayatolá Kazem Shariatmariari, que era el segundo dignatario religioso del país, maestro del pensamiento de los liberales y opositor al ejercicio del poder político por los religiosos. Junto a su intérprete, Mehdi Bazargán, fundador del Comité de Defensa de los Derechos del Hombre, y primer Presidente del Consejo de la Revolución, influyeron mucho en su percepción sobre los sucesos que allí acaecían.

¹⁶ Aunque, cuando se debatió el nombre de la nueva república, el mismo Ayatolá eliminó el término “democrático” “por considerarlo ajeno al Islam” (Kepel, 2000, p. 161).

pensar que esa dispersión era la garantía para que no se concretase un régimen integrista. Por otro lado, el Irán de la visión foucaultiana, el régimen de la verdad y poder, dio al movimiento características anti modernistas pero también las condiciones para generar un nuevo régimen de no ser gobernado.

Las oscilaciones entre la flexibilización y la represión que condujeron el proceso revolucionario pudieron observarse en el incendio del cine Rex, donde se proyectaban films prohibidos durante mucho tiempo que mostraban la situación campesina críticamente, fue provocado por la *Savak* en la ciudad de Abadán el 19 de agosto y produjo 377 víctimas.

En un primer momento, el Shah intentó flexibilizar la situación produciendo cambios en su gobierno, pero lejos de calmar los ánimos, los potenció. Durante el fin del Ramadán hubo constantes movilizaciones en Teherán, luego de 15 años de estar prohibidas, y llegaron a un punto máximo en el llamado “Viernes Negro”,¹⁷ con la proliferación de huelgas y la ocupación de la Universidad de Teherán.¹⁸ Todos estos sucesos fueron preparando el camino para el llamado “Week-end de Teherán” (4 y 5 de noviembre de 1978), en el que todo lo que evocaba a Pahlevi o a Occidente fue destruido. Desde su exilio francés en Neauphle-le-Chateau, Jomeini llamó a la sublevación para derrocar al régimen y constituir un gobierno islámico.

Dentro del bando revolucionario, Bazargán fue desgastado por Jomeini, quien lo impugnó por las negociaciones con las figuras del régimen y reclamó la salida del Shah como condición para su regreso.

La dialéctica movilización-represión culminó con el desgaste y la posterior partida de Reza Pahlevi en enero de 1979. En febrero Jomei-

17 El 8 de septiembre de 1978 el Ejército iraní asesinó entre dos a cuatro mil manifestantes que se encontraban en la Plaza Djaleh.

18 Un artículo de Foucault publicado por el *Corriere della Sera* “El Shah tiene 100 años de atraso”, el 1° de octubre de 1978, fue traducido al farsi y utilizado por los estudiantes como manifiesto político en contra del régimen de Pahlevi.

ni regresó a Teherán y las resistencias de los partidarios del Shah se quebraron en “los tres gloriosos días de Teherán” (10-12 de enero de 1979), con la participación de grupos armados islámicos y marxistas en la insurrección popular que cambió el curso de los acontecimientos y permitió que Bazargán se instalara en la Presidencia del Consejo de la República. Paralelamente, se creó el Partido de la República Islámica, pro-jomeinista, que procuró la unión del poder político y religioso, y los sectores aglutinados en torno a Kazem Sharaitmariari que se le opusieron formaron el Partido Popular Republicano.

Mientras esto ocurría, Jomeini se instaló en Qom, capital religiosa de Irán, para continuar su enseñanza, y se profundizó con la aplicación de la *sharía*, que impuso duras normas para las mujeres y las minorías. Además, grupos paramilitares jomeinistas ejecutaron a opositores de modo extrajudicial, lo que llevó a fines de marzo a Bazargán a protestar en la televisión iraní. El referéndum del 30 y el 31 de marzo aprobó la adopción de la República Islámica.¹⁹ Aunque nominalmente bicéfalo, el gobierno dividía por un lado a Bazargán como poder político, que fue reducido a funciones administrativas en Teherán, mientras que Jomeini, a cargo de los Tribunales Revolucionarios y los Guardianes de la Revolución en Qom, detentaba el poder efectivo gracias a los *Komitehs* –asambleas populares que se convirtieron en la columna vertebral de su poder–. La movilización de estos sectores permitió expulsarlo del gobierno, tras la toma de la Embajada de Estados Unidos (Kepel, 2000, pp. 168-169).

El impacto revolucionario

La Revolución Islámica tuvo un impacto regional que afectó a la Guerra Fría, ya que rompió el cinturón noroeste del Mediterráneo Oriental formado por Grecia, Turquía e Irán, y con la salida de este último de la órbita norteamericana aumentó la importancia de Ankara,

¹⁹ Ello produjo el alejamiento de los sectores marxistas, que hasta ese momento habían participado activamente de la revuelta.

además de permitir un aumento de la influencia soviética sobre los árabes. También aisló a Israel, ya que el Shah era su principal socio en el área, aunque la firma de los Acuerdos de Camp David con Egipto en 1978 ayudó a distender esta situación.

Y más allá del entusiasmo inicial que generó el triunfo jomeinista, este estuvo circunscripto a su área más próxima, y su principal logro, y con muchas precauciones, fue el surgimiento de Hezbolá en el Líbano (Kepel, 2000).

Pero el sesgo antinorteamericano, y luego también antisoviético, generaron en las dos superpotencias un temor al riesgo de contagio que llevó a Estados Unidos y Occidente a aportar a favor de Irak durante la Primera Guerra del Golfo y a invadir Afganistán.²⁰

La Guerra Irak-Irán

El carácter chiita de la Revolución Iraní generó preocupación en Arabia Saudita y las monarquías del Golfo. Ante esta situación, el régimen baasista iraquí representaba “una muralla contra la hegemonía fundamentalista de Teherán” (Zeraoui, 2004, p. 138). A pesar del carácter laico del baasismo que gobernaba en Irak desde 1979, Saddam Hussein representaba un sector abiertamente prooccidental, lo que lo llevó a romper su alianza con Moscú y el acercamiento a las monarquías conservadoras de la región (Zeraoui, 2004, p. 137).

Para cumplir con sus nuevos aliados, Hussein reeditó el problema fronterizo en las desembocaduras del Tigris y del Éufrates sobre el afluente que para los iraquíes se llama *Chat-al-Arab* (Río de los Árabes) y es un río nacional y árabe, y *Arwand* para los persas, para quienes tenía un rango internacional y por lo tanto fronterizo.

Esa franja ribereña es rica en petróleo y el oro negro se encuentra a poca profundidad. Ambos países se venían disputando su control des-

²⁰ Ambas acciones tuvieron consecuencias que fueron más allá de la Guerra Fría. Es más: puede decirse que el escenario actual se moldeó por las consecuencias que tuvieron esas acciones.

de los años cincuenta, pero en 1975 habían llegado a un *modus vivendi* en Argelia en el cual acordaron distribuirse las extracciones y dejar en suspenso la decisión final.

Los desbordes de los seguidores de Jomeini en el sur de Irak, donde los chiitas son la mayoría de la población, aumentaron la percepción del peligro de extensión de la Revolución Iraní: “El imán denuncia al ‘Pequeño Satán’ servidor del ‘Gran Satán’ (norteamericano) y exhorta a los iraquíes a ‘derrocar a Saddam y su gobierno ilegítimo, al Bass y a toda su banda diabólica” (Balta, 1994, p. 148).

Ante esta situación, Hussein inició su avance cruzando el río en el sur de Irán para “liberar” y ocupar Arabistán.²¹ El régimen iraquí creyó que sería una guerra relámpago, pero se convirtió en una guerra de trincheras, como la Primera Guerra Mundial y, del mismo modo que ella, se convirtió en una carnicería. No fue por lo único que este conflicto recuerda al iniciado en 1914, sino también por la utilización de gas mostaza por parte de Hussein, ya no sólo contra los iraníes sino también contra las poblaciones chiitas del sur y los kurdos en el norte, que representaban un 60% y un 10% de la población total del país, respectivamente.

Aunque Irán tenía un ejército numeroso, estaba menos provisto y con su conducción afectada por la vinculación con el régimen del Shah. Ello le permitió a Hussein especular con una victoria rápida. Pero Jomeini logró reclutar a los jóvenes pobres urbanos a través de la lógica del “martirio y la flagelación” hasta llegar al “sacrificio de sí mismos” (Kepel, 2000, p. 167).²²

²¹ No estaba claro cuál era el objetivo de Saddam Hussein: si integrar a Irak el área, con lo cual su producción petrolera se triplicaría y aumentaría su influencia en la OPEP, si proclamar su independencia u otorgarle autonomía administrativa como provincia.

²² La promesa de Jomeini de acceder al paraíso llevó a esos jóvenes a ser utilizados como carne de cañón en los combates. Pero además de este fin bélico, esa decisión permitió a la propia revolución entrar en una fase de menor movilización y

La financiación del conflicto provino de las monarquías del Golfo y de Arabia Saudita, ya que la naturaleza chiita de la revolución amenazaba el liderazgo sunnita ejercido por Riad, y por ello a partir de ese momento tomaron diversas acciones para demoler el poder iraní.²³ Desde un punto de vista estrictamente militar, el régimen bassista recibió apoyo de las potencias occidentales. En cambio, Teherán contó con cierta complicidad por parte de Israel, que vio en Hussein una mayor amenaza.

El comienzo de las hostilidades estuvo marcado por un primer avance iraquí en el área en conflicto, de la que los iraníes fueron expulsados. Desde 1982 hasta 1987 se produjo un avance iraní en el sur de Irak (en torno a la ciudad de Basora) y se repelió esta acción con ataques aéreos contra las principales ciudades iraníes (Guerra de las Ciudades).

La indefinición del conflicto llevó a que Hussein buscara involucrar a las potencias al llevarlo al estrecho de Ormuz, cuestión que provocó en 1987 que Estados Unidos y otras potencias asumieran la protección de la ruta petrolera.

La presión de sus patrocinadores y las derrotas sufridas provocaron que en 1988 los iraquíes se vieran obligados a aceptar la Resolución 588 de Naciones Unidas, que impuso un cese del fuego. El saldo de la guerra fue de casi un millón de muertes y dos millones de heridos, y que la situación de *statu quo* sobre el territorio en disputa continuara.

La invasión soviética a Afganistán

La reacción soviética por la Revolución Iraní fue la invasión a Afganistán. Hay dos interpretaciones sobre la motivación soviética.

mayor institucionalización.

²³ Hay autores que plantean este suceso como la emergencia de una guerra religiosa entre fracciones del mundo islámico, la *fitna*, palabra cuyo significado en árabe es “sedición” (Kepel, 2004, p. 281).

La primera sostuvo que el Kremlin realizó una jugada anticipándose a una posible invasión norteamericana de Irán para quedar de antemano empatados en el juego estratégico. La otra hipótesis fue la idea de prevenir la propagación de la revolución islámica en el Asia Central Soviética, donde habitaban muchos pueblos turcófonos o farsis y de pasado musulmán (Zorgbibe,1997).²⁴

Afganistán fue históricamente una zona neurálgica del comercio euroasiático y, por lo tanto, de gran valor estratégico, pero con un escaso interés económico.

Muchos pueblos distintos forman parte de Afganistán y se diferencian entre sunnitas y chiitas. Algunos hablan lenguas derivadas del turco, el árabe o el farsi (pastunes, hazaras, tayikos, uzbekos, entre otros).

Su organización política se asentó en un consejo en el que los jefes de distintos clanes y tribus se reunían en asamblea para elegir al rey (*Loya Yirga*). Había una monarquía de carácter electivo que aplicaba la *sharía* como forma de gobierno.

Declaró su neutralidad durante la Guerra Fría, cuestión que no implicó que las superpotencias estuviesen ajenas a los conflictos afganos. Muchos sostienen que fue una continuidad de la rivalidad entre el Imperio Zarista y el Imperio Inglés, ahora bajo la forma de Unión Soviética y los Estados Unidos.

Existió una competencia de inversiones. Moscú tuvo una preocupación en materia de seguridad, ya que era una frontera laxa. Además, Afganistán asumió un rol de economía dependiente de la URSS: prácticamente el 90% de sus exportaciones, que eran gas y materias primas, tenían ese destino. Eso explica por qué los soviéticos invirtieron en construcción de infraestructura para agilizar el tráfico hacia la URSS. En cambio, EE.UU. financió la construcción del aeropuerto de

²⁴ Desde los años sesenta se especuló sobre un cierto nivel de tensión entre esos pueblos y el poder soviético. Hay muchos autores que sostuvieron que la mayor amenaza para la URSS provendría de Asia Central, como la soviétóloga francesa Hélène Carrère D'Encausse (1981).

Kabul y la promoción de medios de comunicación que vinculaban al país hacia el sur.

Por otro lado, Afganistán fue empujado hacia la URSS por su conflicto con Pakistán, que era un socio importante de Estados Unidos y uno de los pilares del Pacto de Bagdad.

Desde los años cincuenta comenzaron a delinarse estrategias de modernización que generaron oposición de los sectores islamistas: libertad de prensa, creación de partidos políticos y la instauración del voto femenino.

El crecimiento de los movimientos islamistas se observó con la aparición de la primera organización islamista de Afganistán, la Asociación de Jóvenes Musulmanes (1968), pero existían con anterioridad “diversas cofradías místicas o sufís tradicionales y grupos afines del wahabismo saudí y los Hermanos Musulmanes que hicieron posible la traducción de textos de Sayid Qutb y Mandidi a principios de la década de los sesenta” (Segura, 2001, p. 189).

También los grupos socialistas habían ido aumentando su presencia con la creación en 1965 del Partido Democrático del Pueblo Afgano (PDPA), que fue, junto con el islamismo, uno de los grupos que más crecieron en ese entonces.

Estos grupos tuvieron fases de cooperación y enfrentamiento: se aliaron cuando la monarquía los reprimía y se enfrentaban por el carácter laicista de unos y religioso de los otros.

La hambruna de 1969-1972 en la que murió un número indeterminado de personas, entre 50 mil y 500 mil, provocó la caída de la monarquía en 1973. Tras ello se instauró una república autoritaria a cargo de Mohamed Daud, que vivió en un estado de convulsión generalizada, y la llegada de la Revolución Iraní terminó por complicar su delicada situación interna.

Daud quiso alejarse de sus patrocinadores comunistas y soviéticos, lo que llevó a los primeros a desencadenar, el 27 de abril de 1978, un golpe de Estado por el cual fue reemplazado por Nur Taraki, que era

más proclive a los soviéticos. Este firmó un acuerdo afgano-soviético que le garantizó el control de la situación.

Se instauró la República Democrática de Afganistán, que tuvo una oposición islamista latente con aliados potenciales en los grandes terratenientes y la desconfianza de los jefes tribales.

El lanzamiento de la reforma agraria llevó a que sectores terratenientes se sintieran amenazados. Las otras cuestiones fueron medidas que afectaban la *sharía*: límites a las dotes, la edad mínima para el casamiento y la extensión de planes de alfabetización generaron tensiones con los sectores religiosos.

El 31 de diciembre de 1979 se produjo la invasión soviética con la excusa del pedido de ayuda del gobierno de Kabul. Esta ocupación duró casi diez años y tuvo consecuencias similares a las sufridas por los norteamericanos en Vietnam.

En los primeros días de 1980, los gobiernos occidentales y las Naciones Unidas condenaron la invasión. Como señala el analista español Antoni Segura:

Por primera, y última vez, Moscú lleva a cabo una intervención directa en Asia, donde, tradicionalmente, su oposición a los intereses geoestratégicos de los Estados Unidos o de China se habían realizado indirectamente, a través de países interpuestos, ya fueran comunistas (Vietnam del Norte, después Vietnam) o no alineados (India) (Segura, 2001, p. 192).

Para febrero, el Ejército Rojo controlaba la mayoría de las ciudades y la red de carreteras y comunicaciones, mientras los muyahidines ocupaban el resto del país.

Las operaciones militares comenzaron en diciembre de 1979 y duraron diez años, hasta que Gorbachov decidió la retirada en febrero de 1989. Involucraron unos 600 mil hombres y se estimó que sus bajas oscilaron entre 13 y 15 mil soldados, un promedio de 1.400 muertes por año.

Muchas de las diversas tribus que residen en suelo afgano se enfrentaron al invasor, fundamentalmente los pastunes, que eran sunnitas bajo la égida de los talibanes.²⁵

La *Yihad* en Afganistán recibió hasta mediados de los ochenta la solidaridad financiera y política del mundo islámico sunnita, que permitió luego de 1984 la llegada de muyahidines extranjeros. Estos fueron luchadores desterritorializados, ya que la Guerra Santa no se limitó al Asia Central: también tuvo combates en Chechenia, Bosnia o Sudán. Entre aquellos se encontraba un rico saudita de origen yemenita, Osama Bin Laden, que se convirtió en uno de los coordinadores de reclutamiento.

Además de la participación saudí, que buscó la oportunidad de recuperar el liderazgo del mundo islámico, también existió acompañamiento pakistaní –pues vieron en la guerra una ocasión para dominar al Estado afgano– y chino, por la confrontación con los soviéticos, a favor del bando yihadista. Pero la participación norteamericana resultó crucial y, como dijimos, comenzó en los años de Carter:

Durante la lucha de los muyahidines contra las tropas del gobierno afgano y el ejército soviético, la formación de estructuras de abastecimiento para pequeños espacios, destinadas a los grupos partisanos que operaban con autonomía, resultaba sumamente eficaz (...) la Unión Soviética invirtió en la Guerra de Afganistán unos 45.000 millones de dólares, mientras que los EE.UU. y los países islámicos desembolsaron aproximadamente 10.000 millones. Pero tras la retirada del ejército soviético, esta eficacia se transformó en un caos político, porque ninguno de los llamados comandantes en jefe quería renunciar al poder que habían conquistado, y a las estructuras de abastecimiento correspondientes, a favor de un nuevo poder central (Münkler, 2005, pp. 122-123).

²⁵ Nombre que reciben los estudiantes del Corán que realizan sus actividades en las Escuelas Coránicas o *madrasas*.

En 1989 Osama Bin Laden fundó el grupo terrorista internacional Al Qaeda (la Base). No se trata de una clásica organización terrorista, a pesar de operar con una estructura de células con un manejo de tipo gerencial que funciona reticularmente y coordina redes, y también se encarga de la financiación de sus actividades, que se caracterizan por elegir “su terreno de acción o bien montan operaciones espectaculares y simbólicas en el marco de la organización Al Qaeda que él dirige” (Ramonet, 1999a, p. 334).

La coordinación cooperativa norteamericana y la entrega de armas sofisticadas erosionaron la presencia soviética. Por ese motivo, se retiraron en 1989, lo que no implicó el fin de la guerra civil, ya que continuó hasta la caída de Kabul en 1992.

Capítulo 7

Las transiciones inacabadas (1): Los finales de la Guerra Fría y la pretensión unipolar

Hablamos en plural de la conclusión de la Guerra Fría porque, como hemos visto, hubo dos hitos empleados habitualmente para marcar su cierre: 1989, por la caída del Muro de Berlín, y 1991, por la desaparición de la URSS. Ello respondió, como apuntó Halliday, a diferentes conceptualizaciones de aquella. Pero también queremos hacer notar que en 1990 el Presidente estadounidense, George Bush (padre), proclamó, durante la Guerra contra Irak, la aparición de un Nuevo Orden Mundial.

Sin embargo, la desaparición del orden de posguerra no significó su reemplazo inmediato, como certeramente marcó Fred Halliday leyendo críticamente a Paul Kennedy:

Si bien yo estaría de acuerdo con que la competición militar entre los principales Estados es, al menos por algún tiempo, improbable, esto no significa que el conflicto en las relaciones internacionales vaya a declinar o que nada cercano a un “nuevo orden mundial” haya sido creado o pueda crearse (2002, p. 267).

En realidad, asistimos a varios intentos por concretar ese nuevo orden, no su cristalización, por lo que ello se encontró más en el plano de los deseos que en el de las realidades.

Las conclusiones del orden de posguerra

Hablar del fin de la Guerra Fría resultó una afirmación ambigua debido a la existencia de tres significados posibles: una distensión global, el fin del sistema de superpotencias y el fin de la bipolaridad.

El primero de ellos supuso que era un enfrentamiento entre las superpotencias que reconoció dos etapas de tensión: una durante fines de los cuarenta y principios de los cincuenta y una segunda Guerra Fría desde fines de los setenta hasta 1987. Este cierre estuvo precedido en 1989 por el colapso del Bloque del Este. Europa, desde 1945, se había caracterizado por una relativa calma, que contrastaba con la desestabilización que parecía provenir desde el Tercer Mundo, donde tuvieron lugar más de 140 conflictos con 20 millones de muertes (Halliday, 2002).

La segunda explicación se vinculó a interpretar la crisis del sistema soviético como terminal. Esta afirmación se sostuvo por dos razones: primero, Occidente lanzó una ofensiva contra la URSS (Doctrina Reagan); segundo, un proceso de entropía de problemas económicos y ecológicos.¹ El colapso de la URSS reforzó la percepción de que estos dos supuestos eran constitutivos de la crisis.²

El tercer significado está ligado a la rivalidad existente entre comunismo y capitalismo, que excedió a los Estados e involucró a sus sociedades. Y en la cual la vinculación entre la política y la economía consolidó el carácter de la propia hegemonía capitalista por el hecho de que la URSS no pudo competir en términos productivos y tecnológicos.

Además, hubo tres detonantes de la crisis que puso fin a la Guerra fría. El primero fue el desmembramiento de la hegemonía socialista en el Bloque; en este aspecto, la política de Gorbachov fue clave. El

¹ Aunque, como señalamos, estos elementos no fueron iguales, ya que existió una preponderancia de la segunda por sobre la primera.

² Otro subsistema que erosionó al sistema soviético fue el nacionalismo.

segundo fueron las situaciones generadas en el Bloque, como la liberalización húngara, el gobierno de Solidaridad en Polonia, la erosión en la RDA, la sublevación en Checoslovaquia y en Rumania. Finalmente, el estímulo de Occidente en términos diplomáticos, militares y financieros (Halliday, 2002).

El final de la historia (?)

Dentro de la última visión aparecieron inmediatamente interpretaciones sobre el futuro del régimen internacional. Desde el mundo desarrollado, en un primer momento se pensó que el triunfo de Occidente llevaría a la extensión de la democracia y el libre mercado, cuya consecuencia sería un mundo sin conflictos.³ De esto se tratan las tesis de Francis Fukuyama. Para él “No hay lucha o conflicto sobre *grandes* temas y, por ende, no hay necesidad de generales ni estadistas; lo que queda es primariamente actividad económica” (1990, p. 22).

La era poshistórica en la que pretendió embarcarnos este pensador estadounidense sería una etapa “sin conflicto”. Siguiendo la receta trazada por la dialéctica hegeliana, estableció una evolución que recorrería como tesis el liberalismo decimonónico y, como antítesis, los enfrentamientos con el “bolchevismo y el fascismo, y finalmente con un marxismo puesto al día”, hasta llegar como síntesis al supuesto triunfo del liberalismo occidental que imperaría en el Nuevo Orden Mundial (Fukuyama, 1990, p. 21).

Sin embargo, el concepto de paz democrática que sostiene que estos regímenes son menos proclives al conflicto fue impugnado casi en ese mismo momento, como sostuvo Francisco Peñas:

la historia demuestra que las islas liberales no sólo han hecho la guerra por doquier, sino que además han sido responsables de un

³ Como hicimos notar en el capítulo sobre la crisis de 1973, no sólo los sectores conservadores y liberales promocionaron la apertura económica y menoscabaron el rol del Estado en la economía, sino también los socialdemócratas europeos y demócratas norteamericanos, que también impulsaron políticas en esa dirección.

alto grado de militarización del mundo y han contribuido significativamente a la militarización de los conflictos entre los Estados no democráticos: esta militarización podría poner en peligro la paz democrática que el liberalismo propugna (Peñas, 1997, p. 136).

Para Fukuyama, no sólo no existiría una tensión en ese punto sino tampoco entre la democracia y el capitalismo. Al respecto, creemos necesario recordar las palabras de Castoriadis: “no podemos olvidar que no hay libertad política sin igualdad política y que ésta es imposible cuando desigualdades gigantescas de poder económico, traducido directamente en poder político, existen y se acentúan (1990, p. 6).

Y que el tipo de pensamiento propuesto terminaría llevándonos a aceptar “el poder omnímodo del dinero ni creer en la ‘racionalidad’ de una economía que nada tiene que ver con un verdadero mercado y que se va pareciendo cada vez más a un casino planetario (Castoriadis, 1990, p. 6).

Es decir que, a pesar de que la democracia de masas y el capitalismo se han desarrollado conjuntamente, ello no significó que no existieran tensiones entre ambos ni que la primera sea el producto y legitimador de la segunda, o viceversa, y sobre todo si la primera tiene la capacidad de recoger los conflictos sociales y transformarlos en la conformación de un orden político (Lefort, 1993).

Pero volviendo a Fukuyama, este sostuvo que tras el fin de la historia el mundo quedaría dividido en dos “partes históricas y pos-históricas. Cada parte jugará con reglas completamente diferentes; la economía dominará la última, mientras que medidas tradicionales de poder militar reinarán en la primera” (Fukuyama, 1990, p. 22).

Esta caracterización pone el mercado mundial como eje de la racionalidad de los tiempos; pero si, como sostiene Castoriadis, éste cada vez se parece más a un casino (un lugar donde prima el azar más que la racionalidad), las alternativas políticas, filosóficas, históricas no desaparecerían del mundo, sino que se recrearían constantemente (1990, p. 6).

Un último plano sobre “el fin de la historia” como un lugar sin conflicto resultaría problemático, ya que, como indicó Jean Baudrillard:

No nos liberaremos de lo peor, es decir que *la Historia no tendrá fin*, puesto que los restos, todos los restos –la Iglesia, el comunismo, la democracia, las etnias, los conflictos, las ideologías–, son indefinidamente reciclables. Lo fantástico es que nada de lo que se creía recuperado por la historia ha desaparecido realmente, todo está allí, dispuesto a resurgir, todas las formas arcaicas, anacrónicas, intactas e intemporales, como los virus en lo más hondo de un cuerpo. La historia sólo se ha desprendido del tiempo cíclico para caer en el orden de lo reciclable (1993, p. 47).⁴

No habrá fin de la historia: ésta es reciclada. Y posiblemente esta situación hace necesario el espíritu de la crítica marxista, “que aparece hoy más indispensable que nunca” aunque sea una versión espectralizada para enfrentar al discurso hegemónico, ya que:

Si un discurso del tipo del de Fukuyama desempeña eficazmente el papel de interferencia y de denegación doblemente doliente que se espera de él (...) por una parte, acredita una lógica del acontecimiento empírico que necesita cuando se trata de constatar la derrota final de los Estados llamados marxistas y todo lo que bloquea el acceso a la Tierra Prometida de los liberalismos económico y político, pero, por otra parte en nombre del ideal transhistórico y

⁴ Esta argumentación nos recordó la realizada por Geoffrey Barraclough, quien señaló, sobre la pervivencia de lo viejo: “Es posible que estos sean elementos en descomposición, hojas muertas que se llevará el viento de unas cuantas generaciones (...). También es posible que sobrevivan como elementos constitutivos de la nueva sociedad – aunque, claro están, transformados y adaptados a las nuevas condiciones -, pero potentes y activos. No sabemos lo que será y no tiene sentido el cavilar sobre ello” (Barraclough, 1985, p. 35).

Estas reconfiguraciones de lo viejo y lo nuevo en el pasado, el presente y el futuro nos llevaron a ser mucho más cautelosos y menos optimistas que el pensador norteamericano.

natural desacredita esa misma lógica del acontecimiento llamado empírico (Derrida, 1995, p. 83).

En todo caso, la situación que se avizoró nos permite abandonar el lenguaje de las grandes certezas y reemplazarlas por grandes preguntas.

Por otro lado, la forma en que culminó la Guerra Fría también tuvo influencia en todo el globo. Al romperse la lógica del anterior orden, el nuevo se convierte en

una especie de contaminación recíproca entre ambos bloques antaño protegidos uno de otro por la existencia del Muro. Tras la victoria aparente de Occident resulta por el contrario manifiesto que la iniciativa estratégica ha partido del Este, no ya en esta ocasión por agresión sino por desagregación, por una especie de autoliquidación ofensiva que coge a todo Occidente por sorpresa (Baudrillard, 1993, pp. 62-63).

Todos estos factores ayudaron a que hayan aparecido visiones menos optimistas, que estuvieron atravesadas por una pregunta implícita: ¿qué es lo que ha cambiado desde el pomposo lanzamiento del Nuevo Orden Internacional? Como interpretó Ignacio Ramonet “el mundo presenta el aspecto de un gran caos: por un lado, la multiplicación de uniones económicas regionales; por otro, renacimientos de nacionalismos, asedios de integrismos, Estados divididos, minorías reclamando su independencia” (1997, pp. 9-10).

Siguiendo la lógica de la geopolítica, este autor observó que el “enemigo”, que en la Guerra Fría estaba perfectamente definido, en esos tiempos mutó en

un monstruo de mil caras que puede tomar a veces la apariencia de la bomba demográfica, de la droga, de la mafia, de la proliferación nuclear, del fanatismo étnico, del SIDA, del virus de Ébola, del crimen organizado, del integrismo islámico, del efecto invernal, de la desertificación, de las grandes migraciones, etc. Todas

amenazas sin fronteras y de amplitud planetaria que se propagan sobre el conjunto de la tierra y que no se las puede combatir con las clásicas armas de guerra (Ramonet, 1997, pp. 19-20).

La variedad y multiplicidad de los problemas mostraron la fragilidad de las fronteras, y a la ineficacia de los métodos de análisis se le sumó la de las armas para enfrentarlos.

Pero esta multiplicidad no impidió a Occidente construir un enemigo, otro, fanático, fundamentalista, que como señaló Baudrillard:

es admirable que tratemos a los árabes, los musulmanes de integristas con la misma repulsión que tratamos a algún racista ahora que vivimos en una sociedad típicamente integrista, aunque simultáneamente en vía de desintegración. No practicamos el integrismo fundamentalista, practicamos el integrismo democrático, blando, sutil y vergonzoso del consenso (1991, pp. 89-90).

Y denunciar a ese otro

como el Mal Absoluto. La diferencia entre los dos integristas (*hard* y *soft*) es que el nuestro (el *soft*) tiene todos los medios para destruir al otro y no se priva de ello. Como por azar, es siempre el fundamentalismo del ilusionismo que oprime y destruye al otro, el cual no puede sino desafiarlo simbólicamente (Baudrillard, 1991, p. 90).

Occidente constituyó un centro del poder mundial, según Ignacio Ramonet, formado por Europa Occidental, América del Norte y Japón, que representaban: “una tríada de poder donde se concentran a la vez el más grande desahogo financiero, los principales conglomerados industriales y lo esencial de la innovación tecnológica. Esta tríada domina el mundo como ningún imperio lo hizo antes” (1997, p. 21).

Y aunque los factores económicos fueron los determinantes, los parámetros para medir la hegemonía de las nuevas potencias fueron distintos de los anteriores, puesto que

en el mundo contemporáneo la preponderancia de un imperio no se mide más por el dominio geográfico. Además de los formidables atributos militares resulta esencialmente de la supremacía por el control de los recursos económicos, los flujos financieros, las innovaciones tecnológicas, los intercambios comerciales, las extensiones y las proyecciones (materiales e inmateriales) en todos los órdenes (Ramonet, 1997, p. 45).

Dentro de los países de la tríada “nadie domina más la tierra, sus océanos y su espacio cercano como los Estados Unidos”. Esta dominación también se sustentó en una “economía brillante” y por eso “Norteamérica retoma sus pretensiones de querer regentear la política internacional” (p. 45). Una prueba de ello es que: “Ninguna potencia en el momento actual puede rivalizar con Norteamérica u oponerse a sus ofensivas económicas. ¿Es ésta una razón para imponer al mundo su ley?” (p. 48).

En este marco, la OTAN redefinió el rol de ésta al poner el “acento en el tratamiento de conflictos regionales y la utilización de nuevas armas furtivas de alta precisión” (De la Gorce, 1997, p. 10). Y su objetivo fue “instalarse en los territorios que son abandonados por las otras potencias” (Klare, 1997, p. 4).

La nueva organización de la economía, que provoca exclusión social, genera opciones políticas irracionales que, en vez de solucionar, potencian los problemas. Los Estados se muestran vulnerables ante una economía que tienen un aspecto virtual, fantasmal, que no se detienen ni en el tiempo pues funciona todo el día y no reconoce fronteras. Esta forma de organización tiene efectos tanto en el Norte como en el Sur, aunque “es todavía peor en el Sur” (Ramonet, 1997, p. 124).

Lejos del espejismo neoliberal y posthistórico, nuestro mundo “se volvió más complejo y más peligroso”. Pero por la aplicación de recetas económicas orquestadas desde las usinas del pensamiento único que pueden desestabilizar los procesos de democratización (Europa del Este, ex URSS, América Latina), para no mencionar las regiones

excluidas de este proceso (el mundo islámico, el Sudeste Asiático y el África Subsahariana) (Ramonet, 1997, p. 124).

Estados Unidos en el centro de la escena

En este contexto, los gobiernos norteamericanos evaluaron cómo debían ejercer su liderazgo mundial. En un primer momento, Bush padre definió un nuevo orden mundial sostenido sobre la base de un esquema multipolar. Esa estructura particular se evidenció en cierto multipolarismo del funcionamiento internacional, vigente desde la segunda presidencia de Reagan:

el FMI fue ya dotado del poder necesario para que actuara como Ministerio de las Finanzas Mundiales. Bajo la administración Bush se reforzó esa tendencia y, lo que resulta de mayor importancia, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas fue dotado del poder necesario para que actuase como Ministerio de Policía Mundial. Y bajo ambas administraciones, las reuniones regulares del Grupo de los Siete lograron que ese organismo se asemejase cada vez más al consejo de administración de los asuntos colectivos de la burguesía mundial (Arrighi, 1999, p. 398).

Para garantizar la hegemonía norteamericana, el Grupo de los Siete, los Organismos Multilaterales Financieros, eran complementados con socios regionales: la Unión Europea; Japón, Corea del Sur y Taiwán en la zona de Asia-Pacífico, Israel y Arabia Saudita en el Cercano Oriente.

Estados Unidos no redujo el gasto militar y mantuvo el idealismo de la Guerra Fría incorporando nuevos argumentos. Aunque sobrevivieron varios regímenes comunistas (Cuba, China, Vietnam), los casos como Panamá, el Golfo Pérsico, Bosnia, los atentados terroristas internacionales y la guerra contra las drogas resultaron más convenientes para el complejo militar industrial en esta nueva instancia. Por ello, el Congreso aprobó en 1989 el *National Defense Autoritation Act* que

autorizaba a las fuerzas armadas a asumir un papel activo en la lucha contra el narcotráfico.⁵

Pero por otra parte, Bush manejó un discurso a favor de la democracia y los derechos humanos en Panamá, Nicaragua, Chile y El Salvador, cuestión que generó una política exterior de fuertes contrastes: por un lado, la promoción de la democracia, el desarrollo económico, la renegociación de la deuda; por otro, la militarización creciente del combate contra el narcotráfico y el uso de la fuerza, es decir una política de palo y zanahoria.

Tras el fin de la Guerra Fría la tensión entre las pretensiones unipolares y multipolares expresó una disputa entre quien o quienes puede/n ocupar el lugar de repartidores supremos, para fijar las reglas de juego, y quienes son expulsados a un rango inferior para ser meros operadores de los primeros (Puig, 1980).⁶

Insistimos en el hecho de que el fin de la Guerra Fría no supuso la imposición de un orden mundial que reemplazara al bipolar, ya que existió una tensión entre la búsqueda norteamericana por lograr hegemonía y las múltiples formas de oposición a ella.

Pero volviendo a la disputa entre quienes deseaban ejercer la hegemonía, se supuso ingenuamente que, con el fin de la Guerra Fría, al desaparecer uno de los polos, emergería un orden unipolar, como reclamaba algún sector en Washington (Krauthammer, 1990). Pero las acciones seguidas por Washington no contentaban a muchos ana-

⁵ Este instrumento le permitió realizar sin autorización patrullajes en aguas colombianas, o la captura de Noriega, todas acciones que se apartaban del derecho internacional vigente.

⁶ Según el internacionalista argentino Juan Carlos Puig, el régimen internacional promueve una división de funciones en tres grupos de actores: los primeros, los repartidores supremos, son los gobernantes de las superpotencias mundiales y quienes toman decisiones y supervisan su cumplimiento; los repartidores inferiores son los mandatarios de los demás Estados, que ejecutan esas decisiones; y finalmente, el resto de los habitantes del mundo, son los beneficiarios, los que obedecen (Puig, 1980, p. 141).

listas, sobre todo neoconservadores, quienes pensaban que desde la Guerra del Golfo en 1990 se estaba prefigurando un “momento unipolar”, marcado por el hecho de que: 1) los Estados Unidos eran “la superpotencia indiscutida”; 2) el consenso doméstico favorecía “un resurgimiento del aislacionismo conservador estilo 1930” y 3) el nuevo paradigma estratégico no era de disminución de las amenazas sino de aumento de ellas, marcadas por “el ascenso de pequeños Estados militarizados con armas de destrucción masiva”, los *Weapons States* (Krauthammer, 1990, p. 23).

Como indicó Puig, la posesión de armas de destrucción masiva es el principal criterio ordenador del régimen internacional, que se vincula más con una relación de subordinación, Norte-Sur, más permanente, que con el conflicto Este-Oeste, más coyuntural. Esto se demostraría en la actitud que ambas superpotencias tuvieron: impedir su proliferación en sus áreas de influencia e impedir que su poder se diluyera.⁷

Por ello, ese “Nuevo Orden Mundial” presentó una división de adversarios. Por un lado, los Estados rebeldes o parias (Irak, Irán, Libia, Corea del Norte, etc.),⁸ que poseían tecnologías sensitivas (misilísticas, químicas, biológicas o nucleares). Por otro, los oponentes potencialmente comparables, naciones con mayor densidad política, económica y militar, como China y Rusia, que por su envergadura recibieron un trato distinto.⁹

⁷ Esta preocupación por parte de los países dominantes continúa presente. Se observó tanto en sus enfoques teóricos, como los de los realistas estructurales (Krasner, 1989) o los neoconservadores (Krauthammer, 1990), como en el despliegue de acciones tendientes a impedir el desarrollo nuclear de países periféricos (India, Pakistán, Irán, Corea del Norte, entre otros), o en la reinterpretación de los alcances del Tratado de No Proliferación Nuclear para hacerlo más restrictivo.

⁸ Estos Estados formaban parte del Eje del Mal, según la caracterización de George Bush hijo.

⁹ Como parte de este proceso debe entenderse la conflictiva relación entre Rusia y la OTAN, y las peleas por recursos energéticos en el Caspio y Asia Central. La rela-

La historia sin fin

En la historia reciclada el conflicto imperó, como podemos observar en el **Gráfico 1**. El dato que lo confirma es que desde 1991 hasta 2003 se desarrollaron 57 conflictos. Si lo contrastamos con los 140 que tuvieron lugar en los 45 años anteriores de la Guerra Fría (1945-1991), nos da un incremento de un 25% del promedio anual de conflictos. Un dato bastante preocupante.¹⁰

Gráfico 1. La distribución regional, número y tipos de conflictos armados mayores, 1990-2003

	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003
África	11	11	7	7	6	5	3	4	11	11	9	7	6	4
América	4	4	3	3	3	3	3	2	2	2	2	3	3	3
Asia	13	11	12	10	10	11	10	9	9	9	9	9	9	8
Europa	-	1	3	5	4	3	1	-	1	2	1	1	1	1
Medio Oriente	4	6	5	6	6	6	6	4	4	3	4	4	2	3
Total	32	33	30	31	29	28	23	19	27	27	25	24	21	19
Fuente: Elaboración propia basada en datos de Anuarios SIPRI (2002 y 2005).														

ción con China se iba endureciendo por la cuestión de la independencia de Taiwán y la libertad de navegación del mar de la China.

¹⁰ Se pasa de un promedio de algo más de tres conflictos por año en la Guerra Fría a más de cuatro en la Posguerra Fría.

En una primera aproximación, podemos señalar que, si bien el punto máximo de conflictos fue desde 1991 hasta 1995, este se mantuvo en un número relativamente alto –alrededor de 30–. Sólo después de este año observamos una primera retracción con la caída en 1997 a 19, aunque nuevamente subió a un nivel de 27 conflictos, para luego sí marcar una tendencia decreciente, si bien continuó elevada.

Entre las diferentes regiones del mundo, África y Asia poseen el número más alto de choques armados. En la primera su número fluctuó considerablemente en los últimos 11 años analizados y se concentraron en la lucha por el poder gubernamental.¹¹ En la segunda la cantidad se ha mantenido relativamente constante y la mayoría de estos conflictos fueron por disputas separatistas.¹²

El dato adicional lo aporta el hecho de que la casi totalidad de estos conflictos fueron intraestatales, aunque muchos presentaron características interestatales (por ejemplo, Nagorno Karabaj, los de la ex Yugoslavia y en Tayikistán).

Los conflictos que tuvieron lugar en el África subsahariana fueron fundamentalmente conflictos olvidados o de baja intensidad (Wabgou, 2013, p. 35). En el escenario europeo, los conflictos emergentes de la disolución de la ex URSS y de la ex Yugoslavia fueron los principales motivos del alto número de conflictos que tuvo lugar en el viejo con-

¹¹ Las llamadas guerras de sucesión predominaron en el escenario africano en Liberia (1989-1997), Uganda (desde 1981), Sudán (1983-2013), Mozambique (1977-1992), Sierra Leona (1991-2000), Sudáfrica (1961-1992), Burundi (1993-2011), Ruanda (1990-1994), Argelia (1994-1998), Costa de Marfil (2002-2007, 2010-2011), Chad (desde 1963) y Somalia (desde 1981) entre los más relevantes. Y los conflictos de secesión fueron más limitados: en el delta de Nigeria, la cuestión del Sahara Occidental, en Senegal y entre los tuareg en Mali.

¹² Este continente tiene también un alto número de conflictos, producto de la desaparición de la URSS. Creemos que, del mismo modo que el final del Imperio Otomano marcó uno de los ejes de las disputas entre las potencias europeas a fines del siglo XIX y principios del XX, ahora el fin de la Unión Soviética puede generar el mismo proceso.

tinente durante los años noventa. El continente americano apareció como una de las zonas con menor cantidad de conflictos desde el fin de la Guerra Fría y en principio los intraestatales estuvieron localizados en Colombia, Guatemala y Perú,¹³ y los interestatales entre este último y Ecuador.

Esta creciente inestabilidad en muchos rincones del planeta llevó a autores como Samuel Huntington a desconfiar del fin de la historia y a buscar otro tipo de explicaciones de matriz culturalista (2005, p. 217).¹⁴

Huntington encontró su explicación en la existencia de barreras generadas por las culturas, y no por la política o la economía, con dicha existencia como el centro de la interpretación del siglo XXI, en vez del Estado-Nación.¹⁵

Estas ideas, originalmente aparecidas en un artículo de *Foreign Affairs* en 1993, tomaron casi inmediatamente forma de libro en *El Choque de Civilizaciones y la reconfiguración del orden*. El texto:

Intenta ser más bien una interpretación de la evolución de la política global tras la Guerra Fría (...). Su piedra de toque es si proporciona un filtro más válido y útil que cualquier filtro paradigmático análogo a la hora de considerar las nuevas circunstancias internacionales. Además, ningún paradigma es válido eternamente. Aunque una aproximación desde el punto de vista de la civilización puede ser útil para entender la política global a finales del siglo XX y principios del XXI, esto no significa que hubiera sido igual-

¹³ Para 1994 los dos últimos habían finalizado. Restaba el colombiano que celebró un proceso de paz hacia 2017.

¹⁴ Aunque no se nos escapa que el deseo de extender la democracia y el mercado en Medio Oriente enmascara en realidad los dos imperativos de la política exterior norteamericana en la región: la provisión de petróleo y la seguridad del Estado de Israel (Kepel, 2004, pp. 53-55).

¹⁵ Si bien reconocemos cierto debilitamiento del Estado-Nación, este está lejos de desaparecer como actor fundamental de las relaciones internacionales.

mente útil a mediados del siglo XX ni que lo vaya a ser a mediados del siglo XXI (Huntington, 2005, p. 14).

Para el autor, existen algunas proposiciones centrales para definir las civilizaciones: si son una entidad cultural; si son globales; si son morales; si son realidades culturales y no políticas. A partir de ellas, encuentra en nuestro tiempo “un mundo con siete u ocho grandes civilizaciones” (2005, pp. 30). Y ellas son la subsahariana, la latinoamericana, la sínica, la hindú, la budista, la nipona, la occidental, la ortodoxa y la islámica (Huntington, 2005, pp. 45-50).

Cinco son los parámetros que conjugan las civilizaciones con el Nuevo Orden Mundial:

1. El hecho de que por primera vez en la historia “la política global es a la vez multipolar y multicivilizacional; la modernización económica y social no está produciendo ni una civilización universal en el sentido amplio del término ni la occidentalización de las sociedades no occidentales.”
2. La pérdida de poder relativo de Occidente.
3. El surgimiento de un orden mundial basado en civilizaciones.
4. Las pretensiones universalistas de Occidente le hacen entrar cada vez más en conflicto con otras civilizaciones.
5. La supervivencia de Occidente depende de que los estadounidenses reafirmen su identidad occidental y los occidentales acepten su civilización como única y no universal (Huntington, 2005, pp. 20-21).

Sin entrar en una caracterización minuciosa de cada uno de ellos, lo que queremos resaltar es el rechazo a la pretensión universalista de Occidente por ser “peligrosa”, ya que “se basa en un espejismo, el de la centralidad de Occidente en la historia universal” (Huntington, 2005, p. 373).

Esta observación tuvo como efecto proponer un retorno de Washington al aislacionismo, con la adopción de cierto multilateralismo,

aunque “la intervención estadounidense podría limitarse a las situaciones de violencia potencial como las de Oriente Próximo y el sur de Asia” (Huntington, 1999, p. 53).¹⁶

Otro elemento es que la idea de choque de civilizaciones aparece más ajustada a la “guerra contra el terror”, llevada adelante por la administración Bush, quizás por su inspiración en la escuela realista, aunque esta última no tiene en cuenta los recaudos señalados por nuestro autor.¹⁷

Para recapitular, el “fin de la historia” y el “choque de civilizaciones” fueron paradigmas contradictorios entre sí: como vimos, mientras la primera sostiene la extensión de la democracia y el libre mercado, la segunda la ve como inviable. Los fundamentos de la primera en la escuela liberal e idealista y los de la segunda en el realismo son uno de los elementos de tal discordancia. Aunque esta puede deberse a que el primer paradigma fue expuesto al finalizar la Guerra Fría, y con cierta dosis de optimismo por el llamado “momento unipolar”, mientras que el segundo recoge las tensiones que emergieron después de aquella situación. Sin embargo, el discurso político norteamericano los combina, ya que por un lado la “guerra al terrorismo” toma la idea de choque civilizatorio en el presente y proyecta el horizonte poshistórico hacia el futuro.

Ambas teorías obvian lo esencial: la desarticulación del Estado-Nación producto de la globalización y los intereses estratégicos norteamericanos. Y la primera tiene como resultado un aumento escalofriante de la violencia. Como hace más de treinta años señaló Furio Colombo:

¹⁶ Resultó evidente que este nuevo aislacionismo no renegó de intervenir en zonas o lugares del planeta consideradas estratégicas o vitales para los intereses de los Estados Unidos, como ocurrió desde el siglo XIX.

¹⁷ La idea del choque de civilizaciones posee un gran atractivo, aunque este modelo de análisis tiene como defecto la homogeneización de las sociedades, y en cierta medida las estratifica monolíticamente, con lo que pierden mucho de la variedad en la que se constituyen.

es posible que se formen grandes cruzadas, utilizando los impulsos voluntaristas de la intensa tendencia a la disgregación social, los intereses amenazados de forma inmediata por la fragmentación, la necesidad apremiante y natural a creer en las imágenes tranquilizadoras del Estado entero y potente, de las instituciones centrales, de los grandes símbolos, con una adhesión tan frenética e intolerante como la hostilidad que produce y multiplica la disgregación (1990, p. 55).

Las “nuevas guerras”

La “guerra total” o “guerra masiva” se originó a principios del siglo XX cuando se combinaron la movilización e incentivo ideológico de las masas y la necesidad de garantizar el funcionamiento de la economía durante la guerra –y no únicamente con insumos para ésta sino para todas las necesidades de un país–. La garantía de este funcionamiento está en la población civil que se encuentra lejos de los campos de batalla. Por ese motivo esta guerra total convirtió a la población civil en un objetivo militar. A medida que avanza el siglo observamos un incremento de las víctimas civiles: a principios de siglo XX eran del 10 al 15%, en la Segunda Guerra Mundial pasaron al 50% y finalmente en los recientes conflictos de la década de 1990 ascienden a la escalofriante cifra de un 90% del total de muertos y heridos (Kaldor, 2001, p. 131).

Sin embargo, como señaló Mary Kaldor, estos nuevos escenarios no fueron sólo guerras estatales, sino que sufrieron un proceso de privatización, sustentados en un contexto de erosión del monopolio de la violencia legítima del Estado (2001, pp. 15-19).

Estas nuevas guerras, o no-guerras según Jean Baudrillard, pueden ser definidas así:

Publicitaria, especulativa, virtual, esta guerra no responde de hecho a la fórmula lausewitsiana de la política continuada por otros medios; responde más bien a la ausencia de política continuada

por otros medios. La no-guerra es un test terrible para el status y la incertidumbre de la política, así como el crack bursátil (el universo especulativo) es un test crucial para la economía y la incertidumbre en los juegos económicos, así como no importa cuál acontecimiento es un test terrible para la incertidumbre y los juegos de información (1991, p. 21).

Estas “nuevas guerras” se caracterizaron por el desdibujamiento de la distinción entre guerra, crimen organizado y violaciones masivas a los derechos humanos, además de ser conflictos locales y mundiales, nacionales y transnacionales al mismo tiempo (Kaldor, 2001, p. 22).¹⁸

La privatización de la fuerza militar estuvo dada por la aparición de Estados que reciben la caracterización de fracasados, por sus problemas de financiación y las intervenciones extranjeras. Esa identificación se refirió a aquellos países con autoridad central débil o inexistente, donde hay una pérdida del control sobre la coacción física y su fragmentación.¹⁹ Esta pérdida por parte del Estado del uso legítimo de la violencia permitió el surgimiento de su privatización, ya que sus Fuerzas Armadas se encontraban en descomposición y se dio el ascenso de grupos paramilitares, de mercenarios, etc. (Kaldor, 2001, pp. 121-126).

Esta situación se vio favorecida por el hecho de que, desde 1960, el papel de las economías nacionales “ha sido menoscabado o incluso puesto en entredicho por las grandes transformaciones habidas en la división internacional del trabajo”. Aunque en esta situación, estas economías “por mucho que las menoscabe la economía transnacional coexisten y se entrelazan con ellas”. Con el agravante de que para

¹⁸ El concepto de “nueva guerra” fue rechazado por otros autores, como Chabal. Este sostuvo, para el caso africano, que resulta “una grave simplificación de lo que está ocurriendo” (2007, p. 1).

¹⁹ Se caracterizan por gobiernos con escasa adhesión popular y baja capacidad en el pago de impuestos, que se vio reforzada por la extensión de la corrupción y el crecimiento de una economía paralela e ilegal (Kaldor, 2001).

los pequeños y medianos Estados fue obvio que “sus economías han dejado de ser autónomas en la medida en que lo hubieran sido en otro tiempo” (Hobsbawm, 1992, pp. 188-193).

Esta forma de integración al mercado mundial desde el punto de vista político se agrava tras el fin del mundo bipolar, ya que “como mínimo una tercera parte de los Estados que existen no tendrán garantías reales de independencia. La fundación de unos cuantos Estados pequeños más no haría sino incrementar el número de entidades políticas inseguras” (Hobsbawm, 1992, p. 193).

Paradójicamente, esta debilidad material fue acompañada por un resurgimiento del nacionalismo, el cual

es históricamente menos importante. Ya no es un programa político mundial, por así decirlo, cabría afirmar que [lo] era en el siglo XIX y principios del XX. Es a lo sumo un factor que complica, o un catalizador de otros fenómenos (Hobsbawm, 1992, p. 201).

En esa misma dirección, Habermas había planteado la conformación de una identidad postnacional en la que los Estados están dando muestras de que la identidad nacional está “quebrada” y que daría lugar a una nueva caracterización, la post-nacionalidad, referida “al Estado constitucional [que] sólo pudiera desarrollarse y estabilizarse en el marco de tendencias más generales” (Habermas, 1992, 95).

Pero volviendo a la “nueva guerra”, esta se financió con la búsqueda de recursos internos y externos. Los primeros se sustentaron en: 1) una redistribución de los bienes existentes (robos, pillaje, etc.); 2) la presión sobre el mercado de artículos de primera necesidad; y 3) los “impuestos de guerra” sobre los productos de primera necesidad y el tráfico de mercadería ilegales. Los segundos fueron: 1) las remesas de las familias que vivían en el exterior; 2) la ayuda de los expatriados; y 3) la ayuda humanitaria (Kaldor, 2001, pp. 147-152).

El objetivo político de estas “nuevas guerras” fue lograr el control de la población desvaneciendo cualquier signo de heterogeneidad

(Kaldor, 2001, p. 23), a través de la imposición de identidades fundadas en conceptos excluyentes, que generaron “forzosamente una minoría” (2001, p. 103), y para las cuales “La identidad nacional es pura e inmaculada en comparación con otras” (2001, p. 107).

Guerra del Golfo: El acto inaugural del fallido Nuevo Orden Mundial²⁰

La larga guerra de casi una década con Irán agotó los recursos de Saddam Hussein. Como ya vimos, Irak recibió insumos bélicos tanto de la URSS como de Occidente en su enfrentamiento contra el régimen islámico de Teherán. Este apoyo se evaporó una vez que el fuego de armas se disipó, y comenzaron los reclamos económicos por los costos del conflicto. Ello llevó a Bagdad a impulsar varias estrategias para salir de esa situación, como reclamar un aumento del valor del precio del petróleo y/o la cancelación de su deuda.

En esos momentos, el discurso del líder iraquí mostraba a Kuwait como el principal responsable del malestar económico reinante, pero luego se desplazó hacia reclamos de tipo territorial.²¹

A medida que el año 1990 avanzaba, Irak fue incrementando estos reclamos. Pero Estados Unidos creía que Irak estaba sobreactuando y que todos estos planteos eran una distracción para calmar la difícil situación interna, aunque advirtió a Egipto, Arabia Saudita y Kuwait sobre los movimientos de tropas: “El 1° de agosto de 1990, el dirigente iraquí Sadam Hussein, un antiguo aliado, ordenó la invasión del pequeño emirato petrolero de Kuwait y se convirtió en el enemigo número uno de América a nivel planetario” (Engelhardt, 1997, p. 353).

²⁰ Para este apartado hemos consultado Simonoff, 2001.

²¹ El Emirato de Kuwait fue gobernado por la actual dinastía desde 1750. Desde 1919 hasta 1961, cuando declaró su independencia, gozó de la protección británica. Cuando la declaró, Irak desconoció al nuevo Estado e hizo una reclamación territorial sobre Kuwait que generó un fuerte rechazo de la Liga Árabe y del Reino Unido, que garantizaron su independencia.

Los jeques kuwaitíes huyeron a Arabia Saudita. Irak impuso un gobierno títere, que decidió incorporarse a Irak como su decimonovena provincia.²² A partir de esta situación hubo varios intentos de mediación que fracasaron uno tras otro.

El 7 de ese mes el Presidente George Bush pronunció el famoso discurso sobre el Nuevo Orden Internacional, que fue definido por una fuerte hegemonía norteamericana en todos los niveles. Y con respecto a la situación en el Golfo, Bush tuvo en claro dos objetivos: la liberación de Kuwait y que la operación debía tener la menor cantidad posible de bajas (Ramonet, 1997).²³

Mientras tanto, anunció el despliegue de tropas en Arabia Saudita²⁴ y la formación de una coalición internacional bajo el amparo de las Naciones Unidas. Esta estuvo formada por 29 Estados, de los cuales ocho eran árabes.²⁵

²² La incorporación de Kuwait a Irak le hubiese permitido no sólo incrementar sus exportaciones petroleras, sino que también le hubiera otorgado un peso significativo en la OPEP y así poder influir en sus precios.

²³ Con este último aspecto se buscó alejar el “síndrome de Vietnam” que había influido en la política externa norteamericana desde los setenta.

²⁴ Si bien George Bush prometió que ningún soldado se quedaría en el Golfo más de “lo necesario”, la presencia militar estadounidense en Arabia Saudita y Kuwait se prolongó para permitir a Washington tener un control geopolítico y petrolero sin precedente (Brieger, 1996, p. 51). Pero esta situación tuvo otra consecuencia fundamental para los tiempos futuros: estas instalaciones fueron calificadas por Osama Bin Laden como una ocupación militar de los “lugares santos” (La Meca y Medina, en Arabia Saudita). Ello lo llevó a declarar la *Yihad* contra Estados Unidos y el régimen saudita, que hasta ese momento habían sido sus protectores.

²⁵ El mundo árabe no mostró una actitud unánime. A favor de Saddam Hussein estuvieron la OLP, Yemen y Jordania; estos dos últimos aspiraban a ser mediadores. En contra estuvieron Egipto, Arabia Saudita, Kuwait y Siria. Para ello, Estados Unidos presionó —y logró— que Israel no participara, y también repudió la represión llevada adelante por Tel Aviv ante el levantamiento palestino que se dio cuando comenzó este conflicto.

El Consejo de Seguridad dictó alrededor de 12 Resoluciones sobre el conflicto, entre las que se encontraba la calificación de Irak como agresor, la nulidad de la anexión, el boicot económico, etc.

Antes del inicio de las hostilidades se desarrolló una serie de acciones diplomáticas, como el corte de los oleoductos iraquíes que van rumbo a Turquía y Arabia Saudita. Con ello, Irak no solamente perdió la posibilidad de vender petróleo, sino que además la medida generó una fuerte debilidad interna porque el país importa el 80% de lo que consume.

Se produjeron fuertes enfrentamientos entre la población y los gobiernos árabes, que paulatinamente presentaron una radicalización popular, particularmente cuando el baasista Hussein llamó a una “Guerra Santa” (*Yihad*)²⁶ en la que tendría lugar “La Madre de todas las Batallas”, con lo que pretendía darle un sesgo religioso al conflicto.

El líder iraquí pensaba que Estados Unidos no iba a intervenir por el “síndrome de Vietnam”. Esto le impidió ver la distensión URSS-EE. UU. y las iniciativas de Bush y el reverdecir del patriotismo norteamericano. Tampoco evaluó que las potencias occidentales no aceptarían el monopolio del control de petróleo que los hechos consumados en Kuwait podrían implicar.

De todos modos, la población norteamericana se encontraba dividida entre aislacionistas e intervencionistas. La mayoría rechazaba la nueva guerra argumentando que no pelearían por el petróleo de un emir, ni morirían por sus ganancias, pero los políticos y los medios de comunicación iniciaron una campaña de alarma constante sobre las acciones de Hussein. En ese sentido, Bush no escatimó en recursos simbólicos, ya que lo satanizó e incluso llegó a compararlo con Hitler:

Para la administración de George Bush, Irak ofrecía infinitas posibilidades de escenarios sugestivos. Un norte malvado, un Esta-

²⁶ Para Bernard Lewis, hay que entender la guerra santa como un mandamiento de Dios. Esto la convierte en una obligación para la comunidad musulmana (1990, pp. 123-136).

do policíaco regido por un dictador cruel había invadido un sur bueno salteándose una frontera internacional, el mismo escenario promovido en el Vietnam (...). Irak parecía un enemigo formidable: el cuarto ejército más grande del mundo que combatió en mil batallas a lo largo de una guerra de ocho años contra el vecino Irán, equipado con armamento soviético de alta tecnología, armas químicas declaradas ilegales y, posiblemente muy pronto, armas nucleares o biológicas (Engelhardt, 1997, p. 353).

Finalmente, la operación militar se inició el 17 de enero de 1991. Esta acción contó con dos fases: la batalla aérea de cinco semanas de duración (17 de enero de 1991 / 23 de febrero de 1991) y la ofensiva terrestre (del 23 al 28 de febrero). La primera consistió en oleadas gigantescas para lograr el control del espacio aéreo e impedir operaciones iraquíes. Se buscó que la ofensiva terrestre durara el menor tiempo posible. No hubo resistencia importante por parte de Irak.

Aquí se hizo notar el rol de la tecnología militar, caracterizada no tanto por la cantidad del arsenal sino por las armas de impacto tecnológico. Aunque un dato significativo fue que sólo el 7% de las bombas lanzadas fueron inteligentes o de nueva generación. De las 50 mil toneladas de bombas arrojadas, el 70% falló el objetivo. Del 93% restante, o sea, el armamento no inteligente (50 mil toneladas de bombas), el 70% falló el objetivo. Con respecto al arsenal iraquí, enfrentaba problemas de la falta de capacitación del personal y de provisión, además de la falta de mantenimiento (Sánchez Sánchez Serrano, 1994).

El 26 de febrero, Radio Bagdad anunció que Irak aceptaba el retiro de tropas. Estados Unidos no siguió hasta las últimas consecuencias con la guerra debido al acercamiento ruso a Hussein y la radicalización del mundo árabe. Por ello, el 28 de febrero se declaró el fin de la guerra.

En ese sentido, la Guerra del Golfo resultó significativa y más ambigua de lo que quisieran los heraldos del unipolarismo, ya que por un lado hubo señales a favor de los intereses norteamericanos (el voto

en el Consejo de Seguridad que avaló la intervención), y por otro se produjo una combinación particular (EE.UU. aportó los recursos militares y otros actores de la tríada, la financiación). En esos primeros momentos esa pretensión hegemónica distaba de traducirse en la realidad, ya que, si bien militarmente fue indudable el peso de los Estados Unidos, no resultó así el de su economía, que debió complementarse financieramente con Europa Occidental y Japón para garantizarla.

Después de la invasión a Kuwait, Hussein se convirtió en la amenaza principal, ya que continuó presionando por elevar el precio del barril y retener el control de inmensas reservas petroleras de su país, lo que podría llevar a EE.UU. a la recesión.

Desde el fin de la Guerra del Golfo, las Naciones Unidas impusieron a Irak una serie de limitaciones a sus arsenales de armas de destrucción masiva y restricciones en la venta de petróleo, limitada a lo indispensable para ayuda humanitaria. Sumado a ello, la negativa de Saddam Hussein a democratizar, a respetar a las minorías étnicas, a los controles de armas, como también la necesidad de terminar las restricciones comerciales fueron el eje del debate.

En este juego, es un secreto a voces que la disputa no sólo encerraba los problemas descriptos sino también la generación de las condiciones para que Estados Unidos manejara los recursos petroleros en Medio Oriente.

Además, se formó una comisión de la ONU para evaluar los costos de la guerra, que falló en contra de Irak por 15 mil millones a favor de una empresa petrolera. La reparación de Kuwait corrió por cuenta de Estados Unidos y, lejos, muy lejos, por Francia y Gran Bretaña. Se estima que la indemnización que Irak debía pagar ascendía a 300 mil millones de dólares más intereses, a lo que hay que sumarle 80 mil millones de deuda externa acumulados en los ocho años de la guerra contra Irán. Para lograr el pago de las indemnizaciones, se decidió que el 30% de las exportaciones de petróleo se destinara a dicho fin (Gresh, 2000).

Guerra Yugoslava: La permanencia y reconfiguración de lo viejo²⁷

Este conflicto resultó del juego de fuerzas que disolvieron el antiguo orden internacional, pero también pusieron en evidencia las que moldeaban lo que estaba emergiendo.

Si bien muchos autores hicieron hincapié en el “carácter” particular del nacionalismo de Europa Oriental y Balcánica por su identificación “étnica y religiosa” (Pfaff, 1995, p. 39), a diferencia del Occidente del viejo continente, no dejamos de tener en cuenta que ello obedeció a legitimaciones de naturaleza política que no hicieron tan distintos a unos y otros conflictos.

En realidad, una lectura más provechosa la encontramos en analizar la situación de la ex Yugo eslavía en el marco de las transformaciones del Estado-Nación, para las cuales contamos con causas generales, que se presentan más allá del área, y particulares, más específicas. Las primeras respondieron, según Eric Hobsbawm, a cuatro razones: 1) La desintegración del poder central que obligó a las pequeñas entidades que la conformaban a buscar alguna fórmula de autopreservación; 2) el carácter xenofóbico del nacionalismo étnico; 3) la sustitución que hace el nacionalismo sobre los “complicados programas políticos”; 4) la búsqueda de antiguas relaciones sociales frente a la inestabilidad e inseguridad de las actuales (Hobsbawm, 3 de enero de 1992, p. 20). A estos factores generales hay que sumarles causas específicas que en algún sentido se relacionan con los primeros:

- a. A pesar de la ausencia de pluralismo ideológico producto del régimen burocrático, existía un alto grado de descentralización administrativa.
- b. Su composición étnica era, antes de la desintegración, muy diversa en cada estado.

²⁷ En este apartado hemos consultado Simonoff, 1999.

- c. Existía una importante cantidad de matrimonios mixtos entre las distintas nacionalidades.
- d. Los inicios de una crisis económica, debida al abandono del modelo autogestionario por otro más centralista e ineficaz para transferir los recursos de las naciones más ricas hacia las más pobres, agudizaron las diferencias entre las naciones más desarrolladas (Eslovenia y Croacia) y las más empobrecidas (Montenegro, Kosovo y Macedonia).
- e. Existencia de diferencias culturales entre el medio rural y el urbano. En el primero prevalecen las disputas ancestrales y en la ciudad es menor el impacto.
- f. Las fuerzas armadas tienen dos singularidades: preeminencia de los serbios en los estratos superiores del ejército federal y la existencia de milicias en cada una de las repúblicas.
- g. La crisis de los estados burocráticos del Este originada por la *perestroika* repercutió sobre Yugoslavia.
- h. Esta debilidad fue acelerada por la falta de un liderazgo como el de Tito y el recrudecimiento del panserbismo, que tuvo mucha influencia en la desintegración de la Federación Yugoslava (Taibo, 1995, pp. 153-181).²⁸

La combinación de todos estos factores produjo el proceso de desintegración de la Federación Yugoslava, en el que podemos marcar tres hitos: la Secesión de Eslovenia y Croacia, la Guerra de Bosnia y el Conflicto de Kosovo.²⁹

En todos ellos existió un proceso de limpieza étnica, el cual puede definirse como una aspiración que “implicaba de *facto* el desplaza-

²⁸ Debido a ello, “los eslovenos, los croatas y las comunidades dominantes de Bosnia-Herzegovina estaban empeñados en dar la soberanía a sus respectivos países porque los serbios estaban igualmente empeñados en impedir que se independizaran de un modo que incorporase a las minorías serbias” (Pfaff, 1995, p. 186).

²⁹ El primero será tratado en este capítulo; los dos restantes, en el próximo.

miento de la población, más exactamente la modificación de la estructura étnica cuando los territorios reivindicados no incluyen mayoría serbia” (Feron, 1995, p. 88).

En una primera etapa, en junio de 1991 los parlamentos de Eslovenia y Croacia declararon su independencia. En el primer caso hubo algunas breves escaramuzas entre la defensa republicana eslovena y las tropas federales, pero finalmente se cedió, fundamentalmente por la poca presencia de serbios en la zona.

Como factores externos observamos que la URSS, primero, y la Federación Rusa, después, apoyaron a los serbios en su interés por mantener Yugoslavia unida. Pero su propio escenario interno hizo que se alejase del conflicto hasta mediados de los noventa, aunque lo siguió siempre de cerca.

Por otra parte, los alemanes fueron incrementando su presencia en la región con el objetivo de hegemonizar Europa Central con Croacia y Eslovenia incluidas, y por ello apoyaron su independencia. En cambio, Francia tuvo una posición distinta ya que estuvo del lado de mantener la Federación.³⁰

En 1991, los norteamericanos fueron favorables al mantenimiento de Yugoslavia y trataron de evitar la intervención militar, sobre todo por su escaso interés económico en la Federación, aunque luego cambiaron de posición.

La extensión de las matanzas llevó a que en 1992 el Consejo de Seguridad enviara una fuerza de interposición (IFOR) para evitarlas. A mediados de ese año Croacia inició una campaña militar contra las milicias serbias apoyadas por el Ejército Federal, que concluyó provisionalmente con el reconocimiento de los derechos de los serbios residentes en Eslavonia y Krajina, que en un principio les habían sido negados, y se denunciaron limpiezas étnicas para garantizar la supremacía de Zagreb.

³⁰ Estas políticas marcaron cierto retorno a las impulsadas por estos países a fines del siglo XIX y principios del XX, y evidenciaron la imposibilidad de un diseño europeo común.

En 1993 las milicias serbias seguían controlando Eslavonia y Krajina, pero dos años después una ofensiva croata recuperó la primera zona, en mayo, y la segunda, en agosto, y las expulsó de esos territorios.³¹

Una referencia breve al conflicto de Macedonia: en agosto de 1990 hubo violentos choques entre los macedonios y los nacionalistas serbios, que terminaron con la ruptura de la Federación, tras un referéndum que instituyó un gobierno de coalición entre las facciones.

Los conflictos olvidados: Ruanda y Somalia

Como hemos visto, el África subsahariana concentró la mayor parte de los conflictos mundiales. Las explicaciones para ello oscilaron desde la preeminencia de factores precoloniales hasta la de los factores poscoloniales (Wabgou, 2013, p. 39).

A pesar de su magnitud, y no sólo por su cantidad sino también por los efectos devastadores en cuanto a cantidad de muertos, heridos y desplazados, dichos conflictos no lograron la visibilidad de otros, como los de la ex Yugoslavia. Al inicio de la década este continente padeció, entre otras, guerras civiles en Argelia, Angola, Somalia y Ruanda, y el problema del *apartheid* en Sudáfrica hasta 1994. A los fines de este capítulo nos concentraremos en dos de ellos: el caso ruandés y el somalí.

El genocidio de Ruanda fue presentado como un conflicto entre dos grupos rivales: los hutus y los tutsis. De todos modos, como señalaron Buffa y Becerra,

este hecho atroz no puede ser explicado solamente como un conflicto étnico, especialmente si se tiene en cuenta que durante el período independiente se permitía el casamiento mixto y éste era practicado frecuentemente. El argumento étnico no alcanza para

³¹ Hubo migraciones en masa de los pobladores serbios de esa zona y continuaron las denuncias de limpieza étnica contra ellos.

explicar por qué civiles masacraron a sus familiares, vecinos o amigos. No alcanza para justificar una de las peores matanzas del siglo pasado (2010, p. 76).

Como en otros casos, la construcción de identidades fue política:

Los grupos tutsi constituyen casi un 14% y 9% de la población total en Burundi y Ruanda, por lo que representan el grupo étnico minoritario, pero políticamente dominante en Burundi y económicamente en Ruanda (por lo menos en la época colonial). Los hutus representan casi un 85% de la población en cada uno de estos territorios. La defensa del poder para la conservación de la hegemonía política y la lucha para conseguir una mayor consideración política se chocan, para producir conflictos en ambos países e inestabilidad política en toda la región subsahariana (Wabgou, 2013, p. 41).

Aunque hubo tensiones entre ellos desde la colonización europea –primero la alemana y luego la de la Gran Guerra belga–, desde la Crisis de 1973, como señaló Samir Amin, se ha dificultado el desarrollo por la promoción de mecanismos de apertura económica, por las políticas de ajuste y la exportación de materias primas, fundamentalmente el café, que empobrecieron de manera alarmante al conjunto de la población (2007).

Para comprender el conflicto, como lo hicieron María José Becerra y Diego Buffa, debemos considerar que:

la construcción de un discurso dicotómico e impregnado de argumentos estereotipados en la etnicidad no debe introducirnos a la confusión e ignorar una trama compleja compuesta por intereses económicos de diversos órdenes, inestabilidades en el balance de poder regional e influjos sistémicos que, a nuestro criterio, constituyen las variables explicativas cardinales de las tensiones intraestatales que desembocaron en el genocidio ruandés (Buffa y Becerra, 2010, p. 80).

En abril de 1994 se produjo el asesinato del Presidente ruandés, Juvenal Habyarimana, que dio inicio a las masacres. El número de víctimas se estimó en un millón de personas, en un país donde vivían unos siete millones:

En términos de costos sociales del conflicto, se observa que, aparte de los muertos, calculados entre 800.000 y 1.000.000 (de mayoría tutsi), se registran centenares de miles de hutus que se refugiaron en el antiguo Zaire, sobre todo en Goma (el campo de refugiados, desplazados y exiliados más grande en Zaire). Se calcula que 600.000 personas habían sido desplazadas hasta el año 2000. Además, se registra un número importante de niños huérfanos, de mujeres viudas y violadas durante el conflicto; parte de esta última categoría de la población femenina es seropositiva y contribuye a aumentar el índice de personas que viven con VIH y sida (Wabgou, 2013, p. 42).

Las peleas entre los hutus y los tutsis se remontaban a fines de los años cincuenta y tuvieron como resultado que unos 500 mil ruandeses se refugiaran en Burundi, Uganda, Zaire y Tanzania. Estos últimos formaron el Frente Patriótico Ruandés (FPR) en 1988 y en 1990 lanzaron una ofensiva desde Uganda que empeoró la situación de los residentes en Ruanda.

Pero, como indicaron Buffa y Becerra, para la concreción del genocidio fue necesario que hubiese “una masa empobrecida, lumpenizada, preparada y lista para realizarlo” (2010, p. 77). Y también la intervención extranjera:

Los principales proveedores fueron entre 1990 y 1994: Francia, Bélgica, Sudáfrica, Egipto y la República Popular China. Esta última les suministró machetes; en cambio Egipto –a través de su viceministro de Asuntos Extranjeros, Boutros Gali– le ofreció un crédito sin interés al gobierno para la compra de armas de infantería (Buffa y Becerra, 2010, p. 78).

El asesinato de la primera ministra Agathe Uwilingiyimana y sus custodios, que eran soldados belgas de la UNAMIR (Misión de Asistencia de las Naciones Unidas para Ruanda), llevó a Bélgica a retirar sus tropas, cuestión que afectó la capacidad de la ONU de evitar estos sucesos. Y si bien decretó la prohibición de vender armas,

Francia y Gran Bretaña continuaron vendiendo armas –en especial la primera–, aportando ayuda financiera y logística –por ejemplo, posibilitar que en Goma se instalara una sede del Banco Nacional de Ruanda y desde allí se compraran armas– para que, desde el exilio, el régimen hutu continuara con su lucha (Buffa y Becerra, 2010, p. 78).

En junio el Consejo de Seguridad determinó la formación de una misión humanitaria, denominada Operación Turquesa, que salvó a cientos de ruandeses en un área reducida, mientras en otras las matanzas continuaron hasta principios de julio, cuando el Frente Popular Ruandés se hizo cargo de la situación del país.

En noviembre de 1994 se creó el Tribunal Penal Internacional para Ruanda (TPIR), que tuvo “como objetivo juzgar a las personas implicadas en el genocidio” (Wabgou, 2013, p. 43). Pero más allá de la tardanza, y de la buena voluntad, el conflicto ruandés demostró la insuficiencia de los mecanismos internacionales para prevenir conflictos.

La guerra civil en Somalia ha causado unos 100 mil de muertos y más de un millón de refugiados en sus empobrecidos vecinos, Etiopía y Kenia, que no se encontraron en situación de recibirlos.

A diferencia de lo acontecido en Ruanda, Somalia se presentó como un país homogéneo ya que sus habitantes comparten lengua, religión y cultura, pero su estructura social de clanes ha sido el fenómeno desestabilizador del sistema político.³²

³² Estos se encuentran divididos regionalmente: en el norte los Issak, los Ogaden al oeste, los Hawiyé en el centro y los Darod al sudeste.

Desde su independencia en 1960, y luego de la instauración de la República Democrática de Somalia, de orientación socialista, por parte de Saad Barre en 1969, este no se privó de acercarse a los Estados Unidos y permitió a las grandes petroleras norteamericanas operar en su territorio. Este acercamiento a ambas superpotencias “no sólo implicaba que tales potencias negaban la realidad de la política interna somalí, sino que además era un acto de oportunismo atroz al menos por parte de los poderes occidentales” (Huband, 2004, p. 373).

Este particular Estado marxista utilizó al Partido Socialista Revolucionario de Somalia para controlar los clanes. Pero el deterioro de la economía llevó a un incremento del uso de las fuerzas represivas por parte de Barré, quien finalmente huyó del país en enero de 1991.

El fin de la República Socialista no significó la estabilización del país sino que, por el contrario, llevó a un proceso de fragmentación con la secesión del norte del país, llamada Somalilandia desde mayo de 1991, y del centro, llamado Puntland.

Mientras tanto, la capital del país, Mogadiscio, quedó dividida en dos por facciones del Congreso de la Somalia Unificada: una a favor del Presidente provisional, Ali Mahdi Mohamed, y otra, leal al general Mohamed Farah Aidid, quien controlaba gran parte de la ciudad.

Gran parte de la ayuda internacional no llegaba a los sectores necesitados, ya que era incautada por los combatientes, que la utilizaban para ellos mismos, o la vendían en el mercado negro, convirtiéndola en un instrumento de control sobre la población.

Bajo el patrocinio de las Naciones Unidas, los Estados Unidos, junto con europeos y africanos, participaron de la operación “Restaurar la Esperanza” con el objetivo de pacificar el país y detener la hambruna, aunque lo que buscaban era imponer un gobierno afín y para ello era necesario eliminar a Aidid.

En diciembre de 1992 unos 28 mil norteamericanos desembarcaron en el país, a raíz de lo cual el general somalí les declaró la guerra. En su intento por detenerlo los norteamericanos causaron innumera-

bles destrozos y reprimieron a civiles, cuestión que causó una indignación que favoreció la posición del rebelde somalí.

En uno de ellos, una muchedumbre terminó por tomar de rehenes a 18 soldados norteamericanos: fueron asesinados y sus cuerpos sin vida arrastrados por las calles de la ciudad.³³

Por ese hecho el gobierno norteamericano dio por terminada la operación en el país. Fue un fracaso que costó unos 3 mil millones de dólares y la muerte de 132 hombres de las fuerzas de Naciones Unidas (Huband, 2004, p. 377).

Este fracaso fue motorizado por las tensiones existentes entre Washington y la organización internacional:

para la ONU, la realidad era que mientras se afanaba en definir un nuevo plan de posguerra fría bajo el liderazgo de Boutros-Ghali, no logró conseguir los recursos financieros y materiales –que administraba Estados Unidos– necesarios para avanzar hacia la consecución de dichos objetivos (Huband, 2004, p. 379).

Pero el fiasco no sólo se limitó a esta operación: influyó en otras operaciones, como la de Ruanda, y marcó un divorcio entre la principal potencia mundial y la ONU, constituyendo el “cementerio” del Nuevo Orden Mundial proyectado por George Bush (Huband, 2004, p. 400).

³³ Fue la primera pérdida de vidas que los norteamericanos tuvieron que enfrentar en un conflicto desde la Guerra de Vietnam.

Capítulo 8

Las transiciones inacabadas (2): ¿Una larga marcha hacia un Orden Mundial?

Luego del fracaso de la intervención en Somalia, la estrategia multipolar de Estados Unidos se reconfiguró con un carácter más estrecho. Ya no fueron las Naciones Unidas, sino que buscó ámbitos como el G7, luego el G8, para el logro de sus objetivos, aunque no desapareció la tentación unipolar, que recibió un empuje luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Hacia un orden multipolar (?)

A pesar de que Bill Clinton inicialmente hizo hincapié en la política interna bajo el lema *America First*,¹ no pudo sustraerse de las vinculaciones con el mundo para realizarla, estimando que existía una preponderancia de los Estados Unidos sin precedentes.²

Como hemos señalado, en el primer momento unipolar, entre la Guerra del Golfo y el fracaso en el Cuerno de África, la política norteamericana se apoyó en los organismos internacionales para lograr

¹ Esta fue la idea promocionada por William Pfaff para reforzar la política interior de la potencia vencedora de la Guerra Fría (González, 2006).

² Según Stephen Walt, la política exterior del demócrata se sustentó en la existencia de gran libertad de acción para definir muchas peleas a su favor, pero hubo una pérdida de interés de los ciudadanos en la política exterior y el aumento del poder de los *lobbies* en la política exterior (2000, pp. 114-116).

sus objetivos. Pero al transcurrir la década de 1990, la ONU fue alejándose de EE.UU., y por ese motivo la Secretaria de Estado, Madeleine Albright, pronunció la “Doctrina Clinton” para garantizar la legitimidad de su intervencionismo.³

Cuando las Naciones Unidas o su Consejo de Seguridad no seguían sus designios, la OTAN se convertía en el “instrumento permanente de intervención en las crisis y conflictos, encontrando una justificación nueva a su existencia y permanencia” (Ramonet, 1999a, p. 389).

E incluso, cuando los organismos más cercanos no respondían, se siguieron las recomendaciones de la obra de Richard Hass. En *The Intervention* (1994) y *The Reluctant Sheriff* (1997) teorizó que los norteamericanos se debían asumir como gendarmes planetarios, de tiempo parcial contra los Estados parias –que no aceptaban la voluntad de Washington–, con movilización de Estados voluntarios en “la unión o *patrulla*, el acercamiento a un solo país define a Estados Unidos como el alguacil de facto y alista a otros para participar, provocando un resultado definido” (1994, p. 23).

Fue lo que se denominó la “Estrategia del *Sheriff*”, por la que Washington reunía Estados voluntarios para que le ayudasen a reestablecer el orden.⁴ En este esquema, los asesores militares plantearon la posibilidad de pelear y ganar simultáneamente en dos conflictos regionales: en el Golfo y en Corea del Norte, por ejemplo.

Resultó interesante este planteamiento, que reconoció cierta incapacidad para cumplir con los objetivos propuestos. Ello también se

³ Según sus intérpretes, esto le permitiría a EE.UU. actuar conforme a derecho y justicia, ya que Washington y su fiel aliado británico serían más fieles a los principios de la Carta de las Naciones Unidas que la propia organización.

⁴ Como en las películas de *westerns*, el “*sheriff*” identificaba unilateralmente el problema internacional (el Golfo, Kosovo, etc.) y llamaba a una patrulla convocada a tal efecto para operar sobre el conflicto. Ello le otorgaba ciertos rasgos de multilateralismo; una vez concluido el conflicto, la “patrulla” se disolvía.

expresó en la disputa económica entre los distintos actores, que hizo pensar que la supremacía norteamericana no era incuestionable.

Así lo entendió Clinton, aunque continuó los lineamientos de Bush padre, tratando de aprovechar los lugares vacíos dejados por otras potencias, y modificó “la lógica de seguridad nacional remitiendo los intereses económicos al nivel de consideraciones clásicas de seguridad” (Clemens, 2001, p. 4).

Por ese motivo, llevó adelante la segunda operación en el Golfo, llamada “Zorro del desierto”. Aquí se argumentó el incumplimiento por parte de Irak de las medidas de supervisión que se habían propiciado tras la guerra por la ocupación de Kuwait, sobre todo respecto al arsenal químico y biológico. A diferencia de la anterior intervención, en la que los norteamericanos emergieron como única potencia a finales de la Guerra Fría y pudieron imponer en las Naciones Unidas sus decisiones, la realizada por Clinton no contó con el apoyo de todos los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, ya que sólo el Reino Unido lo acompañó con la solución militar.

Clinton tampoco dudó en tomar medidas unilaterales, como los bombardeos en Sudán y Afganistán en respuesta a los atentados en las embajadas de Kenia y de Tanzania.

Asumió el rol de “pacificador” en el conflicto bosnio y en la cuestión haitiana, en la que el general Raúl Cedrás impidió el acceso al poder del Presidente electo, Jean Bertrand Aristide. En el último caso fue un acierto, mientras que en Bosnia mostró lentitud y en Kosovo la decisión de hacerlo sin la ONU lo tiñó negativamente,⁵ cuestión que evidenció el enfrentamiento con su Secretario General, Boutros-Ghali.

Clinton tuvo que enfrentar diversos actos de terrorismo, la mayoría de origen interno, que le permitieron la sanción de la Ley Antite-

⁵ Henry Kissinger señala que el bombardeo de Kosovo mostró las “prioridades emocionales” de Clinton y en cuanto al resultado de su política de bombardeo en Yugoslavia, si bien “tenían razón en oponerse a la limpieza étnica serbia (...) los medios que emplearon eran inadecuados para ese objetivo” (8 de febrero de 2000).

rorista y la Ley de Pena de Muerte Efectiva que reconocieron como delito capital al terrorismo. Restringió la venta de armas, prohibió a grupos radicales realizar eventos para recaudar fondos, dio más poder a las agencias federales, autorizó la expulsión de extranjeros relacionados con actividades terroristas y recomendó normas de seguridad para empresas aéreas.

Como ya hemos señalado, la estrategia contra los oponentes sistémicos consistió en dividirlos en dos: los Estados rebeldes o parias⁶ y los potencialmente compatibles. Los primeros (Irak, Irán, Pakistán, Corea del Norte, etc.) fueron los que poseían tecnologías sensitivas (misilísticas, químicas, biológicas o nucleares) y eran propagadores del terrorismo. Según Richard Cheney, cuando fue Secretario de Defensa de Bush padre, fueron denominados como “enemigos bien armados y dotados a la vez de armas convencionales sofisticadas y químicas y nucleares” (Ramonet, 1999a, p. 35).⁷

Aunque no siempre la desnuclearización siguió ese camino, como en Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán, a los que se les exigió que abandonasen sus arsenales nucleares a manos de Rusia, que resultaba más confiable.

Pero además de los Estados parias encontramos a los oponentes potencialmente compatibles: China y Rusia, naciones que, por su envergadura, recibieron un trato distinto a aquellos.

Al promediar la década de 1990, los rusos ya habían superado la desaparición de la URSS y aceptaron los requerimientos norteamericanos, flexibilizando su doctrina de seguridad nacional.

Sin embargo, en Moscú se percibieron riesgos potenciales ante el avance norteamericano sobre los patios traseros rusos, tanto en Europa Oriental con la expansión de la OTAN, como en Asia Central y el

⁶ En la caracterización de George Bush hijo, estos Estados formaron parte del Eje del Mal.

⁷ El Cercano y Medio Oriente concentró la mayoría de estos Estados parias, cuestión que sirvió para la justificación de la alianza con Israel.

Cáucaso por la explotación petrolífera; y también en el Golfo Pérsico, fundamentalmente a partir de sus actividades petroleras allí.

Los norteamericanos y rusos no tuvieron los mismos intereses en el Cáucaso y Asia Central, ni en la extracción de petróleo ni en su transporte, ya que los primeros favorecieron el marítimo y los segundos, el terrestre.⁸

Rusia, a pesar de sus problemas económicos y sociales, no había dejado de ser una amenaza por la magnitud de su arsenal militar. La inestabilidad socio-económica, la creciente influencia de grupos ultranacionalistas y la posesión de armas con tecnología sensitiva fueron elementos que, combinados, pudieron desequilibrar el escenario mundial.

El deterioro de los sistemas de control sobre su arsenal nuclear, químico y bacteriológico podría llevar al borde del desastre planetario. Las causas de la desintegración y el descontrol por la que atravesaba Rusia, producto directamente de la estrategia implementada para incorporarse a la economía global, manifestó sus características más voraces, generando una situación de frustración.

En el caso de Rusia, a pesar de su declinación relativa, la lenta transición hacia la democracia y el alejamiento de la visión militarista por la expansión de la OTAN, se sumó al consorcio global del G7 en 1998.

Pero ese intento de EE.UU. por sostener su hegemonía también se encontró con el crecimiento de China desde 1990. El desplazamiento de la centralidad en el desarrollo del Lejano Oriente de Japón y sus Tigres por China tuvo sus consecuencias para Washington. Como ya lo mencionamos, la “bifurcación” señalada por Arrighi (Arrighi, 2007, p. 16).

La economía china creció a un ritmo de un 8% anual, pero ello no se reflejó en forma equitativa para todos sus habitantes. Le ocurrió lo

⁸ Muchos de los nuevos países de la ex URSS buscaban salir de la influencia rusa, vinculándose con nuevos socios, ya fuera Estados Unidos o Turquía e Irán.

mismo que a los países subdesarrollados en los noventa: se produjeron índices de crecimiento, pero con fuertes asimetrías internas. Desde el punto de vista interno, el deterioro de los equilibrios regionales hizo necesaria una alianza entre el buró político y los militares chinos para mantener la situación.⁹

En los tiempos de la Posguerra Fría, la política exterior china buscó que su accionar internacional estuviera regido por la formación de un escenario policéntrico (EE.UU., Rusia, Europa, Japón y China), limitando las tendencias hegemónicas de Estados Unidos y la necesidad de asociarse con otras naciones en desarrollo contra un Orden Mundial injusto. (Jiang, 2008, p. 44).¹⁰ Pero este lineamiento combinó elementos estratégicos como los llamados “Cinco Principios de la Coexistencia Pacífica”¹¹ con las recomendaciones de Deng Xiaoping. A medida que fue ascendiendo escalones en el escenario internacional, asistimos a un alejamiento de estos últimos, con una reafirmación de los primeros.

Clinton evaluó: “El comercio con China no producirá de inmediato libertad ni paz, pero la apertura de los mercados chinos puede ejercer influencia en las decisiones que tome ese país en este importante momento de su historia” (Clinton, 28 de septiembre de 2000).

Por ello, fijó su política en cuatro puntos: 1) reorganizar la industria, promulgar leyes y regulaciones, establecer procedimientos formales para arbitrar en las disputas y crear condiciones de igualdad para las empresas extranjeras; 2) seguir impulsando la presencia china

⁹ Sobre todo en la región de Xingjiang, que representa aproximadamente un tercio de su territorio, aunque con poca población (unos 16 millones de habitantes, en su mayoría musulmanes), en su frontera con India, Afganistán y Tadjikistán.

¹⁰ El Grupo Shanghai fue una muestra de ello.

¹¹ Estos principios de 1953 fueron: respeto mutuo por la integridad territorial y soberana de los Estados, pacto mutuo de no agresión, no injerencia en los asuntos internos e igualdad, ventaja mutua de los acuerdos y la coexistencia pacífica (Moncada Durruti, 2011, p. 9).

en regímenes e instituciones internacionales que fijasen normas globales; 3) presionar a China respecto de la transferencia de tecnología peligrosa o de la resolución pacífica de sus diferencias con Taiwán, además de apoyar la lucha interna sobre los derechos humanos; 4) mantener la presencia militar y las alianzas en Asia (Clinton, 28 de septiembre de 2000).

Clinton agregó al discurso de defensa de la democracia y derechos humanos impuesta por los republicanos la cuestión del combate al narcotráfico y el terrorismo. La democracia fue convertida en una mezcla selectiva de defensa de los derechos individuales con la idea de libre mercado para lograr estabilidad y progreso económico de acuerdo con el canon neoliberal vigente.

Ello le valió fuertes críticas por parte de Samuel Huntington, quien le endilgó que no parecía “consciente del cambiante equilibrio de poder entre los Estados Unidos y las sociedades del este asiático” (2005, p. 371). Y que “el pensamiento estadounidense en materia de política exterior adolecía también de una renuencia a abandonar, alterar o, a veces, incluso reconsiderar posturas adoptadas para satisfacer las necesidades de la Guerra Fría” (2005, p. 371). La expansión de la democracia y del mercado debiera ser revisada, ya que presupone “la validez universal de la cultura occidental” (2005, p. 371).

Clinton buscó alentar una economía mundial más abierta, logró la aprobación del NAFTA, enfrentó el “Efecto Tequila”, aceptó incorporar a China dentro de la OMC y asumió el fracaso de la Reunión de Seattle.

En ese sentido, el Grupo de los Siete más Rusia cumplió un rol central. Como señaló Giavanni Arrighi, fue el consejo de administración de los asuntos colectivos de la burguesía mundial (1999, p. 398), que, según Gustave Massiah, “juega un papel activo en la imposición de un credo neoliberal y en su adopción para dirigir la nueva fase de la globalización” fundándose en el Consenso de Washington. Para ello:

el G8 se apoya en las instituciones financieras internacionales –el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial– en las cuales posee el capital mayoritario. Construye, además, de manera perseverante, el marco institucional de la globalización neoliberal, cuyo elemento determinante es la Organización Mundial de Comercio (OMC) (Massiah, 2003, p. 24).

Aunque la conducción de la tríada (Estados Unidos, Europa Occidental y Japón) en este nuevo esbozo global, como apuntó Massiah, no poseía legitimidad para tal tarea:

los dirigentes del G8 fueron elegidos democráticamente para dirigir sus respectivos países, pero nadie les dio mandato para gobernar el planeta, por lo tanto, su pretensión de ocupar ese papel es ilegítima. Por otra parte, la desaparición del G8 no implicaría ninguna nueva desregulación: esa instancia no impidió las guerras y los desórdenes, sino que, al contrario, debilitó el sistema de las Naciones Unidas, ciertamente criticable e imperfecto, pero muchísimo más legítimo (Massiah, 2003, p. 25).

En ese sentido, como apuntaron Antonio Negri y Michel Hardt, este debilitamiento del sistema de naciones tuvo como centro la “flexibilización” de la soberanía, que fue “concebida generalmente como un territorio (real o imaginado) y la relación de ese territorio con el exterior” (Negri y Hardt, 2002, p. 178), y “ha adquirido una nueva forma, compuesta por una serie de organismos nacionales y supranacionales unidos por una lógica de dominio” (2002, p. 14).

Dentro de la “tríada” ampliada (desde mediados de los noventa Rusia, Francia y Alemania, además de China) se tomaron acciones para limitar el poder norteamericano, pero luego de la Guerra contra el Terrorismo, París y Berlín se fueron aproximando a Washington, mientras Moscú y Beijing institucionalizaron primero el Grupo Shanghái y luego los BRICS, con lo que comenzaban a delinear un polo alternativo.

Con la llegada de George Bush hijo a la presidencia de Estados Unidos, este escenario internacional se complicó aún más. La derecha norteamericana intentó imponer una visión sumamente ideologizada del mundo, según la cual esta nación puede gobernarlo sin socios, lo que produjo inicialmente un retorno al aislacionismo.¹² A principios de este siglo la administración republicana vio que los Estados Unidos no tenían socios en el mundo y que sólo intervendrían cuando sus intereses se vieran afectados.

La ofensiva norteamericana sobre los países latinoamericanos, y especialmente sobre los del Mercosur, estuvo concentrada en la promoción del Área de Libre Comercio de las Américas, que era perfectamente coherente con considerar a América Latina como su espacio “exclusivo y natural” para sus inversiones e intereses estratégicos.

Con los europeos, la reticencia estadounidense a ratificar el Protocolo de Kioto sobre recalentamiento global tuvo un origen económico. Estos ya lo habían aceptado, así que se incrementaron sus costos de producción, algo que Bush pareció no estar dispuesto a hacer, aun cuando los Estados Unidos eran el principal emisor de carbono.

China se mostró como el gigante a vencer, ya que su economía crecía a un ritmo importante sin seguir el modelo de “democracia y mercado” impuesto tras la Guerra del Golfo, y sobre todo podía terminar afectando importantes intereses económicos estadounidenses en el Sudeste Asiático, como el transporte de petróleo.¹³

¹² De esta forma fue calificada la política exterior norteamericana en el siglo XIX. Los europeos entendían que esa nación se expandía sobre su espacio “natural”, es decir hacia el oeste, a costa de México fundamentalmente, y hacia el Caribe. Es necesario aclarar que aislacionismo no significa renuncia al escenario que se cree propio, sino la intervención sólo cuando se ven afectados los intereses. Teniendo en cuenta el estado caótico del mundo de la Posguerra Fría, la presencia norteamericana se extendió por todas partes como el aceite. Desde el siglo XX esta tendencia entró en puja con las que sostienen el liderazgo mundial, lo que conformó una política errática.

¹³ Un problema adicional fue la independencia de Taiwán, defendida por los norteamericanos ante una presión militar cada vez más importante de China continental

Pero los temas económicos fueron de la mano de los planteos estratégicos que la administración Bush formuló. La construcción del escudo antimisiles le generó más problemas con sus socios europeos pues le permitió a EE.UU. prescindir de ellos; además, quedarían a merced de los posibles ataques de los Estados bandidos.

El ataque terrorista de Al Qaeda, el 11 de septiembre de 2001, hizo blanco en puntos simbólicos del poder norteamericano: su poderío económico mundial (las Torres Gemelas) y su poderío militar (el Pentágono), aunque falló en el poderío político (la Casa Blanca, el avión presidencial o Camp David).¹⁴ El Presidente Bush prometió una respuesta rápida y efectiva: contaba con poco margen para descartar una acción militar y con esta buscaba fortalecer su imagen.

Y fue esa la oportunidad para que los neoconservadores tomaran el timón de la política externa norteamericana. Estos hechos les servirían, ya que Estados Unidos tenía “el capital moral y el potencial militar suficiente como para poner en orden el caos de la posguerra fría” (Frachon y Vernet, 2006, p. 31).

La mayoría de los países mostraron su solidaridad con los Estados Unidos ante el atentado del 11 de septiembre, aunque los socios europeos se mostraron renuentes a acompañarlo ciegamente. Esta actitud motivó que, de las tres opciones que tenían para responder a la agresión –realizar una operación solos, otra con algunos aliados o utilizar el marco de Naciones Unidas–, los norteamericanos eligieron entre la segunda y la tercera en Afganistán, y la segunda en Irak. Esta actitud no fue extra-

para incorporar esta provincia, segregada de la Nación tras el triunfo de la Revolución de Mao en 1949.

¹⁴ Los aspectos más relevantes de las “pruebas” contra Bin Laden se centraron en los siguientes datos: de los 19 aeropiratas, tres eran miembros de Al Qaeda y uno habría operado en el ataque al USS Cole; el *modus operandi* correspondió exactamente al de los ataques precedentes y los ataques imputables a Al Qaeda se caracterizaron por su total desprecio de la vida de inocentes (Le Monde Diplomatique. Edition International, (13 de octubre de 2001).

ña, ya que la primera no era viable ni efectiva, ya que habría necesitado de cierto apoyo logístico fuera y dentro de la región. Y la tercera acarrea la posibilidad de que Estados Unidos, si bien tendría un consenso general en la acción, estaría limitado por los marcos multilaterales.

En el nuevo milenio, la imposibilidad de convertir esta hegemonía en un orden mundial concreto alentó a los neoconservadores a impulsar una agenda para el logro de tal objetivo:

El peligro presente es que Estados Unidos, el poder hegemónico global del que depende la preservación de la paz internacional y el respeto de los principios democrático-liberales, se desentienda de sus responsabilidades y que –llevado por la despreocupación, la parsimonia o la indiferencia– permita que el orden internacional, que él mismo ha creado y protege, se desmorone (Kagan y Kristol, 27 de noviembre de 2006).

En función de estos lineamientos, se presentó el Proyecto para un Nuevo Siglo Americano por parte de los neoconservadores, que la administración de George W. Bush hijo asumió como propio. Según Arrighi, éste buscaba “establecer el primer imperio auténticamente global de la historia” (2007, p. 15). El desafío fue claramente señalado por Krauthammer:

El futuro de la era unipolar depende de si Norteamérica es gobernada por los que deseen conservar, aumentar y utilizar la unipolaridad para avanzar, no sólo para los norteamericanos, o si América es gobernada por los que deseen terminar con cualquier unipolaridad que permita decaer mientras se retiran de la fortaleza Norteamérica, o pasar a un proceso gradual de transferencia de poder a las instituciones multilaterales como herederas de la hegemonía americana (2002, p. 17).¹⁵

¹⁵ En este contexto, se produjo cierta confluencia en algunos aspectos entre el pensamiento neoconservador y el realista en cuanto a garantizar la hegemonía norteamericana, cuestión que estableció el núcleo duro de su política exterior. Sin embargo,

Pero ese deseo de erigirse en el único actor central del escenario quedó paralizado en los cenagosos terrenos de Afganistán e Irak. Ambos conflictos recibieron respuestas distintas del concierto internacional. En el primer caso existió colaboración multilateral, mediante el Consejo de Seguridad que le otorgó legitimidad, con la OTAN como su instrumento. En el segundo caso no la hubo, lo que obligó a buscarla con las doctrinas Clinton y del “Ataque preventivo”,¹⁶ y una coalición “flexible” para concretarla.¹⁷

El documento “Estrategia de Seguridad Nacional” (2002) recogió muchos de estos instrumentos y caracterizaciones e incorporó la doctrina del “Ataque preventivo” para convertirla en el centro de las estrategias norteamericanas.¹⁸

Apareció claramente la intención norteamericana de transformar el sistema en unipolar, con una sola nación que decide sobre la base de sus intereses dispersos en todo el mundo y cuyos recursos nacionales así se lo permitirían. Pero para pasar de la hegemonía al imperio era necesario determinar cuándo los intereses mundiales estaban en juego o no, de qué lado estaban el bien y el mal, y cómo decidir actuar con el apoyo de la comunidad internacional o sin él, para garantizar esas ventajas logradas tras la caída de la Unión Soviética. En esta situación, los discursos de Fukuyama y de Huntington tuvieron una clara función legitimadora.

difieren en cuanto al sostenimiento del *statu quo*: para el primero fue dinámica y para el segundo, estática (Martínez Montes, 2005, p. 16).

¹⁶ Si bien el ataque preventivo está contemplado por el derecho internacional, en la interpretación de la administración Bush hijo se difiere el concepto de inminencia para justificar cualquier acción internacional.

¹⁷ Aunque luego la convalidó a través de las Resoluciones del Consejo de Seguridad 1.483 (2003) y 1.546 (2004), que le otorgaron a la coalición invasora el rol de potencia ocupante.

¹⁸ Esta doctrina significó un cambio profundo en la interpretación del principio de legítima defensa al sustentar medidas anticipatorias para defenderse, “incluso si hay una falta de certidumbre sobre el momento del tiempo y el lugar del ataque enemigo” (Aguirre, 30 de marzo de 2006).

Los costos de esta ambición deterioraron la economía norteamericana, ya que produjeron un enorme déficit presupuestario que, sumado al comercial, incrementaron su nivel de endeudamiento, que fue financiado por la emisión de bonos de tesoro, comprados generosamente por Beijing hasta la Crisis de 2008.

La divergencia entre la dimensión de su economía y el gasto militar resultó central para entender lo que aconteció. Si a ello le sumamos la virtual desaparición de las inversiones en salud, educación, pensiones, además del crecimiento del endeudamiento privado (por ser la palanca para el estímulo del consumo), notamos que estos hechos pusieron los deseos de Washington frente a una situación social delicada.

Como ejemplo, parte del déficit fue producto del gasto de defensa, el cual llegó a representar un 47% del total mundial en ese rubro, contra un 21% de su producto bruto global en 2003, por ejemplo (SIPRI, 2004).

El sostenimiento de ambos frentes insumió gran cantidad de recursos. En el caso de Afganistán, Washington gastó unos 10 mil millones de dólares al año y en el de Irak consumió unos 400 millones de dólares diarios, pero luego de la crisis iniciada en 2007 ese dinero era más necesario en casa que en las lejanas piezas del rompecabezas político mundial.

La incapacidad para atender varios frentes simultáneos llevó a delegar en las potencias regionales el manejo de otros conflictos de menor relevancia en la agenda. Esta estrategia permitió un mayor protagonismo de ellas en sus áreas de influencia, como en el caso de Sudamérica, donde facilitó la maduración del ciclo progresista. Ello, además, coincidió con la crisis de la hegemonía neoliberal en Latinoamérica, como bien explicó Amado Cervo (2003, pp. 19-20).

Esa crisis de las políticas neoliberales hizo que los actores recipientes del mundo emergente y periférico viraran hacia posiciones que reclamaban un rol más activo del Estado en la economía.

Los conflictos

Aquí haremos un breve *racconto* de los principales conflictos que tuvieron lugar entre el fin del momento unipolar y el inicio de la crisis global de 2008: unos estuvieron anclados en cierta persistencia de lo “viejo” (el yugoslavo), otros tomaron nuevo impulso por la Guerra contra el Terrorismo (el Golfo, Afganistán) y otros se perfilaron como de baja intensidad (el palestino-israelí).

Conflicto yugoslavo: Lo viejo no termina de nacer

Luego de la independencia de Eslovenia y Croacia, el foco del conflicto yugoslavo se corrió, desde abril de 1992, hacia Bosnia. Esta República plurinacional estaba formada por tres nacionalidades con identificaciones religiosas: los bosnios (musulmanes) eran 44%, los croatas (católicos) un 17%, y los serbios (ortodoxos) 31% (Taibo, 1995, p. 155).

Estos últimos reclamaban la integración a Yugoslavia y su supremacía en el gobierno estatal, y propiciaban limpiezas étnicas con acciones combinadas entre el Ejército Federal y las milicias serbobosnias, que se abrieron camino por amplias zonas de Bosnia y sitiaron su capital, Sarajevo.

El sitio generó múltiples pedidos de ayuda internacional y puso sobre el tapete el problema de la barbarie de esta guerra. En ese momento volvió a hacerse presente como un *nuevo crimen de Sarajevo*, como un hecho reciclado del pasado, lo que alejaba las esperanzas de algunos de sepultar la historia por el triunfo del mercado.

En 1994 las potencias europeas y los Estados Unidos pasaron de contener el conflicto a intervenir en él, mediante la creación de la IFOR (Fuerza de Interposición de Naciones Unidas). Ello fue complementado por la ofensiva croata en el norte de Bosnia y los bombardeos de la OTAN que incluyeron incursiones aéreas, luego de los ataques serbiobosnios a las “zonas seguras” determinada por la ONU (Cohen, 2001, pp. 81-102).

Los occidentales presionaron a los serbios para que finalizaran el conflicto, además de fomentar una alianza entre los bosnios y los croatas.¹⁹ En el marco de la Conferencia de Dayton (noviembre de 1995), persiguieron tres objetivos: consolidar la alianza de bosnios y croatas para que tuviesen una posición única frente a los serbios de Bosnia; encaminar la resolución de la disputa serbo-croata sobre Eslovenia oriental y, por último, tratar los asuntos territoriales y políticos. Aquí, las potencias presionaron a los musulmanes y croatas para que aceptaran el acuerdo. Sus desafíos fueron impedir el reinicio del conflicto (a través de la creación de un régimen de control de armas y de un ejército de la federación croata-musulmana para establecer un equilibrio regional); desarrollar un sistema político viable (estableciendo mecanismos de mediación en caso de conflicto) y reinstalar a los refugiados por la guerra (el punto más delicado de la negociación).

La tercera fase de la desintegración de Yugoslavia, que en esos momentos ya estaba reducida a Serbia con sus provincias de Voivodina y Kosovo, y la República de Montenegro,²⁰ tuvo como escenario la provincia cuya capital es Pristina.

En Kosovo había tenido lugar, en el siglo XIV, la Batalla del Valle de los Mirlos, en la que los barones serbios fueron derrotados por los turcos otomanos, hecho que fue tomado como el origen de su nacionalidad.²¹ Hasta el siglo XVIII estuvo poblada mayoritariamente por serbios, pero las persecuciones turcas generaron su migración hacia la provincia húngara de Voivodina e hicieron declinar su presencia en el área en disputa.

En 1913 Serbia recuperó esta región en la Segunda Guerra Balcánica y luego formó parte del Estado yugoslavo posterior a 1918.

¹⁹ Los serbios buscaban eliminar los embargos que los perjudicaban.

²⁰ Más allá de la pérdida de Kosovo, también hubo tensiones en Voivodina y con Montenegro. Este último caso se terminó resolviendo en 2006 con un referéndum, que avaló la independencia de la Federación Yugoslava.

²¹ Precisamente, “Kosovo” en serbio quiere decir “valle de los mirlos”.

Durante la Segunda Guerra Mundial se incorporó al Estado albanés regentado por los fascistas italianos.

Tras el fin de esa guerra, volvió a integrar Yugoslavia, aunque ya muchos albaneses residían allí, y su situación empeoró por la tensa relación entre Albania y el régimen de Tito.

Desde 1968 los albano-kosovares pelearon por ser una república más dentro del Estado Federal y no sólo una región. La negativa a considerarla como república se fundamentó en el hecho de que los serbios la consideran como el lugar originario de su nacionalidad. Como contrapartida, los albaneses se reivindicaban como descendientes de los pueblos ilirios, cuestión negada por los serbios, quienes además sostenían que la primera vez que los cronistas los mencionaron fue en el siglo XI “y que sus orígenes se encuentran más cercanos a Azerbaiyán” (Kacarevic, 1992, p. 514).

A pesar de no lograr su objetivo principal, obtuvieron importantes ventajas políticas con la creación de instituciones representativas y cierta autonomía de gestión económica y cultural, que se reflejaron en la Constitución de 1974. Pero esos avances resultaron insuficientes y la tensión siguió creciendo, lo que provocó que muchos serbios continuaran migrando hacia zonas más seguras, producto de los constantes levantamientos y las posteriores represiones.

La muerte de Tito y el ascenso de los ultranacionalistas serbios encabezados por Slobodan Milosevic avivaron los enfrentamientos. En la primavera de 1981 se produjeron nuevos reclamos para cambiar el estatus de provincia, que fueron ferozmente reprimidos.

Esta represión se intensificó cuando comenzaron nuevamente los disturbios, en 1988. En ese verano los serbios se manifestaron bajo el lema “Kosovo nos pertenece” y en febrero del año siguiente, ante el clima de efervescencia en la provincia, Slobodan Milosevic proclamó el estado de excepción en la región, al cumplirse los 600 años de la Batalla de Kosovo, derogando la autonomía establecida en la Constitución con la disolución del Parlamento local y la prohibición de en-

señar el albanés. Un año después se disolvieron todos los organismos políticos de la provincia.

En septiembre de 1991 se realizó un referéndum clandestino que terminó con la proclamación de una “República de Kosovo”, reconocida en esos momentos únicamente por Albania.²² Al año siguiente fue electo Presidente Ibrahim Rugova, quien impulsó una política marcadamente pacifista y cuya resistencia se concentró en crear una estructura estatal paralela en la que se enseñaban la lengua y la cultura albanesas, actividades que estaban prohibidas por la Federación (Chiclet, 1996, p. 11).

Pero esta política no contuvo a los más jóvenes, que eran objeto de la feroz represión serbia y que llevaron adelante, desde 1996, la creación del Ejército de Liberación de Kosovo (UCK).²³ Era la región más pobre de la ex Yugoslavia: había 118 empleos por cada mil habitantes, contra 259 del resto del país; el desempleo afectaba al 90% de los jóvenes y la región tenía el mayor crecimiento demográfico de Europa: 3,4% (Ramonet, 1999a).

Las acciones clandestinas, tanto de las milicias y los paramilitares serbios, como de la guerrilla kosovar, sumieron a la región en una profunda crisis política.

En febrero de 1998 la ofensiva de las fuerzas serbias en la zona tuvo como objetivo la eliminación de los kosovares para permitir la colonización por parte de los serbios expulsados de Croacia y Bosnia (Joxe, 1998, p. 12). Esta fue la lógica que rigió la depuración étnica, que si bien fue “una práctica extrema de algunos milicianos o de bandas descontroladas constituye la manera de conducir esta guerra” (Potel, 1999, p. 7). O como sostuvo Baudrillard:

²² La población albanesa de Kosovo representa uno de cada dos albaneses que viven fuera de Albania.

²³ Este ejército clandestino se instaló en el norte de Albania y en Macedonia, realizó su entrenamiento en Alemania y fue solventado por los albaneses residentes en Europa Occidental.

en toda Europa los Estados “depuran”, a pesar de que se llenen la boca con la autonomía y los derechos del hombre, todos los Estados europeos en tanto que tales no pueden ser más cómplices fundamentales de Milosevic. Si lo vomitan como su mala conciencia y fingen castigarlos es porque hace demasiado bien el trabajo sucio (4 de mayo de 1999).

Es decir que esta política de depuración étnica fue el extremo de las políticas de exclusión que se operaron en Europa, y no sólo allí.

La represión dio lugar a la intensificación de la acción militar del UCK, que se separó de los planteos de Rugova –limitados a una autonomía dentro de Yugoslavia– e intensificó sus planteos de independencia o de formar la “Gran Albania”.

Tras varios fracasos, los norteamericanos buscaron una solución en la Reunión de Rambouillet, que comenzó en el verano de 1998. Allí, sus negociadores propusieron mantener las fronteras yugoslavas y que a Kosovo se le otorgara una autonomía sustancial con todas las atribuciones de un Estado soberano. Estos puntos fueron la base de la declaración del 15 de enero de 1999 por parte del Grupo de Contacto –Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Francia, Italia y Rusia–, y también la realización de elecciones libres bajo el control de la OCSE; la continuación de los procesos de crímenes contra la humanidad durante la guerra, una amnistía y la liberación de los presos políticos.

Pero al mismo tiempo los norteamericanos habían garantizado a la delegación kosovar la constitución de un protectorado bajo la tutela de la OTAN, lo que fue rechazado por la delegación yugoslava (De la Gorce, 1999, pp. 4-5).

Ese rechazo llevó al inicio de la guerra. Así, la OTAN anunció el 22 de marzo que, frente a la intransigencia de Belgrado y la continuación de la represión, se iniciaban acciones militares.²⁴ Esta acción fue calificada como “humanitaria” invocando el derecho a proteger, ya

²⁴ Rusia rechazó el uso de la fuerza y se ofreció a mediar en el conflicto.

que tuvo como misión terminar con las violaciones sistemáticas a los derechos humanos y garantizar los derechos civiles para los ciudadanos de Kosovo. Y estuvo motivada por

una nueva misión estratégica que la legítima: extender y reforzar la comunidad de naciones democráticas. Entendiendo que la extensión de la democracia supone como condición indispensable la adopción del modelo occidental. Y la sumisión a la hegemonía de Estados Unidos (Ramonet, 1999, p. 1).

Pero además, como sostuvo Jean Baudrillard: “Todo se clarifica cuando uno se da cuenta de que los ataques aéreos están ahí para no intervenir por tierra o para retrasar lo más posible la intervención, hasta cuando todo esté terminado” (4 de mayo de 1999).

Esto puso de manifiesto que la guerra era una disputa estratégica que los europeos fueron incapaces de resolver, y los norteamericanos aprovecharon esa indefinición para marcar su presencia en la región.

Si bien los bombardeos estaban concentrados sobre puntos clave, las 36 mil operaciones durante 78 días destruyeron gran cantidad de blancos civiles (por ejemplo, la Embajada de China en Belgrado y cien hospitales y centros médicos fueron dañados y destruidos).

Esta acción dilataba una solución política e incluso obligaba a un cambio de planes, ya que la OTAN no podía continuar con los bombardeos esperando que Milosevic capitulara. Esto condujo a la búsqueda de un acuerdo negociado que evitara lanzar una ofensiva terrestre (Killebrew, 1999, pp. 40-41).

Si bien los motivos generales de los bombardeos colocaron a la OTAN en una posición difícil, generaron un importante debate sobre las verdaderas razones que habían impulsado la acción. Podemos comprobar que las hipótesis norteamericanas sobre el conflicto no fueron acertadas. Como dice Ramonet, “los bombardeos no producen un levantamiento de la población contra Milosevic. Al contrario, una suerte de unión nacional se está reforzando en razón de un sentimiento

que tienen los ciudadanos de ser víctimas de una masacre colectiva” (Ramonet, 1999b, p. 1).

A pesar de su superioridad, la Alianza Atlántica no pudo garantizar el logro de todos sus objetivos en la victoria, cuestión que le permitió favorecer una solución negociada en la que Rusia tuvo un papel preponderante.²⁵

El Consejo de Seguridad decidió en los primeros días de junio conformar el KFOR –Fuerza de Intervención en Kosovo- y que se procediera a la retirada de las fuerzas serbias, lo que ocurrió de manera desordenada. La OTAN “podría verse obligada a ocupar indefinidamente Kosovo en un clima de violencia y de confrontación permanente” (Hart, 1999, p. 45).

Lo primero para rescatar fue que no se fijaron plazos para las elecciones en Kosovo; lo segundo tuvo que ver con la presencia rusa en la zona y, finalmente, el desarme de los kosovares.

El final de la guerra significó que se revirtiera la tendencia de los refugiados. El mismo día del Acuerdo la población serbia huyó hacia Belgrado por temor a la venganza kosovar,²⁶ con lo que redujo su presencia a unos 50 mil, frente a los 200 mil que habitaban allí, y, por otro lado, los albaneses refugiados ingresaron masivamente al territorio.

El desacuerdo con el desarme de la guerrilla de UCK generó conflicto para los aliados, sobre todo porque las tropas ocupantes fueron insuficientes para efectivizarlo. Y si a esto le sumamos el hecho de que se había instituido en fuerza policial, sobre todo en la zona de control alemán, se inició una serie de acciones contra la población serbia y la situación se volvió por demás compleja.

La inicial formación de un protectorado militar facilitó que a principios de 2008 se declarase la independencia, aunque las tensiones persistieron en la región balcánica.

²⁵ El UCK rechazó este acuerdo entre Rusia y la OTAN.

²⁶ Tras el fin de la guerra se multiplicaron los ataques del UCK contra los serbios.

La interminable guerra en Afganistán y las primeras acciones de Al Qaeda

La retirada soviética a principios de 1989 no significó el fin de la guerra civil, ya que las facciones que enfrentaron a los rusos comenzaron una puja entre ellas, que tuvo una precaria estabilización con la consolidación del poder talibán en 1996:

La victoria de los talibanes fue imputada a una combinación de factores internos y externos, pero sólo explican parcialmente la dinámica de este nuevo tipo de movimiento islamista extremista, surgidos a mediados de los años noventa, producto de la descomposición de la *Yihad* en Afganistán (Kepel, 2000, p. 359).

Pero la *Yihad* protagonizada por Al Qaeda no estaba sólo confinada a ese país, sino que se amplió a otros conflictos en Chechenia, Bosnia, Sudán, entre otros. Por este motivo, la organización terrorista extendió sus campos de entrenamiento de la zona fronteriza entre Afganistán y Pakistán, a Sudán, Somalia y Kenia.

La llegada al poder de los talibanes en 1996 se debió a que se “rompió el equilibrio militar y conquistó rápidamente el sur del país – incluidas las dos provincias productoras de opio, Helmand y Lahakar-gargh– en una marcha imparable hacia Kabul” (Segura, 2001, p. 195).

Con ella se implantó la vigencia de la *sharía*, que “incluía la desaparición de las mujeres de la escena pública y la imposición del *txadri* o de la *burqa*, la obligación estricta de cumplir con los cinco rezos diarios” (Segura, 2001, p. 195). Esto ocasionó la prolongación de la guerra civil, ahora entre facciones islamistas. Unas se agruparon en torno al talibán y otras fueron dirigidas por Mohamed Massud; fue la Alianza del Norte, que controló un 10% del territorio afgano. Además,

en el curso de los años noventa no se reconstruyó en Afganistán la economía regular, sino que se desarrolló una combinación de economía informal y criminal de la que los señores de la guerra y sus secuaces armados extraían sus ingresos. Las economías in-

formales se caracterizan por estructura de poder asimétricas, en las que la amenaza y la utilización de la violencia es posible en todo momento de manera impune, pero las formas rudimentarias de autoorganización comunitaria les ponen límite e impiden que se desencadene una lucha de todos contra todos (Münkler, 2005, p. 124).

Sin embargo, las autoridades norteamericanas no dudaron en calificar a los talibanes como un “desarrollo positivo”, por beneficiar tanto las estrategias del gobierno como a sus empresas.²⁷ Aunque para el especialista francés Olivier Roy, el apoyo norteamericano al islamismo radical afgano y pakistaní fue en respuesta a los atentados suicidas perpetrados en el Líbano por las organizaciones chiitas en los ochenta, “volviendo al radicalismo islámico contra el comunismo, y secundariamente contra el chiismo iraní” (Segura, 2001, p. 202).

Externamente, el triunfo talibán significó para algunos países ganar en influencia regional –como Pakistán– y que otros perdieran –como Rusia, Irán e India–. Moscú intentó volver a ejercerla, aunque muchas de las ex Repúblicas Soviéticas apoyaron la construcción de oleoductos entre ellas y que se orientan hacia el Índico, como Uzbekistán y Turkmenistán.²⁸

En este tramado regional no hay que olvidar el conflicto entre India y Pakistán por Cachemira. Éste desnudó una compleja trama de intereses locales y globales que potenciaron a estos dos países para acceder a las tecnologías sensitivas. Cuando alcanzaron estos objetivos,

²⁷ Continuaron con la construcción del estratégico gasoducto entre Turkmenistán-Pakistán, que permitiría la salida de ese recurso natural por el Índico, y desplazaron de la obra al consorcio argentino Bidas por uno norteamericano, Unocal, que finalmente la abandonó, por el cambio de la situación política, en manos de Delta Oil, de capitales sauditas.

²⁸ En otros casos, como en Tayikistán, las tropas de la Federación Rusa custodiaban las fronteras con Afganistán e intervinieron en la guerra civil que dividió a los sectores favorables a Moscú y los pro musulmanes.

hacia 1998, el G8 primero protestó, pero luego existió una aceptación del ingreso al club nuclear.²⁹

Tras unos años de estadía en Sudán, en 1996 Osama Bin Laden regresó a Afganistán. Generó en esos años una importantísima diversificación de sus negocios familiares, legales e ilegales, como el cultivo del opio, que le permitió no sólo financiar al régimen afgano sino también un sinnúmero de luchas que los pueblos islámicos libraban en el mundo, como en Kosovo, Chechenia, el norte de África, etc. (Gaetner, Nouzille y Pasquier, 27 de septiembre de 2001).

Allí se afirmó la estrecha e interdependiente alianza entre Al Qaeda y el gobierno talibán. En este período la organización terrorista se atribuyó los ataques en Somalia (octubre de 1993) y a las Embajadas norteamericanas en Kenia y Tanzania (agosto de 1998), que merecieron como respuestas bombardeos norteamericanos y el ataque al USS Cole (octubre de 2000).

El nuevo asilo de Bin Laden, el aumento en la producción de opio y la caída de su imagen internacional por la aplicación estricta de la *sharía* fue alejando al gobierno talibán de sus antiguos progenitores (Ramonet, 1999a, p. 331).

El lanzamiento de la Guerra contra el Terrorismo en Afganistán tuvo como primer objetivo la eliminación de Bin Laden y su organización terrorista Al Qaeda, como también de aquellos gobiernos que los protegerían, como el mismo gobierno afgano,³⁰ aunque por otros motivos algunos asesores sugirieron extenderla a Irak. “Existían varios otros intereses subyacentes en la zona, principalmente intereses petroleros, incluidos por la importancia geoestratégica de la región, el

²⁹ Clinton intentó mediar en esta escalada nuclear entre Nueva Delhi e Islamabad.

³⁰ Bien recordó Jean Paul Perrin las palabras de Lord Curzon a principios del siglo XX: “Turkestán, Afganistán, Transcaucásica, Persia: para muchos tales nombres evocan únicamente un misterio lejano, el regalo de aventuras extrañas (...). Pero para mí, lo reconozco, allí se mueven las piezas de un tablero sobre el cual se disputa la dominación del mundo” (16 de octubre de 2001).

deseo de estabilizar la región conteniendo la expansión del fundamentalismo islámico” (Manzano, 2007, p. 276).

Estados Unidos y sus aliados intervinieron bajo el mandato de la ONU y operativamente la OTAN fue el instrumento de la ISAF (siglas en inglés de Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad).³¹ Con esta operación militar, iniciada el 7 de octubre de 2001, y

llamada “Libertad Duradera”, comenzó el ataque armado contra Afganistán. Esta operación fue llevada a cabo en coordinación con una ofensiva terrestre de la Alianza del Norte, pese a que días antes de los ataques del 9.11 había sufrido el asesinato de su comandante militar Shah Massud (Manzano, 2007, p. 275).

En la región encontraron socios importantes, que les dieron bases militares de apoyo. Uno fue el régimen pakistaní, deseoso de incrementar su influencia sobre Afganistán y lograr así desequilibrar su conflicto con la India por Cachemira.³² Ante la impopularidad de la represalia norteamericana en Pakistán, el gobierno alentaba incidentes en Cachemira para mantener unida a su población.

Pero la situación de los diversos Estados de la región fue delicada ya que el ataque norteamericano agudizó la división existente entre los gobiernos y sus pueblos. Mientras los primeros vieron a Bin Laden como un peligro para su estabilidad y permanencia en el poder, las masas musulmanas lo vislumbraron como un justiciero y posible conductor hacia una nueva época de gloria.

Hemos señalado que los militantes de Al Qaeda eran internacionalistas y desterritorializados, pero esta caracterización comenzó a ceder con la aparición de la idea de constituir un Califato, una reedición del de Pamir.³³

³¹ Esta fue la muestra más palpable de la redefinición de los objetivos de la Organización Atlántica; producto de ello, terminó operando en Asia Central.

³² El otro fue Uzbekistán, que quería salir de la influencia política y económica de Moscú.

³³ Este califato existió en la Edad Media y se extendía por toda Asia Central

Esta sospecha reforzó el acompañamiento de la Federación Rusa y China a los norteamericanos en la Guerra contra el Terrorismo, pues veían en aquella hipótesis un peligro para el equilibrio regional y global, aunque con recaudos e incluso resignificándola, como ocurrió con Chechenia o Xijiang.

Mientras los Estados Unidos realizaban una guerra sobre un espacio específico, Al Qaeda diversificaba sus acciones en varios países de Occidente. Como señala Bishara, el nuevo enemigo “no puede ser vencido por la fuerza bruta, y menos aún por una tecnología sin proyecto político que siempre es inferior al poder de la cultura y de la identidad” (2001, p. 7).

La campaña permitió temporalmente desarraigar a Al Qaeda y establecer una autoridad de transición, bajo la presidencia de Hamid Karzai —el preferido por Estados Unidos—. Éste buscó ejercer su autoridad por encima de los poderosos señores de la guerra, siguiendo las pautas de los Acuerdos de Bonn, y convocó a una *Loya Jirga* que lo ratificó en el poder.³⁴

En diciembre de 2003 se eligió una nueva asamblea, que sancionó una constitución presidencialista con un fuerte control parlamentario y un poder judicial independiente que proclamó la República Islámica de Afganistán. Aunque Karzai fue ratificado desde 2004 como Presidente, en la primavera boreal de 2006 los talibanes iniciaron una ofensiva, para la cual recibieron reclutas no sólo pakistaníes sino también de Asia Central (Uzbekistán, Turkmenistán y Chechenia), de los países árabes y Turquía y de Cachemira.

Las tropas extranjeras pasaron por serios inconvenientes, como la suspensión del tratado con Uzbekistán por el uso de un aeropuerto para la provisión desde el norte y la relajación de la frontera con Pakistán, a partir de la suba del conflicto con la India por Cachemira.

desde la región china de Xinjiang hasta las costas del Mar Negro.

³⁴ Era una antigua institución en la que estaban representadas todas las tribus afganas mediante sus jefes tribales, que generalmente eran los grandes terratenientes de sus zonas en los tiempos de la monarquía.

El Golfo Pérsico y el orden de la Posguerra Fría

Como indicamos, hubo marcadas diferencias entre la operación “Tormenta del Desierto” de 1990-1991, cuando los norteamericanos parecían emerger como única potencia a finales de la Guerra Fría, y la realizada por Clinton, llamada “Zorro del Desierto” en 1998, que no contó con el apoyo de todos los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, pues sólo el Reino Unido los acompañó.³⁵

La decisión de prohibir a las empresas norteamericanas que operasen con el régimen de Bagdad llevó a que el lugar fuese ocupado por empresas francesas, rusas y chinas que explicaban el cambio de posición.

Pero el Irak de Saddam Hussein fue incorporado a los objetivos de la Guerra contra el Terrorismo. Para los neoconservadores como William Kristol y Lawrence Kaplan, Irak representaba el *test* desafío de la Posguerra Fría, ya que “no era un momento de apaciguamiento ideológico; había nuevas amenazas, concentradas especialmente en Oriente Próximo y entre ellas, el islam radical” (Frachon y Vernet, 2006, p. 23).³⁶

Para los neoconservadores del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, Irak se convirtió en más peligroso y criticaron las políticas de Washington, que llamaban a los kurdos y a los chiitas “a rebelarse contra Sadam Hussein, para después dejar que les masacraran las últimas tropas de elite del tirano sin que Estados Unidos hiciera ni un gesto para impedirlo” (Frachon y Vernet, 2006, p. 15).

En los noventa, William Kristol y Robert Kagan fundaron la revista *The Weekly Standard* con el objetivo de difundir sus ideas. Estas

³⁵ Esta acción fue limitada, ya que consistió en bombardeos selectivos contra blancos limitados, con el objetivo de debilitar el gobierno de Hussein.

³⁶ Por su parte, los autores realistas, como Stephen Walt por ejemplo, fueron críticos de estas políticas, como de todas las emprendidas por Estados Unidos desde los años noventa, por seguir cierto espíritu de cruzada y desconocer si respondían al interés nacional (2018).

consistieron en plantear una hegemonía benévola que debía socavar a dictaduras e ideologías hostiles, sobre la base de los principios democráticos liberales (Kepel, 2004, p. 73).

Por ello, uno de los tres argumentos esgrimidos por la administración norteamericana para iniciar la “liberación” iraquí fue la necesidad de democratización de Irak, junto a la vinculación entre Hussein y Al Qaeda y la posesión de armas químicas, biológicas y nucleares.

La necesidad de un cambio de régimen fue la última argumentación de la Coalición del Bien –encabezada por Estados Unidos y secundada principalmente por Gran Bretaña y España–. El mundo árabe se mantuvo al margen de la ola democratizadora que llegó a diversas áreas del mundo, como América Latina o Europa Oriental.³⁷ Es cierto que Hussein fue un dictador de la peor calaña, pero no lo era menos que varios de los socios de esta coalición.³⁸

La idea de cambio de régimen en Afganistán e Irak fue esgrimida como la mejor garantía para la seguridad de Estados Unidos, aunque su alcance fue más modesto, y se redujo a formalidades y no a producir un cambio de modo de vida (Fukuyama, 2007, pp. 41-42).

Las supuestas vinculaciones entre el régimen baasista iraquí y la red fundamentalista islámica no tuvieron asidero, ya que representaban proyectos políticos sustancialmente distintos, y en algún punto irreconciliables. Mientras uno era laico y panarabista, el otro era profundamente religioso y universalista. Incluso se podría afirmar que Saddam Hussein dista mucho de ser el prototipo de líder devoto que pretendería Osama Bin Laden.

³⁷ Esta situación lleva a algunos autores, como Samuel Huntington (2005), a creer que en el mundo islámico es imposible que la democracia se establezca.

³⁸ Como ha señalado acertadamente Atilio Borón, en todas estas acciones existió un doble *standard*: “un patrón es el que utiliza para evaluar la soberanía de los amigos y aliados de los Estados Unidos; otro, bien diferente, es el que usa para juzgar la de (...) los enemigos” (2002, p. 86).

Finalmente, la posesión de armas de destrucción masiva fue otra de las justificaciones de esta nueva cruzada. Aquí se observó el carácter fuertemente asimétrico de la aplicación de normas internacionales. Mientras Irak fue objeto de sanciones, los mismos Estados Unidos, e incluso regímenes afines, como el paquistaní, no fueron interpelados por su posesión de armas devastadoras. Si bien el régimen iraquí fue renuente a aceptar el desarme, no es menos cierto que a partir de la Resolución 1.441 del Consejo de Seguridad, sumada a una extensa presión internacional, empezó a recorrer ese camino. Lo extraño de esta situación es la insistencia norteamericana, que no quiso percibir este progreso, lo que terminó en un enfrentamiento muy visible y marcado con el cuerpo de inspectores de Naciones Unidas en Bagdad, no sólo por los medios de difusión, sino también en el seno mismo del Consejo de Seguridad.³⁹

Los tres argumentos no fueron plenamente convincentes y escondieron otros designios. La lógica del manejo y producción de hidrocarburos fue una argumentación poderosa pero también insuficiente. Ayuda a explicar algunos de los motivos norteamericanos e incluso de quienes se oponían como Francia y Rusia. Pero en realidad lo que aparece es otra cosa: cómo se definirían de allí en más los asuntos mundiales.

El gobierno de George W. Bush interpretó que el vencimiento de los plazos de la Resolución 1.441 lo autorizaba a instrumentar el uso de la fuerza haciendo uso de la Doctrina Clinton, la de ataque preventivo, y ejecutó un instrumento militar siguiendo los consejos de Richard Hass, quien era su Director de Planeamiento del Departamento de Defensa.

La resistencia europea a acompañar una nueva resolución que autorizase la intervención fue duramente criticada por los neocon-

³⁹ Incluso, una vez concluido el conflicto, se comprobó la inexistencia de dichos arsenales.

servadores, como se observó en el libro de Robert Kagan *Poder y debilidad* (2003).⁴⁰

Una vez producida la intervención, Estados Unidos logró su convalidación mediante la consideración de “potencia ocupante” en Irak, en la Resolución 1.483, lo que marcó un cambio del organismo.

La intervención desató en el territorio iraquí dos conflictos simultáneos: uno contra la coalición liderada por Estados Unidos y otro entre las facciones religiosas que se encontraban en el país: los chiitas —el 60% de la población— y los sunnitas —un 30%—; estos últimos habían controlado el país desde la independencia.⁴¹

Si bien para marzo de 2003 el Presidente Bush declaró el fin de la guerra, no se detuvo la espiral de violencia, lo que permitió la maduración de un nuevo tipo de combatiente que amalgamaba a antiguos miembros de la Guardia Republicana de Hussein y a yihadistas.⁴²

La instalación de un nuevo gobierno, encabezado por Nur al Maliki desde 2006, no redundó en una estabilización de la situación política, ya que era demasiado débil para sostenerse por sí mismo.

La guerra de baja intensidad entre los palestinos e israelíes

Aunque el proceso de negociación se inició auspiciosamente con la Conferencia de Madrid de 1991, que se abrió paso dos años después a la de Oslo, en la cual se logró el reconocimiento recíproco de ambas partes y la definición de un Estatuto permanente para Palestina, luego de unos años el proceso se estancó, producto de las diferentes ópticas con que se enfrentaron aquellos acuerdos. Para Kissinger, ello se fundaba en la existencia de un abismo en la concepción de nación: “Los

⁴⁰ Después de estos sucesos, los europeos occidentales fueron reorientando su posición hacia un alineamiento con Estados Unidos.

⁴¹ En este juego también intervinieron Arabia Saudita a favor de los sunnitas e Irán de los chiitas, como parte de la *fitna*.

⁴² Saddam Hussein, que había huido de Bagdad con el avance norteamericano, fue capturado en Tikrit en diciembre de 2003 y ejecutado a finales de 2006.

líderes israelíes y estadounidenses aplicaban los conceptos de democracia liberal del siglo XX; pero los palestinos viven de acuerdo con convicciones más comparables a las de Europa durante los conflictos religiosos del siglo XVII (Kissinger, 11 de diciembre de 2000).

En realidad, los motivos estuvieron más cercanos a las afirmaciones de Edward Said, quien señaló que era necesario ver el fracaso de esta negociación no en los términos de nación utilizados en los acuerdos sino en el escaso apuntalamiento en la constitución de ciudadanía (individuos con plenos derechos políticos y civiles), y en que se privilegió un nacionalismo territorial (Ramonet, 1999a, p. 86).

Las principales lecciones de este fracaso fueron: 1) Las partes no estuvieron preparadas para un acuerdo; 2) continuaron los problemas de coexistencia; 3) el problema territorial debería arreglarse independientemente de otros; 4) debería observarse la cuestión de que Palestina fuese económicamente viable; 5) Estados Unidos debería rever la forma en que se involucraba “en las minucias de las negociaciones y no estuvo bastante atento a los objetivos globales” (Kissinger, 11 de diciembre de 2000).

Con el proceso iniciado en Oslo, la Autoridad Nacional Palestina ganó nuevos derechos y responsabilidades, pero el asesinato del Primer Ministro Rabin llevó a incrementar nuevamente la tensión y a revisar los acuerdos básicos del Proceso de Paz en 1996; además, muchos Estados árabes revisaron su participación y se detuvo la normalización de relaciones con Israel.

El Premier israelí Netanyahu tuvo responsabilidad en el retraso de la negociación,⁴³ entorpecéndolas y dando lugar a los grupos islámicos radicalizados para iniciar una nueva Intifada que debilitaba el poder negociador de Arafat. Después de una salida con el Acuerdo de Hebrón en 1998, este proceso se detuvo por la actividad militar israel-

⁴³ Israel sólo entregó el 2,7% del territorio en 5 años y se negó a entregar el 13,1% suplementario que exigía Clinton.

lí, que causó una ruptura de las conversaciones. Tel Aviv acusó a los palestinos de no haber detenido el terrorismo. Tras ocho años de los Acuerdos de Oslo, el gobierno israelí –elegido en mayo de 1999– se enfrentó con la necesidad de reiniciarlos con los palestinos y sirios para encontrar soluciones a los problemas irresueltos por el gobierno de Netanyahu.

Otra cuestión que entorpeció la negociación fue el paulatino alejamiento de Estados Unidos a causa de la presión del *lobby* judío y las elecciones presidenciales.⁴⁴ Sin embargo, en el Acuerdo de Camp David del año 2000 la OLP aceptó convertirse en un mini-Estado con la constitución de la Autoridad Nacional Palestina, pero al mismo tiempo aumentó el número de asentamientos de colonos judíos.

El abandono a su suerte del Proceso de Paz iniciado en Oslo entre palestinos e israelíes, el apoyo irrestricto de la administración Bush a las políticas policiales de estos últimos contra los primeros y la actitud de retirada norteamericana de la Reunión de Durban contra el racismo en apoyo a Tel Aviv fueron todos elementos que acentuaron la percepción árabe de la satanización de los norteamericanos.

Los otros conflictos

El debilitamiento de los Estados-Nación fue la fuente para la proliferación de choques armados, sobre todo en **África Subsahariana**. La proliferación de complejos conflictos en África llevó a la necesidad de incluir en los procesos de paz una perspectiva regional, como en África Central –la zona con mayores conflictos en el mundo en 1998–. Dos años después, en el 2000, África y Asia concentraban la mayoría de los conflictos.

Tomemos como ejemplo de los conflictos en África la Guerra en la República Democrática del Congo. Desde 1998 involucró a fuerzas armadas de nueve Estados y por lo menos nueve grupos rebeldes. Las

⁴⁴ El *lobby* israelí-norteamericano presionó contra el acuerdo, a pesar que el 89% de los judíos de ese país apoyaban la negociación (Ramonet, 1999a, p. 79).

principales partes en conflicto firmaron un acuerdo de paz en 1999 pero su aplicación fue dudosa. El curso de esta guerra y su resultado influyó en la estabilidad política y el desarrollo económico a lo largo de África Central y del Sur durante los años venideros.

Tras los atentados del 11 de septiembre, las intervenciones norteamericanas, persiguiendo a posibles células de Al Qaeda y a las organizaciones fundamentalistas islámicas en la región, tuvieron su centro en Sudán y Somalia.⁴⁵ Esto produjo una presión extrema sobre las partes enfrentadas en ambos conflictos para buscar una salida negociada. En la primera, a pesar de las presiones diplomáticas y militares, y la ayuda extranjera humanitaria, que jugaron un gran papel en el cambio de la dinámica de los grupos en conflictos, no se logró la estabilización. El cansancio por la guerra y la falta de incentivos financieros fueron razones importantes para terminar con la guerra en Sudán, aunque las matanzas continuaron.⁴⁶

En Asia, además de los conflictos en su zona central, ya descritos, hubo un alto número de otros, a pesar de la intermitencia de algunos, como el indo-pakistaní por Cachemira. Este llegó en 1998 a su punto de máxima tensión con las pruebas atómicas dirigidas por ambos países, que elevaron el riesgo no sólo de una guerra sino también de un enfrenamiento nuclear en Asia del Sur.⁴⁷

Las tensiones entre Corea del Norte y del Sur y entre China Popular y Taiwán presentaron diversos altibajos durante el período. Mientras, en noviembre de 1999 Japón y Rusia iniciaron conversaciones

⁴⁵ La mayor volatilidad de los conflictos intraestatales se manifestó en 2003 en Burundi, Costa de Marfil y Liberia.

⁴⁶ Hubo un proceso de fragmentación que concluyó con la creación de Sudán del Sur, primero como Región Autónoma en 2005 y luego como Nación independiente desde 2011.

⁴⁷ En este caso, si bien hubo protestas por parte del Grupo de los Siete más Rusia, finalmente aceptaron su ingreso al club nuclear; no fue así para otros, como Irán y Corea del Norte.

para firmar un tratado de paz que eliminase sus tensiones limítrofes en el Pacífico. La volatilidad de conflictos intraestatales en 2003 mostró una alta intensidad, como ocurrió en Indonesia y en Filipinas.

El fin de la URSS dejó un espacio vacío en su antigua área de influencia y expuso a muchas de las nuevas repúblicas independiente a ancestrales disputas. Fue el caso de las separatistas en Azerbaiyán (por Nagorno Karabaj) y Georgia (por Abjasia y Osetia del Sur), o la Guerra Civil en Tayikistán (entre sectores rusófonos y musulmanes).⁴⁸

El primer conflicto armado en Chechenia (1994-1996) fue el más desestabilizante. El inicio de este suceso marcó una nueva búsqueda de su antigua influencia regional. Conjuntamente con el fin de esta parte de la guerra ruso-chechena, el fin de las hostilidades propagó la tranquilidad a Trans-Dniéster y Osetia del Sur. Ocho Estados o regiones de la ex URSS eran las mayores áreas de conflicto o tensión en 1994.

Hubo preocupación creciente en Rusia por su papel en el espacio de la ex Unión Soviética, particularmente en las zonas ricas en petróleo y gas de Asia Central. La situación de seguridad en la zona del Mar Caspio tenía el potencial para volverse otra zona caliente de la política mundial debido a la competencia por esos recursos naturales, y el consiguiente involucramiento de otros países (Estados Unidos, principalmente) en los asuntos regionales caspios y sus conflictos locales en las áreas vitales para el transporte del petróleo y gas. En este marco, Rusia intentó recuperar terreno en Asia Central, enfatizando el concepto de seguridad colectiva; bajo el manto de la Comunidad de Estados Independientes, continuó con su influencia en esa zona.

La resolución de Rusia de luchar nuevamente contra la amenaza del separatismo checheno en 1999, ampliamente apoyada por la opinión pública rusa, produjo el inicio de una prologada guerra que causó

⁴⁸ Si bien los dos primeros entraron en un punto muerto hacia 1994, el último continuó hasta 1996.

graves problemas: la proliferación del terrorismo, el tráfico de drogas y los refugiados.

En la Rusia de Putin se desarrolló una estrategia que trató de conservar las limitadas energías para el crecimiento interno, sin desconocer la naturaleza común de muchas amenazas globales. Pero estas políticas sufrieron algunos costos en 2002: la aceptación parcial del escudo defensivo antimisiles planeado por Estados Unidos y la de la ampliación de la OTAN y la instalación de bases norteamericanas en Asia Central y el Mar Caspio. Pero a cambio, Rusia se ocupó de su principal conflicto interno, el de Chechenia, donde impuso un orden militar y lejos de una solución política, sobre todo después de varias tomas de rehenes que resultaron costosas en vidas y las amenazas en la frontera con Georgia.

Capítulo 9

Crisis mundial de 2008: El infierno va a estar abrasador

La relación entre las crisis económicas y el orden mundial podemos rastrearla en la historia contemporánea desde la de 1873 por lo menos, cuando motivó la era imperial europea, y a su vez la Primera Guerra Mundial. La Crisis de 1929 generó las condiciones para el ascenso del nazismo en Alemania, y con él la ruptura del Orden de Versalles y la Segunda Guerra Mundial. Y la de 1973 impactó en el recrudescimiento de la Guerra Fría y la extensión del neoliberalismo, y agudizó las contradicciones internas que llevaron al colapso de la Unión Soviética y con ello al fin del mundo bipolar.

Cada uno de estos caos sistémicos le permitieron a los Estados Unidos avanzar en la escena mundial, y convertirse, desde mediados del siglo pasado, en la principal potencia planetaria.

Pero además de ello, desde 1970 se promovió un modelo capitalista neoliberal caracterizado por “el predominio de la economía de mercado, la desregulación de la actividad económica de los flujos internacionales de capital, el disciplinamiento de la fuerza laboral, el desmantelamiento del Estado de Bienestar y el sobredimensionamiento de la esfera financiera” (Rapoport y Brenta, 2010, pp. 40-41).

Ello fue posible gracias a cuatro mutaciones que sucedieron respecto de la Edad Dorada (Le Monde Diplomatique, 2012):

1. Existió un aumento tendencial de la tasa de ganancia: El Estado de Bienestar no la aseguraba; por ello, cayó desde fines de los

sesenta hasta principios de los ochenta. El giro neoliberal permitió asegurarla, pero fue a su vez fuente de más inestabilidad cíclica (Stiglitz, 2010).

2. Financiarización de la economía: La libertad de movimiento financiero a escala global permitió el crecimiento de las cotizaciones bursátiles y un aumento de la participación de los activos financieros globales, que disminuyeron el peso de los salarios en las rentas nacionales (compensando con una ampliación de la financiación para garantizar el acceso al consumo).
3. Deslocalización del trabajo: La globalización convirtió la lucha por el trabajo en todo el mundo, lo que produjo una caída del salario.¹ Se debe a dos factores: la captación de inversión productiva por medios financieros y el financiamiento de parte del déficit norteamericano por parte de los países emergentes.
4. Efecto búmeran de la globalización: En 1990 los BRIC representaron un 7,5% del PBI global y en 2010 pasaron a un 17,7%. En 1990, los países desarrollados representaban el 70% del comercio mundial, frente a un 50% de 2010. Desde 1980, el intercambio de bienes industriales creció unas cinco veces y estuvo concentrado en quince países que representaban el 85% (la mitad corresponde a China, Estados Unidos y Japón).²

La sustitución del Orden de Bretton Woods, que reposaba en los patrones fijos de monedas y de tasas de interés, fue reemplazado por otros patrones flexibles, con la cotización flotante para el dólar y con el valor de los préstamos de dinero.

¹ El abandono del fordismo por un esquema reticular facilitó la deslocalización, que fue funcional al modelo reaganiano, aún vigente, ya que se asentó en la búsqueda de manufacturas accesibles y en el uso del ahorro (cada vez menor) y del endeudamiento (cada vez mayor) para garantizar su consumo.

² La búsqueda de mano de obra intensiva y barata provocó el traslado de la productividad industrial de los países desarrollados a los emergentes.

El camino hacia la crisis en el mundo desarrollado: El progresismo del *statu quo*

Como resultado de las crisis de fines de los ochenta y principios de los noventa, desde 1991 se ingresó en una recesión. Para ello se profundizaron las reformas neoliberales de “segundo aliento”,³ como en el caso de los Estados Unidos bajo la conducción de Bill Clinton, quien, preocupado por la caída del crecimiento económico y el aumento constante del desempleo, amplió las políticas desregulatorias⁴ y planteó una reducción del déficit ante el crecimiento de la deuda pública.⁵

Este giro hacia el neoliberalismo de los demócratas norteamericanos, y también de la socialdemocracia europea, obligó a sus teóricos afines, como Anthony Giddens, a buscar nuevos caminos conceptuales y programáticos. La “Tercera Vía” (1998) nació como una propuesta política para el pensamiento socialdemócrata en esos tiempos de globalización. Surgió del contraste entre sus postulados de la inmediata posguerra (identificados como “vieja izquierda”) y las propuestas de la nueva derecha de fines de los setenta y ochenta, lo que le permitió esbozar un replanteo para la acción política.

La globalización fue concebida por Giddens como una compleja serie de procesos impulsados por una amalgama de factores políticos y económicos que transformaron las instituciones. En un mismo sentido apuntó Hugo Fazio Vengoa cuando señaló que la globalización,

si bien en sus orígenes fue un proceso básicamente estimulado por el desarrollo económico y las nuevas condiciones tecnológicas, constituye una interrelación de diferentes ámbitos que van desde

³ Fueron llamadas así por la ampliación de temas del Consenso de Washington original.

⁴ Estas reformas fueron calificadas como “imprudentes” por sus efectos nocivos sobre la economía, incluso por parte de neoliberales como Niall Ferguson (2009, p. 27).

⁵ Todas las economías siguieron ese camino de endeudamiento, que no estuvo limitado al sector público, sino que también se extendió al privado.

la economía y los nuevos circuitos comunicacionales, pasando por la política, la cultura y la ideología. La globalización, sin embargo, no borra las diferencias nacionales y regionales, sino que se articula entre ellas (1999, p. 36).

Los valores proclamados por la vieja izquierda habían sido la promoción de la igualdad de oportunidades, la protección de los débiles, la libertad como autonomía, los derechos sentados sobre la responsabilidad, entre otros. El desafío de la socialdemocracia fue cómo adaptar sus nuevas propuestas para diferenciarse de la nueva derecha, que pedía el fin del Estado de Bienestar.

Así lo hicieron los primeros ministros del Reino Unido, Holanda, Suecia y el canciller alemán, todos de orientación socialdemócrata, en “El Manifiesto Progresista”. Fijaron allí tres puntos básicos: ampliar el círculo de los beneficiarios de la “*new economy*”; reforzar la sociedad civil y comprometerse a un nuevo pacto social internacional (Blair, Kok, Persson y Schroeder, 19 de septiembre de 2000).⁶

El triunfo de la economía de mercado significó el abandono de los mecanismos por los cuales se introducían las correcciones a las distorsiones que aquel proporcionaba. Este triunfo no se limitó a la escena nacional, sino que tuvo repercusiones internacionales, ya que las finanzas, con ayuda de las nuevas tecnologías, funcionan constantemente las 24 horas del día y producen unas vorágines de especulación financiera ilimitada. Aunque los neoliberales sostuvieron que “el libre movimiento de capitales y bienes produce una distribución más eficiente de los recursos y posibilita una mayor cooperación internacional como resultado de la interdependencia que existe entre los Estados y los pueblos” (Fazio Vengoa, 1999, p. 86).

La apuesta de la “Tercera Vía” fue la reformulación de la propuesta programática socialdemócrata a partir del fortalecimiento de la

⁶ Como lo ha señalado recientemente Joseph Stiglitz, “a veces parecía que el partido [demócrata] estaba más interesado en obtener el apoyo de los que viven de la renta del capital que el de los que viven del salario” (28 de octubre de 2018).

Sociedad Civil más que el del Estado, para transferir a aquella el rol de instrumento de moderación de las “inclemencias” del mercado. Ese acento significó la desvalorización del accionar estatal y su transferencia a controles colectivos y democráticos.

La sucesión de crisis hasta el *crack* de las *subprimes*

Desde 1973 hasta 2008, según Stiglitz, hubo 124 crisis (Stiglitz, 2010), que fueron generadas por diversas formas de burbujas especulativas, como las de Internet, la inmobiliaria o la de los precios de materias primas. Afectaron la economía real y generaron restricciones al consumo, aunque “no fueron globales sino geográficas y sectoriales”, con caídas en la producción de bienes y expansión del sector informático, financiero y de las comunicaciones (Rapoport y Brenta, 2010, p. 56).

Esta sucesión de *cracks* por la implantación del modelo neoliberal a través del Consenso de Washington tuvo como consecuencia que el crecimiento fuera sensiblemente menor a los 30 años previos de la crisis petrolera, cuando rondó un 2,8% anual, frente a un 1,8% desde los setenta hasta la crisis de las *subprimes* (Lowenstein, 2016, p. 19).

Pero el mundo no sólo creció menos, sino que también fue más desigual. En 1960 la renta promedio *per cápita* de los países de mayores ingresos era unas 30 veces mayor a la de los más pobres; en 2007, esa distancia pasó a 90 veces (Rapoport y Brenta, 2010, p. 60). En 2007, el 20% más rico de la humanidad disfrutaba de casi el 83% del ingreso global total, en comparación con el 20% más pobre, que tenía exactamente un único punto porcentual bajo el modelo de contabilidad global. Y lo que fue quizá más llamativo: el 40% más pobre de la población global aumentó su proporción del ingreso total en menos de un 1% entre 1990 y 2007 (Piketty, 2014).

Se construyó un mundo con fuertes contrastes: la abundancia de bienes de unos contrastaba con un crecimiento constante de la pobreza de alrededor del 2% anual (PNUD, 2004). Según algunos cálculos,

bastaría para cubrir las necesidades sanitarias y nutricionales del Tercer Mundo con utilizar el dinero que en EE.UU. y Europa Occidental se gasta en perfumería o en compras de helados (Ramonet, 1999a).⁷ Incluso donde se produjo crecimiento, éste tuvo como característica que la mitad de la población más pobre tendría menos expectativas de logros económicos que sus padres (Chomsky, 2002).

La fusión de empresas locales con el capital transnacional aumentó la debilidad de los Estados periféricos. En la primera década de la Posguerra Fría los Estados derivaron unos 513 mil millones de dólares de su patrimonio, con lo que se debilitaron y otorgaron a esa moneda una fuerte presencia económica en el ámbito internacional.⁸ Basta como ejemplo señalar que, a fines de los noventa, las 100 empresas internacionales más grandes vendieron más que los 120 países más pobres, o incluso que las 23 más importantes lo hacían en una mayor proporción que India, Brasil, Indonesia o México (Ramonet, 1999a).

En los Estados Unidos, desde los noventa hasta el año 2007 hubo sólo una crisis, provocada por una burbuja especulativa y la aparición de ciertos mecanismos especulativos, que fueron muy notorios en la caída de Enron.

Las primeras titulaciones de hipotecas tuvieron lugar en 1983 y representaron un nuevo impulso para el sector financiero (Ferguson, 2009, p. 279). Los Fondos de Inversión que gestionaban los dineros de ahorristas y trabajadores norteamericanos tuvieron un crecimiento exponencial: en 1990 eran unos 600 y gestionaban unos 39 mil millones de dólares; una década después, su número ascendió a 3.873 y manejaban 490 mil millones de dólares, y en 2008 eran unos 7.600

⁷ El hambre apareció como un arma política en diversos lugares del planeta, como Somalia, Liberia, Corea del Norte. En ellos, quienes detentan el poder lo utilizan para someter a su población como rehenes o como botín de guerra.

⁸ Este fenómeno se observó en el siguiente dato: al fin de la Segunda Guerra Mundial el Producto Bruto mundial era la suma de todas las economías nacionales. Hoy, más del 25% del total es aportado por las empresas transnacionales.

que manejaban casi dos billones de esa moneda (Ferguson, 2009, p. 351). Esto se observó en el crecimiento de los activos financieros, los cuales eran, en 1980,

un 20% más que el PBI mundial, pero en 2007 eran tres veces ese indicador. Desde 1990 hasta 2007, el monto de activos financieros mundiales creció a un 9% anual promedio (en ese período, el PBI creció a un 3,5% promedio) y en 2007, un 12% (El PBI un 4,9%) (Bermúdez, 16 de febrero de 2009).

Otro aspecto fue la privatización de la evaluación del riesgo, que fue transferida a agencias calificadoras en poder del sistema financiero internacional y que se convirtieron en las brújulas que dirigieron “las apuestas del mercado internacional” (Rapoport y Brenta, 2010, p. 153).

Por su parte, las empresas multinacionales (un 70% eran de origen norteamericano, japonés, alemán, francés y británico en 1990) poseyeron más tecnologías, con una organización más flexible y localización en función de la competitividad (Rapoport y Brenta, 2010, p. 44).

En ese marco, llegó la crisis de las empresas punto com y tecnológicas al comienzo del nuevo milenio. Muchas de ellas estaban sobrevaloradas, primaron criterios especulativos y no tuvieron en cuenta las complejidades del negocio que demoraban el retorno de dividendos, lo que ocasionó un cambio de expectativas sobre el sector y sus valores accionarios cayeron en picada. Pero además de la especulación, el deseo por parte de las empresas de una desregulación total llevó a profundizar esta crisis:

Enron abandonó su actividad en el mercado del abastecimiento de agua cuando quedó claro que los gobiernos estatales se mostraban reacios a confiar una materia tan fundamental a la magia de la mano invisible. Los escépticos, además, encontraron una buena justificación de su falta de fe cuando la desregulación de la electricidad, que se presumía iba a ser una historia del éxito

seguro, se descarrió de forma espectacular en California (Krugman, 2004, p. 280).

Sin embargo, los motivos de la crisis estuvieron en ciertos mecanismos para ocultar endeudamiento y pérdidas; cuando se hicieron públicos llevaron a la quiebra, expresada en la caída del valor de sus acciones de un 99% en un año.

En cambio, en la periferia, a partir de la década del noventa, las crisis presentaron una serie de puntos en común: proceso de apertura económica, ingreso de inversiones y crecimiento económico. Cuando éste comenzó a decaer, se produjo la fuga de capitales hacia las economías desarrolladas y el comienzo de la crisis (Rapoport y Brenta, 2010).

Según Stiglitz, estas crisis fueron posibles gracias a la promoción del Consenso de Washington mediante los organismos multilaterales de Breton Woods (FMI, BM, OMC); eran, como acertadamente señaló, instituciones de origen keynesiano que promovieron políticas pre-keynesianas (2010).

La primera de una sucesión de crisis fue la mexicana de 1994, conocida como “Efecto Tequila”. Ante el aumento del gasto por las elecciones, el presidente Carlos Salinas de Gortari emitió un Tesobonos que buscó sustentar las cuentas públicas y aseguraba el pago en dólares a sus tenedores.

Pero a los problemas fiscales hubo que sumarles el asesinato del candidato Luis Colosio y la rebelión en Chiapas, que aumentaron la desconfianza de los inversores hacia el gobierno priista. Ello llevó a la liquidación de las letras, lo que obligó a una devaluación y un ajuste económico, realizados en la transición con el gobierno de Ernesto Zedillo.⁹ El gobierno norteamericano asumió un rol de bombero en el

⁹ En este caso, la caída de la producción no sólo estuvo vinculada a cuestiones fiscales, sino también por efecto del Tratado de Libre Comercio firmado con Estados Unidos y Canadá que entró en vigor en 1994. Si bien el Tratado alentó cierta industria-

sistema financiero internacional, y también un riesgo político, al auxiliar a México y luego a los otros países en dificultades, hasta la llegada de Bush (Krugman, 2004, p. 226).

Al promediar la década, la revaluación del dólar para ganar en competitividad alteró las ventajas de algunos países de la bandada de gansos asiática y afectó su competitividad. Fue la llamada “Crisis del Arroz de 1997”. Allí se generó una burbuja especulativa por medio de créditos que “financiaron aventuras inmobiliarias altamente especulativas y expansiones de sociedad anónimas en extremo ambiciosas” (Krugman, 2004, p. 64). Llegaron inversiones especulativas que formaron esa burbuja:

En determinado momento resultó claro que las valoraciones de un optimismo ciego que los mercados asiáticos habían adjudicado a sus activos no eran realistas en este mundo imperfecto, y que los grupos industriales de la región no eran mejores que sus análogos occidentales en intentar estar presente en todos los negocios de sus países (Krugman, 2004, p. 64).

Tailandia, Indonesia y Corea del Sur tomaron medidas para evitar la contracción de sus actividades económicas. Para los neoliberales:

No hay duda de la gravedad de la crisis de 1997-1998. En países como Indonesia, Malasia, Corea del Sur y Tailandia se produjo en 1998 una grave recesión. Sin embargo, ni Stiglitz ni Krugman ofrecen una descripción convincente del modo como la crisis de Asia Oriental podría haberse gestionado mejor siguiendo las pautas keynesianas estándar, permitiendo flotar a las monedas y aumentar los déficits públicos (Ferguson, 2009, p. 334).

lización por la instalación de las maquilas, la generación de estos empleos no alcanzó para cubrir los efectos perniciosos sobre la agricultura, que perdió su autosuficiencia; con ello, fomentó la inmigración hacia EE.UU. y la dependencia de este país para su aprovisionamiento alimentario.

La devaluación asiática afectó los precios del petróleo. Estos impactaron en la economía de Federación Rusa, que se había convertido en un importante jugador en ese rubro. Para equilibrar sus números, bajó los subsidios estatales a empresas y ciudadanos para impedir la suba de su endeudamiento y la caída de sus reservas internacionales. En agosto de 1998 declaró la suspensión de pagos, lo que llevó a un proceso inflacionario sin precedentes y a una devaluación del rublo del orden del 300%, con una virtual paralización del sistema financiero y una caída de la economía, de la cual salieron fortalecidos los sectores vinculados a la exportación y perjudicados los vinculados a la economía interna.

Pero esta bola de nieve no se detuvo allí, ya que continuó sus pasos por otros mercados emergentes. Todo ese escenario llevó a que los organismos multilaterales incrementasen su presión en torno a la aplicación de los criterios del Consenso de Washington. Ante ello, el presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso anunció un ambicioso plan de austeridad que preveía evitar una crisis brasileña con la generación de un ahorro de 84 mil millones de dólares en cuatro años.

Sin embargo, desde el Congreso se impulsaron sólo algunas medidas de dicho programa, cuestión que generó la desconfianza de los inversores. Las altas tasas de interés fragilizaron el sistema bancario (caída de los préstamos, aumento de los créditos dudosos y morosos), atacaron la actividad productiva e incrementaron las cargas financieras sobre el Estado.

A ello se sumó en enero de 1999 la moratoria del gobernador de Minas Gerais, Itamar Franco, que aceleró el proceso, a pesar de los compromisos del presidente y del FMI por mantener la política monetaria a cambio de ayuda. Por el temor a la extensión del *default* en otros estados, y ante amenazas de devaluación, hubo una caída de la Bolsa de San Pablo, lo que obligó a una devaluación del orden del 30% para detenerla.

La situación repercutió en la Argentina, que había sido el modelo en cuanto a la aplicación del Consenso de Washington y había gozado

de cierta inmunidad ante la crisis asiática. Pero el sostenimiento de la paridad cambiaria desbalanceó aún más la balanza comercial y afectó la balanza de pagos. El país no conseguía dólares y debía pedirlos prestados, lo que aumentaba el endeudamiento a límites insostenibles, que desembocaron en la crisis que terminó con el gobierno de Fernando de la Rúa:

El 23 de diciembre de 2001, a finales de un año en el que el PBI per cápita había disminuido en un angustioso 12%, el gobierno anunció una moratoria sobre la integridad de su deuda externa, incluyendo bonos por un valor de 81 mil millones de dólares: el mayor impago de deuda de la historia (Ferguson, 2009, p. 131).

En el caso de Turquía, su posición estratégica en la política occidental le permitió recibir un paquete de ayuda que resultó insuficiente y la deuda llegó a unos 110 mil millones. La existencia de un alto nivel de endeudamiento y la concesión de créditos de dudosa cobrabilidad generaron el alejamiento de las autoridades económicas turcas, lo que tuvo como consecuencia el retiro masivo de divisas del sistema bancario, la suba de las tasas de interés y el abandono del tipo de cambio fijo.

Las recetas ortodoxas aplicadas por el gobierno turco llevaron a un cambio del orden político, inalterable desde la fundación de la república en los años veinte, ya que los islamistas moderados terminaron asumiendo el control del país.

La llegada de George W. Bush conllevó un cambio de criterio por parte de EE.UU., que afectó a los organismos multilaterales: dejar de ayudar a los países en crisis, lo que potenció las crisis argentina y turca.

Las subprimes se vuelven globales

Pero el abandono a su suerte de los países involucrados fue complementado por la administración de Bush con la limitación de los impuestos a los ricos, lo que generó más liquidez en esos sectores

(Stiglitz, 2010, p. 34), que produjeron cierta recuperación de la economía norteamericana entre 2002 y 2006 por la burbuja inmobiliaria y la baja tasa de interés.

Este crecimiento débil estuvo condicionado por el endeudamiento norteamericano, que

pasó de ser un 66% mayor que el PBI en 1980 a ser 2,5 veces más alto en 2007. El crecimiento más rápido se registra en el sector financiero, cuya deuda pasó de ser el 13% de la deuda total en 1980 a ser la tercera parte en 2007, con un volumen de deuda mayor que las otras categorías (hogares, empresas no financieras y gobierno (Bermúdez, 2009).

El endeudamiento se incrementó por múltiples soportes a los préstamos al sector público (por sus déficits comercial¹⁰ y presupuestario¹¹) y al privado (por la necesidad de compensar la caída del ingreso). Con respecto a esta última cuestión:

En 2007, la deuda de consumo en Estados Unidos alcanzó la cifra récord de 2,5 billones de dólares. Allá por 1959, la deuda de consumo equivalía al 16% de la renta nacional personal disponible; hoy equivale al 24 por ciento (Ferguson, 2009, p. 79).

La burbuja tuvo bases en un modelo de práctica crediticia bancaria, “que utilizaba como garantía unos activos que habían sido inflados

¹⁰ La búsqueda de manufacturas a bajo costo en China afectó la balanza comercial estadounidense y también su déficit energético. Con respecto a esto último, George W. Bush buscó aprovechar el calentamiento global para permitir la exploración y explotación de petróleo en áreas inhóspitas como el norte de Canadá o el Ártico. En cambio, con Obama se abandonó esa estrategia y se apostó al *fracking*, que permitió el aumento de las reservas y la inversión en energías alternativas, que disminuyeron la dependencia de las importaciones del crudo; ello, además, llevó a la caída del precio internacional.

¹¹ Los gastos militares de Estados Unidos se dispararon hacia el cielo durante la administración de George W. Bush.

por la burbuja”, y no en la capacidad de pago de los deudores (Stiglitz, 2010, p. 19). Su titularización

permitía a los bancos dar origen a los préstamos, pero luego reempaquetarlos y venderlos. Y eso sólo fue posible debido al hecho de que al auge de los bancos le siguió el del que sería el segundo gran pilar del sistema financiero moderno: el mercado de bonos (Ferguson, 2009, p. 81).

Estos eran “maquillados” para revenderlos como activos con respaldo, lo que garantizaba el negocio financiero de la alta rentabilidad. Ello fue festejado por los sectores neoliberales, que señalaron que “los créditos *subprimes* funcionaba de maravilla; al menos mientras los tipos de interés siguieran siendo bajos, la gente conservara su puesto de trabajo y los precios de los inmuebles siguieran subiendo” (Ferguson, 2009, p. 288).

Según Stiglitz, esta situación financiera no buscaba generar empleos sino “promover” la titularización del mercado hipotecario (Stiglitz, 2010, p. 36).

La acumulación de impagos por la menor competitividad norteamericana, que significaron una caída del empleo y del salario, llevó al *crack* en el verano de 2007. Pero aquellas caídas fueron ocultadas “haciendo desaparecer de sus balances, encubriendo su endeudamiento efectivo” (Stiglitz, 2010, p. 19).¹²

La compra de hipotecas y las reventas en bonos de inversión no fueron auditadas por las agencias de calificación que estaban en poder de los bancos (Stiglitz, 2010, p. 37).

La abolición de todo tipo de regulaciones en materia de movilidad de capitales, implementada desde la crisis de 1973, permitió la aparición de inversores institucionales, que podrían adquirir títulos de empresas que utilizaban el mecanismo como forma de evitar el crédito bancario.

¹² Los bancos comerciales crearon “bancos en la sombra” o paralelos, a los que transferían los fondos de inversión, los activos de riesgo.

Las compañías Fanni Mae y Freddy Mac fueron rescatadas por las administraciones de Bush hijo y de Obama con una ayuda inicial de unos 600 mil millones de dólares,¹³ y otros 838 mil millones destinados al resto del sistema bancario. El resultado fue el cierre de muchas compañías que invirtieron fuertes sumas en productos relacionados con las hipotecas *subprimes* y la reducción de créditos alrededor del mundo (Ferguson, 2009, p. 81).

La quiebra de Lehman Brothers y la compra de Merrill Lynch fueron el punto inicial de la crisis global en septiembre de 2008, que provocó la caída del crecimiento económico mundial, una contracción del comercio internacional y el aumento del desempleo en el sector de la mano de obra.

El 24 de marzo de 2009 Obama anunció un plan para liberar a los bancos de sus activos tóxicos, a pesar de la opinión contraria de especialistas como el Nobel de Economía Paul Krugman, pero que los mercados apoyaron.

Existió una polémica en torno a las causas de esta crisis entre los neoliberales y neokeynesianos. Dentro del primer grupo tenemos a Niall Ferguson, quien determinó seis fenómenos que se entrelazaron y produjeron la crisis: el ocultamiento por parte de los bancos de sus estados contables, que escondían un excesivo endeudamiento que superaba su capital; la titularización de todo tipo de deudas (hipotecarias, tarjetas de crédito, etc.) mediante bonos; la falta de control por parte de los bancos centrales de las burbujas bursátiles e inmobiliarias; la ramificación de la cobertura de los mercados financieros; el estímulo de los políticos para aumentar el acceso a la vivienda fue lo que hizo que chinos y asiáticos ayudaran con el déficit en cuenta corriente de Estados Unidos (Ferguson, 2009, p. 28).

En cambio, los neokeynesianos culpaban al “Consenso de Washington” por debilitar a los Estados y señalaron cómo se terminó de

¹³ Como dato comparativo, esta cifra era similar al 50% del PBI de América del Sur de ese momento.

recurrir a ellos como “último recurso” ante la debacle (Stiglitz, 2010, p. 188). Y si bien hubo rasgos compartidos en la crítica, mientras los seguidores de Milton Friedman hicieron hincapié en el carácter errático de las regulaciones de los bancos centrales (Ferguson, 2009, p. 380), los seguidores de Keynes lo hicieron en el rol de las agencias de riesgo (Stiglitz, 2010, p. 188).

La crisis se trasladó al otro lado del Atlántico y tuvo a Grecia como epicentro. Los gobiernos helénicos se habían endeudado fuertemente por la suba del gasto público, sobre todo por la organización de los Juegos Olímpicos de 2004, y a finales de 2009 se anunció un déficit público del orden del 13%, que superaba los marcos del Banco Central Europeo.¹⁴

Se diseñaron varios planes de ajuste que generaron muchas movilizaciones populares en contra de las medidas, impulsadas por el FMI, el Banco Central Europeo y la Comisión Europea.

En 2010, el rescate de 100 mil millones de euros para Grecia obligó a severas medidas de ajuste que no lograron la aprobación del parlamento, lo que generó una crisis en el partido gobernante, el PASOK (Movimiento Socialista Panhelénico).

Muchos de los países en los que podría impactar la crisis (Italia, Portugal, España) se encontraban, a pesar de tener cierto nivel de desarrollo, con un ritmo de crecimiento cada vez más lento. Ello fue el producto de lo que se denomina crecimiento en forma de L: estancamiento económico, definido por un prolongado período de crecimiento próximo a 0%, alto desempleo, baja demanda o exceso de capacidad productiva (González, 24 de octubre de 2010).

Coincidimos con la evaluación del *crack* hecha por Joaquín Estefanía, quien señaló:

¹⁴ Mientras existió esta situación se temió un efecto contagio sobre otros países, como Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España, conocidos como PIIGS, muchos de los cuales habían replicado mecanismos similares a las *subprimes* norteamericanas.

Hay casi unanimidad en los analistas en que la Gran Recesión no fue un accidente puntual de la economía, sino un cambio global cuyas consecuencias se han multiplicado en el territorio de la política (crisis de representación, con la aparición de nuevas formaciones a derecha e izquierda, el resurgir del populismo y de los autoritarismos, la multiplicación de los movimientos de indignados) y de la geopolítica (las guerras comerciales, la salida de Reino Unido de la Unión Europea, la permanencia definitiva de China como superpotencia mundial, etcétera) (2018, p. 2).

Y en cuanto a sus efectos negativos estructurales:

la Gran Recesión todavía no ha acabado (...) sus efectos negativos más estructurales como son la precarización de la vida y los mercados de trabajo y la desigualdad aún perduran con la emergencia de una serie de estudios científicos que han situado esta característica de la economía capitalista en el frontispicio de sus deficiencias (Estefanía, 2018, p. 3).

G20: El consorcio se amplía

La debacle global llevó a revitalizar una conferencia de países creada con motivo de la crisis de 1999 en Berlín, el G20, que reunió a las principales economías desarrolladas y emergentes en Washington en noviembre de 2008. Estaba integrado por Estados Unidos, Canadá, Francia, Reino Unido, Alemania, Italia, Japón, España (todos en representación de la Unión Europea), Federación Rusa, China, Corea del Sur, Indonesia, Australia, Arabia Saudita, India, Sudáfrica, Turquía, México, Brasil y Argentina.

Los países emergentes reclamaron una mayor participación en los organismos multilaterales de crédito y exigieron transparentar el sistema financiero internacional y vigilar a las calificadoras de riesgo, pero también evitar la instrumentación de medidas proteccionistas. De todos modos, de los 20 países, 17 tomaron este tipo de medidas.

Tomaremos como punto de partida el fracaso de la Cumbre de la Organización Mundial de Comercio de 2003. Allí se constituyó la agenda “OMC Plus”, impulsada fundamentalmente por los países del G8 y que consistía en la ampliación de la comercialización y la incorporación de normas referidas a la competencia, a movimientos de capitales, propiedad intelectual, inversiones y cooperación en rubros como energía y medio ambiente, entre otros.

Esto tiene un sentido muy marcado durante la primera oleada neoliberal, a fines de la Guerra Fría, cuando hubo claramente un avance importante en el poder transnacional por sobre el estatal. A la profundización del modelo neoliberal le surgió como desafío el G22 Plus,¹⁵ que puso frenos y trabó aquellas intenciones. Por ello, se impulsó la ampliación de lo que había sido hasta ese momento el consorcio internacional global, el G8, con la revitalización a fines del mandato de Bush hijo del G20 financiero, que fue un intento por sumar a los emergentes en un nuevo directorio global.¹⁶

¹⁵ El G22 fue un grupo de los países emergentes constituido para la Cumbre de la OMC de 2003. A diferencia del grupo Cairns, incorporó a China, Egipto, Ecuador, India, México, Nigeria, Pakistán, Perú y Venezuela. Las sumas y restas entre los dos grupos redundaron en el volumen de este último, ya que concentraba el 22% de la producción agrícola mundial y el 70% de los trabajadores rurales. Ese peso en la economía global les permitió frenar el acuerdo cerrado sobre los subsidios que tenían Estados Unidos y la Unión Europea para la reunión de Cancún. Este nuevo agrupamiento, con una actitud más cooperativa, logró convertirse en un actor principal para una negociación equilibrada “del *impasse* agrícola” (Amorin, 8 de agosto de 2004).

¹⁶ Elevada a nivel presidencial en 2008. Su presidencia tiene a su cargo la organización del cónclave anual y es elegida por un sistema de rotación entre cinco grupos de países:

Grupo 1: Australia (reuniones en Brisbane, 15 y 16 de noviembre de 2014), Canadá (Toronto, 26 y 27 de junio de 2010), Estados Unidos (Washington, 15 de noviembre de 2008; Pittsburgh, 24 y 25 de septiembre de 2009), Arabia Saudita.

Grupo 2: India, Rusia (San Petersburgo, 5 y 6 de septiembre de 2013), Sudáfrica, Turquía (Antalya, 15 y 16 de noviembre de 2015).

Grupo 3: Argentina (30 de noviembre y 1 de diciembre de 2018), Brasil, México (Los Cabos, 18 y 19 de junio de 2012).

Mientras estas tensiones tenían lugar en el mundo central, en América Latina observamos la emergencia de los globalistas epistémicos, una versión renovada de los occidentalistas de la Guerra Fría. Los nuevos detractores de la autonomía

extrajeron del liberalismo genético de sus naciones, así como el consenso y asesoramiento externo, la inspiración para diseñar y programar la vigencia del paradigma neoliberal de inserción internacional, una creación de la inteligencia política latinoamericana de la década de 1990, que no fue diseñado de manera uniforme por todos los líderes regionales, pero tenía componentes comunes (Cervo, 2003, p. 18).

Los actores recipiendarios fueron objeto de un proceso de deslocalización de la producción y el abandono de las políticas sociales que generó la globalización, y fueron disciplinados por medio de un discurso crítico de cualquier forma de intervención estatal en la economía, en un amplio rango que iba desde el keynesianismo a las economías centralmente planificadas como sinónimos de fracaso. En el caso de los países del sur padecieron, según Joseph,

una versión moderna del desarrollo combinado y desigual, en la medida en que están encerrados en las condiciones sociales de su propio estadio de desarrollo, pero están sujetos a las estrategias y técnicas de los países liberales avanzados que dominan las actividades de las principales organizaciones de desarrollo. Se necesitaría una gran imaginación para creer que, en estos casos, estas organizaciones logran promover la salud, la riqueza y el bienestar de las poblaciones a través de técnicas liberales avanzadas de gobierno a distancia mediante la libertad y la autonomía de los actores individuales responsables (2011, p. 59).

Grupo 4: Francia (Cannes, 3 y 4 de noviembre de 2011), Alemania (Hamburgo, 7 y 8 de julio de 2017), Italia, Reino Unido (Londres, 2 de abril de 2009).

Grupo 5: China (Hangzhou, 4 y 5 de septiembre de 2016), Indonesia, Japón, Corea del Sur (Seúl, 11 y 12 de noviembre de 2010).

La nueva administración norteamericana se mostró más predispuesta a resolver la situación trabajando en conjunto con el G20 financiero, como pidió el primer ministro británico Gordon Brown, y no en el marco del G8, como pretendían los otros países miembros.

Al respecto, hubo posiciones muy críticas al funcionamiento del G20, como lo manifestó Bernard Cassen, quien no dudó en calificarlo como el producto de una estrategia de “cooptación” del G8, para “preservar contra viento y marea el modelo neoliberal a escala planetaria” (2009, p. 16).

En la Reunión de Ministros de Economía del G20 en Pittsburgh se evidenciaron tensiones entre las naciones desarrolladas y las emergentes, en aspectos referidos al aumento de la participación de estas últimas en los organismos multilaterales de crédito, o sobre los efectos que los paquetes de estímulo implementados por los países más ricos tenían sobre los precios de la economía mundial, pues transfirieron los efectos de la crisis a otros de menores recursos, ya no por ella misma sino por estas medidas.

En la Reunión de Toronto de 2010 se produjo un alineamiento extraño en las discusiones que ubicaron a los Estados Unidos junto a los países emergentes, que reclamaban un rol más activo de los Estados en la promoción de medidas que permitieran salir de la crisis, frente a la reacción de los países europeos, que reclamaban ajustes presupuestarios para salir de ella.

En el medio de la llamada guerra de divisas, se realizó la Cumbre de Seúl del G20 en noviembre de 2010, que terminó sin definiciones concretas y con declaraciones vagas, que caracterizaron las sucesivas reuniones del grupo, aunque en la reunión en Francia de 2011 fue intención de los países desarrollados regular el precio de las materias primas.¹⁷

¹⁷ Si bien los precios de los *commodities* tuvieron su máximo histórico cuando la crisis de las *subprimes* maduró a fines de 2007 y principios de 2008, por la afluencia del capital especulativo que había huido de la inversión inmobiliaria, lentamente

En este plano, el desequilibrio existente en las economías desarrolladas, la manipulación del precio de los *commodities* y el doble estándar para aplicar recetas económicas fueron claros intentos de producir un desplazamiento de los costos del *crack* a la periferia.¹⁸

fueron recuperando su nivel entre 2010 y 2014, para luego caer en 2014, cuando las condiciones se “normalizaron”, y rebotar, pero en un nivel marcadamente inferior a los precios anteriores (Index Mundi. 2019).

¹⁸ Nótese que esta crisis es la primera en la que no ha ocurrido una transferencia de recursos del Sur hacia el Norte.

Capítulo 10

Transiciones inacabadas (3): La búsqueda de la gobernanza global tras el *crack*

La conjunción de una incapacidad estratégica para sostener los conflictos en Afganistán e Irak, la crisis del neoliberalismo y el ascenso de los países emergentes se evidenció en las reacciones contra la acción de las potencias tradicionales, como el bloqueo de la OMC de 2003¹ o el rechazo al ALCA en nuestra región. Atento a ello, Washington tuvo dos estrategias distintas, marcadas por las presidencias de Barack Obama y de Donald Trump.

Barack Obama: La reconstrucción de la tríada

Al momento de la asunción de Obama, Washington tenía una relación tensa con Europa, América Latina contaba con amplios márgenes de maniobra y las guerras en Irak y Afganistán drenaban los recursos de EE.UU. e incrementaban su nivel de endeudamiento. Por ello, en la segunda década del nuevo milenio el demócrata buscó neutralizar las tendencias policéntricas e intentó volver a mantenerse en el centro del esquema de poder mundial, por medio de la reconstrucción de la tríada de los noventa.

¹ Las grandes potencias tradicionales fracasaron al intentar imponer la agenda “OMC Plus”, que tenía, como indicó Julieta Zelicovich, los siguientes objetivos: 1) reducción de aranceles, incluso de aquellos sectores o productos exceptuados en anteriores acuerdos de libre comercio; 2) inclusión de cuatro temas: competencia, movimiento de capital, propiedad intelectual e inversiones, y 3) cooperación en los “nuevos” temas: energía, medio ambiente y políticas laborales (2016, p. 388).

Una muestra de ello fue que, como vimos, tras la Crisis de 2008 decidió coordinar políticas a través del G20, a pesar de las resistencias a ampliar el consorcio global por parte de algunos de los miembros del G8. Estaba claro que ya no podía obviarse a las naciones emergentes. Como señalaron Sanahuja y Comini, el G20

significó un (tardío) reconocimiento de su nuevo estatus como *rule-markers* globales y puso en evidencia que los emergentes tienen ahora más influencia que en el pasado, pueden crear nuevas organizaciones internacionales e incluso desplegar una “gran estrategia” de índole geopolítica (2018).

Este momento fue el clímax de ese endeble orden que atravesaba la crisis de las *subprimes* pero que, como señaló Ikemberry, se amplió a nuevos espacios e institucionalizaron esa gobernanza global con instrumentos como la ampliación de la OTAN y la creación de la OMC (2018).

Pero volviendo al Estados Unidos de Obama, éste llevó adelante una drástica reducción de su presencia militar en aquellos escenarios de Medio Oriente, gracias a un retiro parcial de tropas, pero esto generó otros tipos de problemas. Se produjo un vacío de poder que permitió la mutación del terrorismo wahabita, con el cual tenía una relación ambigua, y llevó a un recrudecimiento de la violencia en esas áreas, pero con un mayor concurso de los europeos occidentales en esta oportunidad.

Por un lado, se observó la decisión de limitar los campos para el ejercicio de la autonomía, como ocurrió con las potencias sudamericanas ante el golpe de Estado contra el Presidente Manuel Zelaya en Honduras. Washington, tras un titubeo inicial, decidió afirmar su autoridad en el país centroamericano apoyando a las elites tradicionales, en contra de las opiniones predominantes en la parte austral del hemisferio occidental. Y, además, estimuló a los países más próximos en la región (Chile, Colombia, México y Perú) a formar la Alianza del Pacífico, que le permitió a Washington presentar una alternativa a la

hegemonía brasileña, que giró en torno del UNASUR, y a la bolivariana alrededor del ALBA (Menezes y de Azevedo Banzatto, 2016).

Mientras esto acontecía en la tríada occidental, y como reacción a ella, Moscú y Beijing estaban constituyendo un bloque flexible mediante la Organización del Grupo Shanghai. Rusia ocupó el lugar de primer contrincante estratégico en la crisis y secesión ucraniana y en la guerra civil en Siria, y Beijing lo ocupó en el Mar de China. La existencia de estos diversos conflictos llevó a muchos analistas, entre ellos Mary Kaldor, a calificar esta situación como de Segunda Guerra Fría, en la cual: “El comportamiento de Occidente o de Rusia sirve de excusa para justificar actos terroristas: se enmarca como víctimas a los musulmanes en Crimea, Chechenia, Irak y Siria. La intervención militar sirve para justificar más violencia” (22 de marzo de 2016).

A nivel global, la promoción por parte de Washington de acuerdos, como el TTIP con la Unión Europea, y el TPP o Transpacífico, indicó cambios en sus estrategias de negociaciones multilaterales, junto con el abandono de la OMC como foro de discusión y formador de reglas. En la OMC, China y las economías emergentes habían ganado espacios significativos y habían logrado bloquear iniciativas en torno a los temas OMC Plus.²

Con la concreción del TTIP, EE.UU. lograría satelizar definitivamente a Europa, golpeada por la crisis del euro³ y que ya se había plegado activamente a su estrategia de seguridad, como lo mostraron las intervenciones en Libia y Siria.

² La utilización norteamericana de una estrategia de negociación por múltiples vías puede rastrearse hasta la década de los ochenta (Zelicovich, 2016, p. 386). Más cercanamente, recuérdese cómo, ante la parálisis del ALCA, EE.UU. buscó mecanismos de promoción del libre comercio por medios bilaterales o por la extensión de áreas comerciales con países de la región como Chile, Colombia, Perú, entre otros.

³ La crisis europea fue la consecuencia de la extensión del mecanismo de compra de hipotecas tóxicas y permitir a la vez la formación de burbujas financieras propias que estimularon el crecimiento. Éste se hizo a costa de profundizar los desequilibrios fiscales, atentando contra las pautas macroeconómicas del Banco Central Europeo. Este obró en consecuencia, lo que profundizó el malestar social en el Viejo Continente.

En el caso de China, tras la crisis de 2008 confirmó su rol de proveedor de manufacturas a nivel global, pero dejó de ser exclusivamente receptor de inversiones y soporte financiero del déficit norteamericano y ello hizo crujir las bases de “Chimérica”.

En 2013 Xi Jinping quedó a cargo del Partido Comunista Chino y anunció el “Sueño chino”. Fue presentado como una síntesis de las acciones llevadas adelante por Mao y Deng, aprovechando sus virtudes y desechando sus defectos, y como un gran desafío para el nuevo elenco gobernante. Consistió en tres objetivos básicos: reorientar las pautas de crecimiento, atender los problemas ambientales y convertir a China en un país de renta media.

El primero de ellos consistía en reorientar las pautas de desarrollo a partir de inversiones y exportaciones (45% del PBI) por un mayor consumo interno. Para ello, se buscó reducir la elevada tasa de ahorro de un 50% y recuperar la porción en el comercio mundial, que antes era del 8% y en 2014 fue del 4% –por las políticas de Estados Unidos y la Unión Europea, principales destinos del comercio mandarín–. El consumo interno de China representaba el 37% de su PBI, pero se especuló oficialmente con que “crecerá entre un 8% y un 11,5% a lo largo de la próxima década” (Vidal, 18 de septiembre de 2014).

China fue receptora de IED (Inversión Extranjera Directa), pero en los últimos años se convirtió también en un exportador de inversiones⁴ hacia África, fundamentalmente en infraestructura,⁵ y América Latina,⁶ donde se estaría expresando el criterio de permisibilidad extrabloque puigiano.⁷

⁴ Es muy difícil establecer a cuánto asciende el total de inversiones chinas en el mundo, ya que gran parte se instrumenta a través de paraísos fiscales.

⁵ Centrales eléctricas, ferrocarriles, puertos y proyectos mineros.

⁶ Un ejemplo de ello fue el abandono de la estrategia triangular en América Latina que desarrollaba Beijing, ya que no miraba más a EE.UU.

⁷ Este consiste en cómo los países periféricos pueden mantener sus márgenes de maniobra y no ser forzados a algún alineamiento. Ello no impide la disputa de las

El segundo objetivo, atender los problemas ambientales globales, ya que el crecimiento económico de China fue uno de los mayores responsables por las emisiones de carbono a la atmósfera, que afectaron sus ciudades e incluso llevaron lluvia ácida más allá del Océano Pacífico.

El último objetivo, convertirse en un país de renta media, lo que podría impedir seguir creciendo a ritmos sostenidos, por sustentarse en las ventajas de una mano de obra intensiva con salarios bajos y por no poder competir con países de alta tecnología. Para esta cuestión, China pasó a invertir en Investigación y Desarrollo de un 1,4% de su PBI en 2008 a 2% en 2012 (más que la Unión Europea) y llevar adelante una política de apropiación tecnológica de los grupos económicos extranjeros que trabajaban en su territorio.

Para el año 2015 la clase media china ascendía a unos 600 millones de personas, con unos 130 millones de población flotante que operaba como mano de obra de reserva. El crecimiento de los habitantes urbanos restó unos 8 millones de hectáreas a la producción agrícola, que a fines de esta década sólo producirá el 75% de los alimentos que demande.

La promoción de la Nueva Ruta de la Seda buscó la creación de infraestructura que garantizara sus exportaciones y el acceso a materias primas que le permitían consolidar su crecimiento y aumentar su influencia global. Como señaló Zelicovich,

esta iniciativa apunta a mejorar la infraestructura regional de transporte terrestre aéreo y marítimo, poniendo el foco en la cantidad y calidad de la conectividad y la comunicación. Para ello se toma en consideración la facilitación del comercio, física y aduanera, y de las inversiones. Se incluye además el intercambio cultural, y el mutuo entendimiento, como mecanismos de reaseguro de esa infraestructura logística transnacional (2018, p. 126).

superpotencias por el dominio de esos espacios, que podía desestabilizar el régimen internacional (Puig, 1980, pp. 87-99).

Esta nueva posición de Beijing, sumada a su asunción como un líder global,⁸ llevaron a Washington a impulsar los TTP, TTIP y TISA (Trade in Services Agreement) para generar reglas acordes a sus intereses, creando, según lo dijera Matthew Cooper a *Newsweek*, un efecto de “pinzas de cangrejo” sobre China (Cooper, en Azcárate y Montesa, 2015). La importancia que ellos tienen para Washington quedó claramente explicitada cuando Obama, en la conferencia de prensa conjunta con el Primer Ministro de Singapur, Lee Hsien Looy, en agosto de 2016, señaló que Estados Unidos no puede separar su “seguridad” de sus intereses económicos contenidos en este tipo de tratados, y que de ellos depende quién manejará el comercio global: si EE.UU. o Beijing (Deutsche Welle, 2 de agosto de 2016).

Mientras, China promovió un acuerdo más modesto y de alcance geográfico más reducido, la Asociación Económica Integral Regional (RCEP *Regional Comprehensive Economic Partnership*), que busca vincular a China con los países de la ANSEAN. Las reglas que allí se fijan son más laxas que los procesos de OMC Plus ya que China tiene planteos más tradicionales con respecto al manejo de las inversiones⁹ y al respeto de la soberanía de los Estados. La clave está en los mecanismos de negociación planteados por la potencia asiática, en los que la armonía y la complementariedad tienen como trasfondo la aceptación de cierta jerarquía bajo el concepto de *tianxia*.

En medio de esta disputa global, el deterioro de la situación social en los países metropolitanos amenazaba este esbozo de orden mun-

⁸ Como ha explicado Moncada Durruti (2011), Beijing se fue alejando del siglo de humillaciones iniciado en la Guerra del Opio y afirmando un rol más preponderante en el escenario internacional donde las ambigüedades entre el pragmatismo de los “28 caracteres de Deng Xiaoping” y el principismo de los “Cinco Principios de la Coexistencia Pacífica” terminó a favor de este último en el conflicto con la hegemonía neoliberal occidental actual.

⁹ A diferencia de los TPP, TPPI y TISA, éste no incluye “políticas laborales, ambientales y regulaciones sobre empresas estatales” (Zelicovich, 2018, p. 125).

dial, ya que la promoción del neoliberalismo provocó exclusión y miseria, lo que impulsó el surgimiento de opciones políticas refractarias de aquellas con diversos grados de oposición. Como claramente reflexionan Jean y John Comaroff a partir de una cita de Étienne Balibar, lo que está ocurriendo es que la línea de demarcación entre ‘Norte’ y ‘Sur’, entre zonas de prosperidad y de poder y zonas de ‘desarrollo del subdesarrollo’, no admite en la actualidad un trazado estable. Por el contrario, esa línea resulta como mucho porosa, quebrada, a menudo ilegible (Comaroff y Comaroff, 2013, p. 82).

La inestabilidad, la pobreza y la marginación ya no son rasgos asignables a los países del sur, sino que se están instalando en los del norte, producto de la extensión de la globalización.

Donald Trump: La nueva fragmentación de la tríada

El triunfo de Donald Trump fue la emergencia de este proceso que vinimos describiendo y tendrá un peso gravitatorio en el mundo. La profundidad del cambio estará vinculada a cómo su programa “*Make America Great Again*” (“Haz a Estados Unidos grande de nuevo”) sea implementado y a cómo afectará al modelo vigente en Estados Unidos desde los años de Reagan, no sólo en su agenda interna sino también en sus implicancias externas.

Si bien se avanza en medidas que atentan contra el Orden Neoliberal vigente, la nominación de funcionarios vinculados a Goldman Sachs o a la neoconservadora *Heritage Foundation* nos dio claves de que la gestión republicana se ubicaba en la categoría de neoliberalismo reaccionario, más que de populismo reaccionario.¹⁰

Provisionalmente, podemos interpretarla como una vuelta de tuerca del programa para el Nuevo Siglo Americano de comienzos del

¹⁰ Como ha sostenido Nancy Fraser el proyecto de esta vertiente no eran las pequeñas empresas y fabricas sino apuntalaba a “las finanzas, la producción militar y las industrias energéticas extractivas para beneficio principal del 1% global” (2019, p. 33).

milenio, aunque con una situación más compleja para Washington. Michel Anton, el influyente portavoz y Consejero Adjunto de Seguridad Nacional de Trump, sostuvo:

El *establishment* [norteamericano] pensó que podría tener un sistema (más o menos) integrado de la OCDE o el Club de las naciones ricas y hacer que funcione en todas partes. Eso nunca fue posible y aún no lo es. El “orden internacional liberal” es mejor llamarlo el “orden liberal de los países ricos” o, si lo prefiere la jerga de la política exterior, “orden liberal de funcionamiento básico” (Anton, 2017, p. 123).

E interpretó del siguiente modo las acciones de la elite gobernante norteamericana:

El intento, a partir de 1991 o 1992, de extenderse en el mundo entero a los ojos estadounidenses era una cuestión muy grande para nuestros estómagos (o dientes) y una confusión de ideología e intereses. Sin embargo, de hecho, esta expansión no era necesaria para los intereses estadounidenses fundamentales: la paz, la prosperidad, el prestigio (2017, p. 124).¹¹

Por ello, la propuesta externa fue complementada por el aislacionismo, lo que no quiere decir que hubo menos intervencionismo, sino que convirtió a Estados Unidos en un gendarme de tiempo parcial y con un mayor uso de su capacidad individual punitiva. Por ello, en el nuevo Documento de Seguridad Nacional presentado en 2017, se “retoma la idea de ‘competencia entre grandes potencias’ contra China y Rusia, alejándose de las calificaciones de ‘socios estratégicos’ utilizadas por Clinton u Obama, las llama ‘competidores’” (El País, 19 de diciembre de 2017).

¹¹ Hay grandes coincidencias en estas críticas hacia este Nuevo Orden entre autores neorrealistas, como S. Walt; sin embargo, éste también critica a los neoconservadores por el actual estado de cosas (Walt, 2018).

Allí se rechazó la cooperación con los oponentes potencialmente compatibles y se apostó a la disputa con ellos. Nada se dijo del cambio climático y se abandonó la promoción de la democracia y los derechos humanos; y se determinó la revisión de las políticas hacia Irán y Corea de Norte.

Trump ha expresado, en una entrevista con CBS en julio de 2018, una versión un tanto heterodoxa a la hora de definir a los enemigos de Estados Unidos:

Bueno, creo que tenemos muchos enemigos. Considero que la Unión Europea es un enemigo, [por] lo que nos hacen en el comercio. No lo pensarías sobre la Unión Europea, pero es un enemigo (...) [Rusia] es enemiga en ciertos aspectos [y China es un] enemigo económicamente (...). Pero eso no significan que sean malos. No significa nada. Significa que son competitivos (Clarín, 16 de julio de 2018).

Que los europeos formaran parte del mismo grupo de países que los chinos y rusos marca hasta dónde llegaba la fisura de la antigua tríada. Un ejemplo de ello fue la situación de la OTAN: la exigencia a sus aliados para que duplicaran su gasto militar ha sido toda una señal. La asunción de la financiación defensiva colectiva por parte de los europeos es un viejo reclamo neoconservador, estimulado por la delicada situación económica que atravesaba Washington, aunque los efectos de esta presión han redundado en un esfuerzo de los líderes del Viejo Continente por desarrollar un programa propio, más que sumarse a colaborar con Trump.

Desde el punto de vista económico, la promoción por parte del demócrata Obama de las “pinzas de cangrejo” sobre Beijing para controlar y fijar las reglas del comercio y de las inversiones globales ha sido abandonada por Donald Trump por su rechazo a esa forma de multilateralismo. De todos modos, el Secretario de Estado, Mike Pompeo, no descartó para el área Indo-Pacífico “la búsqueda de un mejor acuerdo

que el TPP, como un modo de mostrar la presencia norteamericana en esa región del mundo” (El País, 31 de julio de 2018).

Encontramos la estrategia de Trump en la revisión del TLC o en su posición frente a la OMC, con un retorno a mecanismos bilaterales, en los cuales las asimetrías pretendieron reforzarse. El intento de rediseño del sistema global tuvo un impacto sobre la OMC como formadora de reglas, ya que Donald Trump señaló que en ella su país “no recibe un trato justo” y que “no podemos tolerar más estos abusos comerciales crónicos [interpreta que China abusa del sistema multilateral de comercio e incluso no debería formar parte de él], y no lo vamos a hacer” (Donnan, 11 de diciembre de 2017). Como parte de ello, la administración republicana bloqueó la cobertura en el comité de apelaciones del organismo. Muchos sospechan que esa medida, en realidad, apunta a la eliminación de los sistemas de solución de controversias en aquella agencia.

Otra muestra la tenemos en la renegociación parcial del TLCAN con México, que fue anunciado el 27 de agosto de 2018 y que durará 16 años, prorrogables por igual lapso. En él se actualizó el componente originario de 62,5 a 75%, de los cuales 40 al 45% debe ser producido por trabajadores que ganen por encima de los 16 dólares por hora. Contiene medidas contra los bienes producidos por trabajo forzoso, de protección a los trabajadores por legislación laboral y de desgravación de los productores agrícolas, eliminando los subsidios en los mercados de cada uno.

Aunque Canadá pareció ser una gran incógnita por estar claramente identificado con la antigua tríada, ya que se encuentra en el TPP11 y en tratativas con la UE, finalmente decidió ser parte del nuevo tratado USMCA (Estados Unidos, México y Canadá).¹²

El triunfo de Trump no varió la “bifurcación”, sino que orientó a los Estados Unidos hacia una política más proteccionista que redefine

¹² En el nuevo acuerdo buscó favorecer la producción y el empleo norteamericano, como también fortalecer al Estado en el mecanismo de arbitraje (Wallach, 2018).

el sistema multilateral y profundiza los sesgos unilaterales que afectarán aún más la alianza occidental.

Ante el vacío generado por el abandono de las estrategias OMC Plus, el presidente chino planteó el mismo día de la asunción de Trump, en la reunión de APEC en Lima, que podía reemplazar al Transpacífico por el RCEP: “la doctrina de Trump ‘[Norte]América primero’ se ve como una rebaja del Compromiso de Washington con Asia que allana el camino para las ansias expansionistas y hegemónica de China” (El País, 31 de julio de 2018).

El asesor del Departamento de Estado, Brian Hook, señaló que “no pretende contrarrestar” el proyecto de la Ruta de la Seda: “Nuestra forma de hacer las cosas es que el papel del Gobierno sea muy modesto y enfocado en ayudar a las empresas a hacer lo que hacen mejor” (El País, 31 de julio de 2018).

La presencia china es vista como generadora de situaciones de dependencia con el resto de los países. Por ello, Pompeo sostuvo: “Creeamos en una alianza estratégica, no en una alianza de dependencia”, continuó. “No excluimos a ninguna nación.” Y aseguró, sin detallar, que Washington ayudará a sus aliados a estar libres de la “coerción o la dominación de un gran poder” (El País, 31 de julio de 2018).

Incluso en nuestra región, donde la presencia de Beijing se incrementa día a día y ha sido objeto de preocupación para Washington (como se observó en la ruptura de relaciones entre El Salvador y Taiwán, paso previo al reconocimiento de China Popular) los republicanos no dudaron en calificar que las actitudes del país asiático “facilitan la dependencia económica y no la asociación” (Perfil, 25 de agosto de 2018).

La guerra comercial con China se declaró con la firma del decreto arancelario por parte de Trump que establecía un gravamen de 25% para el acero y de 10% para el aluminio. Inmediatamente generó el rechazo en China, pero también de la Unión Europea, aunque se especuló con excepciones a México y Canadá y otros socios comerciales menores (Página 12, 31 de marzo de 2018).

Algunos analistas llegaron a sostener que esta batalla del acero y el aluminio tiene un “valor del producto más simbólico que económico” (Ferrer, 18 de marzo de 2018). Apunta al corazón del votante del presidente norteamericano, aunque como señala Stiglitz: “En caso de que la fabricación regrese a EE.UU. esto no creará empleos en el viejo Cinturón del Óxido. En cambio, los bienes probablemente sean producidos por robots” (Stiglitz, 23 de abril de 2018).

Y no duda de que:

las firmas chinas se han vuelto más competitivas, los salarios y los estándares ambientales en China han aumentado (...). Irónicamente, mientras que Trump dice estar velando por los trabajadores industriales estadounidenses, el verdadero ganador de las negociaciones “exitosas” quizás sea Wall Street (Stiglitz, 23 de abril de 2018).

Además del hecho de que, como señala el periodista económico del diario español *El País*, Thiago Ferrer: “Debido al alto nivel de deuda estadounidense y la dependencia de la voluntad de China de comprar bonos del país norteamericano, Estados Unidos no puede luchar realmente contra la competencia china (18 de marzo de 2018).

Los efectos de esta guerra comercial se expresan en dos planos: uno directo y otro de mediano plazo. El primero es que, ante los efectos “devastadores” de esta guerra comercial, muchos países del ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático) instaron a acelerar las negociaciones con el RCEP (Alianza Integradora Económica Regional).

El otro se refiere a los efectos sobre la OMC, ya que, si acepta la justificación de la aplicación de aranceles norteamericanos por motivos de seguridad nacional, podría multiplicar en otros actores el mismo comportamiento y destrozar el sistema de reglas imperantes (Swanson y Ewing, 25 de octubre de 2018).

Mientras los grandes jugadores se encontraban enfrascados en esta lucha, muchos actores secundarios intentaban revertir su rol de

repartidores inferiores. La salida de Washington del TPP generó una diligente actitud china para reemplazarlo con uno nuevo; no será un simple cambio de actores, sino también de dinámicas u objetivos. Así lo interpretaron los 11 países restantes del TPP (Australia, Brunéi, Canadá, Chile, Japón, Malasia, México, Nueva Zelanda, Perú, Singapur y Vietnam), que continuaron con el pacto y lo ratificaron en Chile en marzo de 2018, bajo el nombre de Tratado Integral y Progresista de Asociación Transpacífico (CPTTP por su sigla en inglés, o TPP11), el cual se presentó como un “motor para superar el proteccionismo” que emerge en el mundo (Venegas Loaiza, 8 de marzo de 2018).

Por otro lado, la UE recibió las esquirlas de la guerra comercial, motivo por el cual la reunión del G7 en Canadá en julio de 2018 resultó sumamente tensa; no obstante, Trump propuso la reincorporación de Rusia al grupo (suspendida desde 2014 por la crisis en Crimea) y luego de ella llegó a proponer la constitución de un acuerdo de libre comercio entre ellos. La conflictiva relación con Washington hizo que los europeos llevaran adelante la reconstrucción de una tríada residual con la firma de un acuerdo con Japón, uno de los ángulos de aquella; la revisión de los Tratados de Libre Comercio con México y Chile, otro con Canadá y el acuerdo con el Mercosur. Aunque, como señalaron Sanahuja y Comini:

la UE ya no es el actor universalista y cosmopolita del pasado, que pretendía transformar el mundo conforme a sus valores más avanzados, y emerge una UE excepcionalista y defensiva que da prioridad a sus propios intereses y a la protección de su ciudadanía ante un orden internacional en descomposición y un mundo hostil y renuente a responder al modelo europeo (2018, p. 10).

Sin embargo, el *Brexit* ha sido un duro golpe al proyecto comunitario y la proyección europea a nivel global. Recuérdese el importante rol financiero de Londres desde los tiempos de Margaret Thatcher y que esta salida claramente perjudica, como también evidencia el cre-

cimiento descontento entre la población de los países centrales por este modelo mundial, que se expresó en diversos movimientos antieuropeístas de extrema derecha que hacen dudar sobre el futuro del proyecto.

En el caso de América Latina, las elites siguieron un proceso inverso ante una cerrazón que se generaría por los acuerdos TISA, TPP y TPPI a quienes se alejaran de estos imperativos. Un ejemplo de ello es el cambio de posición de la FIAESP (Federación de Industriales del Estado de San Pablo), que está abandonando el modelo neodesarrollista y de acercamiento al núcleo occidental neoliberal con un retorno del globalismo fuertemente cuestionado en el propio núcleo, aun cuando sus economías dependen de China.

Esa cuestión es la que explica el comportamiento de los gobiernos surgidos del cierre del ciclo progresista, caracterizados por políticas externas “enmarcadas en la globalización y supuestamente “desideologizadas” y “pragmáticas”, que se sustentan en un regionalismo abierto, la promoción del sector privado y la IED, alineadas con el orden liberal (Sanahuja y Comini, 2018, p. 11).

Si nuestra identificación de las tensiones existentes en el sistema internacional a partir de la asunción de Trump es correcta, la insistencia en el rumbo noventista no deja de ser preocupante, ya que, como señaló Juan Gabriel Tokatlián:

Es difícil suponer que en los próximos años no se produzca un decaimiento del multilateralismo, un estancamiento del comercio internacional y un debilitamiento del cosmopolitismo. Advertir esos fenómenos es esencial para entender los condicionamientos que deberá afrontar un ajuste mutuo (31 de octubre de 2016).

En este marco, las reuniones del G20 que tuvieron lugar durante la presidencia de Trump profundizaron la tendencia hacia la proclamación de declaraciones vacías,¹³ pero en un escenario singular de

¹³ La ampliación del consorcio a los emergentes tuvo como consecuencia una pérdida de eficacia a la hora de fijar objetivos para la administración del mundo.

pérdida de poder norteamericano, la entronización de Beijing como potencia alternativa y en conflicto con aquel, el ascenso de fórmulas extremistas en los gobiernos de los países centrales y un retroceso generalizado de aquella organización en el ámbito internacional.

Esperemos que esta prolongada crisis que generó el neoliberalismo no abra las puertas a una situación similar a la de la última entreguerra, cuando el ascenso del totalitarismo nazi-fascista llevó a la última confrontación mundial. Para que ello no ocurra, el rol de los actores beneficiarios será determinante en el rumbo que se adopte, como impulsores de una transformación política interna que cambie a los repartidores inferiores y supremos en el escenario internacional.

Capítulo 11

Los subsistemas de la Guerra Fría (1945-1980): El caso del conflicto árabe-israelí

Si bien el sistema global de la última posguerra era universal y militarmente bipolar, estuvo, como dijo Raymond Aron, “compuesto de subsistemas” (2002, p. 494). La existencia de estos últimos se expresaba en que la voluntad de las superpotencias de poner todos los acontecimientos mundiales bajo la lógica de su confrontación, gracias a su poder militar, no se tradujo necesariamente en todas las áreas “en una capacidad proporcional de poder político o de influencia moral” (Aron, 1976, p. 163).¹

Pero estos subsistemas fueron heterogéneos, ya que no respondieron a un mismo patrón de comportamientos (Aron, 2002, p. 495), y por ese motivo su caracterización resultó ambigua y sus límites, imprecisos: “el equilibrio de fuerzas locales es el factor decisivo de la coyuntura; ese equilibrio no puede, sin embargo, ser considerado con la abstracción de los datos de carácter mundial” (Aron, 2002, p. 494).

Como afirmó Zidane Zeraoui de estos conflictos “en el fondo del problema es de origen local y muchas veces territorial, aunque recubre ambiciones hegemónicas regionales” pero su solución “de-

¹ Dentro de estos procesos podemos incluir los conflictos árabe-israelí y el indo-paquistaní, y podríamos sumar a este lote el chino-soviético, aunque por una cuestión de espacio nos concentraremos sólo en el primero.

pendió más de Moscú y de Washington que de la participación local” (2004, p. 28).

Creemos que su existencia se debió a los dos planos en los que se constituyó la Guerra Fría, identificados por Jaguaribe: (1) *entre las superpotencias* que determinan el sistema internacional por su oscilación entre fases de cooperación y de conflicto; (2) *la centro-periferia*, que existe en todos los sistemas imperiales; aunque puede haber diferencias de acuerdo con cada período histórico (1979, p. 94).²

A nuestro entender, los subsistemas se desarrollaron por la interacción de ambos planos. Los repartidores supremos del sistema³ buscaron afiliarlos a cada campo, cuestión que generó una disputa por el dominio de esos espacios que podría desestabilizar el régimen internacional. Pero, por otro lado, los actores periféricos involucrados en ellos perseguían mantenerse al margen y no ser forzados a algún alineamiento (Puig, 1984, pp. 87-99).

Para comprender el funcionamiento de este subsistema es necesario ver el proceso de descolonización y cómo el accionar de las antiguas metrópolis influyeron en su formación.

El proceso de descolonización: características generales

Este proceso se materializó al finalizar la Segunda Guerra Mundial, aunque algunas de sus raíces las encontramos en el anterior conflicto bélico mundial.

Luego del proceso de formación de los imperios capitalistas modernos durante el último cuarto del siglo XIX, fue cuando aparecieron

² El conflicto principal Este-Oeste estaba atravesado por otro de características Norte-Sur.

³ Para Puig, existe en el sistema internacional una división de funciones caracterizada por tres grupos de actores: los primeros, los repartidores supremos, son los gobernantes de las superpotencias mundiales y quienes toman decisiones y supervisan su cumplimiento; los repartidores inferiores son los mandatarios de los demás Estados, que ejecutan esas decisiones; y finalmente, el resto de los habitantes del mundo, son los beneficiarios, los que obedecen (Puig, 1980, p. 141).

diversas formas de resistencia ante él.⁴ Como ha señalado Eric Hobsbawm, el fin de la Gran Guerra fue el verdadero puntapié inicial con la desaparición de los Imperios Alemán, Austrohúngaro y Otomano, y la mutación del Zarista en la URSS.

Ello produjo un aumento de las unidades políticas que intervenían en el concierto global, aunque muchas de ellas se formaron sobre las fronteras fijadas por el imperialismo europeo decimonónico.⁵

El Segundo Reich no sólo se convirtió en una República, sino que también perdió sus colonias de ultramar; el Austrohúngaro se dividió en una diversidad de nuevos Estados en Europa Central y Oriental, y el Otomano también se transformó en un Estado nacional, reducido a la meseta de Anatolia y una pequeña porción europea.

En cambio, los franceses e ingleses, fundamentalmente, vieron acrecentado temporariamente su poder con la administración de aquellas colonias de las potencias derrotadas, bajo el régimen conocido como de “mandatos”, aunque se habían comprometido a otorgarles su independencia.⁶

El otro golpe al sistema imperial europeo lo dio la crisis de 1929, ya que erosionó la relación entre las elites metropolitanas y las coloniales, por los efectos del deterioro de los términos del intercambio, que hicieron que sectores de estas últimas se aliaran con las masas locales y dieran mayor volumen a la resistencia contra el dominio del Viejo Continente en la periferia, con lo que fortalecieron la idea de independencia.

Por otro lado, hubo una afirmación del rol económico mundial de los Estados Unidos que puso en evidencia la pérdida de influencia

⁴ El carácter disociador de ese nuevo orden se observó en lo que Hobsbawm, tomando de Marx, señaló como la sexta potencia (Hobsbawm, 1989).

⁵ Los países firmantes del documento inicial de las Naciones Unidas en 1945 fueron 51; hoy son más de 193 miembros.

⁶ Existía un compromiso con la Liga de las Naciones, que supervisaba el cumplimiento de aquel a través de una comisión permanente.

de las antiguas potencias metropolitanas en el ámbito comercial y productivo.

En el conflicto iniciado en 1939, ambos bandos aportaron estímulos para favorecer la independencia del mundo colonial. Toda la propaganda de los nazis en favor de la independencia de las colonias inglesas, como ocurrió con los árabes, complicó a los británicos en los territorios bajo su mandato.⁷ Desde el campo de los aliados, las ideas de liberación del yugo nazi de los países metropolitanos también operaron como estímulo de lo propio para las colonias.

Otro dato cardinal fue la coincidencia norteamericana y soviética respecto de los viejos imperios coloniales europeos que, como se observó en las diversas reuniones de los aliados (El Cairo, Teherán, Yalta y Potsdam), favorecían su liquidación.⁸

El conflicto árabe-israelí

Hubo hasta 1973 cuatro conflictos protagonizados por árabes e israelíes como consecuencia del desastroso fin del mandato británico en Palestina (Rogan, 2012). Desde su instauración, los británicos tuvieron que enfrentar una oposición árabe –que los acusaba de no haber cumplido su promesa de formar un Estado para ellos luego de la Primera Guerra Mundial–,⁹ sumada a la creciente migración judía

⁷ Era un mandato tipo A, por lo cual su independencia debía realizarse en un plazo perentorio.

⁸ Era este uno de los escasos compromisos que sobrevivió a la Primera Guerra Fría.

⁹ Esta promesa se contradujo con otras negociaciones impulsadas por Londres, como los Acuerdos Sykes-Picot firmados con Francia y la Declaración Balfour en 1917, que afectaron las esperanzas árabes de formar un Estado unificado. Los Acuerdos consistían en la división de los territorios del Levante en dos aéreas de influencia, una para cada potencia, al norte para París (los actuales Líbano y Siria) y al Sur para Londres (Palestina, la Mesopotamia y parte de la península arábiga). La Declaración fue producto de las negociaciones entre la Comisión Sionista de Londres y el gobierno británico durante la Primera Guerra Mundial; fue evaluada por los primeros como una

al territorio¹⁰ y los problemas que generó la adquisición de tierras por parte de ella.¹¹

En abril de 1936, luego de una serie de atentados árabes contra la autoridad del mandato, se pasó a una huelga general que paralizó la economía. Los británicos promulgaron el Reglamento de Emergencia, con el cual se militarizó el gobierno del territorio. Para agosto se abordaron conversaciones entre los británicos y los palestinos a través de la llamada Comisión Peel, que trataría el problema.¹²

La continuidad de la violencia llevó a reforzar la militarización en 1939 mediante los llamados Reglamentos de Defensa y los *White Paper*, que proponían la limitación de la inmigración judía y la compra de tierra como una concesión a los árabes. Esta última cuestión provocó a su vez la desobediencia judía y su oposición a la autoridad británica, por medio de organizaciones como el grupo *Irgún* (Organización Militar Nacional, conducido por Menájem Beguín), que consideraba a Gran Bretaña como ocupante ilegítima del territorio. En los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, los árabes se mostraron susceptibles a la propaganda del Eje, y ante el signo desfavorable del

excelente oportunidad de conseguir un compromiso de los segundos para la construcción de un Estado judío. Al concluir la Gran Guerra, esas potencias ocuparon esos territorios del Imperio Otomano bajo el régimen de mandatos, lo que fue ratificado por las Conferencias de Londres y San Remo, y el Tratado de Sèvres con Turquía, todos en 1920.

¹⁰ Su inmigración se vio estimulada no sólo por las promesas de Herzl de construir un Estado para los judíos, sino también por la expulsión de que eran objeto en toda Europa Central. Durante el mandato británico, la población judía, que en 1919 era el 10% de la población, pasó en 1939 al 31%.

¹¹ En los años treinta, la Agencia Judía compró unas 150 mil hectáreas, un cuarto de las disponibles para el cultivo, para su colonización. Esta se realizó bajo la forma cooperativa (*kibutz*), que excluyó a los lugareños no sólo de sus tierras sino también de los empleos que se generaron, lo que dio lugar a una creciente hostilidad árabe.

¹² Fue llamada así por Lord Peel, quien la encabezó. Peel consideró inviable el mandato y recomendó su división, cuestión que fue rechazada por los árabes.

conflicto en ese momento, los británicos pasaron a apoyar a la Unidad Árabe en la Declaración de Adén (1941). Pero cuando el conflicto viró favorablemente hacia los Aliados, entre 1943 y 1944, volvieron a la idea de la partición.¹³

En 1946 el Comité Anglo-norteamericano derogó los *White Paper*, aceptando la inmigración de 100 mil judíos europeos que encolerizó a los árabes. Sin posibilidades, el control del territorio fue transferido al Comité Especial de las Naciones Unidas (UNSCAP) que elaboró una propuesta de división para Palestina.¹⁴

La Guerra de Independencia (1948-1949) surgió del rechazo a aceptar la partición resuelta por las Naciones Unidas (Resolución N° 181/1947), por la que se dividió el territorio en dos: una parte judía (56% del territorio) y otra árabe (43%), más un territorio internacional, la ciudad de Jerusalén (1%).¹⁵ Los problemas fueron: la ocupación y confiscación de tierras palestinas, la situación de los refugiados (ascendieron a 300 mil en esos momentos), las condiciones civiles y políticas para los árabes en Israel y su régimen de tierras.

La victoria israelí llevó a éstos a rechazar, en la Conferencia de Laussana (1949), la partición y consolidar el 70% del territorio del antiguo mandato. El 30% restante fue ocupado por Jordania (Cisjordania) y Egipto (Gaza).

Por otro lado, en el mundo árabe esto tuvo consecuencias, ya que terminó con la monarquía egipcia y permitió la aparición del partido

¹³ En esos momentos los Hermanos Musulmanes, organización creada por Hasan Al-Bana en los veinte y que en la década siguiente había afirmado sus principales características (ideología activa, estructura organizativa, liderazgo carismático, gran cantidad de seguidores y orientación pragmática), quisieron impulsar un Estado Islámico, lo que los enfrentó a “los británicos y la monarquía egipcia (corrupta y prooccidental)” (Marín, Guzmán, 2005, p. 122).

¹⁴ En 1946 ya se había dado una primera división del mandato en torno al territorio de Transjordania (luego Jordania), que consiguió su independencia.

¹⁵ La población sumaba 1.200.000 árabes palestinos y unos 700 mil judíos.

Baaz, encabezado de Gamal Nasser, que dentro de su programa de industrialización impulsó la nacionalización del Canal de Suez. Esto llevó a una crisis que dio lugar a una nueva confrontación, además de problema específicos como la cuestión del Sudán¹⁶ y la militarización del Canal.¹⁷

El 23 de julio de 1952 los militares nucleados en el Movimiento de Oficiales Libres (MOL) derrocaron a la monarquía y proclamaron una república cuya Presidencia estuvo a cargo de Muhammad Naguib. Gamal Abdel Nasser ocupó un segundo plano, como Presidente del Consejo Directivo de la Revolución. Como parte de la consolidación del nuevo poder político se tomaron una serie de medidas: 1) fin de los títulos nobiliarios turcos; 2) división de la tierra; 3) se declaró fuera de la ley a los Hermanos Musulmanes y 4) se inició un proceso de industrialización (Marín Guzmán, 2005).

El 29 de octubre de 1954 se produjo el alejamiento de Naguib y la asunción de Nasser, tras un atentado de los Hermanos Musulmanes contra éste. A partir de ese momento se ejerció el poder de manera total. Según Roberto Marín Guzmán, la llegada de Nasser no disminuyó las tensiones con el poder político de los Hermanos Musulmanes, que venían desde los años treinta, a pesar de que “coincidían en muchos aspectos de sus luchas”; sin embargo, “existió una oposición al creciente secularismo del gobierno del Rais” (Marín Guzmán, 2005, p. 122).

Para garantizar el proceso de industrialización, el Rais acudió primero a Estados Unidos con el objetivo de conseguir financiación

¹⁶ El Condominio del Sudán se regía por los acuerdos de 1891 y el Tratado de 1936. Egipto reclamó la unidad del Valle del Nilo; desde 1949, Gran Bretaña apoyó el autogobierno, primero, y luego la independencia de ese país. En 1953, las negociaciones llegaron a liquidar el condominio por un régimen transitorio, que permitió la llegada de la independencia en 1956.

¹⁷ La militarización del Canal de Suez resuelta por Gran Bretaña provocó una manifestación de repudio que fue reprimida por la monarquía. Tras ello, se puso fin al reinado de Farak.

para la construcción de la represa de Asuán, pero el acceso a ella estuvo condicionada a la participación del país en el Acuerdo de Bagdad (1955). Ante su afirmación de su política neutralista, Washington decidió no colaborar con el emprendimiento y acercó a El Cairo a Moscú. Para resolver la financiación de la obra hidráulica, decidió la nacionalización del Canal de Suez y su ocupación efectiva.

En esta Crisis de Suez (1956) los israelíes acompañaron a franceses e ingleses, que eran los dueños de las acciones de la concesionaria, pero recibieron el rechazo de las superpotencias, lo que permitió la victoria del presidente egipcio y la promoción de su modelo nacionalista, y luego socialista, por el Mundo Árabe.¹⁸

Ello le permitió la formación de la República Árabe Unida (RAU) en 1958 gracias a la suma de Siria, aunque rápidamente, en 1961, se desvaneció el sueño panarabista a causa de las desconfianzas nacionalistas en ambos países.

Nasser desarrolló su programa bajo la consigna de la creación de un socialismo árabe con estatizaciones, cuyo objeto era crear una nueva burguesía que fuera la expresión del nuevo régimen y que reemplazase a la tradicional, tanto en el ámbito urbano como rural.¹⁹

Hasta 1967 los árabes habían funcionado “monolíticamente” pero a partir de estos sucesos Túnez, Líbano, Kuwait y Arabia Saudita tomaron distancia del conflicto por la decisión explícita de los Estados Unidos de apoyar a Tel Aviv.

Los palestinos tomaron un mayor protagonismo en el conflicto con la fundación de la Organización para la Liberación de Palestina

¹⁸ Su política neutralista se materializó en la creación del Movimiento de No Alineados en 1955. Los sucesos de Suez incrementaron su prestigio más allá del Mundo Árabe.

¹⁹ La relación con los grupos islamistas en general, y con los Hermanos Musulmanes en particular, osciló entre el entendimiento y la persecución, cuestión que llevó a una radicalización de estos grupos inspirados en las doctrinas de Al Bana y Sayyid Qutb.

(OLP) en mayo de 1964. Fue bajo los auspicios de la Liga Árabe y estuvo inspirada en los otros movimientos del Tercer Mundo y a favor de la lucha armada.

El conflicto de 1967, conocido como Guerra de los Seis Días, significó no sólo la ocupación del resto del territorio del antiguo mandato, sino también de la Península del Sinaí (Egipto) y de los Altos del Golán (Siria). Hubo también problemas jurisdiccionales con Jordania a causa del Río Jordán.

Este nuevo fracaso causó cambios en el Mundo Árabe. El Baas llegó al poder en Irak; el Grupo de Oficiales Libres en Libia en 1968; al año siguiente se afirma en el poder en Sudán y en 1970 se produce el ascenso de Hafez El-Asad en Siria. Sin embargo, aquí comenzó la decadencia del nacionalismo árabe y el ascenso del islamismo político. Como sostuvo Guzmán Marín:

Tras la derrota en la Guerra de los Seis Días, el gobierno desarrolló una propaganda religiosa para calmar las críticas frente al conflicto, ya en 1958 se había declarado a la Revolución como “Bendita”, pero los HM afirmaron que ella se debía al alejamiento del gobierno de los principios religiosos (Marín Guzmán, 2005, p. 128).

En 1969, el grupo dirigido por Yasser Arafat, Al Fatah, tomó el control de la OLP y orientó su lucha contra el Estado israelí, al que consideraba parte de un sistema teocrático y expansionista. En 1974, la Asamblea General de la ONU consideró a Al Fatah como única representante del pueblo palestino y le otorgó el carácter de entidad observadora.²⁰

Con la muerte de Nasser y la asunción de Anwar El-Sadat se iniciaron cambios internos en Egipto: la *desnasserización* de la política,

²⁰ Este estatus lo mantuvo su sucesora, la Autoridad Nacional Palestina, hasta 2011, cuando fue reconocida como un Estado observador no miembro, que reafirmaba el derecho palestino a su autodeterminación e independencia de acuerdo con las fronteras de 1967.

la economía y la sociedad; la aplicación de un nuevo programa económico, la *Infitah* (apertura), con giro hacia Occidente y en particular hacia las inversiones norteamericanas; acercamiento a los Estados Unidos por apoyo económico, político y militar y alejamiento de la URSS; impulso de un sistema de partidos políticos con sufragio libre y representación en la Asamblea del Pueblo (Marín Guzmán, 2005, pp. 160-162).

La nueva guerra de 1973, de Yom Kippur, reeditó la victoria israelí y generó la respuesta árabe a través de la OPEP a los Estados que lo habían apoyado.

En 1974, El-Sadat buscó caminos para negociar la paz con Israel, ya que no pudo sostener el gasto militar creciente.²¹ Tres años después comenzaron a sentirse los efectos de las políticas económicas, con grandes manifestaciones contra el gobierno. El presidente egipcio viajó a Tel Aviv con el objetivo de recuperar el Sinaí y tratar el problema palestino. El gobierno israelí procuró quebrar el asedio,²² y gracias a la mediación norteamericana se llegó a Camp David. Aquí culminó la negociación, con el compromiso de una entrega por etapas de la península y su reconocimiento del Estado judío.²³

La OLP no se mantuvo al margen de la crisis de los movimientos nacionalistas del mundo árabe por las derrotas de la Guerra de los Seis Días y la de Yom Kippur, y por el alejamiento de Egipto del conflicto por los acuerdos de Camps David en 1978. Este descenso fue acompañado por la aparición del islam político, que surgió como una alternativa política a ella. En ese tiempo, el gobierno israelí “alentó el

²¹ Sin embargo, la ayuda militar norteamericana fue creciente; por otra parte, los soviéticos consolidaron su alianza con Siria para no perder influencia en la región.

²² El Estado israelí buscó superar el estado de guerra permanente de carácter interestatal, que era su amenaza más directa y motor del subsistema (Aron, 2002, p. 494), y tras ello, el conflicto se convirtió en uno de baja intensidad.

²³ Esta política no fue acompañada por los grupos islámicos (Marín Guzmán, 2005, p. 172).

funcionamiento y desarrollo de la vertiente islámica” para contrarrestarla (Brieger, 1996, p. 27).

Con el triunfo de la Revolución Iraní, los Hermanos Musulmanes creyeron que era posible tomar el poder en Egipto para fundar un Estado Islámico en el que la Sharía tendría vigencia. El-Sadat trató de apoyar ciertas reformas en esa dirección, pero contó con la oposición copta y de islamistas liberales. Finalmente, en 1981, lo asesinaron milicianos islámicos por no aplicarlas y por su tratado con Israel (Marín Guzmán, 2005, pp. 170-178).

Reflexiones finales

Como ya se ha indicado, este texto se escribió bajo una referencia implícita a la obra de Carr. A ella se debe tanto a cierta semejanza en los procesos descritos por él y de los que se ha dado cuenta aquí (escenarios internacionales que enfrentan una larga transición que no fue o es bien percibida por sus contemporáneos, muy entusiasmados por ideas de moda), como también a un modo de análisis por el cual los temas globales son vistos bajo la lupa de una forma de entender el mundo como una disputa de poder con diversos planos políticos, económicos y sociales que se entrelazan y condicionan mutuamente.

La construcción de esta historia global reciente ha sido uno de los retos que nos hemos impuesto para observar la estructura y la dinámica de los sucesos acaecidos desde 1973 y que marcan nuestro mundo actual.

Escribir esta historia global reciente hizo necesario ensayar y probar frente a la versatilidad del presente que nos ubica como historiadores de nuestro tiempo y nos ata a él, pero esto último no le quita el aporte de algunos elementos más o menos perdurables que podamos aportar.

Tratamos el funcionamiento de los asuntos mundiales en un formato histórico y temporal que permitió observarlos más allá de la coyuntura y la descripción, en un registro más general. En este registro, como ya dijimos con una cita de José Luis Romero, el estudio y el análisis no estuvieron ajenos a nuestras emociones y sentimientos. Y ellos fueron el motor de cierta pulsión para dar cuenta de lo acontecido, como lo señaló Michel Foucault en sus escritos sobre la revolución

iraní: “No sé hacer la historia de futuro. Y soy un poco torpe en prever el pasado. Sin embargo, quisiera ensayar la forma de esto que está por pasar, pues estos días nada termina y los dados siguen rodando” (1995, p. 714).

Pero las dificultades que enfrentamos como historiadores no quedan reducidas a una cuestión personal, sino que ellas trasuntan una cuestión epistémica, la de dar cuenta de una “doble ausencia” señalada por Rancière (1993, pp. 81-82): la de lo transcurrido, aquello que en el pasado está vivo, como la de su forma de contarlos, que suscitaron nuestro interés por buscar nuevos horizontes para abordarlos.

Este pasado próximo debe ser un territorio que los historiadores no debemos dejar a un lado, para expresar nuestras perplejidades y nuestra opinión bajo el prisma de los elementos que nuestro oficio nos provee, y mediante ellos reflejar esa tensión entre lo que uno vive y lo que uno aprende.

Como se ha señalado, muchas fuerzas continúan moldeando nuestro tiempo. Este libro concluye con un capítulo sobre las perplejidades que azotan a los Estados Unidos para mantenerse en el centro de la escena.

Es cierto que aún no podemos ver ciertas perspectivas para evaluar la gestión de Donald Trump y su impacto presente y futuro sobre el sistema mundial. Presentó algunos rasgos aislacionistas, como lo podría refrendar con la retirada de Siria, donde Washington jugó a favor de los intereses de sus dos socios en la región (Arabia Saudita e Israel), y el incremento de la presión sobre el régimen venezolano, situación en la que se mezclaron sus necesidades energéticas con sus ideas de “patio trasero”.

El único plano en el cual sus pretensiones globales continuaron intactas es la desnuclearización. Las presiones sobre Corea del Norte e Irán continuaron ejerciéndose, ya que sigue siendo el pilar fundamental de la distribución de poder (Puig, 1980).

Pero el ascenso de Trump debilitó al núcleo neoliberal occidental, no porque pretendiera un camino distinto de desarrollo económico,

sino por la impugnación de sus características multilaterales a favor de las bilaterales.

Reconocemos que hay por lo menos cuatro fenómenos que hemos marginado y que resultan relevantes para comprender el mundo actual: las revueltas árabes, el *Brexit*, la guerra separatista en Ucrania y la crisis migratoria.

El primero de ellos, las Revoluciones del Jazmín que enarbolaron como premisa la incorporación del Mundo Árabe a los logros políticos de la Posguerra Fría, exigiendo una mayor democratización, resultó más una promesa que una realidad. Nacidas al calor de la suba de alimentos por la Crisis de 2008,¹ de la aplicación de la Doctrina Obama en la Guerra contra el Terrorismo (que buscaba conciliar el Islam con los derechos humanos)² y de la utilización de redes sociales como motor de las movilizaciones, sus resultados estuvieron muy por debajo de sus expectativas.³

Los reclamos de mayor democratización quedaron rezagados en una suerte variopinta de resultados: en algunos casos se encauzaron internamente y en otros, con intervención externa. En Túnez, que islamizó su Carta Magna, o en Egipto, donde fueron abortados por un golpe de Estado, primaron los factores propios.⁴

¹ Como se indica en el capítulo pertinente a ese *crack*, los fondos de inversión se orientaron hacia los *commodities*, que impactaron en los precios de los alimentos en toda la periferia, y el Magreb no fue la excepción. Incluso el hecho que desató toda la revuelta, la inmolación de Mohamed Bouazizi, un joven universitario que subsistía de la venta de productos hortícolas, resultó significativo de esta situación.

² Con la llegada del demócrata existió un cambio en la estrategia de lucha contra el terrorismo. Obama buscó conciliar el islamismo político con los derechos humanos y así diferenciarse de George W. Bush. Ello se vio plasmado en su discurso en la Universidad de El Cairo el 4 de junio de 2009.

³ Los sectores medios, que eran el núcleo de las protestas, utilizaron su acceso a celulares, tablets y demás dispositivos digitales para motorizar las revueltas y darle contenido.

⁴ El régimen de Mubarak tuvo que enfrentar manifestaciones que se concentra-

Podríamos decir que la acción internacional frente a estos acontecimientos fue hemipléjica: en algunos casos, como Yemen o Baréin, tuvo poco o ningún celo por defender a esos pueblos,⁵ mientras que, en otros, como Libia o Siria, se privilegiaron los intereses de sus socios regionales, volviéndose implacables.⁶

La decisión de David Cameron de convocar a un *referéndum* para definir la situación de Gran Bretaña en la Unión Europea ha generado, a partir de su realización, una novela de enredos. Aunque es un proceso que culminó, el resultado a favor de la salida del mercado regional resultó significativo, ya que muestra las tensiones existentes en esa sociedad sobre su integración al mercado comunitario y mundial, que acercaron a las mayorías a un discurso claramente extremista ante el vacío de propuestas progresistas en la materia.

En cuanto a Ucrania, el triunfo de la Revolución del Maidán⁷ llevó a la salida del Presidente prorruso Víktor Yanukóvich y la llegada al gobierno de Petro Proshenko en 2014. Este impulsó un acercamiento con la Unión Europea, pero agudizando las tensiones con las regiones rusófonas del país (Donetsk y Lugansk). Rápidamente se inició una escalada de violencia que tomó forma de guerra secesionista, alentada también por la anexión de la Federación Rusa de Crimea en abril de

ron en la Plaza de Tahir y que terminaron derrocándolo. La llegada al poder de los Hermanos Musulmanes, con Mohamed Morsi como Presidente, desató un clima de persecución religiosa y cierta tensión en la relación con Israel y los aportes norteamericanos para el ejército. Estos factores contribuyeron a la intervención militar que derrocó al electo jefe de Estado e instaló en el poder al general Abdul Al-Sisi.

⁵ Aquí, las masas que reclamaban eran chiitas contra autoridades sunnitas, y el temor de la extensión del poder iraní hizo que ellas fueran ignoradas.

⁶ En ambos casos se enarboló el derecho a proteger, aunque sólo en la situación de Trípoli se logró aval internacional, que terminó con el régimen de Gadafi y produjo una virtual desaparición del Estado. El segundo caso presentó una acción más decidida de la Federación Rusa en favor de Al Asad y, a pesar de la emergencia del Daesh, pudo poner fin a la guerra civil tras 8 años.

⁷ Estos sucesos se desarrollaron entre fines de 2013 y principios del año siguiente.

2014. Kiev y sus aliados occidentales acusaron a Putin de estar detrás de estos acontecimientos, lo que llevó a diversos momentos de tensión.⁸

Por último, la crisis migratoria producto de ese mismo proceso afecta al África subsahariana⁹ y a otras regiones del planeta, como Centroamérica y el Caribe.¹⁰ La destrucción de los mercados nacionales en función de la apertura fue el promotor principal de estas movilizaciones masivas en sociedades cuyas actividades económicas rentables se relacionan con la ilegalidad y la violencia. Pero también hubo otros elementos, como la guerra civil en Siria, que proporcionó millones de personas a la marea humana que huye de sus lugares de origen. O incluso la desaparición del Estado en Libia, que proporcionó un corredor hacia el Mediterráneo y generó ganancias para organizaciones delictivas o terroristas con el tráfico de personas.

No nos encontramos frente a una situación fácil de definir. Por ello, cerramos provisionalmente estas reflexiones, para las cuales nos resulta estimulante la tesis del libro más famoso de Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias* (1988), que estudió los diversos momentos del declive de las naciones rectoras del planeta desde el

⁸ Recuérdese que Rusia fue excluida del G8 por la interpretación que hicieron las potencias tradicionales de que había estado detrás de estas acciones.

⁹ En el Mediterráneo tenemos dos núcleos que generaron estas movilizaciones desde el África subsahariana y Siria. En el primero de los casos, la existencia de las guerras civiles endémicas potenciadas por su marginación del nuevo orden económico mundial, aunque la disputa entre Occidente y China podría potenciar su rol de proveedor de recursos energéticos y alimentarios que empujan a miles de personas hacia Europa. En el caso de Siria, fundamentalmente la guerra civil es el factor de expulsión de personas hacia países vecinos, como una primera escala, y luego hacia Europa.

¹⁰ En el caso de la frontera entre México y Estados Unidos, estos movimientos migratorios están impulsados por la desestructuración de sus agriculturas y generados por diversos tipos de acuerdos de libre comercio con Washington. Estos convirtieron a países agrícolas en importadores de alimentos. Otro gran expulsor de población en la región es Venezuela, a causa de la crisis humanitaria que allí se está viviendo.

siglo XIV. La actividad económica resultó central para mantener ese estatus, y su expansión generó tantos intereses diversificados que, para defenderlos, debían incrementar su gasto militar hasta un punto en el que éste afectaba mortalmente a aquella, y comenzaban las señales del declive. ¿Le habrá llegado el momento a la nación victoriosa de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría?

Referencias bibliográficas

- Aganbegyan, A. (1990). *La Perestroika económica. Una revolución en marcha*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Aguirre, M. (30 de marzo de 2006). La nueva estrategia defensiva de la Casa Blanca. *Debate*, pp. 48-49.
- Amin, S. (2001). Islam político y globalización imperialista. *Cuestiones de América*, 6. Recuperado de <http://www.cuestiones.ws/revista/n6/nov01-amin.htm>
- Amin, S. (2007). Reflexiones a propósito de África codiciada. El desafío pendiente. En C. Tablada, R. Smith y F. Houtart, África codiciada. El desafío pendiente (pp. 7-21). Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana.
- Amorin, C. (8 de agosto de 2004). La nueva multipolaridad triunfa en el comercio internacional. *Clarín*, p. 36.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.
- Anderson, P. (2000). Neoliberalismo: balance provisorio. En E. Sader y P. Gentili, *La trama del neoliberalismo*. Buenos Aires: Eudeba.
- Anton, M. (2017). America and the Liberal International Order. *American Affairs*. I(1), 113-125.
- Aron, R. (1976). *La república imperial*. Madrid: Alianza.
- Aron, R. (1983). *El Observador comprometido*. Buenos Aires: Emecé.
- Aron, R. (1985). *Paz y guerra entre las naciones. I. Teoría y sociología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Aron, R. (2002). *Paz e guerra entre as nações*. São Paulo: Editora Universidade de Brasília.

- Arrighi, G. (1999). *El largo siglo XX*. Madrid: Akal.
- Arrighi, G. (2007). *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del Siglo XXI*. Madrid: Akal.
- Azcárate, B. y Montesa, F. (2015). Una OTAN de la economía. *Le Monde Diplomatique*. Edición Española, 240. Recuperado de <https://mondiplo.com/una-otan-de-la-economia>
- Bailey, P. J. (2002). *China en el Siglo XX*. Barcelona: Ariel.
- Balta, P. (1994). Ruhollah Jomeini, Savonarola del Islam. En *Islam. Civilización y sociedades* (pp. 135-150). Madrid: Siglo XXI.
- Barracough, G. (1985). *Introducción a la historia contemporánea*. Madrid: Gredos.
- Baudrillard, J. (1991). *La Guerre du Golfe n'a pas eu lieu*. París: Galilée.
- Baudrillard, J. (1993). *La Ilusión del fin. La Huelga de los acontecimientos*. Barcelona: Anagrama.
- Baudrillard, J. (4 de mayo de 1999). La guerra de los cómplices. *Página 12*, p. 19.
- Bermúdez, I. (16 de febrero de 2009). Las cifras de la burbuja financiera. *Clarín*. Suplemento Económico, p. 2.
- Bernal-Meza, R. (2018). Dos aportes teóricos latinoamericanos de relaciones internacionales y su utilización por el pensamiento chino contemporáneo: los casos de Prebisch y Escudé. *Revista de Estudios Sociales*, 64, 75-87. <https://doi.org/10.7440/res64.2018.06>
- Bishara, M. (2001). La era de las guerras asimétricas. *Le Monde Diplomatique*. Edición Argentina. *El Diplo*, 111, 6-7.
- Blair, T., Kok, W., Persson, G. y Schoeder, G. (19 de septiembre de 2000). El Manifiesto Progresista. *Clarín*. Opinión, p. 23.
- Brieger, P. (1996). *¿Guerra Santa o Lucha Política?*. Buenos Aires: Biblos.
- Britto García, L. (1990). *El imperio contracultural del rock a la posmodernidad*. Caracas: Nueva sociedad.

- Borón, A. (2002). *Imperio & imperialismo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Bosoer, F. (1 de abril de 2017). La tercera ola “neocon” llegó a la Casa Blanca. *Ñ. Revista de Cultura*, p. 30.
- Brzezinski, Z. (1988). *El juego estratégico*. Buenos Aires: Planeta.
- Buffa, D. y Becerra, M. J. (2010). Ruanda en perspectiva. *Estudios, Número Especial África y Medio Oriente: debates y problemáticas contemporáneas*, 71-82. <https://doi.org/10.31050/re.v0i0.9428>
- Carr, E. H. (2004 [1939]). *La crisis de los veinte años (1919-1939): una introducción al estudio de las relaciones internacionales*. Madrid: La Catarata.
- Carrère D’Encausse, H. (1981). *L’Empire éclaté. La révolte des nations en U.R.S.S.* París: Flammarion.
- Carrère D’Encausse, H. (1991). *El triunfo de las nacionalidades. El fin del Imperio soviético*. Madrid: RIALP.
- Cassen, B. (2009). Nuevas coreografías en el ballet de los “G”. *Le Monde Diplomatique. Edición Argentina. El Diplo*, 124, 16-17.
- Castoriadis, C. (1986). *Ante la guerra*. Barcelona: Tusquets.
- Castoriadis, C. (1990). El desmoronamiento del marxismo-leninismo. *Punto de vista. Revista de Cultura*, XIII(37), 4-6.
- Castoriadis, C. (2009). Los movimientos de los años sesenta (1986). En E. Morin, Cl. Lefort, y C. Castoriadis, *Mayo del 68: la brecha*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cervo, A. L. (2003). Política exterior e relações internacionais do Brasil: enfoque paradigmático. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 46(2), 5-25.
- Chabal, P. (2007). Las políticas de la violencia y conflicto en el África contemporánea. *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, 6. Recuperado de: <https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales/article/view/4947>
- Chauí, M. (1989). *Cultura y democracia*. San Pablo: Cortéz.
- Chiclet, C. (1996). La question albanaise, autre piège des Balkans. *Le Monde Diplomatique*, 512, 11.

- Chomsky, N. (2002). *Estados canallas*. Buenos Aires: Paidós.
- Clemens, S. C. (2001). La ceguera del Imperio. *Le Monde Diplomatique. Edición Argentina. El Diplo*, 111, 4-5.
- Clinton, B. (28 de septiembre de 2000). Por fin China entró al Mundo. *Clarín*, p. 31.
- Cohen, Leonard J. (2001). Bosnia y Herzegovina: una paz en un estado dividido. En M. Aguirre (Ed.), *Raíces de los conflictos armados* (pp. 81-102). Madrid: Icaria.
- Cohn-Bendit, D. (1987). *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*. Barcelona: Anagrama.
- Colombo, F. (1990). Poder, grupos y conflictos en la sociedad neofeudal. En U. Eco, F. Colombo, F. Alberoni y G. Sacco, *La nueva Edad Media* (pp. 35-72). Madrid: Siglo XXI.
- Comaroff, J. y Comaroff, J. (2013). *Teoría desde el sur. O cómo los países centrales evolucionan hacia África*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- De Benoist, A. (1982). *La Nueva Derecha. Una respuesta clara, profunda e inteligente*. Barcelona: Planeta.
- De La Gorce, P-M. (1997). L'OTAN aux portes de la Russie. *Le Monde Diplomatique*, 520, 10-12.
- De la Gorce, P-M. (1999). Histoire secrète des négociations de Rambouillet. *Le Monde Diplomatique*, 542, 4-5.
- Deng X. (1987). *Problemas fundamentales de la China de hoy*. Beijing: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Derrida, J. (1995). *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. Valladolid: Frotta.
- Donnan, S. (11 de diciembre de 2017). Trump cuestiona a la OMC y le provoca una crisis de identidad. *El Cronista*. Recuperado de: <https://www.cronista.com/financiamtimes/Trump-cuestiona-a-la-OMC-y-le-provoca-una-crisis-de-identidad-20171211-0014.html>
- Engelhardt, T. (1997). *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la guerra fría y el desencanto de una generación*. Buenos Aires: Paidós.

- Estefanía, J. (2018). Diez años bastan. *Babelia*, 1398, 2-3.
- Faroughy, A. (2015). La Fragua de la Revolución Islámica. *Le Monde Diplomatique. Explorador. Tercera Serie. Irán en el centro de las tormentas* (pp. 17-21). Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Fazio Vengoa, H. (1999). *El Sur en el nuevo sistema mundial*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ferguson, N. (2009). *Historia del dinero*. Buenos Aires: Debate.
- Feron, B. (1995). *Yugoslavia, orígenes de un conflicto*. Madrid: Salvat.
- Ferrer, T. (18 de marzo de 2018). Tambores de acero para una guerra comercial. *El País. Negocios*, pp. 2-5.
- Finkelkraut, A. (1982). *La nueva derecha norteamericana*. Barcelona: Anagrama.
- Foucault, M. (1995). *Dits et écrits 1954-1988* (t. III, 1976-1979). París: Gallimard.
- Frachon, A. y Vernet, D. (2006). *La América Mesiánica. Los orígenes del neoconservadurismo y las guerras del presente*. Barcelona: Paidós.
- Fraser, N. (2019). *¡Contrahegemonía ya!*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fukuyama, F. (1990). ¿El fin de la historia? *Babel. Revista de libros*, II(14), 20-26.
- Fukuyama, F. (2007). *América en la encrucijada. Democracia, poder y herencia neoconservadora*. Buenos Aires: Ediciones B.
- Furet, F. (1995). *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. México: FCE.
- Gaetner, G., Nouzille, V. y Pasquier, S. (27 de septiembre de 2001). L'argent du terroriste milliardaire. *L'Express*, pp. 22-24.
- Garton Ash, T. (2000). *Historia del presente*. Madrid: Tusquets.
- Gasiorowski, M. (2015). La CIA derroca a Mossadegh. *Le Monde Diplomatique. Explorador. Tercera Serie. Irán en el centro de las tormentas* (pp. 13-15). Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Giddens, A. (1998). *La Tercera vía. La renovación en la socialdemocracia*. Madrid: Taurus.

- Godio, J. (1983). *La socialdemocracia en la Argentina*. Buenos Aires: Cid Editor.
- Goldstein, S. M. (1989). Diplomacia en medio de la protesta: la cumbre sino-soviética. *Problemas Internacionales*, XXXVIII(5), 51-75.
- González, A. (24 de octubre de 2010). La década perdida de Italia y Portugal. *El País. Negocios*, 1303, p. 6.
- González, M. (2006). El idealismo estadounidense y la generación de la imagen del enemigo. En Z. Zeraoui y F. Montiel, F. (Coords.). *La guerra contra el Terror. Estados Unidos, Afganistán y la lucha contra el terrorismo* (pp. 57-100). México: Arirrete-Tecnológico de Monterrey.
- Gorbachov, M. (1986a). *Política de paz y progreso social*. Buenos Aires: Cartago.
- Gorbachov, M. (1986b). *Informe político del Comité Central del PCUS al XXVII Congreso del Partido*. Moscú: Nóvosti.
- Gorbachov, M. (1987). *Perestroika. Nuevas ideas para nuestro país y el mundo*. Buenos Aires: Emecé.
- Gorbachov, M. (1991). *El Golpe de Agosto*. Buenos Aires: Atlántida.
- Gorbachov, M. (1994). *Memoria de los años decisivos, 1985-1992*. Madrid: Globus.
- Gorbachov, M. (1996). *Memorias*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Graham, R. (1979). *Irán: la ambición de poder*. Barcelona: Bruguera.
- Gresh, A. (2000). ¡Irak pagará! *Le Monde Diplomatique. Edición Cono Sur*, 16, 14-16.
- Habermas, J. (1992). *Identidades nacionales y posnacionales*. Madrid: Tecnos.
- Halliday, F. (1989). *Génesis de Hobsbawm la Segunda Guerra Fría*. México: FCE.
- Halliday, F. (1991). Los finales de la guerra fría. En R. Blackburn (Ed.), *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo* (pp. 77-104). Barcelona: Crítica.
- Halliday, F. (2002). *Las Relaciones Internacionales en un mundo en transformación*. Madrid: Catarata.

- Hart, R. (1999). Comme en 1941, la guérilla, dernière armée de Milosevic. *Courier International*, 444, 45.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hass, R. (1994). *The Intervention. The use of American military force in the post-cold war world*. Washington: Carnegie Endowment Book.
- Hass, R. (1997). *The Reluctant Sheriff*. Nueva York: Council of Foreign Relations.
- Heller, A. y Feher, F. (1992). *De Yalta a la glasnost*. Madrid: Pablo Iglesias.
- Hobsbawm, E. (1989). *La era del Imperio (1875-1914)*. Barcelona: Labor.
- Hobsbawm, E. (28 de octubre de 1990). El mundo tras el derrumbe comunista. Vencedores y vencidos. *Página 12*, p. 16.
- Hobsbawm, E. (1991). Respingos das Falkland. En *Estratégias para uma esquerda racional*. São Paulo: Paz e Terra.
- Hobsbawm, E. (3 de enero de 1992). El sueño de un país propio. *Página 12*, p. 20.
- Hobsbawm, E. (1992). *Naciones y Nacionalismos desde 1780. Programa, mito y realidad*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del Siglo XX. 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1998). *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2000). *Entrevista sobre el siglo XXI*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2003). *Años interesantes. Una vida en el Siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E., Hill, Ch., Anderson, P. y Thompson, E. P. (1993). Agenda para una historia alternativa. *El cielo por asalto*, III(6), 17-35.
- Huband, M. (2004). África después de la Guerra Fría. La promesa de un continente. Barcelona: Paidós.

- Huntington, S. P. (1999). La superpotencia solitaria. *Política Exterior*, 13(71), 39-53.
- Huntington, S. P. (2005). *El Choque de Civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires: Paidós.
- Ikemerry, J. (2018). La crisis del orden liberal mundial. *Anuario CIDOB*. Recuperado de <http://anuariocidob.org/avance-la-crisis-del-orden-liberal-mundial/>
- Index Mundi. (2019). Precios de Materias Primas. Recuperado de <https://www.indexmundi.com/es/precios-de-mercado/>
- Jagger, M. y Richards, K. (1968). Street fighting man. En *The Rolling Stones, Single: Beggars Banquet*. Londres: EP.
- Jaguaribe, H. (1979). Autonomía periférica y hegemonía céntrica. *Revista Estudios Internacionales*, 49, 91-130. doi: [10.5354/0719-3769.2011.16458](https://doi.org/10.5354/0719-3769.2011.16458)
- Jameson, F. (1997). *Periodizar los 60*. Córdoba: Alción.
- Jiang, S. (2008). La perspectiva de la política exterior china. En G. Paz y R. Roett, *La presencia China en el hemisferio occidental: consecuencias para América Latina y Estados Unidos* (pp. 39-57). Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Jomeini, R. (1981). *El libro de Jomeini. Las citas filosóficas, religiosas y morales del Ayatolá*. Barcelona: Bruguera.
- Joseph, J. (2011). Governmentality of What? Populations, States and International Organizations. En N. Kiersey y D. Stoke (Eds.), *Foucault and International Relations. New Critical Engagements* (pp. 51-65). Nueva York: Routledge.
- Joxe, A. (1998). Menaces improvisées de l'OTAN. *Le Monde Diplomatique*, 532, p. 12.
- Judt, T. (2009). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus.
- Kacarevic, Z. (1992). Yugoslavia, la batalla de Kosovo. En A. Brossat, *En el Este: la memoria recuperada* (pp. 505-518). Barcelona: Alfons El Magnanimum.

- Kagan, R. (2003). *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*. Madrid: Taurus.
- Kagan, R. y Kristol, W. (27 de noviembre de 2006). El legado de Bush en Irak. *Libertad Digital*. Recuperado de <https://www.libertaddigital.com/opinion/exteriores/el-legado-de-bush-en-irak-1276232637.html>
- Kaldor, M. (2001). *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets.
- Kaldor, M. (22 de marzo de 2016). La segunda guerra fría. *El País*. Suplemento Ideas. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2016/03/09/actualidad/1457541642_608147.html
- Kapuscinski, R. (1994). *El Imperio*. Barcelona: Anagrama.
- Keddie, N. (2015). El viejo poder del clero. *Le Monde Diplomatique. Explorador. Tercera Serie. Irán en el centro de las tormentas* (pp. 7-11). Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Kennan, G. (1991). *Las fuentes de la conducta soviética y otros escritos*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Kennedy, P. (1988). *Auge y caída de las grandes potencias*. Madrid: Plaza y Janés.
- Kepel, G. (2000). *La Yihad. Expansión y declive del islamismo*. Barcelona: Península.
- Kepel, G. (2004). *Fitna. Guerra en el corazón del Islam*. Barcelona: Paidós.
- Killebrew, R. (1999). Comment L'OTAN peut gagner le guerre. *Courier International*, 444, 40-41.
- Kissinger, H. (1996). *La diplomacia*. México: FCE.
- Kissinger, H. (8 de febrero de 2000). EE.UU. es un gigante débil. *Clarín*, p. 15.
- Kissinger, H. (11 de diciembre de 2000). Dos varas distintas para medir la paz. *Clarín*, pp. 22-23.
- Klare, M. (1997). La nouvelle stratégie militaire des Etats-Unis. *Le Monde Diplomatique*, 520, 4-5.

- Kober, S. (1990). Idealpolitik. *Foreign Policy*, 79, 3-24.
- Krasner, S. D. (1989). *Conflicto estructural. El Tercer Mundo contra el liberalismo global*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Krauthammer, Ch. (1990). The Unipolar Moment. *Foreign Affairs*, 70(1), 23-33.
- Krauthammer, Ch. (2002). The Unipolar Moment Revisited. *The National Interest*, 70, 5-17.
- Krugman, P. (2004). *El gran engaño. Ineficacia y deshonestidad. Estados Unidos ante el siglo XXI*. Barcelona: Crítica.
- Lacoste, Y. (Dir.). (1995). *Dictionnaire du Géopolitique*. París: Flammarion.
- Lamand, F. (1994). La Charia o Ley Islámica. En P. Balta (Comp.), *Islam. Civilización y sociedades*. Madrid: Siglo XXI.
- Le Monde Diplomatique. (2012). *El Atlas IV de Le Monde Diplomatique. Mundos emergentes. Edición Cono Sur*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Le Monde Diplomatique. (2014). *Explorador 1. China: la dueña del futuro*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Lefort, Cl. (1992). *Ecrire. A l'épreuve du politique*. París: Cláman-Levy.
- Lefort, Cl. (1993). Democracia y representación. En A. Errandonea, *La sociedad contra la política* (pp. 131-147). Montevideo: Nordam-Altamira.
- Leonard, M. (2008). *¿Qué piensa China?* Barcelona: Icaria.
- Lewis, B. (1990). *El lenguaje político del islam*. Madrid: Taurus.
- Lowenstein, R. (2016). El nuevo orden financiero (mientras duró). *Review. Revista de libros*, II(7), 18-22.
- Macry, P. (1997). *La sociedad contemporánea. Una introducción histórica*. Barcelona: Ariel.
- Manzano, G. (2007). Afganistán: un Estado artificial. En N. Consani y Z. Zeraoui, *Sobre Medio Oriente* (pp. 257-278). Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

- Marín Guzmán, R. (2005). *El fundamentalismo islámico en el Medio Oriente contemporáneo*. Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Martínez Montes, L. F. (2005). ¿Realistas versus neoconservadores? La política exterior de los Estados Unidos en el segundo mandato de George W. Bush. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 69, 7-20.
- Massiah, G. (2003). El G8 ante la hegemonía estadounidense. *Le Monde Diplomatique. Edición Cono Sur. El Diplo*, 47, 24-25.
- Menezes, R. G. y de Azevedo Banzatto, A. (2016). Brasil e Aliança do Pacífico: resistência, aproximação e acomodação. *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe*, 13. Recuperado de <http://www.cries.org/wp-content/uploads/2017/04/011-menezes-banzatto.pdf>
- Meyer, M. (2009). *El año que cambió el mundo: la historia secreta detrás de la caída del Muro de Berlín*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Micheau, F. (1994). El chiismo de ayer y hoy. En P. Balta, *Islam. Civilización y sociedades* (pp. 41-52). Madrid: Siglo XXI.
- Micklethwait, J. y Wooldridge, A. (2007). *Una nación conservadora. El poder de la derecha en Estados Unidos*. Buenos Aires: Debate.
- Moncada Durruti, M. (2011). Visión del mundo exterior de las cuatro generaciones de líderes políticos de la República Popular de China: evolución histórica y conceptual. *Documentos CIDOB, Asia*, 27. Recuperado de https://www.cidob.org/es/publicaciones/series_pasadas/documentos/asia/vision_del_mundo_exterior_de_las_cuatro_generaciones_de_lideres_politicos_de_la_republica_popular_china_evolucion_historica_y_conceptual
- Montbrial, T. de y Edin, J. (1991). La URSS, en mutación. *Ramses 90. Informe anual sobre el sistema económico y las estrategias* (pp.43-81). Madrid: Institut Français des Relations Internationales.
- Münkler, H. (2005). *Viejas y Nuevas Guerras. Asimetría y privatización de la violencia*. Madrid: Siglo XXI.

- Negri, A. y Hardt, M. (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- Peñas, F. J. (1997). Liberalismo y relaciones internacionales: la tesis de la paz democrática y sus críticos. *Isegoría*, 16, 119-140.
- Perrin, J. P. (16 de octubre de 2001). Deux siècles de « grand jeux ». *Le Monde Diplomatique*, p. 4.
- Pfaff, W. (1995). *La ira de las naciones. La civilización y las furias del nacionalismo*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Piketty, Th. (2014). *El Capital en el Siglo XXI*. México: FCE.
- PNUD-Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. (1997). *Informe sobre Desarrollo Humano*. Recuperado de <http://hdr.undp.org/en/content/human-development-report-1997>
- PNUD-Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. (2004). *Informe sobre Desarrollo Humano*. Recuperado de <http://hdr.undp.org/en/content/human-development-report-2004>
- PNUD-Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. (2005). *Informe sobre Desarrollo Humano*. Recuperado de <http://hdr.undp.org/en/content/human-development-report-2005>
- Powaski, R. E. (2000). *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Barcelona: Crítica.
- Potel, J-I. (1999). Serbie, une Régine hors la loi. *Le Monde Diplomatique*, 542, pp. 6-7.
- Puig, J. C. (1980). *Doctrinas Internacionales y Autonomía Latinoamericana*. Caracas: Universidad Simón Bolívar.
- Ramonet, I. (1997). *Géopolitique du Chaos*. París: Galilée.
- Ramonet, I. (1999a). *Geopolítica del Caos*. Madrid: Temas de Debates.
- Ramonet, I. (1999b). Le gauchis. *Le Monde Diplomatique*, 542, p. 1.
- Rancière, J. (1993). *Los nombres de la historia. una poética del saber*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rapoport, M. y Brenta, N. (2010). *Las grandes crisis del capitalismo contemporáneo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Reagan, R. (9 de noviembre de 2014). ¡Derribe este muro, señor Gorbachov!. *Perfil*, p. 30.

- Rogan, E. (2012). *Los árabes. Del imperio otomano a la actualidad*. Barcelona: Crítica.
- Romero, J. L. (1988). *La vida histórica*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Romero, J. L. (1997). *La crisis del mundo burgués*. Buenos Aires: FCE.
- Saborido, J. (2009). *Historia de la Unión Soviética*. Buenos Aires: Emecé.
- Saitta, A. (1996). *Guía crítica de la historia contemporánea*. México: FCE.
- Sanahuja, J. A. y Comini, N. (2018). Las nuevas derechas latinoamericanas frente a una globalización en crisis. *Nueva Sociedad*, 275. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/las-nuevas-derechas-latinoamericanas-frente-globalizacion-en-crisis/>
- Sánchez Sánchez Serrano, A. (1994). Etapas de la guerra tratadas por los medios de comunicación. En P. Orive Riva (Comp.), *Del Golfo Pérsico a los Balcanes (dos guerras en la era "multimedia")* (pp. 63-90). Madrid: Editorial Complutense.
- Schulze, P. W. (1983). El ascenso incontenible del Neoconservadurismo en Estados Unidos. *Nueva Sociedad*, 69, 16-26.
- Segura, A. (2001). *Más allá del islam. Políticas y conflictos actuales en el mundo musulmán*. Madrid: Alianza Editorial.
- Simonoff, A. (1994). *Nación y Nacionalismo en la ex URSS: dos cuestiones en debate*. La Plata: IRI.
- Simonoff, A. (1999). *Guerra de Kosovo: Historia, nacionalismo y nuevo orden internacional*. La Plata: IRI.
- Simonoff, A. (2000a). La OPEP: ¿una opción para la regulación al mercado internacional?. *Relaciones Internacionales*, 18, 235-241.
- Simonoff, A. (2000b). *¿El radicalismo y la Internacional Socialista en la tercera vía?*. *Contrapunto Político*, I(1), 9-19.
- Simonoff, A. (2001). La Operación Tormenta del desierto y el Nuevo Orden Mundial. *Relaciones Internacionales*, 10(20), 219-223.
- Simonoff, A. (2007). Michel Foucault y la Revolución Iraní. En N.

- Consani y Z. Zidane (Comps.), *Sobre Medio Oriente* (pp. 53-66.) Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Simonoff, A. (2018). Impresiones sobre Mayo Francés de 1968. *Relaciones Internacionales*, 54, 201-207.
- Smith, H. (1980). El mundo de Reagan. En H. Smith, A. Clymer y R. Lindsey, *Ronald Reagan ¿revolución conservadora?* (pp. 123-160). Barcelona: Planeta.
- SIPRI-Stockolm International Peace Research Institute. *Yearbook. 1994-2018*. Recuperado de <https://www.sipri.org/yearbook/archive>
- Sohr, R. (1982). La política exterior de Reagan. *Nueva Sociedad*, 63, 87-93.
- Solzhenitsyn, A. (1999). *Rusia, bajo los escombros*. México: FCE.
- Stiglitz, J. (2002). *El malestar de la globalización*. Buenos Aires: Taurus.
- Stiglitz, J. (2010). *Caída libre. El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*. Buenos Aires: Taurus.
- Stiglitz, J. (23 de abril de 2018). La confusión comercial de Trump. *El País*. Negocios, p. 13.
- Stiglitz, J. (28 de octubre de 2018). Elecciones en EE.UU.: la gente contra el dinero. *El País*. Negocios, p. 14.
- Swanson, A. y Ewing, J. (25 de octubre de 2018). El conflicto por la extensión de aranceles llega a la OMC. *The New York Times International Weekly*, p. 3.
- Taibo, C. (1990). *De la Revolución de Octubre a Gorbachov. Una aproximación a la Unión Soviética*. Madrid: Fundamentos.
- Taibo, C. (1993). *La Unión Soviética (1917-1991)*. Madrid: Síntesis.
- Taibo, C. (1995). *Crisis y cambio en la Europa del Este*. Madrid: Alianza.
- Tamanes, R. (2001). *China 2001: la Cuarta Revolución. Del aislamiento a superpotencia mundial*. Madrid: Alianza.
- Tokatlián, J. G. (2008). Una mirada desde América Latina. En G.

- Paz y R. Roett. *La presencia China en el hemisferio occidental: consecuencias para América Latina y Estados Unidos* (pp. 77-116). Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Tokatlián, J. G. (31 de octubre de 2016). Hacia una relación más madura. *La Nación*. Opinión. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/opinion/hacia-una-relacion-mas-madura-nid1951851/>
- Venegas Loaiza, A. (8 de marzo de 2018). Hoy se firmará el nuevo Tratado Transpacífico sin la participación de Estados Unidos. *La República*. Recuperado de <https://www.larepublica.co/globoeconomia/hoy-se-firmara-el-nuevo-tratado-transpacifico-sin-la-participacion-de-estados-unidos-2607317>
- Vidal, M. (18 de septiembre de 2014). América Latina da la réplica a China. *El País*. Negocios, p. 13.
- Wabgou, M. (2013). Experiencias posconflicto de países africanos: justicia transicional en Ruanda. *Novum Jus*. 7(1), 31-49.
- Wallach, L. (2018). El Nafta revisado. *Le Monde Diplomatique*. Edición Cono Sur, XX(233), 18-19.
- Walt, S. (2000). Clinton: hegemonía a bajo costo. *Archivos del Presente*, 5(20), 113-131.
- Walt, S. (2018). *The Hell of Good Intentions. America's Foreign Policy Elite and the Decline of U.S. Primacy*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux.
- Willey, D. (1993). *El político de Dios. Juan Pablo II en el Vaticano*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Wohlstetter, A. (noviembre de 1958). The Delicate Balance of Terror. *Rand Corporation*. Recuperado de <https://www.rand.org/pubs/papers/P1472.html>
- Zelicovich, J. (2016). La economía política internacional en las negociaciones multilaterales de agricultura. El caso de las subvenciones a las exportaciones agrícolas en la Ronda Doha. *Revista Estudios Sociales Contemporáneos*, 14. Recuperado de <https://bdigital.uncu.edu.ar/app/navegador/?idobjeto=8593>

- Zelicovich, J. (2018). China, los tratados de libre comercio y la gobernanza global del comercio internacional en el siglo XXI. *Estudos Internacionais*, 4(3), 113-129.
- Zeraoui, Z. (2004). *Islam y política. Los procesos políticos árabes contemporáneos*. México: Tillas.
- Zorgbibe, Ch. (1997). *Historia de las relaciones internacionales* (vol. 2. Del sistema de Yalta hasta nuestros días). Madrid: Alianza Editorial.
- Donald Trump, sin filtro: ahora llama “enemigos” a sus aliados de la Unión Europea. (16 de julio de 2018). *Clarín*, p. 24.
- Obama reafirma su compromiso con el acuerdo comercial TPP. (2 de agosto de 2016). *Deutsche Welle*. El Mundo. Recuperado de <https://www.dw.com/es/obama-reafirma-su-compromiso-con-el-acuerdo-comercial-tpp/a-19445157>
- Donald Trump anunció su nueva Estrategia de Seguridad Nacional: EE.UU., primero. (19 de diciembre de 2017). *El País*, pp. 2- 3.
- Mike Pompeo ataca a China y apoya una región Indo-Pacífico libre y abierta. (31 de julio de 2018). *El País*, p. 3.
- Trump subió los aranceles al acero y el aluminio. (31 de marzo de 2018). *Página 12*. El Mundo, p. 1. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/118511-trump-subio-los-aranceles-al-acero-y-el-aluminio>
- La avanzada china en Centroamérica que incomoda a Washington. (25 de agosto de 2018). *Perfil*, p. 36.

Quien escribe

Alejandro Simonoff

Es Doctor en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Profesor Titular Ordinario de Historia General VI en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE-UNLP). Profesor en las Maestría en Relaciones Internacionales y en Historia y Memoria de la UNLP, y en el Doctorado en Relaciones Internacionales de la misma universidad. Ha dictado cursos de posgrado en la Universidad de Viña del Mar (Chile), la Universidad Nacional de Tucumán, la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Estadual Paulista (Brasil), la Universidad de Sao Paulo (Brasil), la Universidad Católica de Santa Fe y la Universidad Nacional de Rosario. También ha sido profesor invitado del Instituto del Servicio Exterior de la Nación. Es coordinador del Centro de Reflexión de Política Internacional del Instituto de Relaciones Internacionales de la UNLP e investigador del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-UNLP/CONICET). Ha publicado numerosos artículos y libros, entre los que se encuentran: *Los dilemas de la autonomía: la política exterior de Arturo Illia (1963-1966)* (2007); *Teorías en movimiento. Los orígenes disciplinares de la política exterior y sus interpretaciones históricas* (2012); compilador de *La Argentina y el mundo frente al bicentenario de la Revolución de Mayo. Las relaciones exteriores argentinas desde la secesión de España hasta la actualidad* (2010); y junto a José Briceño, de *Integración y Cooperación. Una relectura a partir de la teoría de la autonomía* (2015).

En un diálogo entre Historia y estudios en Relaciones Internacionales, esta historia global reciente empieza con la Guerra Fría y el Mayo Francés para continuar con la Crisis de 1973 que, aunque inicialmente subvaluada y reducida al aumento del precio del petróleo, es abordada por su impacto en el devenir del siglo y las respuestas políticas que generó: el ascenso de la nueva derecha en el Primer Mundo, la Perestroika soviética, las Cuatro modernizaciones chinas y la Revolución Iraní. El siguiente recorrido que sigue este libro es el de las transiciones inacabadas: la pretensión unipolar, el fallido Orden Mundial y sus conflictos, la Crisis de 2008 y la búsqueda de la gobernanza global tras el crack.



Biblioteca Humanidades, 43

ISBN 978-950-34-2055-3



**EDICIONES
DE LA FAHCE**